

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

NONOVELA AZAROSA Y REFRACTARIA

Emilio Sola

Colección: E-libro Del movimiento a la movida

Fecha de Publicación: 15/06/2012

Número de páginas: 242

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA NONOVELA AZAROSA Y REFRACTARIA

“Yo sé quién soy” – dijo don Quijote. Iluso.

PRESENTACIÓN DE J.B.

1

¿Qué quiere decir *Del Movimiento a la Movida*? En realidad, nada o casi nada. Es una formulación retórica, puro sobrentendido. *Movimiento* quería decir o se refería a la organización política pre-democrática durante la dictadura franquista en España (1939-1975); se decía *Movimiento Nacional* y era considerado como un *partido único* antes de la legalización de los partidos políticos en el periodo que se llamó *Transición* – sobrentendiendo que era una transición desde una dictadura político-militar de Franco hacia una monarquía parlamentaria de corte democrático. Un horror de palabras. El *Movimiento Nacional* desapareció con la legalización de los partidos políticos de Adolfo Suárez, su último secretario general, cuando era presidente del gobierno, ya con el rey J.C. Borbón como jefe de estado post-franquista.

La *Movida* es el nombre que se da, en principio, a la eclosión, durante la llamada *Transición*, de la cultura popular en Madrid – en principio se difundió la expresión *movida madrileña* -, que transformó también las artes plásticas, la literatura y la música, así como a la ciudad misma y los usos y costumbres de sus nuevas gentes.

Pero al margen de ese modelo expositivo plagado de sobreentendidos, despojando a *Movimiento* y a *Movida* de su mayúscula, de su historicidad misma, mantiene un sentido la expresión como posible descriptor de un fenómeno cultural global. De un movimiento pautado o dirigido o muy controlado, a una movida más incontrolada e incontrolable, más azarosa y libre, pluridireccional. Un fenómeno anómico, por ejemplo. El *Cambio*, otra palabra muy de época.

Hay momentos en los que Uno siente que lo desborda su tiempo.
Eso es: materialmente
Uno se siente desbordado por los hilos de la trama narrativa,
por el orden mismo de los tiempos, los diferentes tiempos.

Quisiera comenzar también con una constatación clara: estoy muy satisfecho de mi propia biografía. Es un dato objetivo: es así. El problema está en saber narrarla, en “historiarla”. Y a ser posible desde afuera, por alguien completamente ajeno. “Mi otro yo que tanto amé y me falta”.



Para iniciar algo valioso –un texto de valía, aquí –, Uno debe reconocer o conocer sus propios límites. Los límites de un posible laberinto. Diagramación. Tesela a tesela de mosaico. Diagramar un orden de los tiempos.

Una generación bellísima que alcanzó la plenitud en el desastre. Unos maestros verdaderos. Casi todos más jóvenes. Para mí. A ellos está dedicado este esfuerzo, y podría enumerarlos.

Tal vez sea el desprestigio de unos argumentos de autoridad fuertes – dogmatizadores o dogmáticos – el generador de un estado de carencia o hueco capaz de provocar la emergencia de puertas abiertas a la libertad. Así, genérico y ambiguo: libertad. La captación como falsedades interesadas de algunos de los principales argumentos fuertes de autoridad, puede producir una verdadera liberación intelectual –y sentimental, parejas para mayor impacto –, un verdadero revolcón total, hasta físico. Puro goce. Y todo ello, a la vez, con mucha mayor intensidad, en el momento en el que comienza a aparecer con claridad el lenguaje trucado: cuando hasta el lenguaje se podía captar que estaba o se mostraba equivocado.

Es casi imposible estructurar una narración ordenada de los tiempos con tan continuas y radicales interferencias. Ante un lenguaje equivocado para describir la realidad y el mundo todo, el inicio mismo de la narración se hacía casi imposible. Era una de las entradas en el laberinto. Laberinto a recorrer para intentar diagramar modelos de proyectos y comportamientos. Diseños o designios. Modelos del pasado y su devenir. Modelos de narración.

2

Pero un texto así no tiene salida. Se enrosca sobre si mismo hasta no poder respirar siquiera, hasta la asfixia. Parece, incluso, llegar a una formulación irónica al contraponer *movimiento* – el *Movimiento*, con tanta resonancia fascista – a la *movida*, caricatura. Cuando la idea inicial parece seguir siendo operativa. Son un sinnúmero los ensayos de relatos de la *transición* –del *cambio* – en clave de “curas, políticos y militares”, por decirlo pronto y bien. En los que alguien o muchos pueden no reconocer ni reconocerse: “Yo no estoy ahí”. Relatos que son discursos, con frecuencia interesados, de los que desaparece el tiempo real, la realidad.

Otro intento es preciso, pues. Para mí –siempre un raro o vago Yo presidiendo todo –, la *transición del movimiento a la movida* fue un *espectáculo* presenciado o vivido desde dos escenarios o lugares muy concretos: las aulas universitarias madrileño-complutenses y un bar. Digo un bar y podría decir muchos bares o lugares de alterne – con muchas de las connotaciones erótico-festivas o vitales que encerró luego el que llamaron bar de alterne-, aunque predominantemente fue un bar en la calle madrileña de la Libertad, todo bien simbólico.

En ambos escenarios –Universidad y Bares –, “curas, políticos y militares” estaban al menos aparentemente ausentes. Los curas, desde obispos a curas obreros, no andaban por allí. Los políticos eran aún prepolíticos oficiales, más militantes clandestinos que otra cosa, a veces manifestantes, aún en el armario, podía decirse, por mal vistos por el moribundo *movimiento*. Lo mismo pasaba con los militares, si no eran los reclutas o soldados –más bien poco militares ellos – o la pesadita policía, puro camuflaje, otra manera de estar en el armario a la espera de.

Ya se puede precisar una jerga para entendernos: *transición del movimiento / franquismo a la movida político – cultural* desde las aulas y los bares, y con curas, políticos y militares entrando y saliendo de los armarios, tramando y destramando, sólo desde la sombra presentes en el tiempo cotidiano de aulas y bares, verdadero escenario de la vida o qué. Ahí quisiera llegar.

Habría que poner algo de orden en este magma o caos. Comencemos por las aulas de la Universidad. Advirtiendo que me aproximo a ellas con un punto de vista que sólo a posteriori fui capaz de captar como absolutamente naíf.

3

Para comenzar a poner orden, lo primero que hay que hacer es presentar al narrador mismo de ese ensayo de poner en orden los tiempos –los muy diferentes tiempos, pues ya se sabe que no son los tiempos unos –, el narrador de una narración o relato *Del Movimiento a la Movida*. Un narrador que está en la Universidad –en este caso la Universidad Complutense y la Universidad Autónoma, dos universidades, las dos de Madrid – y que anda por los bares, en este caso los bares de Madrid y, en concreto, la *Vaquería de la Calle de la Libertad*.

Ese autor o narrador –punto de vista, Rico -, no puede ser otro que J.B.

Comencemos, pues, por intentar explicar el nombre mismo de este autor J.B., el emblema o hasta paradigma narrativo que se puede pensar que encierra. Un amigo mío dijo: “Eso es el nombre de un güisqui”. Así, como suena, la marca de un güisqui – whisky, para abreviar – que parece un nombre normal, como seudónimo, para un frecuentador de bares. Pudiera ser coherente o verosímil como alias, y por lo tanto válido para apuntar posibilidades y probabilidades, con lo que se puede integrar en la dimensión simbólica de ese nombre adoptado –todos los nombres, a la larga, lo son: adoptados -, pero no lo explica por si mismo en absoluto. Sólo uno de sus perfiles, el alcohólico, normal en un habitual de los bares, y más en la Madrid o España de esa “transición” que se pretende evocar.

Es el caso que J.B. es la abreviación de un nombre más largo, y abreviatura compleja por muchas razones que por ahora no conviene explicar para no liar más la maraña del laberinto. El nombre completo del autor o personaje de la narración, J.B., es Boris Juan Bravo Gudunov, un nombre largo, como era muy habitual en esos años. Durante mucho tiempo, para abreviar, había usado sólo la parte central del nombre, Juan Bravo, y de ahí vienen las siglas J.B. con las que le designaremos aquí o él mismo se designará. “¿Y qué tiene que ver el nombre con aquel comunero de principios del XVI que se rebeló contra su rey Carlos V?”, me insiste el amigo, que parece que se quiere ensañar con un nombre que, como casi todos los nombres, es azaroso aunque siga unas reglas establecidas. “Pues tiene tanto que ver, amigo, como con el J.B. como marca de whisky. Otro de sus perfiles simbólicos, y nada más”.

J.B. también había comenzado a usar las otras partes de su nombre como seudónimo, en ocasiones Boris y en ocasiones Gudunov, y aquí el amigo –astur-moldavo por más señas, existe gente así – también vio la necesidad de buscar valores simbólicos, y le recordó que en la cultura rusa ese nombre también tenía connotaciones específicas, pues el tal Gudunov había sido zar impostor de principios del XVII, de final trágico y causante a su vez de tragedias y desgracias. Pero J.B., ya, cortó por lo sano. “Sincretismos azarosos, querido”. Y ya no se habló más de ello.

El protagonista y narrador de la transición *Del Movimiento a la Movida* será, por lo tanto, J.B., un joven veinteañero profesor no numerario, como se decía –PNN, por eso de las siglas – de la Universidad de Madrid. Un profesor de historia, por más señas, joven y entusiasta, que había llegado a la ciudad en 1968, como tantos otros jóvenes hispanos del momento, en confirmación de un viejo tópico histórico que hacía de Madrid capital de las Españas y centro de atracción –hoy habría que pensar más en términos de intersticio de nomadeo – que la convertían en la ciudad en la que sus vecinos eran en una gran mayoría forasteros.

En el caso de J.B., procedía de una de las Españas más tradicional y rural, la llamada Asturias de Covadonga, vecina a la Asturias de Santillana y a las Asturias de Oviedo. La cuna de aquel *Estado Cristiano* medieval que en la *España Nacional Católica Franquista* era considerado esencia principal de las esencias nacionales que convertía a todos en una unidad de destino en lo universal, una especie de globalización particular en la jerga de entonces; algo místico. Esas maneras retóricas de decir que hoy pudieran hasta provocarnos la risa, pero que podían exasperar entonces por el contumaz

bombardeo en todos los discursos oficiales del franquismo. Aquella realidad –era uno de los perfiles más vistosos de la realidad narrable – se manifestaba en un dicho asturiano, como emblema o lema, que J.B. conocía desde niño pequeño, guasón y con retranca como todo lo asturiano, que rezaba: “Asturias es España y lo demás tierra conquistada a los moros”. El colmo del mito cristiano-viejo, casi a lo vascón, sólo soportable racionalmente como humorada. Humorada guasona, *campoamoriana*, y hasta cruel o *alvarezcasquera* por usar un neologismo que sólo años atrás a cuando esto se escribe podría entenderse de alguna manera, siempre chusca. Derivaciones y laberintos que habrá que evitar, en lo sucesivo, si se quiere encarrilar este ensayo de relato ordenado.

El desembarco de J.B. en la Complutense de Madrid en el curso 1968-1969, inicio de este ensayo de relato, vino precedido por un verdadero nomadeo por instituciones universitarias hispanas que lo llevaron de Asturias a Barcelona, Pamplona, Valladolid, Sevilla y, finalmente, Madrid. Un nomadeo que, por otra parte, había de seguir después –tras los hechos y devenires que se van a narrar aquí – y que habían de convertir a Madrid en uno de los intersticios de ese nomadeo que resulta ser la vida, en este caso de J.B.; eso sí, en su intersticio principal que había de convertirse a la larga –todo esto está escrito en Madrid – en lugar de apalanque final, como se llegó a decir.

4

J.B. era, pues, un recién veinteañero norteño llegado a Madrid en el famoso 1968 con un bagaje cultural y vital aún cortito pero de rara intensidad y –lo supo luego, ya se sabe que el hombre es el único viviente, por no decir animal, capaz de historiarse a sí mismo –, de alguna manera, arquetípico en la España nacional católica franquista que le tocó – siempre el azar llamando a las puertas de la vida – vivir. Ya se sabe, también, que vivir siempre es mortal, y que “sólo se vive una vez”, como nos recordó a todos el J.L. Gallero, buen amigo y colega –aunque mucho más joven, una eternidad completa – de J.B.

En esos momentos –1968, recién veinteañero – J.B. era una especie de tabula rasa dispuesta a recibir la impronta de la gran ciudad del interior, semi-esteparia, emocionantísima y hasta alegre y divertida.

Continuará este ensayo de nonovela con un Tramo I narrativo: “*¿Y de dónde venía J.B.?: Universidades y prodigios*”.

I

TRAMO I NARRATIVO:

¿Y DE DÓNDE VENÍA J.B.? : UNIVERSIDADES Y PRODIGIOS

A J.B. le cuesta aún. Le cuesta el recuerdo. Sigue siendo doloroso para él recordar el tiempo de su primera juventud y debe hacerse fuerza para ello, debe violentarse. Se resiente aún de heridas antiguas y que fueron más profundas aun de lo imaginado, como supo a posteriori. Y al hacerse fuerza, vuelve a sentir cierto resquemor en esas mismas heridas restañadas, hasta en ocasiones perder la calma y sentir la necesidad de gritar “avisos”. Avisos para otros Navegantes y Nadadores, casi literatura sapiencial. Y eso –aunque sea así—no le gusta nada. Desequilibra su instinto de ecuanimidad. Aunque, el ser así, gane a la larga y así sea al final. La realidad... plenitud.

J.B. llegó a Madrid en el otoño de 1968. Venía de Sevilla y tenía veintidós años. El curso anterior se lo había pasado en Sevilla, en el Archivo de Indias; el verano se lo había pasado en el Archivo de Simancas, en Valladolid, y tras un regreso breve a Sevilla para despedirse de los amigos de allí y cerrar algunos asuntos de investigación en el Archivo de Indias, venía a la capital con un compañero de aventuras sevillano de su misma edad, Pedro, recién huérfano y que pretendía dedicarse al negocio de los seguros como comercial, decía, que había iniciado con éxito en su ciudad de origen. J.B traía bajo el brazo la recién terminada licenciatura en letras y media tesis doctoral sobre el asunto más exótico que se le ocurrió, los españoles por Extremo Oriente en la época de Cervantes. Una genialidad o una equivocación, algo tan exótico y a contra-corriente. J.B. y su amigo sevillano Pedro navegaron y nadaron por la ciudad nueva de arriba abajo, de hotel en pensión y de pensión en hotel, hasta que se les terminó el dinero y recalaron en un piso de una parienta lejana de J.B., a quien pintaron la casa a cambio de alojamiento y buena acogida. Al mes, cada uno se había encontrado con sus enlaces profesionales, pusieron fin a su nomadeo urbano de conocimiento y de contactos, y se despidieron –el asturiano y el sevillano—para siempre. Terminaba la primera juventud para J.B. con esa despedida. Ahora había que ponerse a trabajar, a buscarse la vida. Lo normal.

Y allí comenzaron a entrar en juego todos los posibles determinismos imaginables, por decirlo con una palabra o término sospechoso. Determinismo versus Azar.

Para entender por qué J.B. entró en la Complutense de Madrid como profesor ayudante o profesor no numerario de Historia Moderna, nada más llegar a la ciudad, hay que remontarse a su primera juventud opusiana, el final de su niñez que, de alguna manera, pretendieron prolongar indefinidamente oscuros programadores que sólo años más tarde J.B. supo calcular cuán arraigados estaban en las estructuras político-económicas y culturales de aquel estado franquista nacional-católico con resabios nazi-fascistas en algunas de sus cotas más profundas y secretas.

Sin quererlo, ha salido a superficie un tono narrativo o expositivo conspiratorio, algo paranoide, con lo que el método paranoico-crítico postdaliniano debe de ser recordado. En el final de un régimen político que había denunciado conspiraciones espléndidas desde el punto de vista literario como las del *contubernio judeo-masónico* o de *los rojos y los comunistas*, que ese mismo régimen desarrollara técnicas operativas totalitarias y conspirativo / proselitistas podía considerarse natural. Hasta el límite del mundo de Dalí, sin duda. Puro idealismo surrealista, como aquella misma *unidad de destino en lo universal o poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*, dos programas que podían justificarlo todo, legitimar o legalizar cualquier acción.

Para cortar este nudo gordiano narrativo, hay que pasar de nuevo a la acción: ¿qué pasaba por la Complutense, a donde llegaba J.B. como *PNN*, nombre con el que se designaba a los profesores no numerarios o contratados? O, mejor, ¿cómo había llegado hasta allí y qué se le había perdido a él por allí?

J.B. estaba en Madrid porque el catedrático de Historia Moderna, el Dr. Rod-sado –don Vicentón, le decían por su fantástica panza—, era el director de su tesis doctoral y lo había propuesto como profesor ayudante suyo, junto con otros jóvenes historiadores. Don Vicentón era un gran pope o patriarca, o capo o patrón, del área de Historia Moderna, catedrático desde muy joven, ya desde los años iniciales del franquismo, y además era presidente de un banco oficial, el de Crédito Pesquero, que estaba al principio de la calle de Génova, casi en la plaza de Colón, en donde se reunía con su equipo de la Complutense en momentos especiales, como las reuniones de notas a fin de curso, por ejemplo. Estaba allí, pues, por don Vicentón Rod-sado.

El misterio de los seudónimos, heterónimos, antónimos y los nombres amañados o cambiados, tan ligado al misterio de la literatura misma. ¿Por qué elige uno otro nombre diferente al suyo habitual para designarse? ¿Y por qué lo hace también para designar a otro al que quiere convocar a su relato porque es necesario para entender tanto el relato mismo como al personaje que lo narra o protagoniza? Es una cuestión importantísima y debería ser abordada con el rigor matemático de un Gödel inventándose un *número Gödel* clave en sus demostraciones pero al que él mismo no denominó en absoluto así, por puro pudor intelectual según una de sus biografías de éxito, pero que los demás científicos sí que denominaron así, *NG* o *Número Gödel*. Un autor elige otro nombre diferente al suyo como personaje por la sencilla razón de que el personaje resultante de su narración no es en su totalidad –verdaderamente—él mismo, sino un constructo que puede adquirir alguno de sus perfiles, así en

general, físicos o más íntimos. Y lo mismo sucede cuando elige un nombre para designar a alguien, pero sabe que lo que saldrá de su evocación no es una realidad absoluta incontrovertible o verdadera sino un fantasma más de los que fueron apareciendo y desapareciendo a lo largo de un devenir o deriva vital que también a él fue transformando hasta hacerlo irreconocible casi, y por ello necesitado también de variar el nombre que le designa para asumir el resultante de esa misma transformación. Cuestiones puramente formales, meta-reales, meta-paranoicas o paranoico-críticas. Sin más. En el corazón de la literatura y de la vida, si es que estas se pudieran desgajar de manera absoluta, que es posible que sí se pueda hacer o conseguir, al menos formalmente.

J.B. designa en su narración –o ensayo narrativo— a la gente con la que coincidió, y se relacionó, con nombres formados con elementos de sus nombres reales porque responden únicamente a su propia percepción y sólo a ella; de la misma manera, sus posibles maledicencias no serán tales, ni objetivas, pues responden a la perspectiva cambiante que adopta su propia visión al paso del tiempo, pues ya se sabe que “no son los tiempos unos”. Y, por ello, J.B. mismo había tenido la necesidad de explicar su propio nombre como constructo ambiguo y formalmente –matemáticamente—correcto. Una delicia de juego, el juego literario. Aunque precise también de que se pongan las reglas encima de la mesa, para no hacer trampas y para que todo sea más claro, verosímil, si no verdadero.

Don Vicentón Rod-sado tenía un colega historiador, don Florentino Per-biz –o Perdiz, para redondear el concepto-, que era igual de poderoso que él y en su misma área, pero en lo referente a la historia de América, y ambos manejaban con igual soltura y alegría la política cultural del franquismo, o una parte de ella, eso sí, ligada a la docencia y a la investigación universitarias, Grandes Captadoras de Rentas del Estado: la Universidad. Don Florentino, además, era una gran vedete franquista, y una vez que lo hicieron director general de Bellas Artes, o algo así, recibió a los periodistas en su despacho con una rosa roja sobre la mesa sin papeles como único material de decoración o de trabajo, de oficina. Un figura, charlatán y dicharachero con divertido acento sevillano, don Florentino Perdiz. Pero lo que convertía a aquellos dos amigos catedráticos en un tandem singular es que ambos eran opusianos solteros, su nombre técnico numerosos del opusdei.

Casi medio siglo tardó J.B. en poder contarla, en racionalizar –normalizar, formalizar—el tiempo de su primera juventud, y aún en su hoy activo de recuerdo sigue produciéndole íntimo rechazo la evocación de aquel tiempo. Le sigue pareciendo desmesurada la sensación de la máxima descortesía padecida, el engaño a los sentidos y al alma, así en general, para entenderse. Y es ese engaño esencial lo que considera pecado máximo y hondo de lo que llamamos franquismo, un mundo político sustentado por un entorno o corazón tan negro y secreto como él. Hasta el punto de que significa un simplismo naíf decir tan sólo que el lenguaje estaba equivocado. Aquello era mucho más que puro lenguaje, pues afectaba radicalmente a la realidad, a la vida. En su tiempo mismo, eterno e irrepetible, a niveles individuales.

Don Vicentón había aceptado dirigir la tesis doctoral de J.B. en un curso de verano de la universidad de La Rábida, en Huelva, cerca de Moguer, a donde había asistido J.B. el verano de su fin de carrera, recién veinteañero. Dr. Rod-sado era el rector de esa universidad de verano, y a lo largo del mes largo que duraba aquello hacía pasar a un gran número de profesores, sobre todo americanistas, que impartían seminarios de tres días sobre algún asunto histórico – humanístico relacionado con su especialidad, de lo más estimulante para estudiantes de últimos cursos de su carrera y jóvenes licenciados. Pocos años después de la gran celebración nacional en España de los “25 años de paz” del franquismo, también la universidad de La Rábida celebraba sus 25 años de cursos y había alcanzado cierto clasicismo, con sus mini – torneos deportivos – como la competición que cerraba el curso, entre el batel rojo y el batel negro— o su excursión a Portugal, con el agasajo en Ayamonte de la cofradía de pescadores, sin duda agasajo dedicado a aquel rector que al mismo tiempo era director del banco de crédito pesquero, y viaje en el que el fiel jefe de mantenimiento y servicios de la universidad veraniega obtenía un beneficio extra anual al hacer transportar a cada cursillista un kilo de café portugués de contrabando en el equipaje a la vuelta de la excursión.

Cerca de Moguer, también era una tradición la presencia de la poesía, aquel año dos notables poetas, Rafael Montesinos y José Hierro; recién casado el primero, era una maravilla verle con su casi adolescente y bella esposa Marisa en aquellos cursos de hombres solos y estudiantes, exclusivamente masculino todo; José Hierro, irresistible en sus magníficas y elegantes borracheras, que sólo años después J.B. se sintió capaz de comprender en su hondura y que siempre recordó con particular emoción. “Estos son de los mejores poetas de España, ya veréis con el tiempo”, enfatizaba don Vicentón, entre risotada y risotada, durante una partida de dominó, juego clásico, con el ajedrez, en los descansos de la tarde. Un veterano americanista, el Dr. Modrón, le dijo un día a J.B., con el que jugaba de compañero en una partida, algo que le llenaría de satisfacción: “Tal vez no te recuerde ya por tus investigaciones, porque soy viejo, pero sí te recordaré como uno de los mejores compañeros de dominó”. También era un clásico de aquellos cursos la misa mañanera en la iglesia del monasterio de La Rábida, oficiada por alguno de los curas opusianos que andaban por allí, en la que el desfile en la comunión era un espectáculo, con lectura a las claras de cómo iba la salud espiritual de los jóvenes universitarios cursillistas, qué tal se estaba dando el proselitismo de los numerarios, los opusianos solteros.

Una vez más se le viene encima el mundo al ensayador de una narración que se pretende de un J.B. omnisciente en un relato clásico al uso. Y una vez más se le revuelven las tripas al J.B. que quiere recordar. El malestar aún, después de tantos años transcurridos, hoy sabe que felizmente transcurridos. La necesidad de sosiego se va acentuando con los años para aquel que quiere seguir pensando, entreteniéndose con quehaceres estimulantes, confiando en que algo otro es posible, para aquel que quiere seguir intentando comprender el mundo, o la más simple e inconsciente alegría de vivir que contempla por todas partes sobreponiéndose al dolor de la tragedia cotidiana. El discurso personal –en palabras, real—que genera el discurso del tiempo, redundante y feroz. Siente J.B. que de nuevo ha de enfrentarse a las palabras.

“Y eso de los numerarios, los opusianos solteros, ¿de qué va, tío?”, se molesta el Otro, ese amigo o interlocutor medio exótico, casi como el astur – moldavo, que

no para de interferir en los momentos de bajón. La personificación de los ángeles invisibles de la creación –literaria en este caso—en una voz.

Lo de *numerario* es un término muy usual en el mundo de la Administración del Estado, o en el mundo de la administración sin más, al margen del sentido que tiene como dinero contante y sonante, en efectivo, operativo. Hasta el extremo que se deseé: una constante en una estructura. Un número, eso sí, fijo o estable. Un *numerario* en la Universidad era un profesor fijo o estable, funcionario. Por eso los jóvenes adscritos o contratados eran *no numerarios*, profesores *PNN*, uno de los *gremios* universitarios más activos por entonces, en el final del franquismo. Pero en el argot opusiano, eran los miembros de la organización que no se casaban, los solteros. Con ese retintín final también, como los profesores, de fijos. Una vez uno entraba de *numerario*, de fijo, después de realizar unas ceremonias con fórmulas retóricas de una fuerza expresiva rotunda y contundente, con la fuerza de los formulismos latinos católicos clásicos del siglo de oro hispano, era un verdadero lío dejarlo, salirse de la organización, liberarse de nuevo, volver al mundo, que dijera J.A. González Sáenz evocando encerronas arquetípicas de aquel tiempo de rupturas totalitarias. El estallido. El estallido de la bomba como el estallido del alma.

Pero hay que seguir con el juego de las palabras. Lo de *opusiano* es sólo para evitar el nombre latino de la organización, pretencioso y totalizador como el círculo de oro con la cruz inscrita –a dos quintos del eje vertical el brazo de la cruz—de su logotipo, para entendernos; y para evitar su nombre, precisamente, porque J.B. recordaba con rara intensidad la insistencia en que se evitasen denominaciones que pudieran hacer recordar a las órdenes religiosas tradicionales católicas, como dominicos, franciscanos o jesuitas, por ejemplo. Exactamente, la insistencia en camuflar lo que la organización era en la realidad, una de las obsesiones dominantes de los directores cuyo límite extremo era el secreto, la encriptación. Como un tumor.

El secreto y el camuflaje, la información controlada y manejada con oportunidad y cálculo. Opusianos, como dominicanos, franciscanos o jesuitas, las organizaciones –reglas, órdenes, normas—católicas de los siglos de oro variopintos del *Antiguo Régimen*, que decían los historiadores, cuya trama básica organizativa era la exigencia a sus socios o miembros de pobreza, castidad y obediencia en sus límites absolutos. Esos eran, pues, los opusianos solteros, los numerarios propiamente dichos entre ellos. Hubiera servido a este propósito tanto *opusino* como *opusiano*, pero a J.B. ese malestar que pervivía al recordar – ese revolverse de tripas, desazón, resquemor que no quisiera ver convertido en rencor—le hace preferir *opusiano*; le parece más cacofónico, casi obsceno. El tumor maligno que se camufla en el alma y se disfraza de ángel de luz. El engaño y el secreto.

Aquel verano del curso de La Rábida de J.B. apareció también por allí don Florentino Perdiz, y el Dr. Rod-sado le sugirió a J.B. que hablase con él para ver si aceptaba dirigirle sus investigaciones doctorales sobre los españoles en Extremo Oriente, ya que era asunto más próximo a su especialidad sobre los descubrimientos geográficos. J.B. lo intentó una tarde, pero sin éxito. El Dr. Perdiz fue contundente y de una franqueza tal

que para J.B. aquella anécdota o entrevista supuso su primera gran lección moral de adulto. “¿Vas a seguir en la Obra?” —*la Obra* era la traducción de *Opus* y denominación coloquial de la organización entre los socios —, le preguntó de entrada, pues ya estaría informado con antelación por el Dr. Rod-sado. “¿Tienes un padre rico?” Ante la respuesta negativa de J.B. a las dos preguntas, concluyó: “Pues dedícate a la enseñanza media”. Y no hubo más. No quiso hacerse cargo de él para el doctorado. Finalmente, don Vicentón aceptó figurar como director de la tesis, y de ahí la llegada de J.B. a Madrid para terminar sus investigaciones en la Biblioteca Nacional, la Real Academia de la Historia y la Biblioteca del Palacio Real, en donde había material que le interesaba consultar, y su entrada en la Complutense como ayudante del director de su tesis, el Dr. Rod-sado. Suerte y Favor, Ocación y Necesidad, aún ausente el cálculo en un J.B. demasiado joven y naíf, ingenuo y que iba por entonces ya de algo poeta. Debía de resultar enternecedor, y así se lo comentaron años después algunos compañeros de aquella aventura universitaria que comenzaba para un recién veinteañero a finales de los años sesenta de un siglo XX, felizmente, ya transcurrido o pasado.

Sin darse apenas cuenta, J.B. había entrado —y salido, pero aquello *imprimía carácter* como el sacramento clásico católico— en uno de los más íntimos y exclusivos reductos del *régimen* o *sistema* nacional —católico franquista— esfuerzos conceptuosos para entendernos —, y aquel tandem opusiano soltero de la universidad de verano de La Rábida era uno de sus corazones o motores.

La mayoría de los que estaban allí —si no todos— habían sido seleccionados en las tertulias mismas de las residencias de los jóvenes opusianos solteros, entre los compañeros más brillantes de sus cursos y con posibilidad de atracción a la organización, con fines primordialmente proselitistas. No era una fabulación o una posibilidad: era así. J.B. mismo estaba allí por eso, en plena obsesión de huida lejos, lo más lejos posible, decidido por completo a escapar de aquel sistema cerrado y opresivo —en su caso un colegio con nombre de monte navarro, Aralar —, al que se había visto ligado hasta por un testamento en el que legaba todos sus bienes posibles a la organización. Un tormento de magia negra en toda regla. Y redes. Redes de influencia y de favor, anudadas —“atadas y bien atadas”— por vínculos secretos. De nuevo el tono sospechoso del *contubernio judeo-masónico* y de *rojos* y *comunistas*, pero al revés, como una adecuada respuesta a él. El secreto y la información. Una vez más. Y la fabulación más desvergonzada y totalitaria, tal mitología antigua maquiavélicamente remozada.

J.B. se forzó a recordar —se juró que por última vez— su iniciación infantil en aquella organización católica clásica, con todo el aparataje retórico —coactivo católico —latino de los siglos de oro del *Antiguo Régimen*, que dicen los historiadores, hoy en la linde más reconocible de los derechos humanos más elementales, y hasta en la linde de la corrupción de menores y de la libertad de conciencia, los límites de la secta.

Es justamente esa expresión, “libertad de conciencia”, la que utiliza un agudo observador e informador veneciano en Nápoles —un auténtico espía—, Giancarlo Scaramelli, al referirse a la trágica Conjura de Campanella en Calabria, cuando ajusticieron a casi una docena de chavales calabreses, algunos ni siquiera, o apenas, veinteañeros, por una conjura tal vez inventada por una panda de jóvenes

frailes espiritados que anuncianaban “mutaciones de estados” con el cambio de siglo –era del año 1599 al 1600—, y se habían concertado como respaldo con la armada de corsarios turcos y berberiscos, muchos de ellos también calabreses, para rebelarse contra el Rey de España. Era una auténtica *movida* juvenil de frailes educados desde niños –en las biografías que se apuntan en el proceso parece que la mayoría entraba en el convento entre los trece y los quince años— y chavales perseguidos por la justicia virreinal y echados al monte, de alguna manera, forajidos o bandidos que habían transgredido algún bando virreinal, sobre todo las prohibiciones de escopetas y arcabuces, armas que hacían furor en aquella sociedad fronteriza y violenta.

A J.B. la historia de aquellos calabreses sometidos desde la infancia a una regla religiosa absoluta, con sus furibundos anatemas y castigos –entraban y salían de la cárcel con la misma normalidad que sus coetáneos civiles o laicos—, le había impresionado sobremanera y se había visto a si mismo reflejado en ellos, determinados o condenados a una regla desde el final de la infancia que era imposible que pudieran discernir, algo así como el más impío de los engaños. Y se identificaba con ellos sobre todo en su intento de ruptura exasperada, visceral, extrema, que llevaba a formulaciones blasfemias y obscenas al mismo tiempo que profundamente heterodoxas, como la afirmación de que Dios no era más que el nombre que los hombres habían dado a la Naturaleza, o que la fornicación simple no podía ser pecado por ser una acción natural humana. Herejía y subversión, que dijera un ilustre antropólogo y sociólogo de la cultura. La quiebra absoluta de la autoridad de una *orden o norma* absoluta, generadora de necesidad de ruptura absoluta. Un clásico hispano de aquellos tiempos, el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, que fue confesor de la santa Teresa de Ávila, en un espléndido discurso barroco –*Diez lamentaciones del miserable estado de los Ateístas de nuestro tiempo* (Bruselas, 1611) — lo decía con precisión de teólogo católico experimentado: “No hay duda sino que la deshonestidad es madre de la herejía; y cuando llega a lo sumo, se vuelve Ateísmo. Porque si queremos contar las principales herejías que ha habido en el mundo, quasi todas han nacido del vino y Venus”.

Fronteras de la percepción, la normalidad. J.B. se esforzó por recordar, esa sensación de anomalía enfermiza. Un esfuerzo más.

Cuando J.B. leyó su tesis doctoral sobre el Oriente Lejano, don Vicentón le felicitó y le dijo que hacía el número treinta y dos –o treinta y cinco—de sus discípulos de doctorado; pero que lo más importante venía a continuación, y ya dieciocho de ellos eran catedráticos de la universidad española. Como PNN ayudante y doctor en historia, su carrera había comenzado. Pero ya para entonces J.B. había diversificado mucho sus puntos de vista e intereses y sabía que aquella realidad era mucho más compleja de lo que había imaginado: tal vez su sitio no estaba allí, por la sencilla razón de que aquello lo sobrepasaba y llegaba a repelerle. Se dio cuenta de ello durante el largo proceso burocrático –ché que le demoró la lectura de la tesis más de un año, y durante el cual pudo captar algo de lo que suponía don Vicentón Rod-sado en aquella realidad universitaria del final del franquismo. Un gran patrón, que hacía y deshacía a placer en su espacio o área académicos. Luego se enteró de que era el causante de que uno de los más destacados historiadores modernistas, el doctor andaluz D. Ortiz, no se hubiera

podido integrar en la universidad hispana y llegara a la jubilación como catedrático de enseñanza media, a pesar de su reconocimiento absoluto en el hispanismo y el modernismo internacionales, por decirlo pronto y claro. Más tremenda es otra anécdota del don Vicentón, al final de una *oposición* –que se decía, el paso ante una comisión de profesores para acceder a un puesto de profesor –, cuando consolaba a un joven concursante u *opositor* opusiano que no había obtenido la plaza. Le decía: “No te preocupes, la próxima plaza te toca a ti”. Otro joven *opositor*, que luego había de ser tan notable como D. Ortiz, en el mundo de la historia económica moderna, los oyó casualmente y le preguntó ingenuamente a don Vicentón: “¿Y a mí, cuándo me tocará?” Dr. Rod-sado se volvió con gesto brusco, le miró un segundo, y añadió: “A usted, ¡nunca!”. Don Felipe, como se le conoció luego a aquel entonces joven opositor, no logró entrar en la universidad hispana nunca por el área de Moderna, feudo de don Vicentón, y hubo de hacerlo a través de la historia económica de las facultades de Ciencias Económicas y no de las de Historia. Mínimas anécdotas de Naderías y olvido. A la larga, manda la vida y el coraje: uno ha de ganar su vida a nado.

Durante el proceso burocrático previo a la lectura de la tesis doctoral, J.B. había incluido al profesor Montero Díaz entre los propuestos para el tribunal que había de valorarla, porque se había mostrado interesado por su investigación durante un curso en el que J.B. le presentó un trabajo sobre las cartas de Toyotomi Hideyoshi y de Tokugawa Ieyasu pidiendo a los hispanos de Filipinas técnicos y asesores navales y mineros, así como comerciantes, al mismo tiempo que pedían también que no mandaran más frailes predicadores, pues ya tenían suficientes dioses con los camis sintoístas y los fotoques budistas. Al Dr. Montero Díaz le había encantado el trabajo y había ofrecido, incluso, a J.B. trabajar con él en una asignatura sobre historia de las religiones que tenía en mente. Tal vez por ello, J.B. había incluido su nombre en la propuesta del tribunal y el Dr. Rod-sado –sus ocupaciones múltiples hacía que delegara casi todo lo académico en sus ayudantes, J.B., Dr. Ruijón y Dr. Alcano— no se dio cuenta de ello hasta que no salió el tribunal o comisión nombrados. No le gustó nada: el Dr. Montero Díaz resultaba, por antigüedad, presidente de la comisión calificadora de la tesis, y en dos ocasiones que pretendió reunir el tribunal el Dr. Rod-sado, con alguna disculpa de última hora, conseguía que no se celebrase, pues su asistencia era obligatoria como director de la investigación. El Dr. Montero Díaz se enfadó, suspendió una tercera convocatoria él mismo con la disculpa de una intoxicación de gambas –J.B. ya estaba harto de cortarse el pelo para ir más pulcro y formal al acto—, y renunció a continuación a formar parte del tribunal. Hubo que gestionar el nombramiento de otro tribunal a gusto del Dr. Rod-sado y, por fin, en mayo –J.B. no se cortó el pelo para la ocasión esta vez, estaba convencido de que esta vez tampoco tendría lugar— pudo celebrar la defensa de la tesis doctoral J.B. para convertirse él también en Dr. J.B., más de un año después de lo previsto. No había avisado a nadie, estaba él sólo y desgreñado frente al tribunal, pero estaba encantado y todo salió muy bien.

Y ese verano mismo se fue a Ibiza.

Volviendo sobre ello después, años después, cuando la perspectiva le dio más ricos recursos de análisis, J.B. gustó de ensayar agrupaciones simbólico-temporales para aclararse un poco –y con la vaga esperanza de toparse con secuencias temporales guía—, y encontró en ese mayo de la lectura de su tesis un decenio cumplido de formación acelerada, con nuevo despertar. Aniversario

peculiar. De los 15 a los 25 años –atrás para siempre la niñez, adolescencia y primera juventud, recuerdo liminar—, con una cesura central traumática y hermosa por el rencuentro con la libertad y el mundo ancho y fascinante, a la vez mundo propio y ajeno, que le brindaba a manos llenas una información fundamental que hasta entonces se le había ocultado o camuflado. A niveles personales, el gran pecado –la impiedad—era el engaño, la falsificación de la verdad, el amañamiento del lenguaje con técnicas de sistemas paranoicos, de enquistamiento, cerrazón y secreto. Y, además –puro mundo financiero en lo hondo –, interesado e insaciable. Una organización o un sistema que pretende absorberte de manera absoluta, desde el interior de tu ser erótico al exterior de tus posibles propiedades materiales, con formulismos retóricos terribles –juramentos y testamentos—, y desde la infancia o primera adolescencia y juventud. Una tragedia para muchos numerarios solteros opusianos, que convertía su difícil liberación de la norma en estallido.

Una parte nada desdeñable del poder de don Vicentón procedía de esa organización de vínculos profundos –religiosos, sectarios—que pretendía poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, como un fin de bondad absoluta y para cuya consecución todo puede valer: el sin-límite y la insaciabilidad sin más. De ahí a la santificación o canonización de la intransigencia, la coacción y la desvergüenza no hay más que un paso, que también fue dado por el fundador de la organización en su catecismo o prontuario para meditar y sacar de él ideas y pautas de comportamiento y acción, al que tituló como los antiguos taoístas chinos titularon su libro sapiencial clásico, el *Tao o Camino*. A J.B. siempre se le antojó –y más mirado el tiempo histórico de su redacción y gran difusión –, desde su propio ser paranoico – crítico adulto y desengañado, un programa nazi – católico en el límite posible de su desarrollo, nada extraño luego en la España nacional – católica o fascista, esa horrible manera de decir para referirse a un pasado ominoso. Puro lenguaje panfletario, extremo, casi obligado para describir una realidad también extrema. Y que perdura.

Mas todo aquello había sido formulado desde una postura de poder; de poder de perfil absoluto – el del *Antiguo Régimen* clásico, el eclesiástico o pre-democrático en general, si no antidemocrático, como tenía que ser el poder así concebido y ejercido – ese poder que tiene carta blanca para anudarte los cojones del alma con toda desfachatez, por supuesto que sin remordimiento, con insolencia. Y sólo con el poder – desde el poder – era posible su realización plena, o su realización, sin más.

J.B. se forzó a recordar—se juró que por última vez, no quería malgastar más tiempo—su iniciación infantil en aquella organización católica clásica pero aún más oscura y sibilina que la otra organización católica clásica que le había tocado en suerte, la de los dominicos, desde más niño aún, desde el inicio de la enseñanza media, en su caso con entre doce y trece años. Esfuerzos de parto para el recuerdo. A veces, también dolores. Narrarse para comprenderse, narrarlo para comprenderlo. Pudiera ser lo mismo. Se juró que por última vez. Pero hay que ir a ello.

El internado en un colegio de frailes dominicos en las Asturias de Vetusta supuso un cataclismo para aquel niño de las Asturias de Covadonga, tímido, obediente y disciplinado, de pueblo, más rural que urbano; que había vivido, hasta los diez años, en un mundo de calendario campesino, de invierno de ganado estabulado, lluvia y almadreñas, veranos de siega y baños en el río, y otoños de esbillas de maíz y magustadas de castañas. En el primer trimestre adelgazó diez kilos —la tensión de un internado o cárcel bastante triste— y hubieron de confiarlo a parientes de la ciudad que lo cuidaran para que siguiera sus estudios como alumno externo de los dominicos de Vetusta. Allí lo alcanzaron las redes de los opusianos solteros de la casa que tenían en la avenida de Galicia, residencia de estudiantes y profesores, sobre todo catalanes, a través de sus últimos enlaces, sus propios compañeros de clase en el colegio, alumnos externos como él. El proselitismo más horizontal, en la base de la pirámide, la cantera del bachillerato y la obra de san Rafael arcángel, en el argot opusiano, en pleno paso de Ecuador —sabido a posteriori— del franquismo.

No pretendía adentrarse tanto en el hondón —iba a decir “del mal”, pero le pareció improcedente, aunque tal vez no lo sea—, además de que eso de los internados ya era un clásico del género, desde Joyce a Salinger, pasando por el joven Torlech o por Pérez de Ayala. Por otra parte, aquellas eran evocaciones que podían entenderse mejor en el marco de un internado de dominicos, un juego de niños al compararlo con los internados opusianos que se le avecinaban al pobre o desafortunado J.B. De ahí su resistencia a recordar. Su mal trance y los parones. *¡Hace falta valor!*, como gritaban los mejores rockeros de la llamada movida madrileña. Eso es.

Visto en perspectiva, aquella presión proselitista opusiana necesitaba un esfuerzo narrativo muy premeditado de toma del poder —diría un politólogo extremo— en un futuro post-franquista que aún se pensaba lograr controlar, en el marco del programa de “poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”, y que se puede considerar exitoso en esos momentos en la España de Franco con ministros y altos cargos gubernamentales de la organización, y financieros, y hasta una universidad privada de nueva creación en Pamplona, único caso en España entonces en su perfil, hacia la que canalizaron gente y recursos. Los historiadores andan abordándolo desde sus alturas analíticas, más o menos estructuradas y globales, pero algo lejos de su percepción desde la base social del momento. Se podría decir, pues, que aquel maridaje especial opusiano-franquista generaba aquella euforia proselitista que a J.B. le tocó sufrir —raro determinismo—, con el límite extremo de la arrogancia, “la santa desvergüenza”.

Nuevamente se envenena el tono, y no quisiera J.B. que eso sucediera. J.B. odia el rencor. No conserva ninguna amistad o trato con nadie de entonces de dentro de la organización, y sufre con la vaga sensación de amputación de su tiempo de final de la infancia, adolescencia y primera juventud, amputación, pérdida, distracción o robo sin más. Podría hablar del secreto, la manipulación o el engaño u otros tremedismos, así como del deseo o necesidad de olvido para seguir adelante con claves diferentes, y eso le preocupó en un momento; de ahí, tal vez, este ejercicio de memoria extremo. Fue una relación equivocada —amor /

desamor—que hoy intenta cerrar, dejando un bosquejo para una posible narración ajena que un día pueda surgir, aviso para después, avisos para un nuevo historiador, o para un nuevo “discurso” posible sobre una realidad. También, o sobre todo, histórica también. Aviso para navegantes o para nadadores.

La residencia opusiana de la avenida de Galicia de Vetusta era una amplia casa de tres puertas —una para los jóvenes, otra para los mayores, y una tercera para las mujeres y el servicio—, con un oratorio que podía compartirse y una sala de estudio para los jóvenes, la disculpa inmediata para el proselitismo con los chavales, el “vamos a estudiar juntos” de sus compañeros. Al frente de ella, con un joven cura pelirrojo y pecoso, el Núñez, estaba un sevillano treintañero por entonces, don José Luis —el Murgas, para entendernos aquí— colaborador con el fundador de la organización en el montaje de la universidad de Pamplona y que daba clase en la universidad de Vetusta de materias histórico-jurídicas.

Él fue quien enseñó al escasamente quinceañero J.B. a ponerse cilicios en los muslos y darse de latigazos, de vez en cuando, en sus propias nalgas para que no se le rebelase el cuerpo contra aquella obsesión de la santa pureza, que decían. Todo entre bromas cariñosas y que hoy le parecían casi repugnantes. “Amebito, amebito —usado como apelativo cariñoso—: las amebas emiten seudópodos y se reproducen por fagocitosis” —podía bromear un día con él para animarle al proselitismo, a la atracción de sus compañeros de clase a la residencia opusiana, al señuelo de la sala de estudio, los cuentos de Tintín o las excursiones a esquiar en invierno, o al campo, a la playa en verano o al monte en otras temporadas. Eso sí, compañeros de buenas notas y presencia —no servían los que tuvieran alguna tara física, supo luego—, de buenas costumbres, a ser posible hijos de padres jóvenes y bien casados, a ser posible de buenas familias. Por los resultados, en fin, esto último se mostraba como principal. Todo graduado por fases, la presión proselitista era máxima y llegaba a crear ansiedad: el año de J.B. pidieron su ingreso en la organización —*pitar* se le decía a ello, en el argot interno en clave— como una docena de quinceañeros, y la euforia era total.

En el equipo del Murgas, los que vivían en la residencia, numerarios solteros, había media docena de jóvenes veinteañeros, casi todos catalanes —el Colomer, el Clavell, el Guitar, el Msesa, así de pronto, de memoria—, todos universitarios y activos; como la mayoría de los que pitaron ese año, muchos de ellos se fueron de la organización después, según tuvo luego noticias J.B. de aquí y de allá. Nunca J.B. los volvió a ver desde entonces —el Pep Virgili, el Toñín Reina, el Alfredo Valdés, el Antonio Fernández y tantos más—, a pesar del cariño que entonces se profesaban, como si fueran de la misma panda. Y ese es el signo mayor de la gran mentira que fue todo aquello, entre ellos un guiño cómplice secreto de su pertenencia a la organización soltera.

Últimamente le llegaron a J.B. noticias de Brasil de exmiembros de la organización opusiana que se han dedicado a publicar por escrito sus experiencias, sin duda que como terapia para su desprogramación más íntima. No estaría nada mal una reunión internacional —un congreso, tan de moda siempre— de exnumerarios solteros para intercambiar recuerdos y experiencias,

siempre que se hiciera dentro de unas condiciones muy concretas para el discurso: con sentido del humor obligado u obligatorio, una de las condiciones indispensables para la necesaria relativización del asunto, si no tan tétrico él, en la linde —nunca se cansó de repetirlo J.B. como una de las certezas más firmes— de la corrupción de menores y de la transgresión de los más elementales derechos humanos. Porque —ya se sabe— el fin no justifica los medios, ni siquiera con ese salto a la trascendencia cristológica o cristo-ché. Que no.

La construcción del yo. Las condiciones necesarias para la construcción del yo. Retórica de las justificaciones. J.B. recordó el caso del niño superdotado que era el calabrés hoy conocido como Tomás Campanela, cuando fue captado por los dominicos del convento de Nicastro para ser fraile y se vio enredado en la retórica y la norma de aquella organización no más rigorista que la opusiana. Su padre, el zapatero analfabeto Jerónimo Campanela, se enfadó con la decisión de su hijo, en quien tenía puestas muchas esperanzas por su inteligencia viva, pero que lo quería más bien como jurista en Nápoles, y fue un calvario el que hubo de pasar el joven rebelde y osado que era fray Tomás para poder expresarse —cárceles y tormentos— aunque sólo lo lograra parcialmente.

Eran otros tiempos y otras circunstancias, sí, más extremas —o no tanto—, pero era la misma realidad liminar para un chaval en aquella realidad franquista-opusiana que le había tocado vivir —en toda la extensión de ese determinismo azaroso: la vida— a J.B. El paralelismo de los chinos. Esa experiencia del final de la infancia del J.B. se le apareció como muy similar —paralela— a aquella más lejana del Campanela. Del medio rural profundo asturiano oriental —tal el medio rural calabrés periférico del joven Campanela—, con un padre maestro rural de la República represaliado por el franquismo —algo más culto que el padre de Campanela, pero también de los sectores populares semirurales— que deseaba verlo ingeniero o técnico superior desde que un profesor de matemáticas le alabó la facilidad del niño J.B. para esa materia científica; lo primero que hizo el joven bachiller, nada más ser captado para opusiano numerario soltero, fue pasarse a letras, después de duros debates familiares durante las primeras vacaciones de verano en su nueva condición, mucho más profunda de lo imaginado. Fue después de numerosas charlas con uno de los catalanes de la residencia opusiana, el Guitar, que le resaltó la importancia de la gente de letras, y sobre todo historiadores, para influir en la sociedad —para ser los señores de la narración—, una de las formas principales de proselitismo para ese poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas, el lema de la gran justificación; de la gran inversión, como se precisaría más tarde para J.B. Una fatalidad —la fatalidad— ese desfase entre el conocimiento y la vida.

El curso previo a la universidad —el pre-universitario, como se decía, el preu— se lo dedicó especialmente al griego y al latín, para recuperar lo perdido en un bachillerato de ciencias, y mal que bien superó la prueba y pasó a estudiar primer curso de letras en la universidad de Barcelona, después de nuevos y duros enfrentamientos familiares, pues sus padres no entendían por qué había de irse de Vetusta. Ellos eran solamente la familia de sangre, como pasaba a ser denominada la familia carnal, la otra familia, la secundaria ya. Que debía limitarse a pagar y callar. Algo a lo que estaba muy acostumbrado su padre, supo

luego J.B., en la dura postguerra franquista para evitar una condena a muerte. De alguna manera, otra humillación más en aquel régimen-trágala. Otro insulto personal, otra santa desvergüenza.

Años después —y este ejercicio final de memoria no deja de ahondarse, destino de un texto orgánico en si mismo, que crece y crece emitiendo seudópodos como las amebas de las bromas del Murgas— años después J.B. captó un extraño simbolismo en este nuevo despojamiento sufrido por su padre rebelde y silenciado, represaliado maestro nacional de la República que ahora veía el alejamiento de su hijo mayor como otra nueva imposición cruel, como aquel mítico impuesto de los muchachos que pagaban los súbditos del sultán otomano. “A tu hijo nos lo llevamos con nosotros por su bien”, pudiera ser el argumento único o principal, aunque fuera formulado en términos mítico-ché: “porque Dios lo quiere para sí” o “para que siga su vocación de servir a Dios”, o algo similar, igual de sibilino y aleatorio en la España nacional católica en la que enraizaba aquella planta carnívora e insaciable opusiana. Que, para mayor ironía cruel, no llamaba a las cosas por su nombre sino todo lo contrario: usaba denominaciones que más que aclarar camuflaban la misma realidad que se imponía.

El colegio mayor Monterols de Barcelona al que fue destinado J.B. —y nunca mejor expresión determinista / antideterminista, el destino—era exactamente lo que eran los conventos de novicios o seminarios católicos, a pesar de que su apariencia fuera la de un colegio mayor universitario más de los de entonces. En paralelo a las clases en la universidad, los allí residentes, todos jóvenes opusianos solteros, seguían cursos de filosofía y teología idénticos en su programa a los más tradicionales de las órdenes religiosas clásicas, entre ellas dominicos y jesuitas. Eran estrictos seguidores de una tradición muchas veces centenaria, la de la iglesia católica, maestra en ese asunto clave de organización de grupos e instituciones, aunque, eso sí, con técnicas de lo que hoy conocemos como el Antiguo Régimen, uña y carne con ella, el mismo cuerpo místico —mítico-ché- y esencialmente anti-democrático. Parece una tontería, pero lo que a J.B. le dolió más en aquella percepción primera del engaño era precisamente eso: que lo hubieran convertido en seminarista con disimulación, pues enseguida salió que el nombre completo de la organización opusiana era el de “sociedad sacerdotal de la santa cruz”, otra triquiñuela más de camuflaje para enredar a niños incautos en la percepción posterior de J.B. seminarista o novicio, que venía a ser lo mismo, una figura que le producía rechazo especial; rechazo sutilmente acentuado, y con matices negativos, por el hecho de que en el proselitismo para captar nuevos socios se excluía taxativamente a exseminaristas y exnovicios de lo que fuera, a la competencia en definitiva, una manera de renegar del ser. Parece una estupidez, pero raramente armónica con el negar o disimular lo que en realidad se es, una norma de comportamiento seguida con espontaneidad en el disimulo de su nuevo ser numerario soltero.

Es sorprendente, milagroso, maravillosa la capacidad de adaptación del cuerpo y de los sentimientos, el alma al fin, a las circunstancias. Es posible que seamos sólo eso en lo hondo, circunstancias, y a ellas habremos de adaptar los movimientos tanto físicos como anímicos, de supervivencia, hasta el extremo de crear y transformar hasta las mismas normas morales que se revitalizan y

enriquecen en sus matices mismos hasta extremos verdaderamente creadores y transformadores. El arte de la mentira y su disimulación: he ahí el secreto. Se compra lo que se debe aunque se deba lo que se compre, la lucidez del financiero, frase amada del fundador de la organización opusiana. Resabios entre burgueses y de la sociedad estamental, puro antiguo régimen, antes de que se utilizara con cierta propiedad la noción de democracia y democrático. Elitismo e inversión de valores. La gran inversión de los valores —también morales— frente por frente de la gran inversión de la palabra, eje interpretativo principal. Con un sometimiento absoluto del cuerpo y los sentimientos —el alma— por medio de redes de confidencias y confesiones que confluyan —cual redes trinitarias— en un solo centro informativo y autoritario, más allá del bien y del mal y del secreto mismo de confesión, a lo que se denominaba libertad de los hijos de Dios, de los elegidos. Un cuerpo místico del que se desterraba lo sexual con saña, hasta el autocastigo juguetón de los pinchitos y los latiguillos de nudos, al tiempo que todo se erotizaba en arrebatos operativos y de acción invocando el amor de dios y de su santa madre virgen de las ilustraciones pasteleras y neo-renacentista italiano-ché.

A niveles simbólicos y retóricos creo que a aquellos numerarios solteros les hubiera encantado vivir su poder en la Nápoles clásica de Carlos V y de Felipe II: hubiera sido su medio natural, incluso estético. Y en un sistema *paranoico* —cerrado, encriptado para los de fuera de la *casa*—, que podía permitirse hasta juegos proféticos con tal de que impulsaran el entusiasmo, la acción, la inscripción sobre la puerta del foso del castillo de Santelmo, en lo alto de la ciudad, el viejo decumano romano naciendo a sus pies, que invocaba a Carlos el Emperador y a su arquitecto o ingeniero de la fortaleza Escrivá, debía leerse como una premonición profética como menos.

Una gran inversión de las palabras y de la narración misma, solo captable desde el salto fuera, a otro sistema, a otra narración o manera de narrar el mundo y la relación, las relaciones, sólo captable desde la conciencia del rechazo radical, desde la lucidez del renegado. La indecibilidad de algunas proposiciones y esa necesidad de reconstrucción ordenada.

A la gran inversión —inmersión en un sistema paranoico, el de los de la *casa*— sólo se la podía neutralizar con la otra gran inversión —el salto al fuera de la *casa*, la huida del *renegado*— y esa nueva gran inversión necesaria para sobrevivir y salir adelante airoso, fue posible para J.B. con aquel viaje de celebración postdoctoral a Ibiza. De alguna manera, pudo seguir el relato allí donde lo había dejado.

Y ese mismo verano se fue a Ibiza.

Y es aquí donde da comienzo, de hecho, de donde arranca el relato fragmentado y reconstruido de J.B.: una nonovela azarosa.

II.

UNA NONOVELA AZAROSA (Introducción de un segundo tramo narrativo)



1

El Arranque, cualquier arranque, siempre es emocionante y misterioso. El fin de un antes y el inicio de una estupenda aventura nueva. Incluso en la vejez o en sus anticipaciones multiformes; tal vez más evidente entonces incluso.

Bernhard, Kerouac, Camus. Tres sombras benéficas de los caminos del paraíso de las islas, en el que habitamos todos ya, una realidad. Kerouac arranca su mejor aviso con la evocación de la muerte de su padre, lo mismo que Camus arranca con la evocación de la muerte de la madre otro de sus mejores avisos; Berhard, por su parte, hace arrancar su aviso global más íntimo con el telón de fondo de la muerte de Alemania o la destrucción de Salzburgo. Pudiera verse así. Desmesura austro-alemana. Siempre la presencia de la muerte en el inicio de un canto a la vida que arranca.

Una suerte de orfandad esencial para un nuevo arranque. Onetti inicia su último aviso vital –cortés y sabio como todos los suyos– con la constatación del abandono de su mujer. Orfandad esencial de nuevo, sentimiento de abandono en el arranque de un nuevo nomadeo indagador a la vez que desalentado. Si hubiéramos sabido que el amor era esto o, más aún, imposible el saber.

Más hondo incluso el abandono onettiano, más profunda aún la orfandad percibida por el abandonado por un alguien más elegido que el padre, la madre

o el país de uno; que, en el caso de Bernhard, aparece por añadidura como imposición natural, fáctica, odiada. El abandono onettiano inicial –para luego intentar alumbrar algo o alumbrarse, o no-, al contrario que los otros apuntados e iniciales también, es una puerta abierta a la senectud y a la muerte como disolución, un enroque final.

En Kerouac, en Camus o en Bernhard, es una puerta abierta a la madurez más vital y activa aún, aunque conduzca como arranque también a esa disolución fatal intuida con mayor alegría o amargura. La inmersión en la escritura como única salida vital, el aviso.

Muerte de las diferentes o variopintas paternidades. Todas ellas, motor de arranque de alguna manera. Y espejos en los que mirarse o volver a sentirse. La disolución de las paternidades y la percepción de una nueva realidad narrable. El laberinto o los laberintos de la realidad.

2

El proceso de escritura de una nonovela es un proceso que dura toda la vida, y por ello es interesante conservar fragmentos – avisos – de los diferentes períodos y tiempos por los que transcurre la deriva de las diferentes etapas o eras temporales personales, infancia, juventud, madurez, *vieyera* y apalanque. De ahí esa tradición, en muchas culturas, de los cuadernos personales. Pienso en los japoneses, pero me reprimen.

El origen, de cualquier literatura seria, es el aviso. Y, si ya es muy refinada, el aviso para sí mismo, íntimo. Y también espontáneo, significativo. Para ti mismo luego, y para todos. Pero – si se da esa suerte máxima – sobre todo para ti mismo.

Si no existieran esas notas o avisos intermedios, el vuelco de la memoria podría convertirse en revolcón, a lo Proust, por ejemplo. Tal vez a lo Joyce. O a lo Bernhard. Gracias, Bernhard. Perfectamente complementario, a pesar de las apariencias, con ese “¡Eh, chico, ¿vas a algún sitio o sólo vas?” del Moriarty Kerouac. El revolcón sin red. El grito del aviso.

3

Del Movimiento a la Movida pretende ser una nonovela que quiere ser aviso.

Recuerdo un chiste filosófico de *El Roto* que para mí, como historiador, me sirvió mucho, de un alumno que se dirige a su profesor; el bocadillo es espléndido: “No nos enseñas lo que te enseñaron, enséñanos lo que tu mismo descubriste o aprendiste”, podría ser, aproximadamente. Eso es el aviso. *Del Movimiento a la Movida* pretende ser un aviso, resultado del descubrimiento personal de la vida, y por ello puede ser prolongado por un texto, lo más simple posible y descriptivo, que pudiera ser así: “Yo sé quién soy”, dijo don Quijote. Iluso”.

El aviso es uno de los géneros más escurridizos del canon literario, próximo a la literatura sapiencial; a pesar de que, al mismo tiempo, va en su sentido opuesto pues obtiene su excelencia de la más inmediata realidad, de la chispa de la vida o de la existencia, para que no suene a refresco publicitado de masas. El aviso debe explicitar sus fuentes de información, y estas deben de ser solventes, fidedignas, no torticeras o interesadas; lo cual requiere mucha maestría literaria y, al mismo tiempo, mucho verismo, credibilidad. Y sensación de ella.

4

Para lograr el verismo nonovelístico del aviso, J.B. debió ingenierarse un recurso literario tan viejo como la literatura –el del *manuscrito encontrado*–, pero con la condición de que este recurso fuera o resultara verdadero, que existiera física, materialmente, con todas las garantías de fiabilidad a la vista; ese manuscrito encontrado fueron los llamados *cuadernos negros*, sus propios escritos juveniles re-encontrados al cabo de los años y milagrosamente ilegos. Y con un truco literario último, que le permitiera mantener su distancia de aquellos míseros papeles que ahora le enfadaban, y hasta le desagradaban profundamente por su banalidad y pobreza expresiva, que fue asignarles un autor con un nombre diferente al suyo, pues ya no se consideraba en absoluto aquel chiquilicuatre que no hacía más que hablar de *temas* en lugar de asuntos, uno de sus más odiados tics lingüísticos. Distorsionar o camuflar, o no, algunos nombres de personajes más o menos reales, y atribuir el conjunto a ese autor inventado, *Emilio Sola*, un joven profesor de historia, poeta y tabernero por entonces, una suerte de alter ego, o amigo invisible, con resonancias en el nombre de un antiguo novelista francés. Para perfeccionar el camuflaje.

5

Si el hombre es el único ser capaz de historiarse a si mismo, de narrarse, la decisión de iniciar en un cuaderno de cubiertas de hule negro una puesta en orden de una vida poética puede considerarse como la primera respuesta a esa pulsión de narrar, la pulsión de narrarse a si mismo de alguien. El proyecto era seriar cronológicamente el material poético disperso aquí y allá, en papelitos informes e infantiles, para intentar encontrar una voz comprensible. Y el resultado, al cabo de unos meses, y al menos en tres cuadernos, visto desde entonces, y desde hoy, fue abrumadoramente mísero tanto en lo moral como en lo literario, al fin y al cabo lo mismo. Miseria intelectual, misería vivencial, misería expresiva, misería material, misería moral. Todas las miserias en una, fruto sin duda de una mísera educación corruptora de la racionalidad más sana, infantilizadora y castradora, fundamentalista y gregarizadora.

Horrorizado con el resultado primero, al cabo de unos meses, fue necesario un cambio de rumbo que se abrió con la segunda parte en un cuarto cuaderno, al que comenzaron a adherírselle fotografías e impresos variopintos del tiempo de la redacción misma. Parecía acoplarse, esa rectificación, a un misterioso verso de un poeta catalán que venía a decir en español algo que resultaba ambiguo, algo así como “diré lo que me huye, nada diré de mí”. Como un posible programa. Y poco a poco – como se advirtió a posteriori – aquello fue tomando forma de aviso sesgado, se fue acercando a la literatura de avisos, aunque con ocultaciones y condicionamientos intelectuales en ocasiones muy emotivos

para el mismo escritor que se historiaba a si mismo, cada vez más otro, al paso del tiempo.

Realmente, ya era Otro, definitivamente otro que podía enjuiciar a su verdadero homo antecesor. Y se dio cuenta el escritor, ya como historiador de si mismo, que era verdadera aquella formulación intuitiva de años después, aquello de “escribo lo que no puedo hacer para no volverme loco”, resultado directo de aquella insatisfacción absoluta con lo escrito por aquel otro, tan joven y naïf, de donde provenía o procedía. Derivaciones esenciales. El malestar devino pronto, en cuanto se dio cuenta del asunto, de su otredad, en provocación, en reto.

6

Con estos trucos ya estaba puesto el germen de la nonovela que había de convertirse con el tiempo, cuando el escritor encontrase el objeto de esa escritura – “lo que no puedo hacer” –, en novela al fin.

En el cuarto de los *cuadernos negros*, al anunciarse una *Segunda Parte*, la que J.B. iba a utilizar para su relato, aparecía escrito lo que sigue:

“Enero de 1971, en Madrid. La primera parte me parece algo elemental y con poco interés poético. Voy a intentar una segunda más testimonial, menos de adolescente o inexperto.

“Como le voy a dedicar menos tiempo a estos cuadernos, y cada vez, según espero porque así lo he comprobado, más distanciado, seré también breve.

“Me recuerda el diario de Amiel, tan de moda durante unos años; estos cuadernos aún están sin forma definida. De ahora en adelante aparecerán sólo los poemas que he recogido en algún libro, o sin más copiado a máquina.

“Dejo el cuaderno por una temporada, hasta que haya meditado un poco sobre su forma.

“(Vivo en López de Hoyos 64 (Madrid), con Armando Briones y María Luisa Bascuñán, así como con Marie Laura, una francesa que trabaja en su tesis sobre el siglo de oro español. Estoy bien.)”

Y eso era todo. Situación espacio-temporal, primera garantía de fiabilidad. Una de las esencias, si no el corazón mismo, del aviso, de la literatura de avisos. El perfil poético que el joven J.B. pretendía dar a los *cuadernos negros*, fue abandonado sin más ni más, sin siquiera avisar por qué, debido al simple hecho de que no resultaba funcional, operativo, adecuado para expresarse. Sólo en contadas ocasiones, en los *cuadernos negros*, se recogieron poemas o versos, aunque sí se habló en el inicio de poemarios, mas sin entrar en su contenido; lo cual fue mejor, puesto que eran versos malísimos y pobretones, casi desesperantes. J.B. llegó a apiadarse – lo odió – de aquel jovenzuelo, ya otro, que manifestaba con su osadía de poeta malo aún, en ciernes, al presentar aquellos versos a un jurado serio, tener muy poco sentido autocrítico, si no muy poco sentido del ridículo sin más.

Pero decidió no interferir, no manipular, respetar el aviso en su tosca espontaneidad, en bruto. Siempre había resquicios por donde se filtraba nueva luz. O, mejor aún, era la única manera de preservar esos resquicios por donde fuera entrando la luz. Aquel iluso inmaduro narraba mucho más de lo que pretendía narrar, desvelaba en ocasiones lo que quería ocultar, su autoestima misma era evocadora de sus mismas carencias, podía resultar dramática, y eso mismo era un valor expresivo. El máximo, para ese género con el que J.B. pretendía nonovelar, que era la literatura de avisos. Eso era el aviso que el joven poeta dejaba registrado sin duda para si mismo, para después, para satisfacción de un posible deseo futuro de narrarse.

7

LOS CUADERNOS NEGROS se conservan en la *Biblioteca de don Borondón*, o *del Naranjal*, como le dicen hoy; constituyen un fondo de especial valor procedente del legado de J.B., que es conocido como “Los cuadernos negros”, aunque los diversos cuadernos, en su mayoría, no son negros. Sí lo son los primeros y más antiguos, de los años sesenta del siglo XX, que resultan a su vez los menos interesantes, pero germen o raíz de todos los posteriores. El conjunto mantiene su interés, por lo dilatado en el tiempo y la continuidad media de sus textos; permiten captar una deriva vital de decenios de su autor.

Este es, sin duda, Boris Juan Bravo Gudunov, nombre desarrollado de J.B.; a pesar de sus múltiples ficciones literarias para difuminar el rudo impacto de su aviso, en ocasiones tierno por lo naïf, hasta lo vergonzante, en ocasiones casi místico y hasta proselitista. Si nos interesa aquí aún hoy, es porque en esas niñerías se escondían no pocos vestigios de lo que luego iba a ser *el paraíso de las islas*, nuestro presente gozoso.

Pasamos la voz a los *cuadernos negros* para poder seguir con la historia allí donde la habíamos dejado; cuando el narrador concluía:

“Y ese mismo verano se fue a Ibiza”.

TRAMO SEGUNDO NARRATIVO

VIAJE POÉTICO A IBIZA Y FORMENTERA DE UN DOCTORANDO CON PROBLEMAS.

J.B. se dispuso a disfrutar, como narrador, de la dicha de enmudecer. Pero nada más desplegar los primeros textos del final del invierno de 1971 se sobresaltó: no iba a ser posible, de momento, disfrutar de la dicha de enmudecer, de pasar la palabra a otro más imbricado en el relato, con esa belleza inconsciente añadida – en el fondo, la belleza sin más – de la espontaneidad expresiva comunicadora, veraz. El destello del aviso.

Y no iba a poder gozarse en la dicha de enmudecer, porque lo que estaba contando aquel chorlito algo pretencioso, sin pretenderlo siquiera, era un camino izquierdo de mándala, un *buceo en el balbuceo* – que dijera el Simons -, un correr en la dirección contraria – que dijera el Bernhard -, una inmersión de nadador en el océano primordial, el viaje de la divina Sofía, la casquivana – que dijera el Liaño -, al magma primigenio de los monstruos, la redención de la materia. La inmersión en la vida de un simple, ignorante de sus mecanismos elementales. El infierno del aprendizaje sin maestro o guía de fiar. La orfandad primera o primigenia. En el fondo, la búsqueda de un nuevo ser moral, de un nuevo plan de acción y comportamiento. Acorde con razón y naturaleza, como pudiera decir el joven fraile calabrés espiritado Tomaso Campanela. Tal cual sea la realidad, siempre es plenitud. Plenitud personal de un estar aquí único e inintercambiable, de posibilidad de respiración y movimiento.

Iniciada la huida lejos, hacia la dirección contraria, tras un rastro de la libertad, rotas las cadenas – iluso – más estúpidas y procaces incluso, al joven doctorando sólo le quedaba su voz poética como posible guía, y de ahí el esfuerzo por intentar registrarla. En principio, eso fueron los *cuadernos negros* de la biblioteca del naranjal, esta reliquia.

Después del verano en Simancas, en Valladolid, volví a Sevilla, en donde estuve todo el mes de octubre (1968) en casa de Manolo Álvarez, terminando de ver papeles del Archivo de Indias. Quizá fue aquel el mes más completo de mi estancia en Sevilla; bastantes noches las pasé con aceitunas y vino por cualquier calle de Triana; me acuerdo que con Pedro Rivera, huérfano de madre, que trabajaba una semana para vivir bien y a su gusto un mes, me vine a Madrid a primeros de noviembre y pasamos una semana por la capital de juerga continuada, durmiendo en el lugar donde nos cogía la noche; hasta que se nos terminó el dinero y fuimos a parar a casa de Marisa, mi prima. A Pedro no le he vuelto a ver desde entonces.

Luego conseguí clases en un colegio, cerca de la calle Povedilla, en donde vivía con Marisa, en el que daba cuatro horas diarias de clase por muy poco dinero. En Navidades nos fuimos Hidehito Higashitani y yo a Asturias y en febrero entré en la Universidad de Madrid como ayudante de don Vicente Rod-sado. Todo lo que escribí desde entonces lo recogí, seleccionado, en “Cinco estaciones” que presenté al premio *Puente Cultural de poesía*, que se convocabía por primera vez. Ahí comenzará, el 21 de marzo de 1969, mi vida literaria en Madrid.

“Cinco estaciones” era bastante malo. Lo que viene después, también. Para *Adonais* de 1969 preparé una nueva selección de lo que tenía escrito, que titulé “Sombras del XVII”, y para el *Leopoldo Panero* del mismo año todo lo que había escrito en el verano del 69 y principios del curso 1969-1970; se tituló “Dos para empezar, 22 poemas, dos despedidas y un final”; muy rudo todavía y sin casi interés. Para *Adonais* de 1970 preparé “Cuando las nubes”, mi primera recopilación de cosas más serias; tampoco sirvió de nada. Es, sin embargo, un libro trabajado y bueno; en endecasílabos blancos, con dos partes bien diferenciadas, una primera de poemas amorosos y una segunda ‘más a la moda’. Le tengo bastante cariño al libro.

El martes 16 de marzo de 1971, dentro de una semana, leo en *Cultura Hispánica* mi librito “La isla (Elogio de la pobreza)”. Me presentará Carlos Oroza. Ya lo comentaré.

Madrid, 27.VII.1971, en la estación del Norte, con cuatro horas por delante, de regreso de Ibiza.

“La isla” creo que es el libro, o pequeño libro de versos, más interesante escrito en España en los años de la postguerra. Si es verdad o mentira lo sabrán los que vengan. Lo leí en *Cultura Hispánica* el martes de la semana de san José de este año; me presentó Carlos Oroza, breve pero mágicamente, como sólo él sabe hacerlo, y asistió bastante gente, pocos poetas, casi todos amigos. Desde dos días antes preparé la lectura con un magnetofón de mi amigo Carlos Muñoz, industrial, y con el asesoramiento de Armando Briones, puntilloso y buen colaborador para este tipo de cosas, como muy bien ha experimentado María Luisa Bascuñán al mecanografiar sus poemas. Cuando me escuché por primera vez al magnetofón me pareció que estaba recitando salmos, o misa, o algo así; parecía un cura. Entre Carlos Oroza, María Luisa, Armando y Carlos Muñoz, con la colaboración también de Ilia D’Hondt, una amiga mía, compañera de la escuela donde doy clase, me enseñaron a modular y puntuar verbalmente. Al final lo hacía bien.

El día de la lectura empecé a entonarme con coñac a las tres de la tarde; cuando llegué a *Cultura Hispánica* estaba quizá demasiado entonado, un poquito borracho, pero bien. En vez de agua en la mesa, me puso Armando una copa de coñac. Comencé leyendo un poema de amor que dediqué a mis alumnas, allí presentes, de azafatas de congresos y alta costura. Luego leí unos fragmentos de “El unicornio blanco” y finalmente “La isla”. Me dijeron que fue una lectura vivísima, casi impresionante, que llegaba a gritar a veces; aplaudieron mucho y Armando casi lloraba de emoción según me dijo María Luisa luego. Quedé muy satisfecho.

En el *Mesón del Marisco*, a donde solemos ir después de las tertulias de los martes, cantamos y bailamos, bebimos mucho, etc. Rafael Montesinos estaba muy contento y me llegó a confiar, en plena exaltación del alcohol, como todos estábamos, la educación de su hijo Rafaelito; me dijo que desde la lectura de Cernuda en Madrid no había oído nunca versos tan rotundos como los de “La isla”; según me dijo María Luisa, pero yo no me enteré porque estaba en pleno viaje, Rafael me habló de la iniciación de una colección de libros de poesía con mi libro; creo que yo sólo decía que el libro lo quería publicar en Ibiza y venderlo exclusivamente allí. Luego se aclaró la cosa, días después, y quizá salga “La isla” este octubre en esa nueva colección a la que antes aludí.

“La isla” es mi libro. Lo quiero verdaderamente como a un hijo. Nació de la locura y por eso es verdadero. Todo el material de “La isla” lo escribí en cuatro días de finales de octubre de 1970 y surgió como consecuencia de un personaje entrañable: Diego Marón Sepúlveda, pintor canario, esquizofrénico creo que se le llama a su estado psíquico, con el que pasé muchas horas de charla y juerga en octubre. Todo ese material lo estuve elaborando hasta marzo, poco antes de la lectura, que fue cuando tomó el libro su forma definitiva. “La isla” es mi gran libro hasta ahora, y durante los cuatro días de su gestación creí volverme loco; por la calle, en el autobús, en la cama por la noche. Las palabras me martilleaban la cabeza y tenía que escribirlas para descansar. Vivía entonces en Ventura de la Vega, 9-3º, donde estuviera Antonio Hernández antes de pasar a vivir al piso donde vive ahora con su mujer Mariluz.

A finales de noviembre me fui ya a López de Hoyos, 64-7º con María Luisa y Armando. Tenía la ayudantía de la Universidad y unas clases en el *Centro Español de Nuevas Profesiones*, en las escuela de Azafatas de Congresos y Alta Costura, clases cómodas y bien pagadas.

La semana de san José cogí una pulmonía y tuve que irme a Asturias. Fernando Millán dio clase por mí en el Centro, y cuando volví a Madrid me fui a una pensión en Povedilla, 9, debajo de casa de Marisa, en donde estuve hasta finales de junio. Escribía por entonces, como sigo más o menos escribiendo ahora, algo que me parecía que podía encuadrarse bajo el título de “Elogio de la locura”, como “La isla” era “Elogio de la pobreza”. Ahora creo que no es demasiado correcto este título.

A finales de junio estuve unos tres días en Asturias y luego salí para Madrid para ir a Ibiza. Hasta el 5 de julio estuve viajando en auto-stop desde Madrid hasta Alicante, y desde allí a Orihuela, para terminar en Torrevieja, que era el lugar donde podía encontrar a Paco García Ortúño, el antiguo amigo de La Rábida con el que tanto hablé de poesía años antes. Paco había terminado Derecho en junio, está hecho un buen burgués, pero sigue tan cariñoso como siempre. Estuvimos tres días juntos. Fue un rencuentro agradable. De Torrevieja fui a Alicante, y de allí a Ibiza. Una semana en Ibiza, otra en Formentera, otra en Ibiza, y hoy, 27 de julio, en Madrid de regreso. Un viaje alucinante, padre de todo lo que escriba en estos días. El gran protagonista será Pierrot. Otro día, cuando más reposado esté todo, narraré esto más extensamente.

Estoy en el momento esencial de mi carrera. Para septiembre defenderé la tesis doctoral “Relaciones entre España y Japón, 1580-1614”, tras sucesivos retrasos, primero por mi

enfermedad de enero de 1970, luego por cuestiones burocráticas en 1971. El seminario de Extremo Oriente que dirigí este curso en la Facultad funcionó perfectamente, y para el próximo tengo asegurada su continuidad. Y hoy me enteré, mejor dicho ayer, que un profesor japonés se interesaba “por mi obra y mi persona”, y que quiere contratarme para una universidad japonesa. No sé nada claro aún, pero dentro de dos días lo sabré; mi madre me dijo por teléfono que la oferta son ¡noventa y cinco mil!, pesetas mensuales. Estoy algo asustado y ansioso. ¿Qué pasará? (Falsa alarma).

He leído, el otro día en Ibiza, *Una temporada en el infierno* de Rimbaud y me decepcionó profundamente; quizá porque la lectura fue precipitada, pero me pareció solamente un pequeño boceto mal conseguido. El curso pasado *Cien años de soledad* me pareció una verdadera obra de arte. De poesía española actual, además de Carlos Oroza, me gustó últimamente Jaime Gil de Biedma, al que conocí hace unos meses en casa de Bousoño; es un personaje con chispa y garra. Casi todo el resto me aburre, aunque reconozco que no soy experto y que sólo leo algunas antologías de vez en cuando. “¡Qué tristeza los libros!” Creo que yo escribiré muy poco, cada vez menos y más condensado. Hay tantas palabras de más, circulando por ahí.

La Universidad, los bares, la poesía; la ciudad nueva y la juventud. El mar. Lo indecidible. La vida. J.B. sonrió. Necesitaba ayuda y recurrió a los *amanuenses*, como se autodenominaban por mantener la vieja tradición de los originales a mano en la escritura de historias, aunque no siempre cumplieran esta norma a rajatabla. A mano, con sus huellas digitales por doquier. Quería enmudecer, que siguieran los *amanuenses*, normalmente los jóvenes estudiantes viajeros de conocimiento y de contactos por cada vez más innumerables centros de documentación globales. Eso sí, estaría a su disposición cuando lo precisaran. Ese era el pacto. Y llegaron estos, atrevidos y jocosos. Así pudo proseguir J.B. con su informe-evocación de nuevo, desde una cierta distancia. Pasaba la palabra a sus avisos de juventud, bendita literatura. Pre-sapiencial, sin duda.

A los antiguos correligionarios, compañeros sectarios, gregarios de equipo, que no amigos, todos jóvenes solteros y estreñidos o distantes, desaparecidos para siempre y de manera fulminante de su mundo y de su vida, sucedían ahora los nuevos amigos y amigas, colegas poetas, estudiantes con inquietudes y marcha, compañeros de barras de bar y otras farras. Se adivina la nueva trama en los textos, pero muy someramente. El desborde existencial exigía calma; se percibe en los detalles secundarios, indirectos, por no decir transversales: el viaje a Ibiza del verano de 1971 se cita, pero no se narra de inmediato, sino meses después, y con un tino y un pudor sorprendentes. J.B. no podía sino sonreír socarrón. “¡Lo que se avecina!” Ni sexo, ni drogas, ni rockanroll, cuando aquello había sido una primera inmersión precisamente en eso. Ante condicionamientos intelectuales represivos en la expresión, es fundamental la sospecha, todas las sospechas.

J.B., al presentarles los *cuadernos negros*, se reía con los amanuenses que habían aparecido interesados por allí, ante la convocatoria de la nonovela refractaria en preparación. O las amanuenses, porque, con mucha frecuencia, eran chicas.

16.XI.1971. Vivo en Santa María de la Cabeza, 1-2ºizq., en una pensión de donde espero salir pronto.

El martes pasado presenté en *Cultura Hispánica* los poemas nuevos bajo el título de “Nuevo elogio de la locura”. Leí en primer lugar “La isla” y luego el grupo de poemas nuevos, terminando con el de Ahmed y el de Pierrot. Me presentó Antonio Hernández muy cariñosamente, recordando los viejos tiempos de la calle *Ventura de la Vega*, mis despistes, mi afición a Extremo Oriente, al vino; la crítica que hizo de mis versos fue favorable, mostrándome aún inmaduro, en algunos detalles, pero con mundo poético definido. Vinieron muchos amigos, pocos poetas, muchas chicas y los de siempre. Me entoné bastante con coñac, leí muy desigualmente, pero con fuerza, y al final un argentino que anda por aquí (Ángel Leyva) me hizo un elogio, memorable para mí. Me dijo: “Acabo de llegar de Argentina y le felicito; me creí que la poesía española estaba muerta”. ¡Vivan los argentinos!

Esa noche me acosté a las siete de la madrugada y, a causa de eso, perdí un trabajo que necesitaba mucho en el Instituto *Lope de Vega*: bien pagado y de pocas horas. Una lástima. Pero me alegro porque eso me hará buscar algo nuevo en la Universidad Central o en la Autónoma. Mañana iré a la Facultad por la tarde a hablar brevemente de la poesía española de postguerra, aunque no es fuerte mío, en clave de segundo de comunes; es un proyecto de Arturo Ramoneda, viejo amigo de Sevilla en los días en que viví en calle *Virgen de la Regla*, ahora ayudante de literatura aquí. Será, medio clase, medio lectura de poemas, y seguirán, una vez al mes, otros poetas. El proyecto es que continúen Brines, M.R. Barnatán, Mauro Armiño, Ignacio Gómez de Liaño, etc. Ya veremos qué es lo que sale de todo esto.

Profesionalmente estoy en un momento clave, bastante confuso y muy cansado de la pesadez de todo lo *oficial*. La lectura de la tesis se retrasa por verdaderas estupideces burocráticas. Llevo un seminario sobre Extremo Oriente, pero sin dotación, pues renuncié a la ayudantía para que no me hicieran enseñar cosas ajenas a mi especialidad. Llevo cinco años de investigaciones, sin ayudas oficiales de ningún tipo, y este año no me concedieron la beca a la investigación. Estoy sólo con el dinero de mis clases de Azafatas, que sólo me dan para vivir, y no en una casa para mí sólo. Haré dos gestiones finales y luego, si no resultan bien, pensaré en marcharme. ¿A dónde?

Me gusta Fuencisla, una chica muy inteligente, de Relaciones Públicas de Iberia, vieja conocida del año pasado. Me gusta estar con ella. Tengo pendiente una serie de temas: Peter Newman, estancia en Ibiza y en Formentera, agosto en Madrid y las excursiones con alumnas de Turismo en camping, y “Ahmed de la tierra del sol”. Un día con ganas le meteré mano.

Estoy disgustado porque, y ya tardaba, Carlos Oroza está hablando mal de mi. Mil veces le he dicho que es el poeta al que más admiro, que soy amigo suyo de verdad, etc. Pero,

y Antonio Hernández me lo había advertido el día de la lectura, ha comenzado a hablar mal. Dice que le copio, que soy un rebelde de pacotilla, y cosas así; a mí me molesta, pero le conozco demasiado bien para echárselo en cara. Es su vida.

Arriondas, 30.XII.1971

Es un día de lluvia, muy asturiano, y los amigos de por aquí están en su trabajo. Sigo sin ser doctor aún; un parto perfecto, puesto que ya hace nueve meses que presenté en la secretaría de la Facultad las cinco copias mecanografiadas de la tesis. Cuando llegue a Madrid, presentaré papeles para la Autónoma y hablaré con el Decano de la Central para ver qué es lo que puedo hacer en España de mi especialidad. Nada más leer la tesis, escribiré a Hide. Mañana viene un obispo de China, asturiano amigo de Tío Pepito, dominico, que está ahora en Manila en la Universidad de Santo Tomás; aunque no me gustaría llegar a Oriente de la mano de los curas, veré qué pasa.

El mes de julio de este año, escrita y presentada “La isla”, lo pasé en Ibiza y Formentera. Hice el viaje en auto-stop desde Madrid a Alicante. Fue divertida la noche en Ocaña; en el bar de la casa donde iba a dormir conecté con algunos del pueblo y fuimos a Aranjuez, carretera atrás, a un bar americano; bebimos, cantamos, etc., y allí había una chica, Lola, que conocía a Mauro Armiño de Madrid; era una galleguita que hacía la carrera de prostituta según se veía claramente. Era guapa. Hasta Alicante llegué con un viajante de material de jardinería de una casa alemana (Wolf, o algo así, era la marca), exjesuita, simpático y abierto; estuvimos en un club por la noche y me dio su dirección en Madrid. Cada vez es más difícil mantener y ampliar amistades, pues no hay tiempo material para ello; en este campo voy con el viento que sopla.

El viaje en barco a Ibiza fue agradable. Iba conmigo en el barco un exinclusero que tenía una novia ibicenca, que le esperaba con una tía suya, gorda y empalagosa, en el puerto. Era un chico tranquilo y sonriente que había hecho la mili en la isla y que estaba siendo pescado descaradamente por aquellas dos mujeres; me lo encontré un par de veces más por la ciudad después, con su novia. Me ayudó a buscar alojamiento en Ibiza, en una pensión en la plaza Vara de Rey, me parece que se llamaba. Allí tuve de compañeros de habitación, primero, a un murciano labrador de paso para Mallorca, captado por el turismo – camarero, chico de club, etc. -, trabajador accidental y que había intentado ser novillero; como Pepe Romero, pero sin tanta afición. Luego, un tipo de unos treinta años, cargador de muelle, sin futuro – llevaba carrera de mendigo- y sin cerebro; quizás el personaje más doloroso de los que me topé en el año; conservaba, sin embargo, el rostro sonriente; su mundo llegaba por el norte a Huesca, donde había arreglado un tejado en una ocasión, pasaba por los puertos levantinos y alcanzaba, sin saber qué se le había perdido allí, a Ibiza.

La primera semana en Ibiza fue de toma de contacto; iba mucho a *Po-polls*, según me había indicado Carlos Torroba, y por los bares de aquellas calles. En el *Mono Desnudo* tomaba algo por las tardes y en *La Tierra*, el bar de ambiente más agradable, charlaba con la gente; allí conocí a una danesa, Rose, y a una alemana delgadita y nerviosa. Poco a poco las caras te eran familiares y no había problemas, nunca los hubo, de comunicación. Con Richard, un argentino que iba de turismo barato por Europa, iba

algunas tardes a los bares de la “alta sociedad” ibicenca: *Tauro*, *A-II*, etc. Llenos de viejas señoritas y maricas; Lola, la dueña de *Lola's*, la duquesa italiana, dueña de *A-II*, Lola, la dueña de *Tauro*, o Conchita, bilbaína simpática que iba a montar una boutique de cerámica en la ciudad alta. En la *Ivan Spengler* saludé y charlé un rato con Alberto Porta, amigo de Diego Marón. Por las mañanas iba yo solo a la playa más cercana, entonces muy sucia y con poca gente, debajo de la ciudad alta. Allí me hice una piedra para colgar al cuello muy bonita, la pareja de la piedra negra que hice para Maribel años atrás en Málaga; las perdí en Arenas de San Pedro, en Ávila, en una de las excursiones del verano con las alumnas de Turismo, pero tengo una fotografía en la que se ven bien.

Fue una semana agradable, pero mi destino era Formentera, la verdadera isla soñada en “La isla”. Dejé la pensión de Ibiza y me fui a Formentera una mañana; en el barco me encontré con Ángel González, que iba a Formentera con una amiga, y charlamos un rato. Fue casualidad agradable. En la *Sabina* hice auto-stop hasta San Francisco y me alojé en la casa del conductor, que la acababa de abrir como casa de huéspedes. Era una habitación en la planta baja con dos camas, en una de las cuales dormía yo y en la otra, libre, dormiría varias noches Pierrot. El primer día alquilé una bicicleta en San Fernando, y con ella visité toda la mitad de la isla entre la *Sabina* y las playas que están junto a San Fernando. A Peter Newman lo conocí pronto, una tarde que unos hermanos ingleses llevaron al bar de San Francisco algo para fumar. Nos hicimos buenos amigos, alquiló otra bicicleta y juntos hicimos excursiones por la isla, escuchábamos música al atardecer en algún bar de San Francisco o en San Fernando – en el bar *Descanso* mucho, de unos americanos que conoce Moncho Dicenta, como luego me dijo –, conocimos algunas chicas, pedaleábamos casi todo el día por la isla, bebíamos y fumábamos. Él había estado en tratamiento por toxicómano bastante tiempo, y aquellos días recuperó mucho. Me contó historias de Hamburgo, de cuando él trabajaba y tenía muchos amigos, así como de sus viajes continuos por la “Europa cálida”. Todo el submundo de los drogadictos lo conocía bien. Fueron los días más perfectos de las vacaciones.

Al volver a Ibiza me alojé en la casa de Carlos Torroba, que había alquilado un chalet en Figueretas. Pierrot se fue en busca de algunos amigos alemanes que vivían en Ibiza pero pasaban el día en la playa de Talamanca. Quería conseguir dinero y algo para viajar, y durante un par de días o tres lo perdí de vista. Otra vez los amigos de Ibiza, las noches por allí con Carlos Torroba, *Po-polls*, el *Drugstore* que acababa de abrir un italiano conocido, etc. Me encontré de nuevo con Pierrot con una botella de vodka y una trompa descomunal una noche, después de un viaje de LSD. Y a Ilía, vieja amiga de Madrid de la escuela de azafatas, en donde daba clases de francés y de alemán; pero estaba un poco rara, a pesar de que habíamos sido muy buenos amigos en Madrid. Me dijo que dejaba la Escuela y que iba a marcharse el curso siguiente a Granada; me presentó a muchos amigos y amigas de años anteriores, etc. Todo normal.

A finales de mes me dispuse a volver a Alicante y Peter Newman quiso venir conmigo para visitar a un amigo americano que estaba en la cárcel en Alicante. Vimos a algunos amigos suyos alemanes para que él consiguiera dinero para el viaje. La vuelta en el barco fue una auténtica aventura. Es una lástima que no tenga paciencia de novelista o al menos de narrador detallado. Fue la culminación de las vacaciones y donde pude captar de forma profunda el mundo de los toxicómanos.

Madrid, 6.III.1972, sigo en Santa María de la Cabeza

Estoy pasando uno de los momentos más críticos y difíciles de los últimos años; aún no ha salido la convocatoria definitiva de mi tesis cuando, dentro de dos meses, está a punto de hacer un año de su presentación. Don Santiago Montero, que era el presidente del tribunal, renunció tras varios intentos de convocarlo infructuosamente; había recibido una carta suya en la que me decía que contara con su máxima nota, pero ya no tiene validez; el nuevo presidente (del tribunal o comisión) de la tesis es don Vicente Rod-sado; por un lado, mejor. Hasta que no lea la tesis, y aquí está la clave de la situación, no voy a mover ningún hilo para conseguir el trabajo definitivo en la universidad o donde sea. Es, por tanto, problema personal, de cabeza; realmente válido porque, de verdad, no tengo ganas de hacer nada nuevo profesional mientras tenga encima esos 870 folios mecanografiados.

Sin embargo, he hecho algo sobre China; un artículo de unos veinte folios que tienen en *Sábado Gráfico* – intenté primero en *Triunfo*, pero no había lugar – y que me ha prometido Rodríguez Aragón que saldrían “cuanto antes”. Es una revisión de los personajes políticos clave de la China de Mao, su trayectoria en el Partido y en la revolución china, y su importancia en China después de 1949. Me gustaría hacer algunos trabajos de este tipo, y quizás lo haga en breve, pero hay que hacer muchas visitas, hablar con mucha gente, etc., que siempre es pesado.

Últimamente no he escrito casi nada de poesía, salvo finalizar un poema que tenía comenzado para Beatriz Purroy. Desde hace dos o tres días, pero sé que no es terminable por ahora, estoy con algo parecido a una obra de teatro, poética, ambiciosa, con una historia de amor, que se titularía algo así como “Farsa y tragedia del arbitrario gobierno en un país extranjero, con una historia de amor incluida”; pero es difícil combinar lo ridículo y grotesco con lo dramático. Leeré “La isla” pronto en un acto para empleados de banca; habrá canciones, quizás también Patxi Andión, y esto mío. Todo surgió por un nuevo amigo, Miguel Ángel García Juez. Y de chicas, estoy ahora algo ilusionado con Elena, aunque salgo a veces con Cristina Spengler, reporter gráfico y mujer interesantísima aunque algo rara de carácter; también con Marian Hierro, que es una cría bonita y con problemas psíquicos. Como siempre, aún libre.

Iluso: “Como siempre, aún libre”. En el inicio, el camino izquierdo del mándala es suave, más que ascenso parece leve declive del terreno, paseo apacible. Y poco a poco se va adentrando uno en el hondón de la noche. Espléndido descenso a tierra, si es que uno encuentra luego la salida, una nueva anábasis. Todo es emocionante, todo atractivo, a todo se lo recibe con los brazos abiertos, puertas y ventanas abiertas sobre el mar. La primavera de 1971 tiene coloreadas teselas de ese mosaico brillante pero aún de tonos oscuros, como fue ese tiempo. Un cambio de casa, a un ático soleado de una calle tranquila, y nuevas amistades, con perfil cada vez más dramático y residual, fueron imponiéndose en los avisos de manera progresiva. Y fueron conformando, las diferentes teselas, historias de transgresión, de búsqueda de caminos contrarios y, finalmente, de búsqueda sin más. En los *cuadernos negros* comenzaron a aparecer

ilustraciones; tarjetones de invitación y tarjetas postales – la primera venida de Suecia –, fotos, recortes de prensa, dibujos. Al principio tímidamente, luego en tromba. Cada vez más la Universidad y el mundo formal – hasta que llegó la sangre a la calle – desaparecía más de los *cuadernos negros*, y la cotidianidad más ruda se adueñaba de ellos, cada vez más fronteriza y nómada, en su perfil más primario de divagante e insegura. Siempre, eso sí, radicalmente en el sentido contrario, con voluntad – naíf y pop – de rebelión, de ruptura.

[Esto precisa un tercer tramo narrativo.](#)

III

TERCER TRAMO NARRATIVO

NUEVA CASA Y NUEVAS PERSPECTIVAS: EL HONDÓN DE LA NOCHE

Una nonovela es, ante todo, una experiencia vital desarrollada, ya sea en una narración formal o informal, como sea, un simple discurso temporal que se hace aviso. Y poco más. Enfoques o perspectivas de la narración valen tanto como silenciamientos en el desarrollo literario de esa experiencia vital. Uno es capaz de narrarse, luego existe. Y la materia narrativa más inmediata es lo que a uno le toca. Otra vez el “diré lo que me huye – lo que me pasa o sobrepasa –, nada diré de mí”. J.B. captaba mucho miedo a narrar en aquellos *cuadernos negros*, demasiadas omisiones que no sabía atribuir sino a un pudor especial ante el sexo y las drogas, que comenzaba a vislumbrar como una clave misteriosa de un mundo que desconocía y que le intrigaba. Se hallaban, por añadidura, en el campo de la transgresión, tanto como el asunto ambiguo de la violencia revolucionaria, por donde pululaba también el submundo de la delincuencia y de la búsqueda de supervivencia. Los desheredados y los sin papeles, drogadictos y moros, nómadas y buscones. Pierrot y Ahmed. Curiosidad ante nuevos desvelamientos, de nuevo el buceo en el balbuceo, la curiosidad, puertas y ventanas abiertas sobre el mar.

A los amanuenses todo aquello les parecía muy normal, pero J.B. se sonreía. La tarjeta postal venida de Suecia era un paisaje nevado, dos casitas, un puente, un río y un abeto; y de una rama de acebo también nevada que se curvaba para enmarcar el idílico paisaje, colgaba un farol encendido; “best wishes from Cajsa”. Y su dirección en Estocolmo. En el barco de regreso de Ibiza a Alicante del verano anterior, con Peter Newman – el que en los momentos mejores de delirio gritaba “may name is Pierrot” – la chica sueca Cajsa había sido acompañante en su primer viaje de *LSD*. En el barco. El joven poeta y buscón de historias se censura, pugna por expresar pero se atranca. Sugiere sólo, está preso aún por ese condicionamiento intelectual de la disimulación, tan interiorizada, tan íntimo pudor o estigma, tatuaje. El inicio de la senda izquierda del mánjala es suave, pero va mostrando, poco a poco, abismos entrevistados entre amables sonrisas y paisajes. Mientras uno aprende a narrar lo aún indecidible, sólo deja retazos, chispazos, avisos mínimos, aún deslumbrado por el relámpago, por la ráfaga de realidad. El primer viaje de ácido *LSD* en un barco, flanqueado por el Newman y la Cajsa, con encuentros mágicos y reales y algunas alucinaciones

brillantes y coloridas, también terribles. “Déjese de batallitas, J.B., que ahora comienza a venir lo bueno”, y los amanuenses desplegaron un nuevo bloque narrativo, otra pequeña colección de avisos.

26.V.1972, en Zabaleta, 56-3º

Al fin he cambiado de casa. Servando Carballar y Carmita Heiman me avisaron de que había quedado libre este piso encima del suyo; lo visitamos Miguel Ángel García Juez y yo, y nos gustó; barato, con mucha luz, teléfono, una terraza, algo amueblado, etc. Estoy muy a gusto, casi todo el día solo y he comenzado a escribir. Leí la tesis el día 6 – ¿o era el 4? – de mayo y obtuve la máxima calificación, sobresaliente cum laude. Al fin, tras un año de espera. No esperaba tan buena acogida por parte del tribunal; prácticamente no hicieron más que elogiar el trabajo y animarme para continuar con la investigación iniciada. Estuve totalmente solo en el acto: mejor. Ahora he comenzado una serie de gestiones para volver a tener la ayudantía en la universidad y hacer permanente el seminario de Extremo Oriente.

“La isla”, un poema en cuatro partes, que ahora llamo “Tentación de la huida”, y el poema de Peter Newman y Ahmed, los estoy recopilando poco a poco – me lo hace Miguel Ángel- para empezar a hacer gestiones con vistas a la publicación; lo de Cultura Hispánica de Montesinos no era nada. El acto con Patxi Andión no salió: lo prohibió la policía veinticuatro horas antes; no obstante, tengo un programa bastante bonito; algo es algo.

También estuve en estas fechas en la Dirección General de Seguridad. Ahmed el moro me dejó en casa una filmadora, que resultó robada, y me vinieron a buscar a la pensión; no pasó nada, pero fue desgradable, aunque interesante, la experiencia. Debe de estar en la cárcel, Ahmed, o en su tierra, devuelto por la policía; tenía una banda medio organizada con la que asaltaban coches por las noches. Era previsible ese final para él, totalmente enrolado en actividades ilegales o peligrosas, sin pasaporte, sin trabajo, etc.

Este verano debería ir a Inglaterra, pero no tengo ganas ni dinero suficiente. Creo que terminaré yendo a Ibiza, que me atrae más. Estas Navidades me llegó al café Gijón la tarjeta de Cajsa que conservo aquí; era una chiquita sueca que, con una amiga, Elisabeth – drogadicta avanzada- nos encontramos Pierrot y yo en el barco de vuelta de Ibiza; los cuatro protagonizamos una noche inolvidable para mí; en el barco me encontré, cuando buscábamos algo para Elisabeth que se encontraba muy mal, con Alfonsito el del Gijonés, un chico de Arriondas de mi edad, que nos solucionó el problema. Un día relataré la memorable aventura. Me dio mucha alegría la tarjeta de Cajsa.

El verano pasado, después de Ibiza, di el cursillo de reválida para los de Turismo en la escuela; allí conocí a Elena, alumna del cursillo; hicimos muchas excursiones, cada fin de semana, los profesores y amigos de los profesores y las alumnas y amigas de las alumnas. Eran divertidas; Armando Briones venía, también vino una vez Juan Carlos Molero, y Carlos Muñoz, Mauro Armiño estuvo otro día, etc. En una de ellas, con bastante vino encima como era corriente, perdí las piedras y la cruz que tanto quería.

En ese final de verano conocí a Ahmed y comencé a saber su historia, su tipo de vida, su forma de subsistir, etc. Siempre le traté bien y me tomó un gran cariño. Por entonces escribí el poema suyo.

Esta primavera, a principios de mayo, y en diciembre pasado, hice dos excursiones largas con alumnas de la escuela; en diciembre a Andalucía, en mayo a Mallorca; fueron muy divertidas; me siento a gusto en este tipo de actividades. También terminé la obrita de teatro “Farsa del arbitrario gobierno en un país extranjero con una historia de amor incluida”; la está leyendo Servando. Recojo en ella un poema irónico y político, y otros varios de “Tentación de la huida”. He leído últimamente *Ubú Rey* y una pieza de Gombrowicz, *Yvonne*, y no me parecen mejores que la mía; bueno, es diferente, pero creo que tiene alguna chispa la “Farsa...”

La literatura de avisos puede ser monótona y reiterativa, en muchas ocasiones, pero esa misma disfunción narrativa o imperfección – con las ocultaciones y puntos de vista – entra a formar parte de su valor, hasta lo neurótico como límite. La necesidad – la búsqueda – de pistas o avisos recurre también a la imagen y al objeto físico, no literario, para expresarse, que de inmediato también se convierten en elementos literarios narrativos. Así, una tarjeta o carnet de investigación con la foto de un doctorando aniñado, lleva este texto explicativo: “Esta es mi última tarjeta de investigación hasta el momento. Lleva la fotografía que me hice en Pamplona a raíz de los exámenes de quinto de carrera. Entonces, con esa cara, comenzaba la etapa nueva de mi vida. Hoy, doctor en Historia, profesor en Madrid, poeta aún inédito, con veintiséis años y sin prisa ya, al fin, por nada... estoy en vísperas de salir para Sevilla de nuevo, con la tesis bajo el brazo y una carta para Gil Munilla con vistas a la publicación del trabajo en Sevilla. En la embajada de Japón me han prometido una subvención si les presento un presupuesto de los gastos de la edición; lo tramitaré todo en Sevilla la semana entrante, primera de julio.”

Una foto de una hermosa muchacha morena y de gesto inteligente, lleva este comentario: “Y esta chica tan guapa es Elena Murilla; hace un mes o así que no la veo, y sin embargo la quiero mucho. Pero no es ella la única; está Marián Hierro y su hermana Margarita, con las que me llevo muy bien y, por temporadas, deseo su compañía. Fuencisla está definitivamente olvidada; la llamé hace un par o tres de semanas y salí con ella una tarde; ya no sentía nada en su compañía. Está también Maribel Pérez de Tudela, hija de Juan Pérez de Tudela, ayudante en la Facultad como yo, con una gracia especial que me atrae mucho. Y Nicha Arcas.”

Amigos, amores, intereses, pura expectativa. Y balances. Un respiro reflexivo, previo a un verano en Madrid, la gran ciudad del interior, con final muy peligroso, frontera de la tragedia.

Llevo todo el mes de junio de juerga continuada por Madrid; mis compañeros de estas noches fueron: Carlos Torroba, como siempre presente en todos los lugares de la noche de Madrid, muy buen amigo; Antonio Hernández y Lolo Adrada, andaluces gaditanos impenitentes, con los que cada vez estoy más incómodo, aunque siga teniéndoles gran cariño; Jorge Cuña, poeta gallego culto e interesante, muy loco, tremadamente loco, con el que surgió un puente de comunicación similar a los nacidos entre Diego Marón o Peter Newman y yo; quizá le visite un día en Pontevedra. Claudio Rodríguez, últimamente borracho a todas horas cuando le encuentro; me quiere mucho y yo a él también; incluso le invitó a pasar unos días en Asturias, pues Clara trabaja todo el mes de julio, pero es difícil que acepte. También Ramón Pedrós, que quería que le acompañase a Pamplona esta semana para unas reuniones de arte actual que hay allí – los Encuentros de Pamplona de la *Fundación Huarte* -. Inés Velázquez, mexicana de vida agitada, con la que tuve un idilio de algo más de una semana, pintora, casada en Alemania, suicida frustrada hace tres meses tras la muerte de su novio en accidente, india de cara, de divino cuerpo y a la que debía llamar ahora mismo... Pero estoy descansando de tan agitado mes; no quiero salir de casa al centro antes de mi viaje a Sevilla; tengo poco dinero, además, y miedo por mi salud periódicamente. También María Lo, de Gijón, que viene a casa muchos días a la semana para tomar el sol aquí con su niña de seis meses Beatriz, hija de Dámaso Santos, según creo, y no mía por dos meses; quiero mucho a María y a su niña; creo que no les faltará nada dentro de unos años; ella es uno de los símbolos femeninos de la noche madrileña de estos años. Tengo una fotografía suya en Asturias que debe ir aquí.

La dispersión es total. ¿Cómo centrarme y con quién? Será el gran asunto personal de estos meses.

Van a comenzar mis vacaciones de verano de 1972. Algo pasará que yo no sé. Será la base de lo que pueda escribir en el futuro, pero creo cerrado el ciclo de la isla y lo que ha seguido hasta hoy.

Madrid, 2.VII.1972

Madrid, 8.VIII.1972

Este año, de vacaciones caprichosas, nada; de Asturias a Madrid y de Madrid a Asturias; alguna escapada breve con un automóvil y nada más. Estuve, sin embargo, una semana en Sevilla bastante agradable; volví a ver a Manolo Álvarez y su familia; me alojé en la calle Mariana Pineda, como siempre que voy a Sevilla últimamente, y he hecho un gran descubrimiento: habitaciones en una gran terraza, como un patio, muy rústicas e independientes; allí conocí a Lavinia e Isabel, que iban de paso para Polonia, americanas de padre polaco y madre rusa, actriz Lavinia, Isabel una cría de pocos años – dieciséis o diecisiete-; en Madrid se alojaron en la casa (de Zabaleta) con sus sacos de dormir etc., y Lavinia cumplió aquí los veinte años; lo celebramos con sidra achampanada en la terraza, en donde Carlos Torroba hizo de viejo fauno.

De Sevilla me traje dos cuadros de Carlos Calderón – que firma Solrac- regulares nada más de estilo, y una alfombra. Carlos Torroba me va a regalar un cuadro suyo con tema algo así como triunfo de la locura; con dos dibujos, regulares también, que tengo de Paco Selva, de Málaga, puedo hablar ya de una pequeña colección. Echo en falta los dibujos que tenía de Diego Marón, aquellos que realizaba en mis papeles en el café Gijón y que nunca conservé.

En Asturias comencé un guión de cine que podría titularse “El autoestopista”, con el tema constante desde hace meses de la huida de la ciudad, civilización, mundo moderno, etc. Y desde hace unos días me está naciendo un nuevo tema poético, aún no demasiado claro; anoche, por primera vez que yo recuerde, escribí con alcohol: me bebí todo el coñac, ron y ginebra que tenía en la casa. Creo que he intuido una cuarta dimensión, algo así como el espíritu tras la muerte, sin memoria, errante en busca de una nueva materia en que instalarse.

A Sevilla fui para gestionar la publicación de la tesis en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, y para traerme un presupuesto que presentar en la embajada de Japón con vistas a una subvención. No sé qué pasará aún. Por otra parte, me estoy ilusionando con iniciar un trabajo nuevo extenso, que podría ser la historia del orientalismo español.

Estos días de agosto salgo mucho con Carlos Torroba y, sobre todo, con Beatriz Purroy; va a traer a Madrid a su niño Sergio; lo sacará de la guardería porque “se lo han dejado” raquítico: casi dos años y no camina; es un crío muy guapo, según las fotografías, con aire triste; tengo ganas de que venga porque a Beatriz le sentará bien, aunque ella tenga miedo.

He comenzado el cursillo de Turismo, en donde daré en total diez horas; el de este año parece más anodino que el del año pasado.

Cuando aparecía alguna foto en los cuadernos negros, los amanuenses se reían: “¡Vaya pintas!” Y aprovechaban para ir a visitar a J.B., que siempre encontraba un hueco de su tiempo para recibirlos y estar con ellos un rato de charla. Había fotos de María Lo, de Elena Murilla y del propio joven poeta, con aspecto cada vez más alejado de aquel graduado formal y aniñado de las primeras fotografías. J.B. no se reconocía en ellas para nada, ni sus asistentes ocasionales, chicos y chicas desinhibidos y jolgoriosos, le reconocían a él tampoco en ellas, por lo que sonaba natural que J.B. se refiriera en tercera persona al narrador como si fuera alguien ajeno, otro. Porque era así. Dos fotos de carnet llevaban la siguiente explicación: “Esta foto fue hecha a la llegada de Ibiza del año pasado, para dar el cursillo de verano de agosto. Se ven las piedras y la cruz que perdí en Arenas de San Pedro. Esta segunda foto es poco después; mi prima me cortó con una tijera la parte de abajo del pelo, y quedé así. Las dos están hechas en Arriondas, en casa de Jesús el de la Fortuna.”

De nuevo la literatura de avisos, bien especificadas fechas y procedencias, voluntad de constatación, de documentación. Tal vez neurosis. Verse, saberse,

narrarse. Desde ese camino izquierdo de mándala elegido, aunque sin saberlo, el deseo de comprender y comprenderse. Una cruz – único vestigio de un pasado que olvidaba a marchas forzadas – perdida en una borrachera una noche en una sierra en una excursión de verano, en un relato mítico podría simbolizar la pérdida del último signo material de ese pasado que aún – estaba lejos de ello – no había sido capaz de racionalizar, pero que ya sabía que había desaparecido de su vida. De ahí, sin duda, la reiteración en el balance provisional de ella como punto de partida.

Madrid, 8.VIII.1972

Tengo veintiséis años, he hecho el doctorado de Historia; durante dos años he dirigido el seminario de Extremo Oriente en la cátedra de Moderna de la Universidad de Madrid; tengo gran futuro, si trabajo, según los técnicos en estas materias; llevo clases en un centro privado de prestigio (C.E.N.P.) en Madrid; tengo amigos, una casa, algún cuadro, un libro de poesía, inédito por mi congénita indolencia y por las dificultades inherentes a este tipo de escritos, una pequeña obra de teatro, un guión de cine y una ambiciosa novela comenzados, un artículo en *Sábado Gráfico*, creo o intuyo que para recoger, sobre los hombres de Mao que hoy gobiernan en China, y este extenso medio diario o así; un proyecto de historia sobre drogas, a raíz de unas clases que acabo de comenzar con un chico multimillonario panameño, Gabriel Lis, en la clínica del Dr. Lopor por asunto de drogas, y nada más. Casi imposible encontrar una mujer; un día valiente lo narraré con detenimiento; muchas experiencias, quizá demasiadas, en todos los campos, y una inmensa tristeza algunos días. Regular salud desde hacer tres o cuatro años, miedo a veces de morir muy pronto, ganas de dormir y no hacer nada en otras ocasiones. Me gustaría ser un gran revolucionario del tercer mundo, pero no sé ni puedo; me gustaría ser marxista sólo porque aquí es ilegal, pero no sé si puedo. Me parecen unos héroes los terroristas árabes de Múnich, pero tengo verdadero pánico – no es exactamente eso –, como me parecen admirables todos los jóvenes anarquistas – terroristas que se entregan a la violencia como única forma posible de acción. Lo mismo, todos los marginados de la tierra, incluso los drogadictos, más aún los drogadictos y escapistas de todo tipo de la tierra – yo quizás esté en algún grado de alcoholismo mínimo peligroso. Y estoy a punto de abrir un bar con unos amigos para ganar dinero, eso que siempre tuve escaso y con lo que aún no sé qué haría. Contradictorio, sentimental, amante del riesgo y lo prohibido, impenitente buscador de sensaciones y experiencias, sin nada serio a qué asirme – tal vez lo tuve un día –, cariñoso, pulcro, siervo de las apariencias, ansioso de libertad – adoro la China de Mao, nunca podría vivir en ella –, compasivo, indolente, desamorado, trabajador en ocasiones y no sé cuántas cosas más... ¿Qué hacer? “Tal vez un día me convierta en árbol, tal vez encuentre la felicidad entonces”.

Enternecedor. El laberinto. Ilustrado: los amanuenses mostraron a J.B. un montón de fotos y recortes de prensa, al menos inquietantes; una foto de los tres terroristas palestinos de Múnich, y otras cuantas más sobre los tres supervivientes palestinos de la matanza; un par de recortes de prensa sobre “Incidentes en las pruebas de ciclismo. Tres jóvenes quisieron participar en

representación de Irlanda del Norte”, con un comentario irónicamente atrabiliario: “Admirable, poético, precioso este mundo de los símbolos, de lo inútil y de antemano sin futuro”. Estaba relacionado con unas olimpiadas que se celebraban en ese momento. Otro recorte de prensa sobre “Motín juvenil en cárcel”, en Belfast: unos presos se rinden en el tejado de la cárcel cuando se quedan sin piedras y sin tejas que arrojar a la policía. Nuevos balbuceos. Un dibujo inestable con botellas. Avisos metaliterarios. Y, al final del verano, la proximidad de la tragedia, anunciada en los *cuadernos negros* con la inclusión de un objeto, una entrada usada de cine, de alguna manera un objeto literario también.

Madrid, 18.IX.1972

Ayer domingo protagonicé un suceso escalofriante. Cuando el jaleo de la filmadora de Ahmed y la policía, a pesar del peligroso trasmundo que me mostró, de lo espectacular del caso para mí, tal vez por eso, me ilusionó un poco e incluso me hizo escribir unos versos, muy breves, que coloqué en el poema aún no terminado – nueve meses ya – a Cristina Spengler, esos de “cuando –y seguían versículos largos sobre la invasión de las civilizadas ciudades del norte por gente del sur, sobre todo africanos -... entonces habrá llegado el día en que la justicia comience a triunfar en la tierra”, o algo así. Pero lo de ayer fue distinto, más lúgubre, más procaz, peligroso y sórdido.

Por la mañana me fui a la clínica del Dr. Lopor a buscar a Gabriel Lis para llevármelo al Museo Arqueológico, espléndido ahora tras las ampliaciones de las salas bajas; después de la clase en el museo, nos fuimos a casa de la señorita Alba, de la embajada de Panamá, en donde nos tomamos algo de cerveza y güisqui; almorzamos en una cafetería cerca de la casa Gabriel y yo, finalmente, me vine a dormir; estaba cansado y con un cierto embotamiento de la cabeza a causa del alcohol, y Gabriel se fue a pasar la tarde al apartamento de la señorita Alba.

Tenía planeado escribir por la tarde algo en la novela, o historia real, que estamos preparando Gabriel y yo sobre sus últimas experiencias de drogas, cárcel, policía y sanatorio psiquiátrico Lopor, pero después de dormir hasta las siete y media aproximadamente, malditas las ganas que tenía de ponerme a ello. Me fui – como tantas otras veces en estas circunstancias, y sin querer irme al centro, al Gijón, a tomar algo – al cine que está al lado de casa, el *López de Hoyos*.

Me senté en mi butaca, era una película del Oeste moderno de Spencer Tracy y otra cómica americana, poco me importaba, solo, sin nadie en mi fila, arriba, donde suele haber menos gente y atmósfera menos pesada. Delante justo de mí había sentados dos niños, un niño y una niña de once años, luego lo supe, y sí me fijé que un señor, al parecer de barbas y gafas, como yo, se sentó al lado de ellos; me di cuenta de ello porque a su lado, hacia el pasillo, quedaban sitios libres en abundancia y él sin embargo se acomodó al lado de la niña, cosa poco frecuente si no es uno de esos personajes típicos de los cines que buscan aventuras extrañas. La primera impresión que me dio el señor era de gitano, no sé por qué, que husmeaba algo.

Se marcharon luego, bastante pronto, no le di importancia al hecho, y al rato llegó el acomodador y me rogó que saliese con bastante malas maneras. Por lo que supe después había transcurrido bastante tiempo, pues los niños cambiaron de butacas, el señor detrás de ellos, se salieron del cine, fueron a su casa, la niña comentó el toqueteo que sufrió por parte del señor, volvieron al cine su padre, su madre, otro niño más, y el niño y la niña en cuestión, avisaron al acomodador, a un expolicía que andaba por allí, a los grises del cuartelillo, subieron a las butacas donde habían estado sentados y me cogieron, con barbas y gafas, como el presunto autor de la acción de corrupción de menores.

De entrada, me creí que el señor de delante les había robado algo, pero al momento me di cuenta de todo. La niña decía que era yo, con gafas y barba; la madre me insultaba y repetía con frecuencia que si no había putas suficientes con ganas de guerra para que yo me metiese con su niña, me llamaba degenerado y cosas así, excitada y provocativa; el acomodador, con enfado aparatoso – “este cabrón, me cago en la” –, que me conocía de verme de vez en cuando por allí; el padre, con ademanes a veces de querer pegarme, a veces de querer hablar o parlamentar o qué sé yo; la tía armando alboroto también, y la niña, cuando le preguntaban, que era yo, con barbas, con gafas, vestido de oscuro. Me veía totalmente acorralado, sin posibilidad de palabras razonables ante la panda de histéricos, el expolicía mirándome sin saber qué pensar, yo, “por favor...”, y nada, acallándome con sus exclamaciones obsesivas.

Algunas personas salían de la sala y me miraban o nos miraban perplejos, luego con comentarios y sonrisas, hasta que uno de los matrimonios que salía intervino. Estaban sentados al lado de los niños, me habían visto sentado justo detrás de ellos, habían contemplado la escena del hombre, la inquietud de los niños, su salida de la fila, mi permanencia en el mismo lugar, detrás de ellos, y mi detención. Cuando llegaron los dos grises avisados previamente, explicaron todo y nos llevaron al cuartelillo cercano, no más de doscientos metros. “Por favor, no me dejen solo”, le dije al matrimonio, y ellos accedieron a venir para aclarar el asunto.

Pero el padre de la niña, y ahí estaba la nota negra de la situación, seguía empeñado en que yo fuera la víctima del ultraje de su hija, alegando que podía estar conchabado aquel matrimonio conmigo, y no sé cuántas estupideces más. A mí me daban ganas de llorar, veía el peligro que había corrido estúpidamente y sin pretenderlo, el matrimonio aquel era mi auténtica salvación, y en vez de salir mi agresividad me mostré agradecido con él, con el comisario, que vio con lucidez la absurda farsa, con los guardias, qué sé yo, sin mirar, de coraje que me daba, a aquella niña, a su madre, a su padre, a todos sus acompañantes, mezquinas personas para mí con no sé qué secretos designios.

El comisario me dijo que podía irme, que no había pruebas, que sabía, por teléfono, lo de la filmadora, lo cual no tenía nada que ver con el incidente como antecedente, que la niña había descrito mi persona con minuciosidad, barbas, gafas, de negro, con botones blancos y lazos en los zapatos, y que la policía no podía acusarme así, sin pruebas; me di cuenta de que la niña no me había quitado el ojo de encima desde el cine, que siempre que me fijaba en ella se cruzaba su mirada al apartarse de mi persona, y me entró un coraje terrible por el hecho de que declarara del hombre que se había sentado a su lado todos los datos que había captado de mí en esos momentos posteriores; me dio coraje que el comisario no diese más validez a lo declarado por el matrimonio que a lo

declarado por la niña; más coraje aún que el comisario no me dijese “váyase usted porque es inocente” sino “váyase usted porque no hay pruebas”. Fue lo más doloroso. Me dio unas palmaditas en la espalda, me dijo que no me preocupara, que no pasaba nada, que reconocía que era situación molesta, que era ridícula situación, pero en el fondo él pensaba sólo “no hay pruebas”.

Yo no sabía que dando mi nombre tan sólo por teléfono a la Dirección General de Seguridad pudieran allí encontrar mi conexión con el asunto de los robos de Ahmed y la filmadora, pero ahora sé que cuando llame algún policía con mi nombre allá tendrá en la ficha dos notas: relacionado con un asunto de robos realizados por marroquíes o argelinos, relacionado con asunto de corrupción de una menor, de una niña, feúcha, delgaducha, de once años.

IV

CUARTO TRAMO NARRATIVO

POR LOS HONDONES DE LA GRAN CIUDAD DEL INTERIOR

La senda izquierda y sus innumerables peligros, momento de nuevo de inseguridades y balances. Otro objeto, esta vez estrictamente literario, parece querer conjurar el nuevo tiempo, el nuevo curso; es un texto manuscrito de Carlos Oroza, glosado así: “Este texto de Carlos Oroza, con su letra, cuando preparaba mi presentación en Cultura Hispánica. Creo que lo escribió en *El Abra*, un bar de putas; tomamos allí unas copas sentados en una mesa, ante la extrañeza de las que andaban por allí. El texto íntegro, a mano, lo conservo. Un día lo pondré también en este cuaderno. He visto a Oroza hace una semana y me dijo que le pasara una copia de la presentación, que le tiene cariño y quiere conservarla. Me contó que había estado en Ibiza, que la televisión danesa le quería hacer unas filmaciones y no sé cuántas cosas más; como siempre, en parte serán ciertas en parte fabulaciones suyas. Está muy cariñoso ahora, y alguien me ha dicho que trabaja en alguna galería de arte; vale bien para esas cosas Carlos, medio relaciones públicas, trabajo cómodo, horario de tarde o noche.”

De nuevo la atonía, la ausencia de arte, la ausencia de gracia del aviso para disimular, del aviso para echar balones fuera. Pero señales al fin; un programa, con el texto “Dayoma” del mismo Oroza – Pamplona, 1972 – de un recital suyo en una casa de cultura de una caja de ahorros, parece indicar la necesidad de recapitulaciones nuevas y fijación de límites; que, por otra parte, no iba a dejar de desbordar por una querencia casi insana hacia los hondones más lúgubres y a contramano de la gran ciudad del interior en la que se sentía apresado ese otoño de insatisfacción, de extraños presagios y peligros. Otra de las entradas del laberinto, y sin utilaje teórico para poder comprenderlo, sin duda fruto de una deficiente educación; sólo contaba con simples pulsiones voluntaristas, entre piadosas y perversas, desesperadamente inseguras, ambiguas o confusas e imperfectas. J.B. se desesperaba a estas alturas, y a los amanuenses les hacía gracia esa reacción en el momento en el que comenzaban a captar pistas

reconocibles de los orígenes, algo tenebrosos, si no truculentos, de la formación de los intersticios de nomadeo, de los que J.B. llegaría a ser el gran teórico.

Madrid, 26.X.1972

Este curso voy a tener mucho trabajo, muchas horas del día ocupadas, pocas tardes y pocas mañanas totalmente libres; esto es malo. Sin embargo, estoy contento. En la Universidad, ayer comencé las clases, tendrá un curso agradable; a los alumnos del nocturno, cuarto de Historia, les expliqué la expansión europea en Asia y África (siglos XVI, XVII y XVIII); mi primera clase sobre África la di ayer, la próxima, el lunes; preciosa es la historia africana, el antiguo reino de Gana, el de Mali, el de los songai, etc., estoy animado y con bastante soltura en clase, según creo. También llevaré el tercer seminario sobre Extremo Oriente, lunes o jueves por la mañana, a partir de la próxima semana, para los alumnos de la mañana. Espero que me paguen por ello; don Vicente Rod-sado ha pedido la excedencia y en la cátedra quedamos Pepe Alora como encargado de cátedra, Octavio Rón como adjunto, a pesar de no ser doctor como yo, pero de acuerdo conmigo pues no quiero explicar nada que se aleje de mi especialidad; Miguel Ángel Ga como ayudante, dará con Pepe el curso de la mañana; yo, como ayudante también de nuevo tras un año, con dedicación exclusiva, todo ello en trámite ahora mismo, para el curso de la noche con Octavio.

Pero las cosas de la Universidad van regular. Llegó de Muñoz Alonso una carta, para todos los profesores contratados, en la que agradecía el inicio del curso pero advertía que aún no se conocían los presupuestos y, por lo tanto, era inseguro que se renovasen los contratos; parece que tienen interés en molestar, en crear mal ambiente y regodearse en nuestra inseguridad en el trabajo de la Universidad. Yo, de entrada, decidí comenzar el curso normalmente, como si estuviera contratado de antemano, postura dudosa pero para mí correcta: me gusta mi especialidad, disfruto dando clases sobre ello, el año pasado llevé seminarios sin cobrar, me importa un huevo la actitud injusta de los de arriba, no puedo desligarme de los alumnos y la Universidad por una amenaza difusa, etc., los alumnos se encargarán de protestar, yo también cuando tenga ocasión propicia.

Madrid, 21.XI.1972

Anoche estuvimos en Cercedilla Carlos Oroza, Antonio Hernández, Moncho Dicenta, Miguel Ángel García Juez, Martín y yo. Miguel Ángel y Martín, del Banco Exterior de España, querían preparar una tertulia agradable con nosotros y Patxi Andión, pero éste – los divos se permiten estas cosas – no pudo venir al final por no sé qué de la radio; en fin, quedó deslucido aquello porque, quien más quien menos, a pesar de la hermosa sala con chimenea, de los vinos ricos y la cena, no nos encontramos del todo a gusto. A mí me resultó agradable volverme a reunir con Carlos y Antonio, como en los viejos tiempos, que no han cambiado en nada. Sigue su costumbre de charlar de todo el mundo más bien con mala leche, no dejaron títere con cabeza, sobre todo a Marquitos Barnatán, Manolo Álvarez Ortega, por supuesto Umbral, y no sé cuántos más. Carlos llega ahora de Pamplona y San Sebastián de dar unos recitales, entusiasmado, medio en serio medio

en broma, como siempre, por cosas incoherentes de lo que ha visto, charlador y muy vivo aún su chorro mental, cariñoso – me dice que le gustaría venir a vivir algún tiempo a mi casa – y tan vivaz como siempre, en fin. Antonio, tan diplomático como siempre. Moncho, que está de finalista en Alfaguara este año con una novela sobre hippies y viajes, muy callado, poco hablador, aunque cuando habla lo hace con ese estilo tan razonador que me altera los nervios – no demasiado – y prolonga el final de los razonamientos desmesuradamente.

Tengo mucho trabajo; tal vez demasiado, quince horas semanales en el Centro, una clase y seis o siete seminarios en la Universidad; poco tiempo libre para mis cosas, poca tranquilidad para escribir aquí, en casa, largo tiempo. Me sienta bien, sin embargo, estar así de ocupado, funcione mejor, más tranquilidad o serenidad de cabeza, sin tiempo libre para morbosidades o preocupaciones vanas, tal vez la poesía se resienta algo de ello. Sigo con la novela de Gabriel Lis, a bastante buen ritmo, espero para Navidades tenerla terminada.

Me gustaría transformar en cuento breve la historia del cine López de Hoyos, así como escribir un relato breve sobre Ahmed y otro, o el mismo bien tratado, sobre los putitos de maricones que pululan por la noche de Madrid periódicamente; serían, con la novela de Lis y un asunto que hoy me sugirió José Miguel Fernández Peña, el de este ambiente de bajos fondos en Gijón o el de las putas de pueblo, como Monchita o Pilarona, una buena serie de relatos sobre esta “hermosa sociedad española actual, de Franco”. Un solo ejemplo humano de este tipo me conmueve mucho más que cualquier heroico asunto literario. Estoy obsesionado con la idea de que el lumpen en la sociedad española actual es fuerte, manifestación clara de la injusticia sobre las clases menos favorecidas, precioso fruto, flor delicada, de un mundo decadente y sin solución de continuidad, tal vez con solución de ruptura. Cada día siento con más intensidad la segunda parte de “La isla”, esa que no soy capaz de titular, la creación de esta sociedad del automóvil – criminales – y vacaciones a plazos para todos, que crea ansiedad y competición en los espíritus, “que te aprieta tanto que duele...” “¡Quién pudiera poder, saber, querer, quién tuviera un recurso más perfecto que el llanto!” La sociedad de consumo es la imagen más perfecta del infierno; para colmo de desdichas, presentada como meta ideal por todos los que gobiernan. Un retorno a las Utopías renacentistas por los hombres de espíritu de bien parece indudable. No deseo ser profeta.

Madrid, Año Nuevo, 1 de enero de 1973.

Ayer, a la mañana, llegué de Asturias. Hace frío en esta casa (de la calle Zabaleta de Madrid), tengo las manos frías y torpes para escribir. En Asturias, mis padres, bien; pasé una semana con ellos de gran tranquilidad, apacible, música de Joan Baez y Moustaki de fondo mientras trabajaba a la máquina en unos temas – casi veinte mil pesetas – que tengo para la Escuela de Turismo donde doy clase; chapuzas, llamaría un albañil a estos trabajitos. Le llevé a mamá de regalo un abrigo de piel de garras, mucha ilusión tenía en él, la mitad de mi paga de la Universidad en el primer trimestre; mucho más que eso les debo, sin duda, pero aunque nada les debiera, igual.

Tres o cuatro días antes de salir para Asturias conocí a Juan Antonio R.J., personaje muy buscado por mi desde hacía meses, protagonista de mi cuarto – o quinto si me decido a hacer un relato sobre Peter Newman cuando conozca mejor su mundo – relato negro. El primero ya está casi terminado, el de Lis; está empeñado Gabriel en que lo termine para mediados de enero, para que su padre lo lleve a Panamá y hacer, allí o aquí, una edición privada. El segundo relato es el de Ahmed, pues ya estoy decidido a comenzarlo, más aún cuando me llega la comunicación del juicio al que debo ir como testigo –consultaré con Carlos de la Vega; si mi intervención puede perjudicarle, no voy-. El tercero sería la breve historia del cine *López de Hoyos* y la niña ultrajada. El cuarto el de Juan.

Le conocí en el Drugstore; había ido con Juan Morales, su novia Carmen – hoy su mujer; estuve en su boda días antes de Nochebuena – y la hermana de Carmen, Merche, cría preciosa. Cuando me iba a marchar, Moncho Dicenta, Paco Almazán, un uruguayo y otros amigos, con varias chicas, me comenzaron a llamar a voces desde un rincón alto del Drugstore; me quedé asombrado al oír mi nombre; finalmente me despedí de Juan, Carmen y Merche, que me animaron a quedarme con aquellos amigos, y allí estuve hasta las cinco de la madrugada. En la mesa en donde estábamos todos, había un par de chavales de esos que pululan en Madrid por la noche, mal vestidos, o a medias entre ropa vieja vulgar y nueva llamativa y de dudoso gusto, uno de los cuales era Juan; tenía media trompa encima y su ropa era toda vieja, sucia y arrugada. Mostraba, a pesar de los signos de muchacho lumpen depravado, cierta nobleza; inmediatamente vi allí el modelo buscado. En su conversación mezclaba sucesos reales con fabulaciones asombrosas; hacía vividos sucesos vistos en películas –del Oeste (americano) sobre todo, también policiacas o de terror – o sucesos de allegados suyos que habían luchado en la guerra mundial o en la resistencia francesa; su vida de emigrante en Francia, hijo de exiliados o algo así – en su carnet de identidad, caducado, el nombre del padre estaba indicado por un trazo sin más y sus apellidos eran los dos de la madre –, las sugerencias sobrecededoras que se intuían en el fondo de su relato, el hecho de que hablara sin cesar, su obsesión policial, al lado de una bondad extraña en esos tipos, hicieron que cobrara progresivo interés por Juan. Tras dos días de tanteos le hice una llave, se la di y le dije que esperara a mi vuelta de Asturias en casa; todo estaba a su disposición, libros, unas ropas para mí casi inservibles pero que a él le parecieron extraordinarias, las tuberías de plomo, etc. Al volver de Asturias, comenzado ya el relato, Juan estaba en la casa, lo que me alegró mucho. Creo que saldrá una buena historia. Todo lo que escriba en ella es real, de su cosecha, aunque no sé si verdad o mentira dada la dificultad –a veces no, está muy claro – que encuentro en precisar los elementos reales y las fabulaciones en su conversación.

Tengo xerocopiados diez ejemplares de “La isla”, y la segunda parte se llamará “Oficio de la historia”; tengo o tendré dinero para que salga en primavera; de esta primavera no pasa; ya pesa. Hace dos años, ¡cómo pasa el tiempo!, que comencé la segunda parte de este cuaderno. Han pasado muchas cosas pero no lo parece.

Madrid, 17.II.1973

De vez en cuando recibo carta de Lavinia, carta que contesto siempre; es una pena que esté tan lejos. Tengo muchísimo trabajo, poco tiempo para mis cosas, y deseos permanentes de encontrarme solo en casa; aquí, aunque hace frío, me siento muy a gusto y salgo poco por la ciudad.

La experiencia con Juan Antonio Rodríguez Jiménez aún no ha terminado; poco después de volver de Asturias me escribió un día una nota –se expresa mejor por escrito – en la que me pedía permiso para que un amigo suyo viniera a la casa; por supuesto que se lo concedí, y este amigo suyo fue Andrés el Francés, en idénticas circunstancias que Juan; me hizo ilusión iniciar un tratamiento con ellos; de entrada les dije que sus posibles acciones al margen de la ley debían ser abandonadas, y que debían conseguir un trabajo que les permitiera comer bien, comprarse algo para vestir y pasar el sábado y el domingo divertidos; yo mismo les ayudaría a administrarse. La casa era su garantía de tranquilidad; Andrés Jiménez Valet se tomó muy a pecho la cuestión de limpieza los primeros días. Juan adoptó cierta postura de veterano, y sus discusiones me aclaraban mucho sus andanzas anteriores, sus preocupaciones, el mundo en el que se habían forjado, anécdotas de la cárcel, etc. Pude apreciar que Andrés, más vivillo, menos intuitivo, más sutil que Juan, tenía, sin embargo, el mismo desorden mental que le llevaba a confusiones y contradicciones frecuentes, falseamiento de hechos reales, etc. Creo que fue al segundo día de estancia en la casa cuando conocí a Roberto Luque; salimos a cenar algo por el barrio y, tomando una copa en una cafetería cercana, en López de Hoyos, me contaban cosas de la cárcel en tono no lo suficientemente bajo como para que no se enterara alguien que prestara atención; esos temas parecían gustarle especialmente a los dos, como si reafirmasen su personalidad en ellos; con cierto orgullo comentaban los sucesos de Carabanchel. Al salir, Roberto se nos acercó y saludó a Andrés como viejo conocido; ya eran tres los “troncos” del grupo; nos dijo que se oía la conversación que habíamos tenido demasiado, que por aquel lugar iban muchos policías y que tuviesen más cautela al relatar sus aventuras; vinimos a la casa, y a partir de aquel día Roberto se venía a dormir con frecuencia. Para alojar a los tres nuevos huéspedes, hubo que hacer algunos cambios en la casa; Juan y Andrés dormían en la sala, en una antigua litera desmontada que colocamos en el suelo, Andrés en el saco de dormir, Juan con unas mantas; Roberto dormía en la habitación que antes ocupaba Juan con una manta que se trajo de su casa y unas colchas; yo en la mía, bien acondicionada por si la situación se prolongaba.

La verdad es que me sentía a gusto así; tenía intriga la cosa, no sabía en absoluto cómo seguirían los acontecimientos, procuré asegurar el extremo fundamental de la situación, que no cometieran actos delictivos, y en mis conversaciones con ellos, ayudado por Roberto que se prestó gustoso al experimento, exaltaba la tranquilidad que proporcionaba el trabajo y la legalidad. Creo que conseguí que me apreciaran, e incluso ilusionarles con algo que podría escribir sobre sus experiencias anteriores, aquellas pequeñas fechorías por las que habían pagado pena de cárcel. En mí también se había operado cierto cambio; a la vez que ellos se ilusionaban con la nueva vida – llegaban a planear incluso la apertura de una cartilla de ahorros –, yo mismo notaba cambios apreciables en mi mismo; sentía auténtica ternura por aquellos dos infelices inadaptados, creció el sentimiento de culpabilidad social que muchas veces se me había manifestado, me ilusionó, en fin, el proyecto.

Consiguieron trabajo, Andrés y Juan, y llegó el sábado de cobrar; Andrés consiguió conservar mil pesetas para la semana; Juan se lo gastó todo el fin de semana; no había podido yo controlarlos porque mis padres estaban en Madrid, y a ellos dediqué todo mi tiempo. Con ocasión de esos sucesos comenzaron a torcerse las cosas; Andrés le echaba en cara a Juan su inconsciencia, Juan se enfadaba con más frecuencia, Roberto criticaba un día a uno, otro a otro, en un juego que aun no comprendo bien, todos me querían hablar en privado contra los demás, etc. Hasta que llegó el día decisivo; me faltaron quinientas pesetas de mi bolsillo, todos sospechaban de todos, hicimos una serie de pruebas para encontrar al culpable sin éxito y, finalmente, les dije que los tres saliesen de la casa a la mañana siguiente. La noche del juicio coincidió con otro hecho que había de ser decisivo; Miguel Ángel García Juez se marchó de su casa, y me telefoneó para ver si podía volver al piso; le dije que sí, y aquí se presentó en el momento culminante; Miguel Ángel hizo de Juez, recogió las llaves, y al día siguiente salieron todos de la casa; Juan fue el que más protestó su inocencia y la mala situación creada por uno de ellos, a su juicio Andrés; pero nada se resolvió. Mis relaciones con los tres son, aunque más distantes, cordiales e, incluso, abrigo nuevos proyectos al respecto. Miguel Ángel, sin embargo, nada quiere saber del asunto, y busca una nueva casa para vivir. A mí me sigue interesando el caso, sigo recogiendo material para un relato ya comenzado, y no tengo miedo a verme liado en algún asunto desagradable de robo porque ellos saben mi postura de intransigencia en este punto.

Curiosidad morbosa y síndrome del misionero, del proselitista, del civilizador. Y nuevos abismos entrevistos que parecían ensombrecer aún más el hondón de la ciudad que estaba descubriendo, a la vez que hacían más peligrosa la huida hacia otra parte, la búsqueda de salida del cada vez más complejo laberinto, que en cada nuevo recodo o esquina distraía la atención del viajero con un nuevo bar. Sólo la investigación poética y literaria radical podía dar un sentido a todo aquello, y el joven escritor se aferraba a sus *relatos negros*, también en *cuadernos de hule negro*, como los de sus avisos dramáticos – que los jóvenes amanuenses tenían perfectamente localizados en el legado J.B. de la biblioteca del naranjal –, volcando en ellos de manera intuitiva todos los recursos de observación participante y evocación de historias de vida que tenía a su alcance; para poder, sin más, narrar, narrarse, plasmar una realidad que se le presentaba como más peligrosa e injusta, más cruel e inmoral, más amenazadora e inquietante de lo que nunca había imaginado. Y, al mismo tiempo, viva, vivaz, si no muy atractiva o bellísima. Antropología neurótica.

Y aprendizaje sentimental y erótico de nuevas, partiendo de una experiencia vital que comenzó a aparecersele aberrante. Asoladora. Exactamente lo que se esforzaba en neutralizar, de manera intuitiva y a trompicones. Todo era muy emocionante, sin embargo, para aquel joven poeta osado y con un iluso alto concepto de su valía – hasta el punto de juzgar su libro de versos aún inédito como el más interesante de lo que iba de siglo literario –, bendita osadía si es que le daba marcha para esa movida multiforme que se adivinaba por doquier, en los ultimísimos años de la vida del dictador medio nazi-católico, por no decir otras palabrotas igual de atrabiliarias.

Pero a estas alturas del relato nonovelístico J.B. parecía desconcertado.

Fueron los amanuenses los que insistieron en que el relato nonovelístico y azaroso, en el que estaban participando, debía incluir los *relatos negros*, para que terminara todo por conformarse en historia, o en novela rara al menos. En nonovela, al fin.

En este tipo de textos, siempre terminaban siendo ellos, los más jóvenes y de mirada fresca aún, los más clarividentes a la hora de enfocar un asunto; en este caso, estructurar los diferentes avisos o teselas en un mosaico o narración. Los amanuenses – contratados, becarios, o subalternos, o graduados en prácticas podían denominarlos, según las modas burocráticas y tan poco festivas – terminaban siempre encontrando los perfiles más vivos de la narración, los trazos más plásticos, o teselas más brillantes o de más color; terminaban, tan jóvenes e intuitivos aún, mostrándole el camino a seguir, la salida del laberinto resultante, al veterano experto, conocedor o participante incluso, si no protagonista, de la historia misma que se pretendía narrar, novelar o nonovelizar, como en este caso. Pasaban a convertirse ellos mismos, los amanuenses, en principio personajes secundarios en la autoría del texto, en más principales autores que el experto o personaje, en principio principal, en este caso J.B. Un profesor de historia en crisis, a punto de dejar su profesión docente para lanzarse de lleno a una vida de reflexión teórica y de literatura – con sus fronteras e intersticios de nomadeo resultantes-, pero que más tarde, cuando la guerra general que supuso la gran crisis financiera, debió lanzarse a la obligada acción.

Era un momento culminante para J.B. y por eso quiso plantear aquel ejercicio de nonovela azarosa que se titulaba *Del movimiento a la movida*, para intentar comprender aquella crisis personal primera, que le había llevado a convertirse en otro hombre que, con su carácter, lograba imponerse a un destino, como podía gustar decir algún literato clásico. Y lo que estaba descubriendo J.B. de sus “avisos de auxilio” – como le parecía captar ahora, al paso de los decenios – le llenaba de confusión: no había sospechado apenas lo profunda que era la grieta de la huida, de la ruptura, del rechazo a los valores y dogmas opusianos de su niñez y adolescencia temprana o más tardía, pues apenas había entrado en la juventud a causa de su ignorancia absoluta erótica y sentimental o afectiva. Cuando tenía veinticinco años parecía que tenía, en algunos aspectos fundamentales, dieciséis.

Esto era, precisamente, lo que más gracia parecía hacerle a los amanuenses, sobre todo a una chica menudita y vivaracha, la Laurita. “¿Es que no se da cuenta, J.B., de que ya estaba intentando organizar fronteras e intersticios de nomadeo precarios e inseguros, todo lo que luego iba a intentar teorizar y desarrollar?” Tenía toda la razón aquella diablilla sabionda, pero le dolía la angustia, a veces asfixiante, que le transmitían los diferentes avisos – “avisos de petición de auxilio” le parecieron a J.B., sin duda destinados a si mismo dado el carácter que tenían entonces los *cuadernos negros* –, pero a la Laurita y al grupo de amanuenses de aquella hornada parecía divertirles. Les divertía incluso, le

dijeron a J.B. en una de sus entrevistas, la reiteración del joven poeta al presentarse una y otra vez como un balance de textos literarios y trabajos académicos y profesionales. Como si quisiera mostrarse seguro de su función, en un momento en el que se le movía el suelo bajo los pies en su deriva por los hondones de la ciudad. Lo que le estaba sucediendo, precisamente, aquel final del invierno de 1973.

Madrid, 18.II.1973

Acabo de llegar de Ávila, Segovia y La Granja con un grupo de venezolanos que, con Juan María Jaén Ávila, director de la escuela de turismo del CENP en Caracas, andan en viaje de estudios por España; un grupo simpático y cariñoso, otra experiencia en ese trabajo agradable de guía de turismo, una chapuza, como diría un albañil, en mi profesión, pero muy atrayente. La señorita Isabel era la guía de la agencia Meliá que nos transportó; y la señorita Isabel, número 2028 de los guías correo en España, desde 1949 –ella es cincuentona – al servicio de Meliá, se ha roto un brazo en La Granja; durante toda la excursión había sido avezada profesional, pero su fractura, la dificultad de calcificación puesta de manifiesto en una fractura anterior en la misma parte del cuerpo – antebrazo izquierdo – no más de un año atrás restañada, y su soledad – “vivo sola” – me impresionaron grandemente; pajarillo débil e indefenso ante lo más elemental de la vida de un hombre, el paso del tiempo, y esa soledad; le dejé mi tarjeta, quise acompañarla a la Cruz Roja, pero no; su “vivo sola” me conmovió en lo más profundo.

Ayer a la noche, cuando Cristina estaba conmigo pasando un rato, vino José Luis Viloria, previa llamada telefónica, para charlar conmigo sobre su deseo de venirse a vivir a casa una temporada; mañana lunes traerá sus cosas. Viene de rodar tres documentales sobre Santo Domingo de Silos, platicamos sobre el monasterio y las cosas que ha visto y rodado, y me entró un fuerte deseo de pasar una temporadita en la hostería del monasterio, en la paz religiosa y en el silencio aquel... Tal vez para el periodo que va del final de las clases en junio a los exámenes; es realmente barato – cien pesetas diarias – y pueden ser unos hermosos días lejos de la ciudad.

Madrid, 5.III.1973.

El estudio de la China de Mao y el seminario que llevo en la Facultad me están influyendo mucho; paso con frecuencia por momentos de profundo cabreo a causa de una realidad injusta básicamente como la actual aquí; subrayo todos los libros, los pinto y repinto con el lapicero... “Es preciso que la revolución logre eliminar cualquier sistema en el que una persona pueda oprimir a las otras”.

Mis contradicciones personales, sin embargo, son grandes y poderoso su influjo; estoy planeando un nuevo relato sobre un hombre torturado por su sexualidad, totalmente fuera del dominio de su voluntad e inteligencia, y obsesionado por la idea de injusticia social que le lleva tanto a posturas muy extremas como a un desenfrenado activismo político en el que la búsqueda de los cambios en el orden personal y social se

confunden; a pesar de que los cambios en el terreno personal los ve de difícil consecución, no sucede lo mismo con los cambios en lo social; la adopción de medidas realistas, de sentido común, etc., completarían el conjunto.

Ayer salí de tarde y de noche, como en los viejos tiempos; estuve con Moncho Dicenta, Mariano Pastor, Antonio Domínguez Rey, Lolo Adrada, una chica asturiana, Carmen María, diseñadora, Mauro Armiño, también Miguel Ángel y Maribel, y, finalmente, con Torroba; cenamos, fuimos al Comercial, otra vez Moncho allí, en Drugstore me encontré con una alumna de Azafatas, tomamos más vino invitados por su novio, un moro marroquí amigo de Carlos Torroba, Mohamed, que trabaja en La Corralada, se nos unió también, en fin, una noche de tantas. Estoy cansado y triste.

Tras el invierno, siempre reaparece primavera; que en Madrid – como dicen todos – es una de las estaciones más benignas y de más bella luz. Para los japoneses es inconcebible un relato o una evocación sin referencia temporal estacional. Otro de los perfiles del aviso. Y con esa primavera, otro fronterizo aparecía en escena que iba a agitar aún más la sensibilidad y el cuarto de máquinas de la energía del poeta veinteañero en pleno laberinto existencial de curiosidad e indecibilidad imprecisas: Mohamed Ku.

A estas alturas de la investigación, los amanuenses plantearon a J.B. una cuestión de calado: antes de iniciar el quinto tramo narrativo nonovelístico, había que hacer un paréntesis que juzgaban clave; acababan de incorporarse dos nuevos compañeros, esta vez como contratados o interinos, pues dos de los del equipo anterior se iban de viaje de conocimiento y de contactos, segunda fase de nomadeo, como se decía ahora precisamente por la influencia de las teorías de movilidad global que había elaborado el propio J.B. “Si no recogemos los *relatos negros*, no quedará bien evocada esta primera parte que hemos elaborado, J.B.”. Era la Laurita, que con los nuevos relevos se había convertido en la veterana de los amanuenses. J.B. no pudo por menos de ceder. Decía la chica que había consultado esos cuadernos y que eran más divertidos que los mismos “avisos de auxilio o de socorro”, como les gustaba ya decir.

“Más aún – decía la muchacha amanuense veterana – es posible que debiéramos recoger también dos poemas de *La isla*, en su redacción definitiva, sobre todo el que se refiere a Peter Newman, que terminaba con aquello de “caminante cansado del camino no pases sin parar frente a mi puerta...”, y luego, “entra y descansa”. Es el primer intento de formulación de lo que pudiera ser un intersticio de nomadeo, y cuenta más en la narración del viaje ibicenco del joven poeta que toda la serie de avisos de los *cuadernos negros* conservada.”

Fue muy convincente: todos votaron porque fuera así, neutralizando las reticencias de J.B. “A cada uno le interesa aquí lo que le interesa, J.B.; si a ti te interesa – los amanuenses trataban de tú a sus co-autores, aunque fueran mucho mayores que ellos, pues se decía que eso facilitaba la comunicación – algo meramente sentimental, a nosotros nos interesa comprender qué querías decir cuando hablabas de racionalidad equivocada que tiende a aberrante o

monstruosa, solamente perceptible así desde la frontera de las racionalidades. Y creo que los *relatos negros* lo logran explicar. Por probar, no perdemos nada”.

Antes, pues, de seguir con un quinto tramo narrativo, en el que se iba a desquiciar ya del todo el joven poeta, pero en el que iba a lograr también el cierre definitivo de esa obsesión suya que era el libro de versos *La isla*, la Laurita se enfrascó en los *relatos negros*, con la ayuda de los nuevos amanuenses, y aprovechó para ponerles al tanto de lo nonovelado hasta el momento.

V

INTERMEDIO I: LOS TRES RELATOS NEGROS

Pronto decidieron que el primer relato negro debía ser “Un Ringo en el Oeste”. La Laurita tomó la voz cantante, al fin y al cabo ella era ya la más experta, y la razón principal que dio fue que ese relato era el que había sido redactado más sobre la marcha, como premeditado aviso, pues el de “Ahmed de la tierra del sol” se entendería mejor después. En ambos, el poeta se refería a si mismo como el Profesor de Historia o simplemente el profesor o el profe. El de Gabriel Lis es más complejo y elaborado, y ahí sí que era importante fijar el nombre del narrador a las claras. J.B. reaccionó de inmediato: “Llámale Boris. Ese es su nombre”. Quedaron en eso, pues; también quedaron en reservar el nombre de Emilio Sola, seudónimo adoptado por J.B. para sus ensayos narrativos, como nombre de autoría general para lo que resultara.

UN RINGO EN EL OESTE

Un Ringo en el Oeste es un pistolero valiente. Suele llevar el sombrero así, calado, las alas vueltas hacia los ojos, el cigarro puro colgado del labio inferior, así como a mi me gusta llevarlo, estos puritos que las cerilleras venden bastante caros para lo que son. El Ringo tiene la mirada entornada, torva, fiera, a veces barba de dos o tres días; pero cuando está de descanso, con las chicas del salón, afeitado y limpio, uno ve que, además de fuerte y valiente, es guapo, buen galán, siempre con la mejor hembra.

Yo tenía un Colt 20 de verdad, recortado el cañón corto
para sacar más rápido en duelo, el gatillo nada más había que rozarlo,
y conmigo me lo llevaba siempre que iba los domingos al rancho del Oeste
que había en mi pueblo, en Francia; allí nos daban caballo
y traje de vaquero americano, nos paseábamos por el poblado, reñíamos
y peleábamos, yo siempre de Ringo, buen matón era, rápido con el revólver,
todos me conocían bien y gustaban de probar conmigo su habilidad...
Pam, pam, con balas de salva que no matan, aunque en mi colt podía poner
balas de verdad, y en mi casa las tenía guardadas, siempre acertaba yo primero.
Un buen Ringo era.

Yon Waine era un gran pistolero, he visto buenas películas suyas,
pero a mi mucho me gustaban las de Yoni Alidé;
siempre hacía de muy buen Ringo, como aquella en la que todos le querían matar
y al final están a punto de colgarle. Yo tenía en mi pueblo de Francia
una moto como la del Yoni Alidé, muy buena máquina, que un día le dijimos,
en broma: “Yoni, ¿dónde tienes la moto?”, y él: “En casa”.
Y nosotros: “Te la han robado, porque está ahí afuera”. Y él se asustó mucho,
al salir a la puerta y ver mi moto igual que la suya; todos nos reímos;
Yoni examinó mi máquina para convencerse de que no era la suya,
yo muy contento, ancho estaba por dentro y por fuera.

Tengo el pelo rubio porque mi padre era nazi; cuando lo tenía más largo que ahora, imitaba muy bien a Yoni cantando y mi hermano me tenía mucha envidia, que su pelo es negro, más vulgar, menos bonito. Mis brazos y el pecho los tengo fuertes, como de luchador o boxeador, porque siempre he trabajado duro, a veces muy duro, en oficios que desarrollan bien la musculatura; no voy a decir que como Hércules Cortés o Macistes, pero sí fuerte. También las piernas se me han desarrollado potentes por la bicicleta; un día me hice Lyon – Marsella pedaleando, y si hubiera entrenado podía haber llegado a ser buen ciclista; lo que conservo de ese ejercicio, son las pantorrillas fuertes y los muslos musculosos, duros cuando hago fuerza.

Y eso, a pesar del accidente que sufrió hace unos tres años en Francia; trabajaba con un conocido en unas obras cerca del pueblo donde vive mi madre, cuando se me cayó encima una pieza de hierro; a pesar de esquivar el golpe con toda la rapidez posible, me alcanzó en la pierna izquierda y el brazo; no quedé aprisionado por la pieza sino libre, pero el dolor que sentí fue fuerte y comencé a lanzar juramentos a voces. Precisamente en aquellos momentos visitaba la obra una delegación de curas y señoras importantes, de gira por lugares donde trabajaban emigrantes españoles; algunos me reprocharon que gritara palabras tan fuertes; un cura se me acercó, de mal talante, incluso, pero bastante tenía yo en el cuerpo para andar con delicadezas. El jefe se asustó más que yo al enterarse, pues no estaba asegurado, pero se portó muy bien; a un hospital me llevaron, me escayolaron, me llenaron de puntos y, a cuerpo de rey, me trajeron durante unas semanas.

Soy buen encofrador, albañil y pintor; me gusta la vida de acción, y buenas aventuras he vivido de todo tipo como para poder contar historias interesantes. Te diré que creo en la magia negra; modestamente, sé bastante de ello, como por ejemplo que un Drácula, cuando te muerde, te convierte en Drácula, pero no puede con un hombre lobo; éste es el único que puede matar a un Drácula. También te diré que, si quieres ahuyentar a un Drácula, lleva contigo un crucifijo y come ajos; si le quieres matar, clávale madera, y a un hombre lobo algo de plata. Hubo una temporada que me dio por querer convertirme en hombre lobo; yo sabía cómo hacerlo por un libro que me prestaron; durante varias noches de luna llena recité fórmulas, encerrado en mi habitación en casa, allá en Francia, sin permitir que mis hermanos me interrumpieran; algo de guasa se trajeron conmigo, pero no me molestaron.

Luego, me cansé y desistí.

Además, creo en la magia negra por dos sucesos que protagonicé. Un día estaba en un club en Francia con unos amigos, uno de ellos policía. Yo iba vestido con unos pantalones de campana, así, bonitos, una camisa negra de cuello alto negro, y una chaquetilla corta abrochada hasta el cuello; en la pista bailaba un tipo de capa oscura, pálido, con una chavala guapa, muy buena estaba la ja, y yo le dije a mi amigo: "Mira, ese que ves ahí,

es un Drácula". Y para demostrárselo, me acerqué a él, me desabroché la chaquetilla y, así, fijo, dejé que viera un murciélagos que llevaba bordado en oro en mi camisa negra; el tipo sonrió, pues creyó que yo era de los suyos, y me mostró un murciélagos igual que él tenía bajo la capa, de vueltas rojas brillantes como sólo ellos llevan, un rojo que no se encuentra en las telas normales que venden en las tiendas. Luego le dije a mi amigo: "Te voy a hacer otra demostración", y me lo llevé a los urinarios.

"Verás cómo, al mirarnos en el espejo, sin que esté él aquí, le vemos". Y, efectivamente, nos pusimos ante el espejo y el Drácula apareció un momento detrás de nosotros y luego, como asustado, desapareció otra vez.

Al salir del club, esperamos para ver qué hacía; salió con la ja, le seguimos en el auto del amigo policía, y le cogimos cuando le iba a clavar los colmillos a la muchacha. La policía francesa me felicitó, pues a aquel tipo lo buscaban por asesinato en París y en Lyon, luego supe que también en alguna ciudad americana, pues había viajado, le buscaban por asesino; le pusieron en una celda con muchos crucifijos y ajos, y yo no sé cómo le mataron, aunque es fácil suponerlo.

Otra vez me llamaron muy misteriosamente a mi casa; era cuando yo acababa de salir del ejército, y todos sabían de mi valentía; me dijeron: "Durante una semana come bien y no estés con mujeres, que tenemos una misión importante para ti"; yo no pregunté más, y así lo hice. A la semana vino a buscarme un amigo mío, también policía, antiguo jefe mío en el ejército. "Vamos a tomar unas copas con estos compañeros, y luego iremos al cementerio, que he hecho una apuesta con ellos". Yo, tranquilo, maldito el miedo que me dan esas cosas, me fui con ellos. Tomamos copas, me dijeron que no me atrevía a pasar una noche en un cementerio del que no me dirían el nombre, y yo "a que sí", a mi miedo no me dan los misterios. Les dije que llevaba una pistola lugar alemana, de mi padre había sido, él me la regaló, y que sólo necesitaba unas balas de plata por si había necesidad de disparar a malos fantasmas, y una buena estaca; me proporcionaron las dos cosas y un cuchillo, me vendaron los ojos y me condujeron en automóvil hasta la puerta de un cementerio de un pueblito que no conocía. "Te esperamos fuera", me dijeron, y cerraron la puerta detrás de mi. Para no pasar frío, me había vestido con la ropa de comando del ejército, bien a mi alcance la lugar alemana, y me dediqué a pasear entre las tumbas a ver qué pasaba. Diez minutos o más habían transcurrido, yo ya me aburría, cuando vi una luz en un panteón en la pared del fondo del camposanto; me acerqué despacio y vi a un tipo con capa arrodillado ante un montón de joyas, perlas y objetos de oro y plata; parece que me sintió, porque se volvió repentinamente, muy pálido, algo sorprendido, con una copa de plata en la mano izquierda llena de sangre y un gran puñal en la derecha: se puso en pie lentamente, y comenzó a avanzar hacia mí; yo retrocedí sin dejar de darle cara, reculé con tiento para no tropezar en las tumbas y caerme, la estaca afilada en una mano, la pistola en la otra. Pronto advertí que su palidez no era natural, sino que llevaba la cara cubierta con una máscara. "¡Alto, quién va!", decía yo con frecuencia, como en el ejército, de puro nervioso; "vas a morir", le oía decir, de cuando en cuando, con voz profunda y como para sí. Creo que temblaba, así que cuando me tropecé

con unas ramas bajas de un árbol tras de mi, giré rápido, vi lo que era, me tiré al suelo y descargué sobre el personaje aquel todo el cargador de la pistola; no se dobló siquiera, a pesar de que en el hombro y en el muslo le habían alcanzado las balas; se acercaba cada vez más, un cinturón muy grueso le observé que me gustó, yo retrocedí un poco, y cuando estaba a la altura del árbol le tiré el cuchillo; le atravesé la capa y se quedó clavado en el tronco del árbol, justo en el momento en que se desplomaba por las heridas recibidas.

Ya más tranquilo, me acerqué a él, le arranqué la máscara y descubrí una cara horrorosa, llena de viejas heridas cicatrizadas, vello y miseria; el tipo estaba medio muerto, no sé si sería un Drácula o qué, pero no le clavé la estaca en el pecho. Solamente di voces para llamar a mis compañeros de fuera. Entraron, y les dije que había malherido a alguien. Vinieron rápido, observaron al caído, y el comisario amigo mío me dio unas palmadas en la espalda.

“Has hecho un buen trabajo”. “¿Yo?” “Sí, era un ladrón criminal, al que buscaba la policía hace tiempo, medio vampiro, muy escurridizo”.

Me molestó que con tanto misterio, e incluso con engaño, me hubieran hecho cumplir aquella misión, pero todo lo olvidé cuando el general Degaulle me impuso una medalla de valor en París a los dos días. No, no conservo fotografía porque era misión secreta y no deseaban publicidad para el hecho por no asustar a la gente; esas cosas de la magia negra, son siempre llevadas con gran discreción por los que mandan. De la magia negra te diré, finalmente, que los Dráculas y hombres lobos viven en casas que se llaman mansiones, que a mí me gustan más los hombres lobos que los Dráculas porque no tienen que dormir de día y salir a vivir de noche, y que un Drácula necesita morder, mejor a las jas que a los machos, para chupar sangre, no más de una vez al mes.

Creo que estas cosas deben saberse por lo que a uno le pueda suceder.

¿No sabías lo que eran las jas? Pues es castellano y se dice mucho; hay jas de la vida o putas y jas normales. En la cárcel se aprenden muchas cosas; los calés llaman una gamba a un billete de cien pesetas y una lechuga a uno de mil; un pavo a un duro o cinco pesetas, o cinco calas o cinco pelas, y un cangrejo a cinco duros. ¿Tampoco sabías qué significa tronco?; así se llama a un antiguo compañero de prisión; “oye, tronco, ¿tienes pasta?”, o parné, puedes decir también; “oye, tronco, no te mosquees conmigo, no es para tanto”, “cuánto tiempo sin verte, tronco, qué tal estás”. Y al policía se le llama palma; “que viene un palma, tronco, vámónos de aquí”. Y a los maricas, jibas; “mira qué dos jibas van paseando por ahí, tronco”; los maricas llaman a la policía la Julia; “¡ay, chica, que viene la Julia!”, y se van moviendo las caderas y agitando las manos. A las mil pesetas en billete se le llama también perejil y talego; medio talego son quinientas pelas; si a un calé le pides mil duros, te dará quinientas pesetas, pero eso no siempre.

A mi las mujeres, o las jas, o las gachís, que también se les puede decir así, “estás divina, gachí”, o “qué divina está esa gachí”, siempre me quisieron bien. He tenido muchas enamoradas, enamoraditas perdidas de mi. Me gustan sobre todo las de doce a catorce años pero también las de treinta. La primera muchacha de la que me quedé enamorado la conocí en mi barrio de Madrid, en el Gran San Blas, cuando yo era casi un crío

y ella también; era la Conchita, hija de una ja de la vida. Mucho tiempo después, incluso en Francia, me accordaba de ella, pero no sé dónde está ni si me gustará tanto como entonces al volverla a ver. Nada más regresar de Francia, en el año sesenta y nueve, me la encontré un día en un barrio cercano al nuestro de críos con un tipo que debía ser su novio, o su chulo, o algo así; hablamos un poquito, el tipo algo mosqueado, terminé dándole un viaje en el estómago, y ahí terminó la cosa. Nunca más me la topé.

Salíamos por ahí, y cuando su madre o la mía nos mandaba a un recado, íbamos los dos de la mano como novios; era muy bonita, y en el portal de su casa desde el principio me provocaba, y yo, que la respetaba bien, “oye, chica, tú qué quieras, mira que un día no me aguento”, y ella se reía la coqueta, le gustaba verme así. Pero un día de verano en su casa, en enaguas y bragas andaba ella por allí, “qué calor hace en esta casa”, decía su madre, “poneos cómodos aquí”, yo en bañador me quedé, que me gusta llevar bañador bajo los pantalones más que calzoncillos, su madre y ella en el medio me tendieron, algo me darían, digo yo, para que tan bien respondiera con las dos. Su madre me quería mucho desde entonces y me llamaba yerno, yo con la hija Conchita mejor me hallaba desde entonces, nos íbamos al campo cercano, tras un cerro, a pasearnos, o en el portal montábamos cuadros de pie, y ella se reía siempre, la coqueta. Creo que me hubiera casado con la Conchita si no me hubiera ido a Francia.

Cuando yo era crío, como de ocho años o así, teníamos un profesor que hablaba solo, algo majara debía de estar el pobre, y si alguno de nosotros decía una palabrota o una blasfemia, nos sacaba una muela; a mi no me sacó ninguna, pues un día que dije un taco y quería castigarme, fui yo, me saqué la muela, ésta que ves aquí, y se la di, “aquí tiene usted la muela, pero sepa que el día que me dé la gana me cago en un santo delante de usted y no me saca usted otra”; asustadito le dejé. Y es que yo creo que a los profesores deberían darles un pico y una pala para que se curaran de su locura. ¿A que no sabías tú que Napoleón conquistó España por tontería de los españoles? Yo lo sé, que un día me vestí de Napoleón y todos me saludaban, bien elegante iba y bien facheado, con un puro como un gringo, todo mi cuartel general de amigos junto a mi, todos cornudos porque yo enamoraba a todas las mujeres de mis generales, y ellos callados, para eso era el emperador; y yo sé que Napoleón entró en España solamente para pasar a Portugal, y los españoles no supieron tenerse las manos quietas, nerviosos sin sentido, ellos le provocaron. Y en aquella fiesta mucho me divertí, todos saludando a mi paso, como jefe que era. Más me gustaba a mí el traje de cruzado, así como una falda de mujer largo y abierto por delante, un cinturón muy ancho y fuerte, una espada larga y pesada, coraza, casco... Hubiera sido un tiempo bueno para vivir en él, con torneos de honor y eso. Un día, vestido de cruzado, para una película podía ser, representamos una historia de un Caballero Vacilas, muy buen guerrero, ganador de duelos y torneos, con un casco que nunca se quitaba pues si descubría su rostro las damas se enamoraban de él, como Jesucristo de guapo debía ser; ese Caballero Vacilas estaba enamorado de una princesa, sin besarla siquiera se había enamorado de ella, ella de él sin verle el rostro; todos le reconocían por un diamante muy grueso que llevaba en la manopla, y le temían

por tan buen luchador. Como tuvo que marcharse del lugar, le dejó a la princesa una paloma para que se la enviase en momento de peligro, y él se llevó consigo un pañuelo de seda, muy bonito de color. Con el tiempo quisieron juzgar a la princesa por bruja, porque la habían visto vagar por los campos y hablar sola; formaron un tribunal, allí estaba su padre y sus hermanos, primos, cuñados, la gente, caballeros, criados, para someter a juicio de torneo el futuro de la princesa; aunque ella decía que tenía un caballero que la defendería, sus hermanos y cuñados no la creían porque nunca le habían visto, y estaban preocupados como parientes suyos que eran. La princesa, desconsolada porque nadie quería ir en busca de su caballero, envió a la paloma mensajera, y el día del duelo, todos los acusadores en el campo, el Caballero Vacilas llegó a trote de caballo hasta el centro del campo con el pañuelo clavado en la lanza. “Ese es mi caballero”, y los hermanos, cuñados y parientes se asombraron, lo mismo que los acusadores. “¡Ahí va, si es el Caballero Vacilas!”, decían al ver el diamante de su manopla. Yo, que iba de Caballero Vacilas, luché muy bien y a todos los vencí, mucho me felicitaron mis amigos por el buen estilo de guerrear, y al final me fui con la princesa, que estaba divina, y me dio un beso, jovencita era, a pasear por el campo.

A mi me gustaron siempre los animales; podríamos comprar un pato y ponerlo ahí, en la terraza; se crían bien y puedes darle pan para comer. Yo tenía siempre animales en casa de mi madre y de mi padre en Francia; los cuidaba, los alimentaba bien, y eran los más gordos de los alrededores; lo que pasaba era que luego no quería matarlos, me daba lástima, y así los cuidaba y los cuidaba, pero nada más. Un día me regalaron unos conejos, y en pocas semanas estaba la casa llena de conejos; mis hermanos me decían: “Estás loco, si no quieres matarlos para qué los cuidas”, no entendían que a mi me gustaban los conejos sin más; luego ellos comenzaron a matarlos, mi madre a cocinarlos, y yo no me resistí porque la carne de conejo me gustó. El pollo me gusta menos, además de que cuando te lo ponen en el restaurán asado, no es tal, sino con salsa; te embadurnas las manos hasta el codo, todo son huesos, es molesto; el que nos pusieron el otro día al lado de casa me dejó en ayunas, ¿te fijaste?, seguro que era la mitad derecha del pollo, entero me lo hubiera comido, que siempre es más chica que la izquierda; en esos restaurantes baratos deben de comprar los pollos por mitades derechas, seguro. También es molesta la televisión a todas horas encendida, cuando no hay películas ni música ni nada, venga a salir tipos y tipos, siempre los ricos, gente de pasta diciendo lo que se le antoja, nunca sacan a ningún pobre si no es para decir “se busca” o para dar la noticia de que la policía se lo ha llevado para allá. Esos que salen en la televisión sí que viven bien, levantándose a la hora que les da la gana, trabajando si quieren, y si no no, vida de millonarios con lechugas bastantes en el bolsillo para borracheras y diversiones. Yo, sin embargo, bastantes noches me pasé durmiendo en la calle, invierno o verano, sobre todo al regresar de Francia a Madrid en el sesenta y nueve.

Y eso de dormir en la calle es peligroso por lo del documento, sobre todo si lo tienes caducado; te pueden coger los palmas

y aplicarte vagos y maleantes por las buenas, o darte una paliza que te cruje, como un día me sucedió; pero protesté al jefe y le dije que o me daban de comer o denunciaba a quien fuera, que sé que hay alguna ley que dice: “prohibido tener a alguien sin comer más de dos días en el calabozo”, o algo así; no es que sepa mucho de leyes, pero hablando con la gente se entera uno de muchas cosas. Además, tengo un tío entre los grandes de la policía, es algo de Juan Carlos, ese príncipe, no sé qué cosa concretamente, muy famoso entre los palmas; un día que me molestaron le telefoneé a una fiesta en la que se encontraba entonces con gente importante; “no dudes en telefonearme cuando estés en apuros”, me dijo un día, yo no lo había olvidado; se presentó en el cuartelillo inmediatamente, allí mismo donde el teniente Moreno estaba en plena faena conmigo, y nada más entrar le asentó dos golpes al susodicho teniente que lo tumbó, por las buenas; luego lo degradaron a pesar de sus protestas, “yo no sabía que era sobrino suyo, señor Rodríguez, palabra”, aunque por intercesión mía le devolvieron su graduación. Desde entonces me hice muy famoso entre la policía, y llegué a echarles alguna mano en ocasiones.

¿No te gustaría venir a Francia un verano, profesor? Tengo ganas de ahorrar algún dinero, cuando tenga un trabajo que merezca la pena, para comprarme unas buenas botas de monte, un macuto y una pelliza; para pasar los montes, estas tres cosas son necesarias; si tú te cansas en los montes, haríamos jornadas cortas, pero entonces deberíamos llevar buenas provisiones para el camino. Conozco bien el paso por los Pirineos; cuando la guerra, mis tíos y parientes hicieron varias veces el paso, también ellos lucharon en la Resistencia, y conozco bien esos caminos; eran unos valientes. ¿Sabes que los republicanos tenían una bandera de tres colores?: la verdadera bandera es roja, amarilla y morada; también sé que hay en España gente que conserva la verdadera bandera, incluso gente importante, aunque a escondidas. Allá por Cuatro Caminos hay una casa, por detrás de Reina Victoria, en la que te hablan de política y te dan papeles; yo estuve allí un día, y me hablaron de cosas de revolución y de protestar y armar jaleo; yo creo que no me mostraron la bandera por discreción, pero pensé que ellos debían de tener guardada en alguna parte de la casa la verdadera; bien guardada debería de estar porque, aunque la busqué, con disimulo para que no les extrañase, no di con ella. Y te digo que gente importante la conserva, por un suceso concreto; un día tuve que ir a un cuartel de la guardia civil por un asunto que no debía ser muy grave puesto que no lo recuerdo; me mandaron al jefe, y en un despacho vi la verdadera bandera detrás de su sillón; “¿no sabe usted que esa bandera está prohibida aquí en España?”, le dije; y el jefe se quedó muy sorprendido de que yo entendiese de esas cosas; “¿cómo lo sabe usted?”, me dijo, y yo le expliqué que mi familia vivía en Francia a causa de la guerra, y que siempre habían reconocido en aquella la auténtica española; el jefe sonrió tranquilo tras mis palabras, me dio unas palmaditas en la espalda, yo le dije que no diría a nadie lo que había visto, y me dejó ir sin ningún tipo de molestias.

Pero estábamos planeando el viaje a Francia; te decía de pasar por el monte porque por la frontera, lo mismo en carretera que en el tren, te piden papeles, registran tu equipaje, te preguntan por todo, y eso es molesto, has de andar arreglando papeles, carnets, pasaportes, antecedentes, tonterías, todo son problemas, mientras que por el monte te ahorras inconvenientes.

Una vez, en Barcelona, paseaba por las Ramblas tranquilamente cuando me di cuenta de que dos moros me seguían; me paraba ante un escaparate, y ellos lo mismo unos metros detrás; entraba en un bar, y ellos se entretenían charlando fuera sin perderme de vista... Hasta que, entre asustado y enfadado, les hice cara en una esquina, bien agarrada una navaja que tenía bajo la gabardina. "Como planeéis algo contra mi, os rajo", les dije procurando que se dieran cuenta del arma que llevaba escondida; se quedaron inmóviles, con cara de susto, y uno de ellos me suplicó que no les hiciera nada, que tan solo venían en mi busca para que les ayudase, que estaban dispuestos a pagarme lo que quisiera. Me tranquilicé con sus palabras y les dije que me explicaran claramente el asunto; los seguí por calles estrechas hasta una casa bastante vieja, subimos a uno de los pisos, yo sin darles la espalda nunca, siempre detrás, el cuchillo bien agarrado; nada más entrar en la casa, tras llamar de una forma concreta, con golpes contados, me encontré en medio de toda una tribu de moros, hombres, mujeres y algún que otro niño; inmediatamente sujeté a uno de mis acompañantes por el cuello, le puse el cuchillo en los riñones, y me dispuse para lo que hubiera falta si aquello era una trampa. Un viejo de barba blanca y larga me calmó con sus palabras; me dijo que llevaban varios días observando mis movimientos y que creían que yo era el hombre indicado para conducirlos a Francia con un cargamento muy rico que llevaban, base de su sustento en aquel país. Quise verlo, y me mostró un pesado cofre, entre varios fardos más que debían esconder el mismo contenido, lleno de monedas de oro y plata, joyas, preciosos puñales y algunas pequeñas piezas de tela ricamente bordadas. Me ofreció el viejo mucho dinero, pero en moneda corriente, si les servía de guía en el monte; fijamos fecha, me dieron en el acto la tercera parte de lo ajustado, y me despedí. Planeé bien la expedición; hice que se compraran lo necesario, y el día señalado, bien de madrugada, salimos de Barcelona hacia un pueblo cerca de la frontera, divididos en grupos para no levantar sospechas; caminamos de noche, aquello parecía una caravana del desierto que se había desviado de su camino, y dormíamos durante el día agrupados en pequeño número en refugios que yo conocía bien. Una vez en Francia, sin problemas, me pagaron el resto de lo ajustado, me despedí, aunque querían que me quedase con ellos unos días, hasta me adoraron como a su dios Alá, arrodillados en el suelo e inclinándose como para besarlos con los brazos extendidos, y me fui por mi cuenta para divertirme unos días en Lyon con el dinero que había ganado con mi trabajo.

Como verás, no hay problema en eso de cruzar los Pirineos para llegar a Francia, ni siquiera con una recua de moros detrás. Tengo muchas ganas de ir a Lyon, y tal vez esta primavera, o en el verano, realice el viaje. Allí estará la Remedios, mi hermana, y mis primas que siempre me quisieron bien. Mi hermana la Remedios, siempre que me veía, incluso después de estar casada con su marido argeliano, me daba un beso en la boca, talmente como si fuera

mi novia en lugar de mi hermana, hasta el punto de que su marido argeliano se encelaba muchas veces y le decía si no podía saludarme como hacen los hermanos, y ella que si me saludaba como le daba la gana, que si haber si iba a poner reparos a sus relaciones con el hermano más querido. Ella y yo nos llevamos muy bien casi desde críos, desde que yo llegué a Francia, a casa de mis padres; ella me mimaba mucho y me acariciaba, muchas veces quería dormir conmigo, y nos pasábamos gran parte de la noche jugando y peleando hasta que se levantaba el padre y ponía orden; yo, al principio, oponía alguna resistencia a sus juegos, pero luego me entregué por completo a ellos, y hasta muchas veces llegué a tener verdaderos deseos de llegar a casa para ver a la Remedios. Pero, eso sí, nunca en la vida expulsé en el interior de su cuerpo, puesto que éramos hermanos, y no debe hacerse entre hermanos. Con mis primas era diferente. Primero fue la mayor; siempre que llegaba a casa después del trabajo me la encontraba a ella por allí trajinando, cerca de la ducha, y en cuanto me descuidaba se metía conmigo debajo del agua. Luego se enteró la pequeña, y cuando la mayor no aparecía era ella la que venía a recibirme. Y mis tíos estaban orgullosos de que sus hijas quisieran tanto al primo que acababa de llegar de España. Ellas fueron las que me presentaron a sus mejores amigas en los bailes de los sábados y los domingos, las que contaban mis excelencias y crearon en torno a mi persona cierta leyenda de héroe que yo aproveché bien.

La vida en Francia sí era bonita y agradable, no como aquí, que siempre estás nervioso por si te piden el documento o si “mira que han cogido al Fulano, y si habla...” Lástima que con mi padre no me fueran bien las cosas, siempre protestando cuando sonaba el teléfono y alguna amiga preguntaba por mi, “deja ya de pegarle al asunto y ponte a trabajar en serio de una vez”, me repetía, y lástima que mi madre pusiera el grito en el cielo cuando lo de la vecina del piso de arriba, mis continuas visitas para arreglarle averías de fontanería cuando no estaba su marido, a ella qué le importaba aquello, digo yo. El caso es que tuve que volverme a España, y otra vez comenzar a buscarme la vida como Dios me da a entender.

De mi trabajo-trabajo en serio en España recuerdo, además de tantas obras como visité, los días de la barraca del moro en la feria de San Isidro y los de los coches de choque por Toledo.

El de la feria de San Isidro fue uno de mis primeros trabajos aquí tras el regreso; me contrató el moro por las buenas, y a los dos días yo era ya prácticamente el dueño del negocio; servía cervezas, sabía cobrar mejor que él las consumiciones de los clientes, e incluso llevaba las cuentas y pagaba a los abastecedores. El moro no le hacía mucho caso al negocio, cosa rara en un tipo así, y sí más a alguna gente que venía a verle y él los acompañaba por ahí. Yo dormía en la misma barraca, detrás, y el moro unas noches sí y otras no; lo que más me molestaba era cuando llegaba de madrugada alguna vez y se quería meter conmigo en la cama. Un día me encargó un trabajo que debía ser importante por el interés que demostró en que lo hiciera bien,

a pesar de su sencillez; debía llevar un paquete a un piso concreto, cerca del Rastro; me dio dinero para taxi, una insignia que debía ponerme en la solapa, y el paquete. En la casa, dos o tres tipos, uno moro también, casi me besan de alegría al verme con el paquete, me dieron una espléndida propina y yo me volví a la feria. Recuerdo esto bien porque fue mi último día con el moro. Por la noche se presentó un tipo allí, que estuvo bebiendo y charlando conmigo hasta la hora de cerrar, muy amable él, que parecía conocer al moro; cuando recogí todos los trastos y cerré la barraca, me invitó a su casa, el moro me dijo que me fuera con él, que era simpático y buena gente, yo le dije que bueno, a tomar una copa un ratito, y así fue. Pero entre copa y copa el tipo aquel quería hacer cosas conmigo, bonita era su casa, yo venga a beber y al final me fui, bastante borracho, con una botella de whisky en la mano dando tumbos por la calle y armando escándalo. Dormí en el cuartelillo, así de tontamente fue, y cuando salí de nuevo no quise volver a la barraca del moro; la barraca, por otra parte, estaba cerrada, y el moro no anduvo por allí en los días siguientes que yo permanecí en la feria.

En la feria había conocido a una chica que llevaba, con su hermano y sus padres, unos coches de choque; era simpática, complaciente, muy reidora, y cuando le dije que no trabajaba con el moro, me contrató para desarmar la pista, acompañarles a Toledo, armar allí de nuevo, y luego lo que se terciase. Me pareció bien por cambiar de aires, así que acepté. Como yo soy un tipo fuerte, todos los de la pista se quedaron sorprendidos al verme echar al hombro planchas de hierro y vigas que normalmente acarreaban entre dos; yo solo las desmontaba y las cargaba en los camiones, luego muy bien y abundante me daba de comer la Chelo, que así se llamaba, y bromeaba conmigo, y me tocaba los brazos admirativa. Una vez todo desmontado y cargado, nos fuimos para Toledo, y allí volvimos a descargar y a montar el tinglado de los coches de choque. La Chelo cobró más confianza conmigo, me quería bien y le gustaba cómo yo trabajaba; llegó a proponerme que me quedara con ellos una temporada larga, y yo tranquilo, que esta postura es fundamental para pasar por la vida. La segunda noche de Toledo, bebimos un poco después de cerrar todo, y ya la Chelo se me metió en la cama; como le gustó mi forma de responder, desde entonces pude trabajar menos y dirigir más.

Pero aquello de los coches de choque se hizo pesado a las dos semanas largas. Había conocido allí, por otro lado, a unos chavales de Madrid, uno de ellos el Francés, buen amigo mío desde entonces, y él me propuso algunos negocios más provechosos. Fue en una tasca de Toledo, tras una apuesta de ver quién bebía más sin caerse, donde comenzó nuestro trabajo en común. El Francés – que aunque es francés por parte de madre y español de padre no sabe nada de francés porque vivió siempre aquí con una tía suya – es muy vivo, y ganó la apuesta; antes de empezar a beber se llenó el estómago de aceite, que buenas tragaderas tiene él, sobre todo cuando algo le suena a dinero, y nos ganamos las mil pesetas. El fulano de la apuesta, un tratante de no sé bien qué cosa, bastante borracho tras el suceso, tenía otros muchos billetes iguales en su bolsillo, así que le sacamos a la calle,

le trincamos todo lo que llevaba encima, nos ligamos un seiscientos y para Alicante. Me despedí de la Chelo, le dije que me había salido un trabajo muy bueno en Madrid en una agencia de transportes, recogí mi ropa, una chaqueta de sargento americano con galones y todo de las que a mí me van, un poco tristona se quedó la ja, y hasta más ver.

En Alicante, bien; hasta que nos gastamos todo; algún pequeño golpe más alargó nuestra estancia allí. Un día que los motoristas de carretera nos persiguieron por una infracción, le demostré al Francés mi habilidad para las huidas en auto, a lo James Bond. Para venir a Madrid nos procuramos un 850, pues el viaje era largo. Y aquí en Madrid seguimos el Francés y yo con nuestra sociedad; él me enseñó bien el ambiente de su barrio, diferente del mío, allá por Tetuán; ligábamos bien y, cuando la cosa se ponía fea o no había trabajo o suerte, el hermano del Francés nos enseñó a sacar pasta a los maricas ricos que gustan de los chavales jóvenes como nosotros. Te aseguro, profesor, que no muchas veces recurrió a ese procedimiento de obtener dinero, pues al Francés y a mí nos daba cierto asco la cosa; pero el hermano del Francés le cogió gusto, y hoy trabaja en una casa que, como de jas de la vida, es toda de chavales; y le va bien, que tiene dinero y bonita ropa, y vive bien.

A mí, en Madrid, me iba más la Teresa; la conocí en el invierno, con frío y sin dinero, en momentos difíciles para el Francés y para mí, y la invitamos a vivir en una casa abandonada que habíamos descubierto. Ella estaba algo loca, y por eso no podía hacer bien de ja de la vida, pero yo la quería bien; al principio fue causa de disputas entre el Francés y yo, pero luego me quedé con ella para mí solo; algún día que no teníamos pasta y la Teresa estaba con estómago, ella conseguía dinero y yo se lo administraba; pero prefería ser yo el que trabajara, con ayuda del Francés, a tenerla a ella produciendo. Fueron días difíciles, pero felices; paseábamos por la Dehesa de la Villa, íbamos algún día a la Casa de Campo, al cine... Un día en el cine montamos un número bueno la Teresa y yo, desnuda se quedó en plena película, la gente y el acomodador se dieron cuenta y tuvimos que dejar la sala. Muchas veces pienso en la Teresa, porque yo la quería bien.

Y fue aquí en Madrid donde comenzaron todos los problemas con la policía y las visitas a Carabanchel. Carabanchel es un lugar donde haces nuevos amigos y aprendes muchas cosas que no sabías antes; creo, profesor, que es nuestra escuela o nuestra universidad. Allí aprendí cómo se rompe un cristal sin hacer ruido, cómo abrir determinadas marcas de coche, cómo tratar una caja fuerte o dónde se debe buscar el dinero en una casa; también aprendí a jugar el juego de las películas, se me quitó la vergüenza de representar; la forma de hacer subir una cerilla en un vaso de agua, o de sacar una moneda sin mojarse los dedos, y muchos trucos más; aprendí a narrar historias, y un repertorio de chistes que para mí los quisiera cualquier charlatán de esos que quieren hacer reír a la gente por la tele. En la cárcel se aprenden muchas cosas, palabra.

No sé exactamente las veces que estuve allí, pero creo que más de media docena; incluso recuerdo al director viejo, un anciano, más bueno con nosotros que el nuevo, que a veces nos invitaba a una copa en su despacho.

Pero de las cosas de allá no quiero contarle nada concreto; sólo le diré que costaba bastante trabajo vivir bien allí; yo lo solucioné con una paliza que le arreé a un tipo que me atacó con un puñal hecho de un tenedor, lo que me dio fama de valiente; le eché de lo alto de la galería abajo y se lo llevaron malparado a la enfermería; debía de estar algo tocado de la cabeza, yo creo. Por otro lado, una marica me tomó cariño, decía que yo era su chulo, y me abastecía de bebidas, bocadillos y cigarrillos; y es que en Carabanchel hay muchas julias encerradas, algunas todas juntas en la misma celda, se pasean en bragas de mujer y se pintan incluso, muy peligrosas, si te toca llevarles la comida por ejemplo, porque se te echan encima como sanguijuelas.

El relato de Juan se interrumpió antes de lo que el profe de historia hubiese deseado. Un incidente minúsculo, el robo de quinientas pesetas en casa del profe, puso fin a las relaciones amistosas que ambos habían mantenido hasta entonces.

El profe de historia había conocido al quinqui Juan en el Drugstore de Fuencarral, en Madrid, poco antes de las Navidades del año 1972; éste estaba con otro joven delincuente, bastante cargados de cerveza ambos y con una fachas que les hubieran llevado al cuartelillo aquella misma noche. El profe tomaba unas copas con algunos amigos en la mesa de al lado, y pronto se interesó por la conversación de sus dos vecinos. Aquella misma noche los dos chavales durmieron en la casa del profe de historia, en la que, salvo un reloj estropeado de bolsillo y un encendedor de gas, nada había para robar. El profe se deshizo del más joven de los dos chavales a la mañana siguiente, sin duda menor de edad, regalándole veinte duros, e inició sus charlas con Juan; hubo de convertirse en un paciente interlocutor, escuchar largas y farragosas historias de vampiros, policías y vaqueros americanos, desilusionantes y fantásticas, episodios de películas pasadas en cines de barrio y fabulaciones descabelladas sobre hechos reales. El profe de historia se arriesgó, incluso, a dejar solo en su casa al joven delincuente, una llave en su poder, la semana de navidades. A su regreso tenía ante sí a un amigo entusiasta pero no pudo encontrar ni el reloj estropeado ni el encendedor de gas.

Los relatos de Juan se concretaron algo más cuando el profe de historia le dio permiso para invitar al Francés a vivir en la casa. Desde ese día, Juan y el Francés juntos, los careos entre ambos, los juegos de representaciones de películas y trucos de manos, los proyectos de trabajo y ahorro para el futuro y las tertulias con amigos del profesor llenaron las horas de ocio en ese tiempo. Juan, por un raro fenómeno, se convirtió en vigilante de su amigo el Francés; le reprendía si desordenaba la buena marcha de la casa como si de algo personal se tratase. El profe logró que buscasen trabajo, peones de la construcción, en dos ocasiones; el problema se presentó los dos sábados, día de cobro; exultantes con su dinero en el bolsillo, se compraron gafas, tabaco caro, se pasaron la noche de juerga por la ciudad y en los dos lunes siguientes el profe, de vuelta de sus clases, se los encontró en la casa cabizbajos y sin trabajo; en las dos ocasiones se habían

despedido nada más cobrar su dinero sin pararse a pensar en el futuro más próximo de la semana siguiente.

No hubo tiempo para intentar una nueva experiencia. Al grupo se unió un tercer personaje, Roberto, que vivía en el mismo barrio; se lo encontraron una noche en una tasca cercana a la casa; como era viejo conocido de correrías nocturnas y de la cárcel, “éste es tronco nuestro”, repetía Juan con frecuencia, el profe de historia le invitó también a pasar unos días en su piso, considerando de interés para la historia la presencia de aquel tercer personaje. Pero fue nefasto; Roberto, sutil e intrigante, trajo consigo la discordia, se llevaba a los dos chavales con frecuencia, a raíz del abandono del segundo trabajo, a lugares que el profe no conocía y, al cabo de tres días, desaparecieron quinientas pesetas del bolsillo de la americana del profe. A la noche éste reunió a los tres, mutuamente se acusaban, y con la ayuda de un amigo llegado en muy oportuno momento, el profe recogió las llaves y les permitió pasar una última noche en su casa. A las nueve de la mañana del día siguiente, más de un mes después de iniciada la experiencia, el profe recuperaba su tranquilidad y su seguridad. Un encendedor, un viejo reloj de bolsillo estropeado y unas tres mil pesetas le había costado el juego.

Alguna vez, posteriormente y por separado, vinieron a visitarle Juan, el Francés o Roberto; Juan y el Francés con la esperanza de que les invitase de nuevo a la casa, pero el profe se mostró inflexible. El final, sin embargo, había sido demasiado prematuro y los datos recogidos inconexos e incompletos. El profe solamente pudo redactar las líneas anteriores.

Madrid, febrero – julio de 1973.

VI

INTERMEDIO II: LOS TRES RELATOS NEGROS

- ¿No te das cuenta, J.B.? El paraíso de las islas ya está implícito ahí, lo mismo que su estructura básica, el intersticio de nomadeo. ¡Es asombroso! ¡Es un texto inocente, puro aviso!

El entusiasmo de la Laurita se contagió de inmediato, como un virus de gripe cualquiera, al resto de amanuenses, sobre todo a los recién llegados, más vírgenes sus oídos a aquella música que los de la propia Laurita o, por supuesto, los de J.B. El *relato negro* siguiente era otro aviso en carne viva, dramático; desde la frase misma de su arranque, como fecha exacta con la frialdad del cuchillo, con voluntad de aviso. De aviso de socorro o de aviso de petición de auxilio.

- Y algo aún más interesante, J.B.: el joven profe, Boris, según tú, ya inicia un giro nonovelístico – o novelístico sin más, en su arranque – al tener que salir del relato él mismo y tener necesidad de introducir a otro interlocutor más objetivo o con más amplia perspectiva, al sentirse arrastrado personalmente por la crudeza de la narración; y hasta intenta algún balbuceo interpretativo, algo niño, eso sí. ¡Es fantástico! Y explicita su creencia en la Utopía como posibilidad. ¿No te parece fascinante?

J.B. se sonreía por lo bajo, socarrón. “Claro que lo capto chiquilla, pero también capto su absoluta inmadurez, su enervante torpeza expresiva”. La Laurita saltó de nuevo, entusiasta.

- Eso resulta, para mi, lo más atractivo, lo que convierte en aviso descarnado el cuento, y esos perfiles entre antropológicos y misioneros en los que se enreda y se pierde el narrador, en las redes del laberinto más clásico, el de los múltiples recodos posibles. Pero ahí está el paraíso de las islas todo, el chispazo de idea incendiaria, la racionalidad otra naciente, como balbuceo, necesaria para transformar la realidad radicalmente; una vez más, la semilla del intersticio de nomadeo como medida áurea para un nuevo análisis, ¿no te das cuenta?
- Cómo no me voy a dar cuenta, chiquilla, si yo te contara...

AHMED DE LA TIERRA DEL SOL

1

La madrugada de la noche siguiente al día en que se casó la nieta de Franco, a eso de las ocho de la mañana, Ahmed llegó a la pensión de su amigo el profesor de historia, en Atocha. La dueña de la casa, la señora Amparo, se sorprendió al ver al argelino a esa hora, pero ante la insistencia de éste lo dejó pasar; el profesor estaba aún en cama.

Ahmed entró en la habitación del profesor; el rostro brillante y levemente demacrado, mostraba que no había dormido durante la noche; intentaba mostrarse despreocupado y alegre, sonriente. Intercambiaron bromas sobre la situación inusitada; Ahmed le explicó al profe que había pasado la noche con amigos, tomando chocolate con churros en una chocolatería cercana, desde donde había pensado hacerle una visita antes de irse a dormir a su pensión de Argüelles; la hora de clase del profe se acercaba, el argelino se despidió. Antes de marcharse, Ahmed le mostró una filmadora que había dejado sobre la mesa de trabajo.

- Es muy buena, mira. Me la regaló uno de los amigos de cine porque para él ya no le servía. Si no te importa, te la dejo ahí, para no ir cargado hasta casa, y la recojo un día de estos. Yo, en realidad, no la quiero para nada, así que si algún amigo tuyo quiere una, se la pasas al precio que te parezca.

A las diez de la mañana el profesor comenzaba su primera clase del día; el centro de enseñanza estaba en Argüelles, cerca de la pensión del moro, y el viaje lo hicieron juntos en metro hasta San Bernardo.

Esa fue la última vez que el profesor vio a Ahmed. Dos días después del suceso le telefoneó el argelino para saludarle y le preguntó sobre la filmadora. El profesor comprendió que Ahmed deseaba que le vendiese aparato, poco dinero debía de tener, como sucedía con frecuencia, y no le causó extrañeza; incluso llegó a ofrecer la mercancía a alguno de sus amigos, no con demasiada insistencia por otra parte; pero el profesor de historia no era buen vendedor.

Aproximadamente una semana después de esa última entrevista, la policía se presentó en casa del profesor de historia, más de las tres de la madrugada era, la señora Amparo nerviosísima porque no fueran a reñirla por algún fallo legal de su casa de huéspedes, y se llevaron, profesor y filmadora, a la Dirección General de Seguridad.

2

El Profesor recuerda con precisión y cariño el día – la noche, mejor – que entabló amistad con Ahmed. El argelino era uno de los árabes

que, de vez en cuando, a veces con asiduidad, se dejaban ver por el Gijón; hablaban allí con algunas personas muy determinadas y, cuando estas personas no estaban, se sentaban a tomar una copa; con el tiempo se convertían en algo familiar, habitual de la casa. Ahmed se había introducido, siempre como un invitado, en un grupo en el que el profesor tenía algún conocido, así que algún día intercambiaron algunas palabras, y comenzaron a saludarse cada vez que, en el Gijón o en el vecino café Teide, se cruzaban.

Fue un día normal, a finales del verano, cuando aquello se convirtió en amistad, muy particular al principio, bastante sincera después. Tras la última clase del cursillo de verano en el centro de enseñanza del profe, algunos amigos, también profesores, se llegaron hasta el Gijón; otros amigos del Café, poetas, actores, gente de cine, asiduos sin profesión, algunos de ellos conocidos del profesor, celebraban el bautizo de la hija de uno de ellos, no se sabía bien de quién, con güisqui en la terraza del café, e invitaron al nuevo grupo que llegaba; Ahmed, como otras muchas tardes, apareció por allí, y el profe, un poco alegre ya por las copas de algo que no bebía normalmente, le saludó y le invitó a sentarse en el grupo; el argelino aceptó, aunque no quiso beber nada, y charlaron algo sobre cosas intrascendentes. La velada se prolongó, las botellas se fueron vaciando, los amigos profesores y otros del grupo se marcharon a sus casas, un reducido grupo, entre ellos Ahmed y el profesor de historia, siguieron en la terraza entre chistes de andaluces, historias, bromas y copas... Cuando fue hora de marcharse, pues el café iba a cerrar ya, el profesor descubrió que, aunque su cabeza marchaba, sus piernas se negaban a sostenerle.

Todos se fueron yendo y el profesor, entre tumbos y bromas, logró incorporarse. Fue entonces cuando entró en juego Ahmed; él captó o comprendió el mal estado de su amigo, le hizo apoyarse en su hombro, buscó un taxi para él, lo acompañó a la casa de la señora Amparo, le lavó la cara, le hizo vomitar, le metió en la cama y él se quedó, por insinuación del profe, a dormir allí, en la misma habitación, en la cama libre por viaje del compañero de habitación. Fue así de simple el inicio de una gran amistad. Los árabes, Ahmed en este caso, saben mucho del hombre, de la amistad, de la ternura y, en general, de tantas cosas que para algunos son lo más esencial de la vida. Esta bella realidad aquí, en Madrid, en una ciudad europea al fin, va de la mano de otra realidad no menos importante, su condición de extranjeros marginados y necesitados, que llega a enturbiar esa antigua sabiduría con la negritud de las motivaciones; su hermoso saber es utilizado. Pero, ¿sólo por ellos? Ellos, los árabes, Ahmed en este caso, utilizan su saber; otros, su dinero; el balance, trágico.

Nuevamente el profesor de historia se topa con la torpeza de su mente y su expresión. Quiere dormir. Hasta luego.

3

Ahmed debía tener la edad del profesor de historia, no más de veintiséis años. Sus rasgos eran duros, boca grande, ojos pequeños y brillantes, muy vivos,

pelo ensortijado, fuerte biología. Madrid no era para él punto final de viaje; había estado anteriormente en París, con su automóvil, dos mujeres trabajando para él y periódicos viajes a Bruselas; otro día habló de su expulsión de Francia y la prohibición que tenía de volver a entrar allí; en otra ocasión, le evocó sus al menos cuatro viajes clandestinos para pasar la frontera de Argelia a Marruecos y de allí a España; España era sólo país de paso para él; Francia era su primer objetivo.

El paso clandestino de las fronteras inspiraba a Ahmed hermosos relatos; su habilidad con las personas y su instinto de conservación eran admirables. A principios del otoño, el argelino desapareció repentinamente de Madrid y, al cabo de tres semanas aproximadamente, volvió a dejarse ver, aunque el café Gijón lo visitaba muy de tarde en tarde y con prudencia. En aquel corto periodo de tiempo, le contó al profe, había sido enviado a Argelia por indocumentado; al día siguiente de llegar a la frontera argelina, preparó su nuevo viaje; se fugó de la prisión fronteriza provisional, tenía miedo de que le mandaran a trabajar al huerto, decía él, se echó al monte y, arañado por las alambradas, deshechos sus zapatos, sin saber nadar se dejó arrastrar por la corriente de un río en la noche hasta llegar a territorio marroquí. Una vez allí, descalzo, en un camión realizó el viaje hasta la ciudad más cercana. Así, hasta Tetuán, de Tetuán a Ceuta, frontera de fácil paso según sus palabras, y de Ceuta a Algeciras valiéndose de su rapidísima capacidad de maniobra; las maletas de una señora de edad, a la que amablemente se prestó a transportar sus bultos, eludieron incómodos interrogatorios policiales y, tal vez, el fracaso en el inicio de su último viaje. Los problemas de dinero y de comida eran nimios; la solidaridad de los árabes con un fugitivo es grande y, en caso de apuro, en la mezquita más cercana rezaba y pedía; ni él mismo sabía si su corazón estaba en Alá o en el trozo de pan que esperaba obtener de aquellos rezos.

El corazón de Ahmed se había alejado de Alá. Recordaba con amor la casa de su madre, el huerto, el pozo de agua fresca, los hermosos árboles bajo los que retozaba las tardes calurosas, haciéndose el sordo a la llamadas al trabajo de su gente. Era el argelino un gran sentimental, pero la dureza del viaje le había alejado de Alá, de las tradiciones de su pueblo, de la serenidad del hombre sencillo; solamente en muy señalados momentos Ahmed mostraba hermoso rostro.

4

El Profesor de historia siempre trató bien a Ahmed; no tenía ningún inconveniente en presentarle a cualquier amigo suyo, ni se sentía incómodo si el argelino, siempre con una leve petición de permiso, se sentaba en su mesa; más aún, el profe sentía un especial agrado en presentar como amigo a aquel hombre que en más de uno de sus habituales contertulios despertaba cierto recelo. Fue en el café Gijón donde un día surgió una espléndida ocasión de observar reacciones humanas dispares, una de las debilidades del profesor.

Manolo el Argentino, Carlos el Industrial, Ahmed y el profe tomaban unas copas, cuando un grupo de cuatro chicas jóvenes, tal vez menores de veinte años todas, llegaron al café y se sentaron en la mesa de al lado. Carlos el Industrial entabló conversación inmediatamente con ellas, cuatro chicas al lado de cuatro chicos, de la forma más natural. Una de ellas era negra, graciosa y delgadita, guineana; otra resultó ser venezolana, entrada en carnes y sensual, y las otras dos españolas, una manchega y una vasca. Venían alegres las muchachas, compañeras de residencia, algo celebraban aquel día con anís dulce, y la comunicación, entre risas y copas, surgió desenfadada y sin suspicacias. Terminaron proponiendo celebrar una fiesta en el apartamento de Carlos el Industrial, en la zona de Generalísimo, cerca del Bernabéu, muy bien decorado y con abundantes provisiones para toda la noche. Aceptaron, eran cuatro y no había problemas especiales de disciplina en su residencia. Y ya en la casa del industrial, comenzó el espectáculo de cuatro hombres y cuatro mujeres que se acaban de conocer y que desean encontrar su pareja, nadie sabe bien exactamente para qué.

Ahmed desplegó todas sus artes de hombre biológico y apasionado, sus más exquisitas palabras de amor, primero con la chiquita guineana, luego con la manchega, luego con la venezolana, los otros tres, más o menos interesados por la posible aventura, pero sin hacer depender del éxito sexual de aquella velada su afirmación como hombres o machos, pasaron las horas de la noche. Finalmente, cuando ya amanecía, todos en el coche del Industrial salieron a tomar el chocolate con churros en algún lugar cercano a la residencia de las estudiantes. Ahmed y la chica guineana eran los únicos que habían perdido la calma; la negrita, repentinamente, se encaró con todo el grupo de forma agresiva, el alcohol había hecho mella en todos los cerebros, y profirió vagas acusaciones contra falsos superiores – inferiores; las españolas, con canciones folclóricas, ajena a la situación, tranquilos y algo ebrios los demás, Ahmed en delirios cada vez más violentos y apurando las copas a un ritmo desacostumbrado en él, siempre cuidadoso a la hora del número de tragos, como buen conocedor de sus reacciones, iniciando un monólogo entrecortado en el que las palabras “mala suerte”, “no tengo suerte”, presidían el casi ininteligible discurso. El argelino pidió copas cuando los demás pidieron chocolate y, a la hora de despedirse las muchachas para pasar a su residencia, Ahmed casi lloraba de excitación; no adoptó postura violenta, tal vez por la tranquilidad de sus amigos. Finalmente, los caminos de todos eran dispares; el profesor paró un taxi, le señaló la dirección de Ahmed, ya medio adormecido por el alcohol, y en otro taxi se fue a dormir en plena mañana.

Al día siguiente el profesor de historia volvió a ver al argelino. “Perdona el jaleo de la otra noche, a los árabes nos sienta mal la bebida, tenemos la sangre muy caliente, bien sabía el profeta Mohamed...”, y a continuación le reprochó, algo suavemente, como si un maestro tratase de explicar un punto oscuro de una lección a un alumno aventajado. “No debiste dejarme solo en el taxi, iba mal, era peligroso, debiste acompañarme a casa...” El profesor de historia recordó el comportamiento del árabe en otra ocasión similar anterior, y sintió su culpa.

“Entre amigos son buenas esas cosas, nadie puede cuidarte mejor que un amigo”.

5

Una de las alumnas del profesor cumplía veinte años, y quiso celebrarlo con sus compañeras de curso y algunos profesores en una casa de campo, cercana a Madrid, que sus padres, tal vez ricos industriales, tal vez ricos comerciantes, pusieron a su disposición para aquel señalado día. Al profe le dio permiso la chica para que llevase a algunos amigos a la fiesta; tres le acompañaron, uno de ellos Ahmed, y una exalumna con la que por entonces el profe salía con frecuencia. La fiesta discurrió con normalidad; el moro, aunque contrastaba mucho con aquella gente elegante y tranquila, fue bien recibido, las chicas hablaban y bailaban con él cortésmente. A medida que se animaba la reunión, el alcohol abundante, desaparecían las primeras distancias entre profesores y alumnos, gentes recién presentadas que comenzaban a conocerse, incluso simpatizar, incluso emparejarse, Ahmed cada vez más charlador, a veces íntimo o confidente, con alguna muchachita por allí, luego con otra, se le notaba con urgencia por encontrar su pareja para aquel día, o tal vez también para el futuro, entre bromas le contaba la anfitriona al profe que ya había declarado su amor eterno a dos de sus amigas, no muy en serio se lo habían tomado, “qué gracioso es su amigo el árabe, profesor”; el profe captaba ya la excitación de su amigo, bebía más, bebía mucho, recorría el salón saludando a todos, riendo con todo el mundo, por suerte no era el único que se sentía muy borracho, algunos chicos por allí, primos y amigos de la anfitriona o de alguna de sus compañeras, estaban igual que él, en algunos momentos iniciaron canciones, a veces salían al jardín, alguno necesitaba echar de su estómago algo que le hacía mal..., Ahmed inició, en un momento, una danza sorprendente de movimientos, todos a su alrededor tocaban palmas o le animaban con frases cariñosas, una guitarra sustituyó a la música de discos, Ahmed bailó hasta el agotamiento, estómago, hombros, pasos complicados y rudos en círculo, mareante, la chica sevillana, la más reidora, y la exalumna que iba con el profe le prepararon un café fuerte, bien le sentó, le declaró su amor el argelino a la chica sevillana, todo el mundo cantaba, algunos bailaban también, con música de guitarra, pero se hacía tarde, algunos comenzaban a salir para sus casas, como era lógico nada iba a suceder, Ahmed, ya de vuelta, nuevamente “no tengo suerte, Ahmed nunca ha tenido suerte”.

6

Los comedores del SEU, la piscina del SEU, los bares de la Moncloa, el barrio de Argüelles, los estudiantes... Todo aquel mundo lo conocía bien el argelino, y con frecuencia se encontraba por allí con otros árabes más o menos conocidos; su pensión estaba cerca de aquel barrio de gente bulliciosa y vida provisional. Tal vez fuera para Ahmed la vida de los estudiantes un reflejo de la suya, pero con un sentido para él inalcanzable ya; toda aquella gente con la que se llevaba bien, mejor que con los habitantes

de otros centros de la ciudad, abandonarían para siempre su provisionalidad, el ideal de Ahmed, para realizar el trabajo para el que entonces se formaban, lo que el argelino nunca podría hacer. A él, era consciente de ello, le esperaba un futuro vago y oscuro; intentaba aferrarse con fuerza a todo aquello que pudiera dignificar o asegurar en alguna medida su incierto después; ahí entraba también, aún no sabía bien cómo, el profesor de historia.

Fue en la piscina del SEU en donde un día le confió a su amigo el profesor sus problemas de papeles. A pesar de que no sabía nadar, y eso le avergonzaba sobremanera, Ahmed aceptó ir aquella mañana a la piscina. Para entrar exhibió un carnet de estudiante de idiomas, expedido en algún centro privado de la ciudad, y aunque hubo cierta reticencia por parte del portero, pudo entrar. “A mi me gustaría ser estudiante”.

El profe sabía que aquello era imposible; intentó llevarle hacia el tema de trabajo. “Es verdad que yo necesito un trabajo porque necesito dinero, no tengo familia rica ni siquiera familia cerca. Me gustaría estudiar un oficio, cualquiera, no tener que andar por las calles para buscar el dinero. Y luego, cuando bebo, todo lo complico. Tú tienes amigos, alguno podría darme un trabajo, haría después mi carta de trabajo, podría tener una documentación y, tal vez, hasta obtener el pasaporte de mi país. O si encontrara una chica española para casarme... El servicio militar me lo exigirían, claro, pero creo que lo haría con gusto, aunque dicen que es más de un año. A mi me gustaría ser estudiante; los estudiantes no tienen estos problemas para andar por ahí ni a la policía siempre al acecho...”

Al profe le dolía que ese problema de los papeles, difíciles de obtener, fuera uno de los básicos a la hora de planificar su vida uno de estos emigrados especiales. Unos instantes dejó vagar su imaginación: una República del Mundo, un ciudadano de la tierra, elección de lugar y clima, comunicación total de hombres y culturas... Pensó en el libre comercio, desde finales de la Edad Moderna en el candelero; y – aunque nunca el juego de los intereses fue ajeno – pasó sin solución de continuidad a la total libertad de movimiento. Tal vez la investigación de las leyes naturales para la economía, la política y la sociedad, a semejanza de las físicas, no fueran un error en algunos aspectos. Corrientes libres de países pobres hacia países ricos, contracorrientes de hombres cansados de países ricos hacia países pobres, nuevo periodo colonizador justo como consecuencia de estos intercambios espontáneos de gentes... No existe la Utopía, lo utópico es realizable hasta límites no sospechados.

Ahmed le pedía al profesor de historia una documentación y un trabajo, o un trabajo y unos papeles, o una forma de vida que le permitiera emplearse en un trabajo y obtener luego una documentación para poder llevar una forma de vida normal, o quién sabe qué sencilla cosa le pedía inalcanzable en absoluto. Días después, el profe comprobó que ni sus mejores amigos con puestos de trabajo a su disposición podían hacer nada, todo era caro de conseguir y arriesgado. También se enteró de que cualquier argelino que se topara por ahí estaba ilegalmente fuera de su país, ilegalmente

donde estuviera. Pensó en un lugar especial para este tipo de marginados, para si mismo.

A mediodía, el sol fuerte, la piscina abarrotada de gente, sin señoritas gordas ni niños bulliciosos ni tortillas de patata por el césped, alguna guitarra por allí, la gente tranquila, alegre y despreocupada. “O si encontrara alguna chica española para casarme...” Ahmed había encontrado una chica española, secretaria en alguna oficina oficial de algún ministerio o alguna dirección general, y con ella había mantenido relaciones a la española, sábado y domingo por la tarde en el Retiro, algún día al cine, alguna mañana de domingo al parque de atracciones. Conservaba su fotografía en la cartera, mujer de rostro fuerte, como de veinticinco años. “Ahora está embarazada y, aunque no se le nota todavía, tiene mucho miedo de sus padres. Podía casarme con ella y, cuando naciera el niño, ponerla a trabajar; hay muchos clubs de chicas aquí y buen trabajo. Pero el problema es que no tendríamos bastante dinero para aguantar esos meses, y el servicio militar y los papeles...”

El profesor de historia comprendió que no era todo tan sencillo. El argelino le contó que, además, la chica debía ser muy fértil; tan solo un par de veces habían tenido relaciones sexuales. La primera en el Retiro, en pleno día, en un banco algo apartado, la chica sentada sobre sus muslos; era su primera experiencia y hubo sangre abundante. La segunda, en el portal de su casa una noche, de pie. Luego no hubo más; la chica tuvo miedo, sus padres le ponían muchos inconvenientes para salir de casa, y sólo de tarde en tarde podían verse un corto tiempo. Para el profe, aquel árabe comenzaba a ser un misterio y un reto, con algo de terrible y turbio; mezcla de candor y cálculo, habilísimo dramatizador, desinteresado en ocasiones o interesado hasta límites raros, refinado o rudo, a veces tierno a veces cruel. El profe no era un buen conocedor de aquellas gentes; Ahmed era su primer contacto con un mundo que, bien conocía él su terca curiosidad, amenazaba cautivarlo. Sus tretas para ganarse la confianza total de su nuevo amigo, caían siempre en terreno bien abonado; parecía que Ahmed deseaba precisamente aquello, y las confidencias se hicieron frecuentes.

Ahmed, a veces, tenía bastante dinero, tres o cuatro mil pesetas, y entonces se mostraba espléndido y animado; uno de esos días le comentó a su amigo que tenía cincuenta dólares con los que no sabía qué hacer, puesto que su documentación no estaba en regla como para ir a cambiarlos a un banco; al profe le pareció sencilla la solución, se los pidió, y él mismo los cambió, sin pedirle ninguna explicación sobre su procedencia; muy bien podía haber sido un pago a cualquier servicio, además de que resultaba contraproducente la pregunta para sus relaciones con aquel buen amigo. Posteriormente, en charlas con el argelino, éste le explicaría cómo habían llegado a su poder.

7

El que escribe se siente obligado, con frecuencia, a pedir perdón al lector por su torpe prosa; no es ni lo pretende ser un escritor profesional, su vocabulario es reducido, su sintaxis trabajosa y reiterativa, cree que abusa de conjunciones, preposiciones o adverbios, y tiene poco arte al adjetivar. Pero está convencido de que sus conocimientos, experiencias, o lo que sea ello, son válidas y dignas de ser contadas. Su descubrimiento del lumpen y de algunas formas de delincuencia le han vivamente impresionado; en el fondo del corazón de un delincuente no hay algo feamente oscuro, por lo menos no con necesidad, y sí algo más hermoso y más representativo para comprender una sociedad concreta que lo que se puede encontrar en el fondo del corazón de la mayoría de los hombres de bien, que se dice. El que escribe se siente sorprendido, casi anonadado, ante el comportamiento del profesor de historia, iluso y soñador, noble y trámoso a la vez, arriesgado hasta el límite de la no lucidez, que hubiera deseado ser útil a una sociedad justa y que ha dado en equilibrista. En ocasiones, el profesor de historia se ha franqueado con el que escribe; la tentación de la huida, de la evasión hacia fuera del mundo en el que le ha tocado vivir, es muy fuerte; el que escribe cree que es producto de su impotencia o de no haber encontrado cauce adecuado para su ideal. El profesor de historia es consciente – así se lo ha comunicado al que escribe en una inolvidable charla, casi monólogo, en una terraza del Zoco Chico de Tánger – es consciente de que tal vez tenga que pagar un alto precio por su intento de saber: el embrutecimiento. Entonces, concluyó el profesor: “Mi embrutecimiento, no obstante, me parecería hermoso si alguien después de mi...”, y no pudo terminar la frase. El que escribe sabe con certeza que el profesor de historia es sincero y capaz de amar con todas sus fuerzas a quienes, por instintiva selección, incluye en su mundo y llama, con propiedad, amigos. Ahí radica una de las limitaciones principales del profesor de historia y de su método de trabajo; no es un sociólogo o antropólogo que realiza frías encuestas con valor científico, sino un solitario luchador, sin inmediatas pretensiones supraindividuales para su trabajo, si no son literarias.

8

Con el argelino era fácil provocar las situaciones y confidencias; no más de un par de días transcurrieron, hasta que Ahmed le confió al profesor la procedencia de los dólares. Fue el primer paso para una mayor confianza en la charla sobre algunos temas candentes e inusitados.

“Todo comenzó en la Gran Vía, un día que ya no había dinero y tenía que buscármelo”. Fue todo sencillo; un gigantón americano le seguía; Ahmed muy bien sabía captar las motivaciones de ciertos comportamientos y signos, supo que aquel hombre deseaba sexo. “En el hotel, en la misma Gran Vía, yo cumplí como él deseaba. Al terminar, ya preparado para marcharme, algo dijo en inglés que no comprendí, algo de que no tenía cambio, y me alargaba cien pesetas. Yo le expliqué que aquello era muy poco, de nada servía ya un billete como aquel, él no quería comprender...”

Todo el coraje antiguo del argelino se manifestó en aquel momento con violencia;

ató al americano con una corbata, le amordazó bien, registró los bolsillos de su ropa, se guardó todo lo que en ellos encontró, y bajó hacia la calle. Cuando llegó a recepción, el teléfono del conserje sonaba ya, el americano había logrado zafarse de sus ataduras; el recepcionista se dirigía a él, “espere un momento, el señor X dice algo sobre usted”, pero Ahmed ya estaba a salvo, confundido con la gente de la calle, perdido por las calles estrechas laterales de la gran vía, seguro refugio. Sabía que no debía aparecer por la zona en unos días, que no debía volver por aquel hotel en mucho tiempo, mas no importaba porque toda la ciudad era suya.

Al profesor de historia le emocionaba la naturalidad con la que Ahmed le contaba aquella peligrosa aventura; algo que entraba en el mundo de lo anormal, de la delincuencia social simple, era perfectamente normal, casi un trabajo, para aquel argelino que con él se comportaba como un entrañable compañero de charlas de café y amigo. Un alegato de Fanon, en uno de sus primeros escritos, veinte años atrás, aquella afirmación rotunda de que “si los norafricanos se contentan – en Francia – con prostituirse es porque antes se los prostituyó a ellos”, adquiría una impresionante nitidez. La figura y comportamiento de Ahmed cobraba, para el profe, un valor inusitado; su vida era un libro apasionante sobre problemas de colonización y descolonización, contactos de mundos culturales diversos, relaciones opresor – oprimido o colonizador y colonizado, formas sutiles o burdas de racismo – y el profesor de historia temblaba –, problema de emigración, motivos, el emigrado y su formación profesional, formas de supervivencia en una gran ciudad occidental... Pero estos asuntos tan sugerentes, al plasmarse en casi abstractas palabras, horribles conceptos en ocasiones, perdían toda la vital pureza del argelino.

“El síndrome norafricano”, texto de Franz Fanon aparecido en *Esprit* en febrero de 1952 y publicado en español con otros artículos en una editorial sudamericana bajo el título general de *Por la revolución africana...*, se convirtió en texto obligado, obsesivo, durante semanas, para el profesor de historia.

La explicación de la procedencia de los dólares unió más aún a los dos amigos. No había ya misterio ni sobre los papeles, ni sobre cómo el argelino obtenía dinero. ¿Había solución? El profe quería encontrar una fórmula viable; en Madrid era prácticamente imposible encontrar un trabajo digno; la construcción, por ejemplo, podía servir, pero era muy improbable que Ahmed, en pleno camino de dinero fácil, poco esfuerzo, años de vida peculiar, encontrara fuerzas para renunciar a muchas cosas y embarcarse en un trabajo duro y mal pagado. Tal vez era muy tarde. Parecía que podría encontrarse una solución en la hostelería, no en Madrid sino en la costa, en alguna zona turística de levante o del sur. Había que hacer tiempo hasta abril o mayo, dejar pasar el invierno.

ricos solteros de profesión indefinida, amigos de artistas y bohemios, artesanos finos – decoradores, joyeros, creadores de la moda o el peinado, etc. – y un sinnúmero de prímulas umbralescas constituían su caprichosa clientela. El profesor de historia captó inmediatamente cómo su amigo el argelino Ahmed era clara víctima de aquel mundo, egoísta y cruel, obsceno, vicioso y embrutecedor. Trató de crear para él un tipo de relaciones normales con otra gente, más chicas sencillas y amigos apacibles, pero estaba ya tocado, eran infinitas las dificultades. Cíclicamente surgía el “no hay dinero, hoy viene por aquí el director de teatro Fulano, voy a hacer una buena carrera”. Y el árabe se daba un paseo por Recoletos para volver, algunas veces, junto al profe, devolverle los veinte duros que le hubiera prestado últimamente e invitarle, sin ningún asomo de tristeza o vergüenza, a una copa.

Una tarde se presentó con un flamante traje azul, corbata roja y zapatos de brillo nuevo. Feliz, Ahmed le contó la historia más turbadora que escuchara el profe. “Un policía amigo mío me ha regalado todo esto”, dijo sonriente el argelino. Casado y con dos hijos, policía en activo, “a veces le gusta estar con chicos y de vez en cuando me busca”. Se lo había encontrado a media mañana por la Gran Vía, y le había convencido para que le comprara ropa nueva; muchas semanas llevaba sin renovar su vestuario, algo viejo su atuendo, y “no hay dinero, los tiempos son difíciles”; el amigo policía se dejó convencer con bastante facilidad, “no le conviene tener jaleos conmigo, él lo sabe bien, yo conozco su casa y su trabajo, además de que, si uno tiene dinero y otro no, es bueno que el que tiene ayude...” Ahmed era consciente del chantaje que suponía su acción, pero para él, realmente, era una relación natural que surgía de su mundo como podía ser el cobro de un salario, más o menos justo, para un obrero una vez realizado un trabajo más o menos duro para otro. El profesor de historia le comentó que aquella actuación le producía cierto temor, que si a él no le daban miedo ciertas represalias; pero el argelino estaba tranquilo, se reía, consideraba una buena operación la de aquella mañana, en fin, “él puede, yo necesito, a él le interesa...” Y el profesor de historia pensó que determinada delincuencia era algo demasiado sutil, y la vida demasiado dura para algunos, como para ser tomada a broma y juzgada con ligereza.

Por aquellos días fue la cuestión del robo y la visita de la policía a la pensión del profesor; éste se enteró de que el argelino, con al menos otro árabe, llevaban varios días, incluso semanas, desvalijando automóviles por la noche; la filmadora era uno de aquellos objetos robados.

10

Bien, ¿y qué?

El que escribe hoy, meses, tantos que son años, después de esos sucesos, mediado el verano en que el caudillo de España ha delegado sus funciones en el Príncipe de España a causa de grave enfermedad, ha comprendido. El profesor de historia debe ser juzgado con dureza, con especial dureza, por ser tipo

sentimental, flojo, interesado, de oscuras motivaciones, utilizador y utilizado, demasiado sentimental, torcidamente sentimental, hasta extremos de pérdida de lucidez... Además, últimamente bebe mucho. A finales de marzo del pasado año del setenta y tres, tras una charla con el profesor de historia, el que escribe redactó unas líneas que reflejaban de forma directa el contenido de aquella conversación. Son las que siguen.

El profesor está a punto para iniciar una de las más bellas historias de su vida; y no es una historia de amor. Un sentimiento más sublime, casi religioso, en el que la condición humana se muestra con una nitidez escalofriante, es el motor de esta nueva experiencia. El profesor no tiene fuerzas para eludir el compromiso de recoger la mayor cantidad posible de datos de los que pasan a su lado; a pesar de la torpeza de su prosa y del gran esfuerzo que para el que escribe supone el transcribir en signos escritos algo tan sutil como es la verdadera existencia de un hombre singular vivo a su lado un breve tiempo, del que sólo conoce el pasado por sus palabras y del que el futuro es siempre un enigma dramático. El que escribe lo intentará. Muchas veces el profesor ha pensado si no estará convirtiéndose en un laboratorio viviente en el que se provocan reacciones con elementos fríamente manejados; pero sabe que, si bien es verdad que busca con cuidado los elementos y elige sus personajes, pone todo su ser en la experiencia, expone todo su mundo en lo que alguien puede llamar juego, hace frente con honradez a todo lo que puede presentarse y, en fin, procura que el balance sea positivo aunque no sabe hasta qué punto lo consigue.

El profesor se admira de que en la Revolución Francesa, al lado de la libertad y la igualdad se mencione la fraternidad, y de que la fraternidad haya sido el menos analizado de los tres conceptos fundamentales. Si el profesor tuviera que dirigir trabajos de investigación en ese campo, propondría gran número de títulos posibles sobre la fraternidad humana, cómo puede concebirse, cómo llevarse a la práctica, cómo deberían dictarse normas al respecto y su tipología, etc. Pero el profesor es un hombre de torpe y confuso entendimiento – dicen que el alcohol embota la inteligencia – y sólo puede contribuir con minúsculas aportaciones a la solución de los problemas de los hombres.

El profesor de historia, pocos días atrás, había conocido a Mohamed Ku; tomaba unas copas con un amigo común, pintor, madrugada de víspera de fiesta; el rostro nobilísimo de mirada brillante y profunda, la cortesía tal vez excesiva que delataba su constante esfuerzo por caer bien, cierta tosquerad, los temas de conversación... El profe vio en él a su amigo Ahmed, sin duda en cualquier prisión argelina en aquellos momentos, pero al menos diez años atrás, recién iniciado el viaje, aventura fantástica y juvenil con halo de prometedor futuro, aún no lo suficientemente maleado como para haber perdido la esperanza inicial. “Este chaval no llegará a delincuente”, pensó el profesor de historia, y el resto de la noche estuvo obsesionado por aquel extremo. Casi al dictado, el que escribe pudo redactar lo que bien podría convertirse en el inicio de un relato, “El viaje” su posible título.

Aves migratorias, no claro su camino de vuelta
cuando inician el viaje de ida, sin destino cierto. Cada lugar se convierte
en punto de partida por breve tiempo, cada ciudad es tierra toscamente
conquistada, pronto abandonada, lugar de paso tras haber sido tierra prometida.
¿Cómo viajan los árabes norafricanos por las ciudades
de la culta y rica Europa occidental?

Un viejo y querido amigo andaluz ofreció al profesor cierto día una pista importante para comprender el viaje supremo y desconocido. “De chaval se me hizo duro el tiempo de estudio; yo era fuerte y bien podía enfrentarme a las cosas sin conocer qué ríos iban a dar al Guadalquivir por la derecha, y qué resultaba de la división por dos de un quebrado; consulté a mi padre, me mostré mayor, me arregló los papeles, me metió veinte duros en el bolsillo, y me mandó de voluntario al servicio militar. Llegué al cuartel con poco más de veinticinco pesetas, y creo que con ese dinero volví a casa, un año y medio largo después. Sabía conducir, había conservado las buenas costumbres, tenía ganas de trabajar y casarme; comencé a probar diversos oficios; mucha gente traté, ciudades de Andalucía, Barcelona, Madrid, ciudades del interior, asuntos de construcción, control de campañas publicitarias, un pequeño automóvil tras no sé cuántas manos, trabajos de detective privado, encuestas, compras y ventas... Después de cuatro años con algunos amigos, pude montar un pequeño negocio, casarme, tener un hijo y, por fin, asentarme, espero que definitivamente, me apena a la vez la idea, en un lugar, en mi lugar, cerca de mi gente, bien experimentado tenía que ella era la mejor compañía, los más deseables vecinos...”

Al observar el paso de los árabes por la ciudad en donde vive, el profesor no tiene por menos de pensar que el andaluz era un tipo privilegiado. Todo el mundo, a esos niveles, quiere lo mismo. Ahmed o Mohamed Ku, sólo dos ejemplos concretos, no traían en su bolsillo veinticinco pesetas que les hubiesen sobrado del dinero recibido para iniciar el viaje; más bien, nada habían recibido para ello.

VII

INTERMEDIO III: EL TERCER RELATO NEGRO

Definitivamente, los *relatos negros* quedaban incorporados a la nonovela azarosa que estaba resultando aquel juego literario inicial. Planteado en principio por J.B. como un paréntesis reflexivo, ante la nueva etapa de su vida que se iba a iniciar, la del abandono de la docencia para pasar a dedicarse a la gestión y organización de redes de acción, el experimento paraliterario derivó hacia donde derivó; principalmente, por el interés de los amanuenses en la prehistoria de los modelos teóricos sobre movilidad y supervivencia, que iban a desembocar en la organización de intersticios de nomadeo en la que estaban inmersos. J.B. se resignó a ello, aunque se prolongara algo más en el tiempo el final de la experiencia. Si es que podía hablarse así, de un final, ya que la movida es un eterno presente, es ahora cuando está en su plena marcha, eso sí, mucho más cuajada, más formalizada o formal, dentro de lo que cabe, dada su dinámica centrifugadora de más marcha y más movida, natural.

Como los dos *relatos negros* primeros, la autoría inicial del cuento es del profesor de historia, el profesor o el profe, y su pulsión neurótica de investigador global y azaroso. J.B. dice que hay que llamarle Boris, en este caso, pues el relato es fruto de un contrato creativo entre él mismo y Gabriel Lis. Eso significa aceptar que es uno de los perfiles de Boris Juan Bravo Gudunov, pseudópodo desgajado del tronco originario de J.B. Pero vamos allá; el texto se explica a sí mismo a la perfección, con pretensiones nonovelísticas a las claras. La voluntad de aviso – la obsesión por el lugar y fecha, más o menos explicitados – también es manifiesta; esa pulsión neurótica del profe de historia, profesional.

EL RELATO DE GABRIEL LIS

Introducción

Madrid, 24 de agosto de 1972.

Me llamo Boris y hace tan solo ocho horas que he conocido al protagonista de lo que voy a intentar escribir para ustedes, narrar.

Digo “de lo que voy a intentar escribir”, porque ello no es un cuento; su personaje central no es creación de mi mente; tampoco será una novela corta, o narración corta o como se lo quiera llamar, porque no soy novelista, ni lo pretendo, ni lo deseo. Soy sólo un profesor de historia, tan solo o tanto, y eso es precisamente lo que voy a intentar escribir para ustedes: una historia.

Escribiré, como los antiguos profetas bíblicos, al dictado. No soy el creador de lo que vaya a escribir. Todos los hechos son ciertos, y podrá darse por aludido quien le dé la

gana, que eso no importa al caso, a la narración. Intentaré ser todo lo fiel posible al espíritu del dictador, en este caso dictador real de mi relato, que es el suyo, y fuente de verdad, poniendo a su servicio lo que cinco años de estudios universitarios y cinco años de trabajos de investigación doctoral hayan podido forjar de historiador en mi espíritu y en mi hacer.

Fue precisamente mi condición de profesor de historia lo que hizo que conociera, hace no más de ocho horas largas, a mi nuevo amigo Gabriel Lis. No es prematuro, como sin duda estarán ustedes pensando, que califique de nuevo amigo a alguien que hace sólo horas que conozco personalmente; en todas mis relaciones humanas me he dejado llevar, con buen resultado, de las impresiones y lazos intuitivos. Es la razón más contundente del mundo para que emplee la expresión nuevo amigo al referirme a Gabriel Lis.

Como a media mañana de ayer, miércoles, recibí una llamada del colega Juan Morales. Me dijo algo así: “He pensado que, como tienes todas las mañanas libres hasta los exámenes de septiembre, tal vez no te importara darle unas clases de historia y geografía a un alumno de la Escuela de Turismo, internado en una clínica psiquiátrica desde hace unos meses, y al que yo mismo preparo para los exámenes de las asignaturas de mi especialidad”. El colega Juan sabe que a mí, aunque me preocupa poco el dinero, o quizás eso es lo que yo creo, siempre me falta; así que le dije que encantado. Me preguntó que cuándo podría empezar; “mañana mismo”, le dije, por hoy. Quedamos en vernos en el café Gijón a la nueve de la noche para recibir información sobre las características del nuevo alumno y las nuevas clases, y eso fue todo.

No era verdad que yo no tuviera nada que hacer por las mañanas; para mí la mañana es el resguardo de la noche: ningún día que tengo algo que hacer por la mañana salgo de noche, y para mí salir de noche por la ciudad es casi vital. A pesar de que tengo excesivo miedo por mi salud a causa de una pleuritis de hace algo más de dos años, soy un ser con una fuerte inclinación a la vida bohemia; siento que la sociedad que me han creado para que viva no me gusta, me parece una trágica comedia mantenida por algunos, tal vez por muchos, y yo no soy sagaz ni fuerte para encontrar remedios; pero quiero saber, y tan sólo en un sector de esa sociedad, precisamente el que más frequenta la noche, he encontrado afinidad de pensamiento e, incluso, ternura. Pero eso es otro asunto.

El colega Juan me explicó que el chico era un panameño de familia rica, alumno del Centro en donde los dos éramos profesores, en absoluto torpe para los estudios, que debía preparar para septiembre cinco asignaturas que no había podido presentar en los exámenes de junio, que había pasado por la Dirección General de Seguridad, por Carabanchel – el hotel Las Rejas, en palabras de Gabriel –, por el Psiquiátrico y, finalmente, por la clínica de Lopor. A causa de la marihuana. De entrada, me interesó, un mundo lleno de sugerencias. Me dijo también que era un tipo simpático.

La entrevista de esta mañana me confirmó los datos fríos que me diera Juan, y obtuve una imagen personal del chaval. Físicamente bien presentado, de agradable rostro, con frecuencia sonriente, y cierta indolencia aunque no excesiva; respetuoso y educado en la conversación – en realidad estaba ante dos de sus profesores –, recogía con atención la más mínima sugerencia que se le pudiera hacer sobre las asignaturas; este hecho me

tranquilizó, pues mi labor docente no iba a ser difícil. Al hablar de sus experiencias últimas se mostró más locuaz, y capté que se sentía orgulloso de sus vivencias y aventura. Le dije que todo aquello podía escribirlo. Me contestó que no tenía paciencia para esa labor, que le parecía difícil, y otras razones similares. Se me ocurrió en el momento que bien podíamos hacerlo en equipo: él relataría sus experiencias, y yo redactaría la historia. Le gustó la idea. Un par de minutos hablamos sobre ello, no más, todo dependía de la decisión de comenzar el trabajo.

Boris.

Madrid, 28 de agosto de 1972.

Me llamo Gabriel Lis, y voy a ser el protagonista de este relato; espero que sirva de algo para la compostura de una sociedad en camino hacia el caos.

Este relato real está escrito por mi amigo y profesor de historia Boris, quien se ha ofrecido para colaborar en la realización del trabajo.

Todo cuanto aquí está escrito es fruto de hoy; trataré de hacer resaltar de qué manera una persona sana hubiese podido pudrirse en las sombras de una sociedad podrida.

¿Podrida a causa de qué?

Dejo esta pregunta sin contestar a fin de que los lectores hagan un pequeño esfuerzo para contestársela ellos mismos.

Gabriel.

I PARTE

Madrid, 9 de marzo de 1972.

Chino y yo dormimos hasta bien entrada la mañana, y como a eso de las once fue que yo vi que habían deslizado algo bajo la puerta, un papelito escrito. Rápido me vestí para bajar a la portería y recoger lo que allí había depositado el cartero, tal vez un paquete, que eso decía el papelito. Era raro que los de Correos dejaran en la casa el paquete porque otras veces no lo habían hecho de esa forma; normalmente comunicaban la llegada por escrito y nosotros debíamos pasar por el edificio de Cibeles para recogerlo.

El señor de la portería me entregó un sobre, así, muy gordo, que mandaba Julio de Barcelona, y yo corrí muy alegre para arriba; Chino y yo abrimos el sobre contentos porque sabíamos más o menos lo que mandaban, aunque en esas cosas nunca se sabe bien.

Me acordé de los viajes de Chino por Europa, durante su segundo año de estancia en España después de haber logrado un brillante curso de Derecho en la Universidad de Madrid, y sus cartas desde París, Hamburgo o Roma, desde Mallorca o Marbella, siempre con pocas letras y mucha sorpresa; sus cartas de entonces me daban la misma alegría que ésta de hoy.

En el sobre grueso, igual que en las cartas de Chino meses atrás, había pocas letras y mucha marihuana.

A la casa que teníamos alquilada solía venir una señora de la limpieza de vez en cuando, pero últimamente se hacían cada vez más distanciadas sus vistas. Chino y yo arreglamos superficialmente la habitación y para no entretenernos en la cocina – es fácil ensuciar cacharros pero es molesto y largo limpiarlos – bajamos a la cafetería que había cerca de casa para comer algo. Todo nuestro pensamiento y conversación giraban en torno al sobre grueso que acabábamos de recibir de Barcelona.

Aquí no era como allá, en mi tierra, que te atrapaba la policía un día desgraciado y podías arreglarlo con un cable a cualquier jefe que tú conocías de atrás y que tú sabías que también le gustaba... No, aquí era diferente; era grave la cosa y fuerte de emoción, más de verdad todo, como juego muy arriesgado. Y también allá eran más democráticos, que un día nos pilló la policía americana del canal, nos pilló con bastante hierba en el carro, nos registraron bien todo, y la casa, sin permiso previo para ello, que fue lo que en el juzgado pesó para que nos mandaran fuera por inocentes, que no se pueden hacer esos registros sin el permiso previo firmado, que para eso está la democracia, y a la policía tan sólo le quedó decir “muy bien, son inocentes, pero que conste que llevaban...”

Comimos aprisa y otra vez a correr para arriba, para la casa, a liar unos cigarrillos y a fumar un poco. Chino y yo estábamos contentos.

Luego nos acordamos de la nieve; era linda la nieve y tan cerquita de la ciudad. Agarré mi cámara fotográfica, tomamos el auto y salimos para la sierra. Sí que era bonita la nieve, fresquita la sierra, pero íbamos bien forrados, nos tiramos bolas, reímos a gusto, tiré bastantes placas, como una hora o más retozamos por la sierra nevada, tan tranquila los jueves, con tan poca gente disfrutándola los días de semana, “fue una buena idea haber venido”. Antes de anochecer volvimos a la casa, como las siete serían, y poco después llegó Bob, americano, alto, delgado y rubio, con cara de niño como tantos americanos; y por dentro también niño, que luego, cuando nos llevaron, lloraba como los niños, tenía miedo y tenía que consolarlo yo como si fuera su mamá.

Nos quedamos en la casa Chino, Bob y yo a pasar el resto de la tarde tranquilos allá. Líamos cigarrillos, la música no muy estridente, fumamos un ratito y, así como a las nueve y media, Bob revoloteando por allí, el Chino enzarzado con sus revistas pornográficas, yo vestido y sin comer me fui a la cama y me quedé dormido.

La policía

Cuánto tiempo pasó yo no lo sé bien, parece que una hora tan solo; alguien me despertó tocándome en el hombro. “Oye, tú, despierta”, y yo, “qué quieres, amigo”, me seguí de

lado para seguir durmiendo, que no le conocía. “Oye, tú, despierta” – qué pesado – me siguió llamando hasta que consiguió levantarme, que me fregara los ojos. “Que soy de la policía”, decía mostrando una placa, pero no comprendí del todo hasta que no salí al pasillo, al descansillo frente a la puerta de salida, y vi al Chino con tres más, muy blanco, pálido, carasusto y en pie, yo medio dormido aún, “qué pasa...”

Y Chino, “que son de la policía”. “Qué quieren”. “Venimos por cosa política, debemos buscar...” “Pues busquen ustedes, amigos”, que por cosa política nada, “nosotros no nos metemos en política”.

Ya pasamos todos a la sala grande, al salón, y allí sin enterarse de nada seguía Bob a su aire, se creía que habían llegado amigos nuestros para pasar el rato, pero no, “son de la policía y vienen a buscar cosa política”, y Bob ya estaba nervioso y se le notaba. Nos pidieron los pasaportes, se los mostramos, “están en regla y nosotros no andamos en política”. Comenzaron a buscar, nosotros sentados en la sala, algo nerviosos sí, que pronto sacaron las pipas y las botas con los tacones ahuecados y sueltos que Bob y yo usamos para el viaje a Marruecos, y las cartas, y la carta de la mañana de Barcelona.

Luego nos dijeron que no era verdad lo de la política, que sabían que teníamos droga en la casa. “Vamos, para abreviar, chicos, dadnos la blanca”. “Yo no sé nada de eso, amigo, no tengo nada, busque usted si quiere”, decía yo, pero ellos emperrados en que teníamos coca en el apartamento. “Si uno nos lo dice no le creemos, si son dos, dudamos, pero si son más los que nos comunican, seguro que tienen”. Así, nos pusieron la casa patas arriba, y yo, “no tenemos nada, amigos, busquen si quieren”.

Era la verdad; en la casa de nosotros no teníamos ni coca ni nada, pero Bob estaba temblón y cuando nos registraron a Chino y a mi e hicieron gesto de dirigirse a él, se sacó del bolsillo un frasquito reculando, “aquí tienen la marihuana, pero no me toquen ustedes por favor”, decía, y yo pensaba, “pero qué tonto Bob, si hubiese sido yo me la tragaba entera y luego que prueben, pero qué tonto”.

Se había puesto peliaguda la situación, el Chino tenía antecedentes en su tierra, Perú, y Bob en Miami, que le cogieron intentando meter marihuana... Yo, en Perú, en mi tierra, en Norteamérica, qué sé yo. “Tendrán que venir con nosotros”, dijeron. Y nos llevaron a los tres, así de madrugada, esposados, escaleras abajo a la calle, al carro grande de la policía, hacia la Puerta del Sol, y Bob empezando a lloriquear.

En la Brigada de Estupefacientes

La brigada de estupefacientes estaba cerca, enfrente justo, de la dirección general de seguridad. Un cartelón grande decía “Escuela”, y en el primer piso otro “Primer Grado”, en el segundo “Segundo Grado”. A nosotros nos subieron al “Tercer Grado”. Uno de la policía, alto y fuerte, nos recibió en la puerta, y a mi amigo, “con que tú eres Chino, hace tiempo que te buscamos, tenía ganas de conocerte”, le recibió con estas palabras y una palmada en la espalda que casi le echa de bruces en el suelo, y Chino muy serio.

En este lugar nos metieron en unos cuartuchos chicos, a cada uno en el suyo, y pronto nos vinieron a buscar para interrogatorio. Allí me vi de repente en un despacho con un escritorio muy grande y por las buenas comenzaron, “que si tienes, que si sabemos, que

cuéntanos todo, que si lo haces bien no te pasa nada, que el juez sólo juzga por lo que nosotros le digamos”, y yo, “que no sé nada de nada, amigo”.

Bueno, todo normal. Eran varios policías los que estaban allí; uno, el jefe, tras el escritorio, otros por la sala, los que nos buscaron y detuvieron en la casa, y el alto y fuerte, cara burro, muy bestia, que daba miedo verle tan solo. Ya al traerme de la celda me trataron con manos bruscas y algún empujoncito molesto se les escapó. “Mira tú, que nosotros tenemos nuestros métodos para hacer hablar a la gente”, me dijeron, y yo, “que no sé nada, amigo”. Ahí me saltó el hombretón fuerte policía la primera golpada, con la mano bien abierta, en toda la cabeza, en lo alto de la cabeza con la parte más dura de la palma, no con los dedos, y yo medio atolondrado todavía, “que no sé nada”. Vinieron más golpes, siempre del fortacho aquel de los diablos, y yo en las mías. Incluso creo que les amenacé con darme de cabezazos contra la pared para herirme fuerte y con sangre y que luego les pudieran meter mano a ellos, el juez o quien pudiera, pero no lo hice, eso es cosa de pensamiento sólo aunque estés muy caliente. Al salir, el cara burro me lanzó desde la sala al pasillo de un certero puntapié bien recuerdo dónde.

Me dieron golpes, pero no dije nada; a Chino y a Bob les pasó algo parecido, según me contaron luego, pero también negaron todo. Volvieron a esposarnos a los tres, tres criminales peligrosos parecíamos, bajamos a la calle y nos cruzaron bien escoltados hasta la dirección general de seguridad. A esas horas de la madrugada no había muchas personas por la calle pero las pocas que había nos miraban curiosos y cruzaban entre sí sonrisas y comentarios que no podíamos oír.

En la Dirección General de Seguridad

Allá en la dirección de seguridad nos mandaron quitar la ropa para registrar bien si llevábamos algo, que no encontraron nada, nosotros confiados durante esa operación. Podían haber encontrado algo en mis pantalones azules; unos días atrás, yo no me acordaba entonces siquiera, había escondido una barrita así, pequeña, de hachís en uno de los bolsos chicos que los pantalones vaqueros de este tipo tienen; ese poquito de hachís había de encontrarlo con sorpresa varios días después en la celda de la cárcel de Carabanchel. Pero no encontraron nada y nos devolvieron la ropa.

La misma madrugada, a continuación del registro, ya serían casi las dos – a los policías parece que les da gusto trabajar así, de noche – comenzaron a ficharnos. Muchas veces nos entintaron todos los dedos de las manos y nos sacaron la huella en unas tarjetas con texto en español, francés, inglés, yo no sé si hasta ruso o chino también, porque aquello duró largo. Y nos tiraron fotografías, como a los presos de las películas, con números en el pecho, yo creo que debieron mandar nuestros rostros al FBI, a la Interpol y a todas las policías del mundo, que son exagerados, que no era para tanto. Recogieron todos nuestros datos, nombre del papá y la mamá, nacionalidad, nacimiento, lo de siempre.

En las celdas de la DGS

Ahí fue la última vez que vi a Chino en tres días. Del despacho nos llevaron a los cuartitos donde debíamos comer, dormir y aburrirnos muchas horas, las más lentas y agobiantes que recordaba. En un pasillo estrecho y poco iluminado, cada poco trecho una puerta, en cada puerta un ventanuco, a cada ventanuco una lámpara con una

bombilla amarilla, dirigida la luz hacia el interior, toda la noche y todo el día encendida, obsesionante encendida a todas horas, única iluminación, como el ventanuco era única ventilación, del cuartito. Desde el ventanuco podían verte y hablar contigo, tú llamarlos y hablar con ellos, los guardias cuando gustasen. Y en el interior nada; una manta y una cama de piedra, como la canción mexicana, como un banco sin respaldo ni brazos, en una esquina ocupando la cuarta parte casi de la celda. Daba frío sólo verlo, más frío estar dentro.

No nos quitaron la ropa que llevábamos puesta en la calle, así que mi abrigo de piel de oveja, marrón, abrigador, así de gordo, muy grueso y bueno para esa ocasión, me sirvió de manta; extendía la vieja y sucia de la celda encima del catre de piedra y me cubría con el abrigo de oveja mío.

Había un váter al fondo del pasillo; yo llamaba al guardia, me abría la puerta de la celda y pasillo adelante, en la pared del fondo, entraba en el cuartito y hacía mis necesidades. Por este pequeño paseo me enteré de la distribución de las celdas; a mi lado había alguien que no conocía, a continuación estaba Bob, que lloraba como un bebé y hasta los guardias le consolaban por el ventanuco, “no llores, Bob, que no pasa nada”, le decía yo cuando cruzaba ante su puerta, pero no había forma, que seguía con su llorera de niño chico; después de la celda de Bob se abría un nuevo pasillo que debía conducir a otras celdas, y más allá, antes del váter, tres más en las que estaban tres conocidos, no muy amigos míos pero sí conocidos, que supuse – y luego supe con certeza – que eran los que habían dado nuestro nombre y domicilio a la policía. El pasillo torcía en ángulo recto hacia la izquierda, y allí habían encerrado a Chino; no pude verle por esa razón, que no pasaba ante su puerta en las excursiones de mi cuarto al retrete.

Dos largos días, encerrado en un cuarto

La primera noche no pude dormir absolutamente nada. Excitantes las últimas horas, la luz amarilla como un ojo clavado frente a ti, cuánto tiempo estaremos aquí, a lo mejor toda la vida, no veas tú qué tipos son estos de la policía, y esos tres que están ahí qué habrán dicho de nosotros, cabrones, pues si vosotros hablasteis yo también hablaré, pero tengo que pensar bien lo que diga, no vaya a meter en líos a gente que no quiero liar.

Me acordé de Papillon y comencé a pasear a tiempo rápido, rítmico como un reloj, cinco pasos alante cinco atrás, la habitación. Papillon lo hacía así, de vez en cuando me tumbaba un ratito, luego otra vez cinco pasos alante, vuelta cinco pasos atrás.

Durante el día no pasó nada. Un paseíto al váter, “no llores, Bob, que no pasa nada”, y qué habrán dicho esos tres, quizás que nosotros teníamos coca en la casa, pues yo también hablaré cuando me interroguen, les está bien que los hayan encerrado. Luego, la comida, una sopa con mucho aceite, igual al día siguiente, con aceite muy fuerte en mucha cantidad, con patatas dentro y se acabó.

De la embajada americana vinieron a ver a Bob, que él quiso llamarlos, pero sólo le dieron doscientas pesetas para sus gastos de tabaco o así, y nada más, que en la embajada hay un cartel bien claro que dice que no podrán hacer nada por los súbditos americanos que se líen en España en asunto de drogas. “Venga, Bob, calla ya, fúmate un pitillo y tranquilízate que aquí no pasa nada”. Y así pasaron dos largos días.

Chino y el otro Chino

Luego me enteré, por el mismo Chino, de su interrogatorio, antes que el mío, y de lo que sucedió como consecuencia de él. A Chino le confundían con otro Chino, primo suyo, también peruano, con los mismos apellidos, pero que se llamaba Rafael en vez de Ernesto, como les aclaró Chino, el amigo mío, en el interrogatorio. Tanto le apretaron y tanto miedo cobró con las acusaciones que le hacían que les dijo dónde vivía el otro Chino y todos los datos que le pareció bien decir de cuanto le preguntaron.

Inmediatamente la policía fue a Aravaca a confirmar los datos que les diera Chino, vieron que eran ciertos, y al día siguiente se presentaron en la casa del otro Chino para detenerle. El otro Chino vivía en casa de un hijo de un expresidente del Perú y no quiso comprometer a su amigo el hijo del expresidente, al que luego encontramos en Carabanchel, aunque no preso sino protegido para que no le hicieran nada sus enemigos mientras gestionaba poder quedarse a vivir en España; el otro Chino entregó a la policía el paquetón de coca que tenía, que Chino, el amigo mío, y yo conocíamos y del que un día, sin que el otro Chino se enterara, nos robamos un frasquito, coca muy buena americana, que nos supo bien.

De esta manera cogieron al otro Chino, hoy en Perú con prohibición de volver a España antes de cinco años, y Chino, el amigo mío, se quedó más descansado, sin tan graves acusaciones encima de tráfico y venta, que eso es grave, la policía contenta al toparse con dos Chinos en lugar de uno, pues ya es coincidencia apellidarse igual y que le conozcan a uno por el mismo apodo hasta en la dirección general.

Nuevo interrogatorio en la Brigada de Estupefacientes

Después de dos días aburrido y encerrado me vinieron a buscar guardias, me esposaron, me llevaron a la brigada de estupefacientes de nuevo y comenzó otro interrogatorio. Esta vez fue en pleno día, no de noche. El despacho estaba, como en la otra ocasión, lleno de gente policía, el jefe a la mesa, el fortachón, algunos cuya cara recordaba de algo, lo mismo de siempre. El jefe me dijo que después de dos días incomunicado suponía que había pensado algo, y yo, “sí, mucho”. Como el primer día, o la primera noche, mejor, empezó “que si dinos, que si sabemos, que cuéntanos todo...”, y yo a dar evasivas e intentar escabullirme con el “no sé nada”. Me cayeron algunos cachetones, reconocidos al momento, que me sentaron bastante peor que en mi primera sesión de interrogatorio, sin duda por estar más consciente de la situación.

A una señal del jefe trajeron a la sala un montón de objetos: el paquetón de coca de Chino, el otro Chino, marihuana en abundancia, pastillas de ácido, las pesas del Chino, el otro, así como las cosas que habían encontrado en mi casa, los tacones ahuecados, todas las cartas, que yo conservaba en montón, mi agenda con direcciones claras... “Julio, ¿quién es?”, me dijo el jefe. Me dolían los pescozones recientes, tenía ante mí innegables pruebas de todo tipo, recordé la gente que sabía detenida, calculé aproximadamente las proporciones de la redada y no vacilé. “Jefe, yo hablo, pero sólo hablo con uno, no con tanta gente en la habitación, usted y yo solos charlamos mejor”, y nos dejaron solos.

Julio

Cuando quedamos solos el jefe y yo intenté caerle bien, derecho, contarle cosas, ya que sabían, que me creyera y mitigar. Julio, Chino y yo éramos amigos ya de antes; Julio estudiaba psicología en Barcelona, estudiaba bien, y había estado con nosotros en Madrid; en la carta de Barcelona que nos envió – “no se doble, fotografías” – con marihuana dentro, decía que había conocido a tres colombianos con cinco kilos de marihuana, que sólo nos había mandado un poquito porque allá era también difícil la cosa, que hasta otra vez, y ponía su dirección bien clara por atrás del sobre, en el remite, yo la tenía también en la agenda mía de direcciones, total, que estaba claro, yo le dije al jefe que Julio era amigo mío, que no vendía sino sólo compraba algo, poco, como nosotros, que lo demás ya lo sabía, pues datos suficientes manejaba.

Luego supe que aquella misma noche habían mandado un policía en avión para Barcelona, a mi me parece que bien hubiera bastado un cable explicando todo, pero no, parece que querían llevar desde Madrid este asunto; y, así, los cogieron allá también a Julio y, creo, a los colombianos, pero que conste que más por el registro de la casa de nosotros que por mis palabras con el jefe.

El jefe me dijo que qué drogas tomaba yo, y yo, “sólo fumar un poco de marihuana de vez en cuando, muy de tarde en tarde y muy poco”. “Y cuándo comenzaste con eso”. “Aquí en España, yo antes nunca”, le dije para enterñecerle, que le remordiera a él algo por haber empezado yo aquí, que antes yo no conocía esas cosas ni fumaba así. “¿Y coca?” “Eso tan sólo dos o tres veces, no más de eso, para probar, pero muy poco”. “¿Y ácido?” “Eso nunca, ni visto, ácido nunca probé”.

Javier

Me acordé de Javier, que le había visto al entrar en la dirección general de seguridad, y pensé que, ya que le cogieron y habló, no importa qué yo diga de él para congraciarme con este jefe, y así dije: “De esas cosas fuertes pregúntele a uno que se llama Javier, que está aquí, yo lo he visto, y ese sí, que si se fija bien en sus brazos hasta tiene hueco de inyectar, ése sí sabe de droga fuerte”.

El jefe llamó a unos, les dijo algo bajito y al poco volvieron con Javier, algo pálido lo vi y cansado, y el jefe: “¿Conoces a éste?”, me dijo, y yo, “no, no lo he visto nunca antes”, “¿seguro?”, “seguro, sí”. Dijo que se lo llevaran y nada más cerraron la puerta, dije yo: “Sí, ese es Javier, le vi algún día con otros conocidos pero no es muy amigo mío, ese sí sabe bien, yo no como él”, y otras palabras así para congraciarme, que él también había hablado de nosotros.

Fito

El jefe siguió su trabajo: que quién me vendía. Pensé rápido en el paquetón de coca de Chino, el otro, no mi amigo, y dije que un poquito de coca, lo que había probado, era de aquel paquetón, pero no más que muy reciente y sin importancia. “¿Y marihuana?”; pensé también rápido pero tranquilo. “Marihuana, Fito”. Fito vivía cerca de glorieta Ruiz de Alda, allá por López de Hoyos, con sus papás, y yo le buscaba en mi auto

algunas veces a la puerta de su casa, sonaba el claxon, él me decía desde la ventana alta que se venía y se bajaba.

A Fito le buscaba la policía, semanas atrás, lo sabíamos, pero logró atravesar frontera, no sé bien si de Portugal o del norte, que nos enteramos Chino y yo por conocidos comunes. Es por eso que no me importó decirle al jefe que Fito nos vendía, que yo lo apreciaba y si no supiera eso no le mentaba en la declaración. “Sí, Fito nos vendía de vez en cuando, cuando tenía, y sólo de mil en mil pesetas, más nunca”.

El jefe parece que quedó satisfecho y dio por terminado el interrogatorio. Nuevamente me esposaron, tuve la sensación de que me trataban más suave cuando me conducían de nuevo a la dirección general, y otra vez la puerta, el ventanuco, la luz amarilla, la manta hedionda y vieja y el camastro de piedra.

Última sesión en la Brigada

No es que me acostumbrara a mi nueva habitación, pero me había quedado dormido, bien embuchado en el abrigo de oveja calentito, olvidado de los paseos de Papillón por su celda, cuando, las tres de la mañana serían, me volvieron a buscar los guardias. Esposado y adormecido llegué, una vez más, al despacho de la brigada. “Vamos a redactar una declaración para que la firmes”. Para qué tan de noche estas cosas, parece que les gusta la madrugada para trabajar, cuando más tranquilo está uno, dormido, soñando tal vez cosas bonitas, mira tú qué tíos pesados. Y yo, “bueno, pues vamos”.

Ahí otra vez a repetir todo. “Sí, está bien, ponga eso”. “El Chino es mi amigo, el otro Chino no, tan sólo conocido”. “Sí, claro, no me perjudique”. Ellos se lo sabían todo tan bien como yo, y sólo tuve que esforzarme en el asunto de los tacones de las botas ahuecados y sueltos; les convencí, creía yo, de que los guardábamos preparados para un viaje a Marruecos proyectado, tan sólo proyectado, pero que nunca antes los habíamos utilizado. Me cazaron en la mentirilla, no me lo dijeron, que lo supe luego por Bob, pues él declaró que habíamos viajado a Marruecos pero no habíamos pasado nada en los tacones, que nos dio miedo. No estaba mal declarado lo de Bob, pues pasar a España algo era cosa grave; también estaba bien lo mío, mejor creo yo por las intenciones más lejanas, pero es difícil ponerse de acuerdo en algunas cosas, en otras no, que en lo de Fito, como luego supimos, todos coincidimos en citarle a él sin planearlo.

La sesión duró un montón de tiempo, qué pesados, venga a escribir a máquina, venga a hacer copias y luego a firmar aquí, y aquí, y aquí, y otra vez aquí... Como a las cinco me llevaron de nuevo a mi cuartito de la dirección general; me quedé profundamente dormido. A la mañana, antes de que se cumplieran las setenta y dos horas de nuestra estancia en la casa de los policías, nos sacaron a todos para el Juzgado.

En El Canguro

El Canguro le llamaban al busito hasta los topes cargado de gente que nos llevó desde Sol hasta el juzgado de Las Salesas. Esposado con Chino, a todos nos metieron allá, lo menos cuarenta, como un carro de panadería era, y muchas prostitutas con nosotros, yo una sentada en mis rodillas llevaba habladora y reidora, de las de experiencia. Otra de aquellas mujeres, novata, estaba claro, lloriqueaba y decía que nada había hecho; la

vecina, más veterana, la consolaba a su manera, “cállate, tonta, no llores que ahora vamos a comer gratis, que ya no hay que hacer de putas para comer en estos días, que nos invitan estos señores”; estas razones no parecían convencer demasiado a la novata que seguía lagrimoteando, “que yo no he hecho nada malo”.

En El Canguro conocimos al Bigotes, que ni bigote ni nada ya tenía, que se lo había cortado, hacía dos meses salido de la cárcel tras dos años por tráfico de heroína, nuevamente capturado por dos kilos de lo mismo hacía días. Se portó simpático con nosotros, le tuvimos en nuestra celda del juzgado, siempre alardeando de su experiencia, “ahora veréis cómo nos hacen tal cosa”, decía con frecuencia, y acertaba. Luego, en el viaje a Carabanchel, ya llevaba consigo una maleta grande abastecida de todo, colonia, crema de afeitar, camisas, pantalones, vaya preparado que iba, y tan tranquilo.

En el Juzgado de las Salesas

En el juzgado nos apareon a todos, como manada de animales alborotadores bajamos del bus; allí estaban los tres vecinos de nosotros en la dirección general, los que hablaron de nuestro departamento; uno de ellos, el gringo Toni, había de compartir nuestra misma celda por otras setenta y dos horas. Nos hicieron un nuevo registro, en cueros por unos minutos nos quedamos, nos quitaron el cinturón, mira tú si yo pensaba en matarme ni nada, y a otro cuartucho nos metieron.

Habíamos en la nueva celda siete personas, Bob, Chino y yo, Toni el gringo, Bigotes, el traficante simpático, uno de Italia, piloto creo que era, y otro que tenía un restaurante, siete en total para tres camas en litera de plancha de hierro todas, hasta almohada de hierro, sin mantas, mira qué noches íbamos a pasar así. El cuarto era chico, cerrado con unas rejas corredizas como las de algunas tiendas, todo el piso asqueroso, lleno de cáscaras de naranjas, bananas, basura, chinches, pulgas, que una me picó, ladillas, qué sé yo que más bichos que no conocía y de los que no se veían, como para ensarnarse, un retrete en una esquina que era un agujero en el suelo de esos que hay que encuillarse para, y las paredes estaban llenas, totalmente abarrotadas, de inscripciones grabadas. “Aquí estuvo un ladrón de coches”, “Tito y Pepe”, “El Fulano”, fechas, firmas, tonterías, etc.

Aquí no nos daban comida, había que comprarla; como no teníamos dinero, que Bob se gastó las doscientas pesetas en tabaco – a mí me regaló bastante pues yo fumaba mucho – comíamos de lo que los demás nos daban de su comida, y así tres días.

Nuevo interrogatorio y última noche

Al segundo día nos llevaron de nuevo a declarar; primero entró Bob, otra vez llorón, “que soy de familia buena americana”, le decía al secretario del juez, y qué le importaba a ese si su familia era buena o mala, qué tonto Bob; después pasó Chino, que ya estaba más nervioso, según yo veía, y el tercero yo, sin presumir el que mejor declaración había hecho de los tres, que ellos dos dijeron a todo que sí, que habían fumado todo, tomado todo, y ácido... El secretario me leyó la declaración firmada mía. “¿Algo que corregir?”, y yo: “Nada, todo bien”.

Por la noche, la última, me tocó dormir en el suelo, que cada noche nos repartíamos las camas de hierro; los otros se tumbaban sin importarles la porquería que había repartida, qué asquerosos, dormían felices, yo pedí al guardia unos periódicos, así me avié con ellos y con el abrigo, fiel compañero de estos días, pero no podía dormir, que el piso era más duro que el hierro. Al Chino le tocó la cama de abajo del todo de la litera, charlamos de madrugada, “qué tal”, “mal”, “olvídate, que estamos presos”, nos fumamos un cigarrillo y como a las cinco nos metimos los dos en su litera, él los pies al lado de mi cabeza, yo los míos al lado de la suya, incómodos, pero algo pudimos dormir.

Por la mañana me planteé por primera vez la necesidad de llamar a alguien, era verdad que estaba preso, en apuros, debía hacerlo, podía ser grave la cosa. Telefoneé a un cura que conocía, vino a traerme algo de comida pero, qué mala leche tenía, me dijo que me quedara ahí, que estaba bien. Ya tarde, pues a las cuatro nos pasaron lista a todos y a los nombrados nos dijeron que salíamos para Carabanchel, encargué a uno que se quedaba que telefoneara a un señor José Manuel, amigo de señorita Alba, para que le dijera a ella que estaba preso.

A señorita Alba la conocía poco todavía, sólo de la embajada de mi país, de una fiesta que me invitó, animada reunión, me presentó allí al cantante Basilio, paisano de los dos, y poco más. Ahora la conozco mejor, simpática, divertida y eficiente, creo que comunicar con ella fue la única idea feliz de todos aquellos días.

Viaje a Carabanchel

Cuando nos nombraron en la lista a Chino, a Bob y a mí no sabíamos qué podría pasarnos; también nombraron a Bigotes, siempre a nuestro lado durante aquellas setenta y dos horas últimas. Supimos que salíamos inmediatamente para la cárcel de Carabanchel.

A mí me sonaba el nombre, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Chino alarmadísimo estaba, le tenía pánico a los maricas, que a él Carabanchel se le asociaba con esos temas no sabía por qué, esposado conmigo para entrar en El Canguro, no hacía más que repetirme sus temores, “y si llegan los maricas y me ponen un cuchillo en la espalda dicen bájate los pantalones, yo qué hago, dar voces, llamar guardias o bajarme los pantalones, mira tú”. Bob, como durante todos estos días, se desahogaba llorando y fue Bigotes quien más tiempo dedicó, de forma muy especial, demasiado amable para mí ver, a consolarlo.

El viaje duró muchísimo tiempo; carretera de Valencia adelante, vueltas raras que me hicieron perder la orientación luego, “dónde quedará Carabanchel, Chino, ¿tú sabes?”, “cuándo llegaremos, Chino”, todos hacinados allí en el busito, calor tremendo con la ventilación, como abanicos en el techo que se movían con el viento, sin funcionar, medio asfixiado me sentía, con claustrofobia y qué sé yo, dando vueltas El Canguro por lugares desconocidos, “qué largo trecho, Chino, dónde quedará Carabanchel”.

Al rato el Bigotes comenzó a charlar, medio broma medio veras, para distraernos. “Vamos a llegar a un lugar, nos decía, que se parece a la NASA, con un módulo muy grande presidiendo, en el centro, os gustará”. Desde entonces yo sólo hacía buscar con

la mirada el módulo, y nada, de manera que me quedé sorprendido cuando alguien dijo “llegamos ya”, y el busito se detuvo en un lugar, y yo sin ver el módulo que dijera Bigotes, las cinco de la tarde serían.

Carabanchel

Nos bajaron a todos, Bigotes con una maleta en la que llevaba de todo, como dije, camisas, pantalones, colonia, crema de afeitar, de todo, como para unas vacaciones en un hotel, bien preparado iba y tan tranquilo, nos quitaron las esposas, pasamos un pasillo, rejas cada poco trecho, otro pasillo, igualmente rejas y una sala grande con un retrato de Franco presidiendo, letras escritas bien legibles que decían algo así como que aquella cárcel había sido construida en 1939 y un texto firmado por el mismo general Francisco Franco que decía que la prisión de Carabanchel era un lugar justo con las penas correctas para el beneficio del pueblo español, que todo el que allí entrase era porque había sido justamente juzgado y era justa la condena que había de pagar. Creo que todos los que allí estábamos, por lo menos cuarenta, nos leímos el texto íntegro, hasta Bob, y yo sin ver el módulo, ya me intrigaba eso del módulo, cómo sería.

Otra vez a ficharnos, nombres, apellidos, nombre del papá y la mamá, nacimiento, huellas de los dedos y de la palma de la mano, ya estaba bien de huellas digitales, de entintar a uno la mano, luego escaleras abajo desde la sala grande, oscuras, todos en fila, hasta un despacho con una gran mesa en la que estaban tres señores, uno guardia y dos presos ayudantes, buenos presos y ejemplares debían de ser, a la izquierda un cuarto chico en donde nos metieron a los cuarenta, el Bigotes con su maleta llena de todo; de esa habitación nos hacían salir uno a uno para registro, nos mandaban quitar toda la ropa, en pelota quedábamos un momento, “vístase”, me vestí corriendo que en cueros se está mal a gusto, me quitaron el carnet y el cinturón, me devolvieron la cartera y me dejaron el reloj, vestido ya pasé al otro cuarto de la derecha, y así todos los cuarenta. Después, otra vez arriba hasta el salón del retrato de Franco y de las letras, nos condujeron a un gran patio y, por fin, ya casi se me había borrado de la mente, vi el módulo.

Una habitación en el hotel Las Rejas

Era un gran patio cubierto por inmensa cúpula, redondo, en donde nos enfilaron a todos, casi firmes como soldados estábamos; las paredes del gran patio cubierto tenían altísimas rejas que alcanzaba a todas las plantas del edificio y frente a nosotros, de espaldas a la puerta por donde entramos, a derecha e izquierda, los bloques de las celdas de la cárcel. En el centro del patio cubierto, un módulo grande, dentro otro más chiquito, era verdad que como cápsula espacial.

Uno por uno nos sacaron de la fila, entrábamos en el módulo y, una vez más, cuántas irían ya, qué pesados, nombre, edad, nombre de los papás, huellas no, qué milagro, datos para ficha y nuestro nuevo alojamiento: Bob y yo en galería sexta, número dieciocho, juntos, Chino en séptima número cuarenta y cinco. Al salir del módulo oficina nos dieron una barra de pan; con ella bajo el brazo fue la última vez que vi a Chino en los días que siguieron.

Bob y yo, con varios más, desfilamos hasta el segundo piso del bloque central, el que estaba enfrente de la puerta por donde entramos, hacia nuestra galería, hacia nuestra nueva celda. Allí nos metieron a siete: tres ladrones de coches, dos más, Bob y yo. De los siete yo sería el mayor, pues no llegaba a veinte años ninguno, luego me enteré que aquel ala de la cárcel era la de delincuentes juveniles, la de Chino la de más peligrosos.

II PARTE

Todo vacío, ventanuco al fondo de la habitación frente a la puerta, ésta con un agujero gordo a la altura de los ojos, de la frente, para mirar, un excusado en un rincón y un lavabo, todo, así, al aire, sin ninguna separación del resto de la celda, que para hacer tus necesidades en público habías de hacerlas, mira tú, qué cochinada, ni camastros ni colchonetas ni mantas había cuando entramos, todo vacío, y en la pared sobre la puerta una luz, otra vez la maldita luz de día y de noche encendida, obsesiva bombilla amarillenta que creaba sombras raras, medio siniestras, alucinantes, todo vacío... Casi veinte días nos aguardaban allá.

“Uno que se venga con nosotros”, dijo el que nos había acompañado hasta la celda; uno de los ladrones de coches, el más fuerte, y yo, nos dejó a los dos, le acompañamos hasta un cuarto lleno de mantas y colchonetas. “Una manta y una colchoneta por cabeza”, nos dijo, y el Fuerte y yo cargamos con siete colchonetas y nueve mantas, que sin que se diera cuenta apañamos dos de más, bien las agradecimos luego en este marzo frío y desabrido.

En la celda colocamos las siete colchonetas a lo largo de la pared del fondo y cubriendolas las mantas todas a lo ancho, “así tapan más”, decía el Fuerte, que lo sabía bien por experiencia, y nosotros “está bien”. Dos presos entraron con la cena de nosotros, potaje de frijoles con patatas y mucho aceite, otra vez aquel caldo aceitoso malamente cocinado, yo lo tiré todo por el excusado, Bob igual, sólo pan comimos aquella noche, y uno de los presos que traía la cena, “te cambio tus pantalones por los míos y te doy diez duros con el cambio”, le dijo a uno, el Culebro se llamaba, y es el único nombre que recuerdo de nuestros compañeros de celda, que no les tomé ningún aprecio a pesar de estar juntos casi veinte días. El Culebro fue, se los cambió y se embolsó las cincuenta pesetas; aunque sus pantalones no eran más bonitos, estaban en mejor uso. El otro preso que nos trajo la cena me quería comprar mi reloj por doscientas pesetas, pero yo no quise, mucho más me costó, recuerdo, y aunque no tenía plata conmigo no quise vender.

Solos otra vez, Bob y yo, aún sin conocer a los otros, comentábamos en inglés, para que no se enteraran, la situación, “quiénes serán estos tipos y qué habrán hecho, Bob”, “me da miedo dormir aquí, déjame para la pared”, me decía Bob, y yo como si fuera su mamá cuidándole y procurando levantarle la moral, “no seas tonto, Bob, no pasa nada”.

El Fuerte y los otros dos, el Culebro y su amigo, nos contaron; andaban por la calle Mayor en un auto seat seiscientos que poco antes se habían robado, el Culebro y su amigo invitados a darse un paseo con ellos, cuando el carro se volteó en plena calle; el

Fuerte y sus amigos salieron corriendo, bien conocían el peligro, los otros dos se quedaron asustados en el lugar, y un taxista que los vio en fuga los siguió en su taxi, una persecución de película parecía, hasta un taller en el que se escondieron y del que no pudieron salir, qué poca vista tuvieron creo yo; voceó el taxista, al momento se vino un sereno pistola en mano, que pistola llevan los serenos parece, yo sólo me creía que el garrote, a punta de arma los mantuvo hasta que llegó la ley y con todos cargó para la dirección general de seguridad.

Nosotros les contamos muy brevemente lo nuestro, y como a las diez decidimos dormir. A Bob lo dejé junto a la pared y yo a su lado, bajo el ventanuco, Culebro y su amigo entre mí y los otros tres. Todos nos acostamos bien vestidos, arropados con toda la ropa con la que nos habían pillado encima, menos Culebro y su amigo que se quedaron en calzoncillos, en slip se quedaron, no veas qué moral para dormir así con el frío que hacía. Pronto los ladrones de coches dormían, alguno hasta roncaba, como si aquello fuese su casa, luego me dijeron que estaban acostumbrados, que acababan de salir de acá, pero empecé a notar a Culebro y su amigo moverse, maricas eran, sobándose y masturbándose, vaya viaje tenían, allí a mi lado, bien molesto resultaba, y yo pensando “si mete la mano lo mato”, hasta que me quedé dormido.

Día primero

A las siete de la mañana aporrearón la puerta; golpes fuertes en la puerta del agujerito, así comenzaba nuestro primer día de Carabanchel. A pesar del frío, de dormir vestido, de la fiesta que se habían dado los maricas a mi lado, del hambre y de la luz sobre la puerta, había dormido bien.

Vinieron los dos presos del día anterior, otra vez el del reloj con su oferta de doscientas pesetas, y yo “no, no vendo”, y nos trajeron el desayuno, una especie de agua sucia, así como la barra de pan para todo el día, pan casero que debían preparar los mismo presos en alguna tahona oculta de la cárcel, con frecuencia aliñado con pelos y quién sabe qué bichos. Que hiciéramos la cama, o, mejor, que deshiciéramos el tinglado de la noche, doblar y apilar las mantas, nos dijeron, arrollar y atar las colchonetas, colocar todo en un rincón; pasó al rato un tío a inspecciones, policía de la cárcel vestido de azul, con un como gabán casi hasta el suelo y mala leche, nos dieron un trapeador para que trapeáramos el suelo de la celda, Culebro, que lo hacía todo, lo hizo bien, todo mico, así, sucio, estaba el suelo y quedó bien después, echamos fuera el trapeador cuando vinieron luego.

Un preso médico, a continuación, entró para inspección de ladillas; ropa fuera, otra vez en cueros, uno por uno, por segunda vez en dos días en la cárcel, parece que les gustaba, los dos maricas creo que regocijados viéndonos desnuditos.

A las once llamaron a Bob; a la media hora volvió sin pelo, cabreado y protestón, vaya trasquilada le habían hecho, más parecía tomadura que corte de pelo. Yo fui el cuarto; tenía larga melena, barba de siete días ya y bigote más largo, que ya antes de que me cogiera la policía en casa estaba crecido; volví con el pelo rapado, el cerquillo hasta la coronilla, como un chino.

Y así se pasó la mañana, tal vez la menos monótona, por la novedad, de todas las mañanas pasadas en Carabanchel. Al almuerzo, de nuevo los frijoles con patatas y mucho caldo de aceite, esta vez con un poco de chorizo que con el hambre almacenada me tragué bien, no así Bob, acostumbrado a buena comida, que ni olerlo; los demás se rifaron el plato de Bob y ellos se lo engulleron como si una rareza fuera.

A la tarde, nada que hacer más que conversar, los maricas menos habladores que los tres ladrones de automóviles, venga a contar chistes sucios, a reírlos, a mostrarme el Fuerte cómo tratar las cerraduras de los seiscientos, de los renaults o simcas, más chistes guarros, Bob y yo algunas veces en inglés hablábamos de nuestras cosas, “deja ya tu miedo aparte, Bob, más nunca te volverá a pasar una historia así, de veras”, a veces paseábamos por la celda, otras nos sentábamos en las colchonetas, y a esperar que pasara, más lentamente que nunca, el tiempo.

Y como a las siete, vuelta a armar las colchonetas, estirar las mantas, charlar un poco, intentar dormir, Culebro y el otro marica maniobrando allí al lado, “si mete la mano, lo mato”, y pensar, largo tiempo pensar, volver sobre días más felices o menos felices, distintos, allá en el Pacífico, en la tierra mía...

Aquel fin de semana consiguió mi hermano mayor que papá le prestara el yate para una fiesta; el capitán era un fumón, un golfo, con mucho whisky allí; sin problemas, yo me colé, catorce años tenía, en la excursión, aguas tranquilas del Pacífico, con mi hermano y sus amigos. Uno de los amigos sacó un paquete raro, yo fumaba algunos cigarrillos ya por entonces, quise probar con ellos del paquete raro, y probé; todos bien, yo nada, no me gustaba ni nada sentía, me emborraché de whisky aquel día, no me gustó. Fue la primera vez que fumé marihuana. La segunda vez fue con Wilfredo, amigo mío, no mucho tiempo después, en casa de otro amigo mío, que se llamaba..., fue conmigo a la escuela desde chicos, sí..., Álvaro, así se llamaba. Estábamos Wilfredo y yo, y Wilfredo, “tengo una cosa, está muy buena”, y yo, “qué es”, y él, “mira, esto”, y yo, “ya probé, no me hace nada”, y él, “que sí, cómo no te va a hacer nada”, y entre palabra y palabra encendimos los cigarrillos, “¿ves?, no me hace nada”, y de repente sí, más loco que una cabra me puse, sensaciones fabulosas, alucinaciones, muy bien, qué cosa aquella, chico, más loco que una cabra en casa de mi amigo Álvaro, qué cosa... Y mira tú, en lo que he parado, aquí en una cárcel de España, como un delincuente más, loco como una cabra tuve que estar, palabra.

A las dos de la mañana, bien lejos de aquel día soleado y calentito, miré el reloj por última vez, qué larga noche y triste, ya todos dormían, hasta los maricas, hasta Bob, y me quedé dormido.

Segundo día

Allá en la cárcel no era lindo el amanecer a través del ventanuco, más bien triste, muy triste, y no sé bien por qué nos hacían madrugar tan tempranito. Cuando trajeron los mismos presos del día anterior el café de agua sucia y la barra de pan casero y grande,

cuando el preso del reloj insistió en su oferta del día anterior y dejamos de nuevo ordenada la celda, colchonetas arrolladas, mantas dobladas, comprendí que un día de nuevo igual que el anterior comenzaba, que muchos días todos iguales al anterior seguirían, no sabía cuántos habían de ser, odié aquellas paredes y aquellos compañeros con los que no me sentía a gusto, sentí que lo único hermoso que tenía era un puñado de recuerdos antiguos, no tan antiguos pero lejanísimos allí, como sueños.

Este día, después de la inspección, nos pusieron una gran inyección intramuscular, muchísimo líquido había en la gigantesca jeringa, tanto dolor sentí que casi me saltaron las lágrimas, contra todas las enfermedades debía de ser aquello. Bob había sufrido de hepatitis tiempo atrás y así se lo dijo al médico; también tenía un labio hinchado, de manera que lo enviaron a la enfermería para examen; le examinaron la boca, me contó después, y le recetaron una pomada para curar la hinchazón; algo azorado, Bob me contó que el enfermero o médico o lo que fuera de la enfermería le había preguntado si le había chupado algo a alguno, sus miembros, qué guarro y mal pensado aquel fulano, pues aparecía algo raro en su boca; parece que algo obsceno tenían en la cabeza todos allí y siempre lo manifestaban de alguna forma.

La visita de Bob a la enfermería fue buena, sin embargo, pues consiguió que el enfermero le prestase cincuenta pesetas y con ellas compró tabaco bisonte, dos caracolas y chocolate; el tío del reloj y el de los pantalones eran los que traían estas cosas, a buen precio, muy baratas resultaban, al parecer las compraban en un economato que tenían, que teníamos, los presos. El chocolate nos alivió algo de la mala comida que nos daban, de la porquería de frijoles y aceite, de la carne como cuero que nos dieron para cenar, aunque yo, no así Bob, comencé a comerme todo lo que nos traían.

A la tarde de nuevo comenzaron a conversar todos, chistes sucios, aventuras antiguas, uno de los ladrones nos narró cómo se había robado un día una motocicleta, cómo les salió persiguiendo el tío dueño de ella y cómo la estrellaron en un barranco, todos rieron su aventura por la que no llegó a pagar pena de cárcel, a mí más tristeza me entraba con aquellas cosas, deseando estaba el silencio de la noche para encerrarme yo solo con mis propias historias pasadas, aquellas que allí dentro, entre cuatro paredes sordidas, tenían para mí un encanto especial.

Indescriptible tristeza, casi ganas de llorar, toda la tarde de este día lento de Carabanchel ni con Bob siquiera conversé, fuertes deseos de que llegara la noche, de que todos enmudecieran, y al fin, cuánto tiempo se había demorado, en la penumbra armamos el tingladillo para dormir. Volvieron los días luminosos, yo cerraba los ojos, a veces con fuerza, para sentirlos con más realidad, América entraba, preciosa rareza, en aquel cuarto de una cárcel de España y amorosamente me sonreía.

Sí, yo estaba en México; hasta allá había volado con un amigo de mis papás, sólo para pasearme una semana; era bueno el hotel, mi amiga Diana pasó a recogerme pronto y me despedí de mi acompañante para irme por mi camino. Diana y yo – bastante crío era por entonces, los dieciséis cumplidos no más – paseábamos a diario desde la colonia Florida, por la calle Insurgentes, hasta la zona Rosa, aquella linda plaza circular a nivel más bajo

que las calles que la rodeaban, como un gran hueco en la tierra,
como cráter volcánico bordeado de tiendecitas en donde se vendían mil baratijas
y todo lo necesario para vivir una abundante colonia jipi
que había convertido la zona Rosa en el centro de su ciudad de México.

“Acapulco gold” por las calles, todo el mundo fumaba en la placita,
por las calles cercanas, paseantes en viaje feliz en cada esquina, buena
temperatura y agradables rostros, pacífica quietud al atardecer, de paseo,
bien fumados Diana y yo, dulce estar en la zona Rosa mexicana.

Y luego la música, antes del regreso a casa, en una discoteca cercana,
el vino en el porrón sabe bueno, champán en el porrón mejor aún, la música
en todos los rincones, tranquilo, sin problemas de policía,
en cada partícula de tu cuerpo vibrante entraba la música.

Una mañana Diana me dijo que íbamos de excursión a Puebla,
no muy lejos de ciudad de México, como cien kilómetros de carretera por la sierra,
en auto con unos amigos suyos; Puebla era la ciudad en donde crecían
los hongos alucinógenos, locos nos pusimos después de comerlos,
loquísimos estamos al regreso, Diana, sus amigos y yo, muy rápidos en carro
por el paseo del Hipódromo, a todo volumen con buena música, buena hierba,
¡santo Dios, qué bien! Teníamos intención de ir a comprar peyote en el mercado,
que libremente se vende allí, según me dijeron, como medicina,
en unos frasquitos así, te sirves dos cucharadas y ya está, pero no fuimos,
no hubo necesidad de ello, nos olvidamos. Un amigo de Diana me regaló LSD,
una pastillita de ácido 25, así, chiquita y celeste, la primera vez que tuve
en mis manos eso, chiquita y celeste me la llevé a mi tierra de regreso, en el avión,
qué corta estancia me pareció la semana en México, qué bien Diana
se portó conmigo, con ganas de volver me fui, palabra.

Tercer día

Era de noche aun cuando me desperté por el aguacero; tenía la cabeza mojada y el frío
era recio en la celda, el ventanuco, justo encima de mí, tenía un cristal roto, ahora lo
descubría, por donde entraba el agua de la lluvia y el frío; me entró coraje, a punto
estuve de gritar insultos, ya estaba bien, carajo, de que te putearan en la cárcel por todos
lados, de que hasta el tiempo de dormir te lo jodieran. Intenté buscar un lugar más seco
para mi cabeza, parece que se despertaron los vecinos maricas de al lado con mis
movimientos porque al rato ya estaban a su faena, me cabree más aún y le arreé una
patada al de mi izquierda que, aunque supongo que no le dolería mucho, al menos sirvió
para que se estuvieran quietos el resto de la noche y dejaran de manosearse allí a mi
lado, descaradamente.

A la mañana todo igual. Inspecciones y visitas rutinarias, cuando encontré en el bolsillo
del pantalón el poquito de hachís que allí tenía olvidado, sobreviviente a todos los
registros; en el estado de ánimo en que me hallaba, este encuentro casual me alegró; se
lo comuniqué a Bob inmediatamente, en inglés, y Bob me dijo que lo tirara al excusado,
miedo le daba aquello, que era locura fumarse allí, en una cárcel. Yo le dije que nada de
eso, que aquel poquito de hachís me lo fumaba yo porque sí, lo ruleé bien en un pitillo
de bisonte, “qué haces ahí tan entretenido”, me dijo alguno durante la operación, “qué
coño te importa, me aburro”, le contesté destemplado, y más nadie me preguntó nada,

ellos no entendían de esas cosas y nada raro apreciaron ni siquiera cuando era fácil captar el olorillo peculiar de mi cigarro. Me sentó bien, Bob algo azorado durante aquel tiempo, cuando terminé de apurar la colilla respiró aliviado, el último en una cárcel de España, espero que el último de mi vida, lo procuraré con todas mis fuerzas, puedo asegurar que el último de mi vida, confío en ello, fue aquel pitillo de bisonte reforzado con hachís que lenta y profundamente saboreé en una cárcel lejos de mi tierra.

Consideré aquel acto como una pequeña venganza y el resto del día me sentí aliviado. Incluso me descubrí riendo a mandíbula partida cuando uno de los ladrones de coches, el que aparentaba no más de diecisiete años, contó su historia del robo de transistores, al parecer no sólo se dedicaba a los carros, y los experimentos que con ellos realizaba; se encerraba en el baño, llenaba la pila de agua, encendía el radio transistor para escuchar música, nada más oír anuncios sumergía el aparato en la bañera, terminados estos lo sacaba de nuevo para escuchar, nueva inmersión con los anuncios, y así; no resistía, normalmente, la tercera, pues el cacharro ya estaba descompuesto, de manera que para su siguiente baño tenía que robarse otro.

¡Qué bien la noche de nuevo! Todos tranquilos ya, todos dormiditos, los maricas incluso, hoy parecían más tímidos, yo feliz con todo el silencio para mí solo, que en la cárcel por la noche ni una mosca se oye. Creo que exagero: respiraciones fuertes, ronquidos a veces sí se oían, pero no importaban demasiado cuando otro más potente sonido se imponía, un Buick Riviera, mi carro, en carrera, ganador casi siempre, que era uno de los que más corrían. Un buen auto es cosa buena, siempre aprecié los autos poderosos, desde crío, es un buen compañero.

Era la noche del 11 de octubre, el primer aniversario de la revolución del 68 en la que tumbaron al presidente y subió un gobierno militar; había mucha guardia por la ciudad en esa noche, por lo que mi amigo Roberto y yo, con otros dos, fumones desde hacía mucho, nos fuimos a la zona del Canal para evitar los rigores de la policía, por la fecha más extremados para mantener el orden. Mucha hierba habíamos fumado ya, especialmente yo, que casi no veía, trabado estaba, bien enmariguado me sentía, decidí que manejara uno de aquellos dos, luego vi que ni sabía ni nada, loco era, mira tú, locuras hacía el tipo... Pero llegamos al cerro, una montaña que le decíamos el Cielo, alto, alto, desde donde se veía todo el Canal, las cincuenta millas que hay, tan bonito de noche con las luces, los barcos de paso, hermoso el Cielo para morir allá, palabra, todo iluminado... Yo no quería volverme pero era preciso. Sentado atrás, te juro que no veía, pitillo tras pitillo me daban, yo fumaba un poquito y fuera, cuántas veces no sé, que teníamos un paquete grande lleno y mechaba en vez de ir a menos; regresamos por ver si se había calmado la vigilancia, pero no, seguía, así que nos volvimos a la zona cruzando el puente de las Américas; como a noventa millas rodábamos en zona de cuarenta límite de velocidad, cuando alguien, no yo, seguro, divisó una luz roja que comenzaba a dar vueltas tras de nosotros, atrás la policía sin duda para multarnos por exceso de. Y cuando el que manejaba abrió la puerta, salió una humareda que casi trabó al agente, mira tú, cómo no iba a ser. De ahí nos llevaron a la cárcel de Balboa,

una base militar de la zona, el juez dijo cosas sobre permisos de registros y democracia; a Roberto y a los otros dos sus papás los sacaron de allí tras pagar la fianza, a mí mi amigo Will, pues mis papás estaban de viaje por entonces. Más nada pasó.

Más de un año atrás, pocos meses antes de la revolución, Roberto y yo nos fuimos al taller de Will, a su regreso de Los Ángeles, allí frente al Estadio Nacional, un garaje donde cabrían ocho o nueve carros y en donde Will estaba trabajando en un auto antiguo al que le faltaban las ruedas, el motor y el tapizado, sólo carrocería era aquel trasto, aunque bonita pintada estaba, prepararse quería un auto elegante para pasearse. Yo había chocado un Buick contra un autobús, no quería que mi papá se diera cuenta y Will me lo arreglaba gratis. Mira tú, allí los tres, no sé bien quién tuvo idea de comprar un gramo de la blanca, diez dólares entonces, ahora más, quién se iba a negar; fuimos donde el señor que lo vendía, fácil de encontrar, eso crece en lo árboles, nos encerramos en la oficina del taller, allí entre papeles, en un escritorio abrimos el paquetito de coca, polvo cristalino como polvo de azúcar, muchos destellos como estrellas, trabado estaba ya, mira tú, con un billete de un dólar hice como un carrizo, en una cucharita la coca, lo apliqué a la nariz y aspiré fuerte, comenzamos a inhalar y a fumar hierba, comenzó a pegar arriba, acá en la cabeza, sentí vitalidad, mucha energía en el cuerpo, buena era para pasar bien en esta puta cárcel, te aseguro que buena era, un cuarto de libra de monte teníamos que para una noche es bastante, hasta Contractor's Hill nos fuimos, como tantas veces, y allí estuvimos casi todo el resto de la noche, entre amigos que llegaron que yo no conocía, aquel era el punto de reunión de todos los que hacíamos esas cosas, de fumones y muchachos y muchachas de toda la ciudad, una muchacha había que estaba tripeado, con ácido estaba ella, linda chica, de veras, muchacha linda me pareció, en un mal viaje quería tirarse por el precipicio, nosotros la ayudamos, "no hagas eso, chica, está malo eso, está feo", un mal viaje lo tiene cualquiera. Contractor's Hill era un bello lugar, mirador sobre el Canal, allí donde terminaba la carretera, una explanada buena para aparcar los carros con tres chocitas rústicas, mesas y bancos de madera toscos y hermoso panorama, había en el lugar frecuentemente festivales de música, una orquestina medio improvisada, todos fumando y tripeando, sólo en ocasiones la policía llegaba para ver si algo malo sucedía allí y, aunque creían que sí, éramos muchos, ochenta a veces y más, se iba. En ocasiones iba a Contractor's Hill, allí tuve algunas aventuras con muchachas, con frecuencia gringas, también de mi país que hoy ellas son igual que las gringas. "Mira, te conozco, yo te he visto alguna vez y quiero estar contigo", yo cumplía, que es bueno cumplir cuando una muchacha te lo pide, luego más nada quedaba entre nosotros.

Nunca en Contractor's Hill pensé que hubiera cárceles en el mundo. Esa noche no aparecí por casa. Regresé cuando mi papá salía para el trabajo, en el camino me lo crucé como a las nueve de la mañana, me preguntó, le dije "durmiendo en casa de un amigo", pero tenía los ojos bien grandes, creo que no me creyó, y me gané una puteada buena de mi padre por haber chocado el auto... Porque, finalmente, no habíamos arreglado el auto.

Cuarto día

Imposible calcular qué hubiese pasado el día cuarto de mi estancia en Carabanchel si señorita Alba no hubiera venido a visitarme. Una jornada estúpida de monotonía, nada para hacer ni qué pensar, cada vez menor el contacto con los compañeros de la celda, hasta Bob debía resentirse de la introspección que me ganaba, cuando después de comer me anunciaron que señorita Alba estaba esperándome en la sala de visitas de la prisión. Me condujeron allá enseguida, como en las películas la sala de visitas, cada uno a un lado de las rejillas, cara seria tenía señorita Alba pero me pareció encantadora aparición, talmente como si mi novia o mi mamá estuvieran allí para consolar mi encierro. “Qué cosa pasa, señorita Alba, ¿será difícil salir de aquí?” Me contó que había platicado con el director general de seguridad, que le había dicho que había muchos jaleos de droga con los americanos y que me acusaban de tráfico de heroína; qué cabrones, “es mentira, falso es, señorita Alba”, me dijo que me creía pero que era dura la cosa, difícil la situación, no debía haberme complicado en España en asunto de droga. Me dijo luego que había hablado con mi papá, muy preocupado estaba por mí, supuse que más mi mamá cuando supiera, que qué quería que le dijera... Y me solté a llorar; palabra que más de cuatro o cinco años hacía que no lloraba, verdad, que ni sospechaba que aún pudiera llorar, como niño lo hice, por ellos, por mis viejos, no por mí que bien todo lo podía soportar, por mis viejos era, preocupados lejos por mis cosas de acá, por mi culpa disgustados sin necesidad. No sé qué le dije a señorita Alba, tal vez nada, claro estaba todo, me dio cigarrillos parlament, cuatro paquetes, y revistas para que me entretuviera, revistas que no recibí, alguno se las quedaría, truhán para venderlas o para limpiarse sus partes sucias, que le aprovechen.

Me limpié los ojos bien y regresé sereno a la celda, no debía Bob notarme nada, no se le fuera a bajar la moral que tanto trabajo me costara subirle; le dije que pronto saldríamos, “eres un güebón por notificar tu caso a la embajada americana en lugar de a la nuestra”, pero no importaba, sin problemas; comimos chocolate, quedaba aún, bueno para el frío, para Bob prácticamente el único alimento pues aún no comía apenas. Para el resto de la tarde tuvimos suficiente tema de conversación, en inglés Bob y yo, como para ni siquiera participar de oyentes en la tertulia de las procacidades.

Mis cosas no iban bien, claro estaba; quién hubiera pensado que algún día mis cosas no fueran a marchar bien; mis papás preocupados allá lejos, ellos a quien yo debía todo lo mío hasta límites casi infinitos, encerrado aquí por cuestión hasta el momento de puro trámite para mí, lejos de ellos, lejos... Creo que en ese momento conciencia fuerte comencé a cobrar de mí, medicina buena el llanto que no pude controlar, no estaba satisfecho, no podía estarlo, algo profundo fallaba que yo no sabía, tal vez ni ahora mismo lo sepa, palabra, tal vez nunca lo voy a saber. Intuyo que quizás usted, profesor, o usted, lector, sepan más de mí que yo.

Primo Mario: a pesar de todo lo que pasa, nunca podré olvidar los días, ¿felices?, en casa de la Abuela, pobrecita, que en el cielo esté. Primo Mario: recuerdo tu accidente como si fuera ayer; no te importe que vuelva sobre tema tan poco grato, pero lo necesito. Aquella fiesta del club Unión, tan linda como todas

las nuestras allí, tan lindas muchachas, como reinas todas, ¿verdad?, como princesas de cuentos viejos... Las seis de la madrugada serían, todos hartos de beber y platicar, de intentar nueva aventura para la noche, tú saliste en tu carro, bien trabado ibas, recuerdo, y al poquito oímos en la sala gran estruendo, como choque cerca del lugar; salí rápido, sin atender a nadie ni despedirme, te juro que presentí, tomé mi auto y te encontré allí, chocado contra la estatua de ese chino importante del que nunca supe el nombre, contra la estatua de un chino, mira tú, rota la boca, la quijada por muchos lugares, la nariz y una pierna, "pobrecito Mario, a lo mejor se muere", mucha sangre te manaba de la boca, algo interno malo debe ser, pensaba, seguí al auto que te llevaba al hospital, en la sala de urgencia me pasé madrugada y mañana esperando, esperando. Luego no pasó nada; en la operación de cirugía te colocaron nariz nueva de plástico, con hierros te pegaron la boca, con un carrizo comías sopas y así, ¿recuerdas?, y saliste de allí con cara nueva, bien distinto quedaste, físicamente otro, que yo muchas veces me paraba asombrado, "estos médicos son la leche, un primo nuevo se fabricaron". Todo esto antes de que se muriera la Abuela, con la que tú vivías desde chico; después del entierro, te encerraste en la casa, no quisiste cambiarte a la de tus papás, aquella era tu casa y así todos te la respetamos; desde ese momento yo decía "me voy a casa de Mario" y no a casa de la Abuela. Y casa de Mario era una delicia, semanas enteras allí me pasaba hasta que mi vieja llamaba para que volviera, al menos para cambiarme, vestirme y eso. Tu casa, la casa de Mario, era un lindo lugar para nuestras fiestas, mucho monte, ácido, coca, todo bien, y el gran paracaídas que cubría el techo de la sala grande, como bóveda ocultando las luces de colores, posters, gigantes algunos, por las paredes, uno precioso que te trajeron de Suecia con figuras de tamaño natural desnudas, instalación de música como pocas, tu casa, Mario, para soñar toda la vida con ella, hasta Rufino el chófer, guardaespaldas y compañero que mi papá me impuso para que no me metiera en líos, al cabo del tiempo buen amigo, decía "está muy bien", y a su gusto se encontraba allí en tu casa, en la casa de Mario. Supongo que tú recordarás tan bien como yo aquellos años, o sólo meses, qué sé yo ahora, nuestros concursos de rulear el monte, con cuatro paquetitos de papel de fumar y una libra de marihuana me pasaba una hora entera, a libra por hora, mira tú, mejor que las maquinitas ruleaba yo, o los concursos a ver quién fumaba más, ruleábamos y luego, cigarrillo tras cigarrillo hasta que cayera el primero, sin poder caminar de trabados, "no te eches para atrás", allí bajo el inmenso paracaídas extendido en el techo que nos cobijaba hasta los mosquitos se trababan, en una hora agotado lo que en una hora habíamos ruleado, una locura aquello, Mario, palabra, una locura, tendidos hasta que nos pasara un poco el efecto de, felices insensatos, al final ni sabíamos quién había ganado, ni siquiera Rufino estaba lúcido para dar el veredicto, mira tú... También allí tuvieron lugar, durante esa larga temporada, todas nuestras fiestas.

Primo Mario: hoy siento que no debiera recordar con añoranza las fiestas en tu casa, en los cimientos de esta cárcel están, al menos en mi caso, pero superior a mis fuerzas esta cabeza pide el retorno, exige, dicta que yo las quiera como parte viva aunque sea lejana, ordena que yo retorne como los muertos fantasmas vuelven a los lugares testigos de su dicha. Fui a mi casa a cambiarme, que mi vieja mucho había insistido en ello aquella tarde, y cuando regresé

a tu casa estaba Cazamoscas en ella con un cuarto de libra de monte y dos gramos de coca, mira tú, muy contentos, dale y dale, coca adentro y tal, fue entremedio de la trabazón entonces cuando se me ocurrió llamar a Monchi, era casi la víspera de yo venir a España, Monchi estudiaba veterinaria allá, aquí, en Madrid, qué cosas estudiaba y para qué, palabra que no entendía bien aquello, cabezón soy yo trabado, llamamos, “llego el domingo, ven a esperarme al aeropuerto”, cuando llegué a Madrid de verdad me regañó, toda la noche allí en el aeropuerto y no llegué, pobre Monchi, cabrón fui en aquella ocasión, lo reconozco, más bien insensato, pero yo le hablaba de veras aunque luego no resultara... Llegaron a tu casa muchachas que también andaban en eso, ¿recuerdas?, y Cazamoscas se fue después de que le pagamos lo que le debíamos, una de ellas Diana la mexicana, de vacaciones en nuestra tierra por entonces, otras, sus amigas de acá, de allá, pronto en órbita con nosotros también, cuando ellas se fueron, pronto, como a las diez, otras vinieron, cada uno lo que podía, platicar o levantar, más bien platicar que otra cosa, en plena trabazón, cada uno a su aire anda bien. Y por fin, como casi a las doce, el paseo habitual a las montañas, Contractor's Hill como casi siempre, fiesta de puros jipis que bien conocíamos, el carro junto a una de las casitas, Coleman por allí rondando, tu y yo, Mario, con él levantamos a tres, más serenos estábamos ya, a tres de las que no recuerdo bien la cara hoy, Mario, al barco de Coleman nos fuimos, allá en el dique seco arreglándose estaba, recuerdas, número bueno, otra vez la cosa se formó hasta que las muchachas se quisieron volver a su casa, Coleman luego, otra vez los dos solos volvimos a tu casa, a casa de Mario, poco antes de llegar Alberto, de retirada, me dio mescalina en forma de chocolate en polvo, lo partimos en dos, a ti, Mario, mucha mescalina y poco chocolate te tocó, bien loco te pusiste, a mí menos, pero bien, algo olvidado en mi casa recordé, emperrado en ir allá, nos fuimos, sigilos entré, tú, Mario, en el jardín esperándome, las cuatro o más serían, cuando salieron los perros pastores alemanes grandes que había en casa y tú asustado te volviste a la tuya, no sé por qué tanto miedo si eran mansos, tú lo sabías a pesar de tu terror a esos bichos, por qué me dejaste allí, me tuve que fumar lo menos tres cigarrillos para pensar mejor, luego el taxi me llevó a tu casa, “eran leones, palabra, tuve que huir”, decías, a mí la risa me daba, más mansos que gatitos son mis perros, ya casi de madrugada, tú en tu viaje, la música, yo en el mío, dormidos nos quedamos, ¿recuerdas?, al fin dormidos bajo el gran paracaídas que ocultaba las luces de colores... las luces de colores...

Quinto día y siguientes

Cinco días ya desde mi ingreso en Carabanchel y todo seguía igual, lentos los días, ninguna noticia sobre mi situación salvo la poco tranquilizadora que me diera la señorita Alba de las sospechas o acusación de tráfico de heroína, qué cabrones y qué mala leche tenían. Esa mañana supe de Chino por uno de los de la inspección de las diez; me dijo que estaba bien aunque había sufrido alergia por la comida y le habían puesto muchas inyecciones; sin noticias seguía de su país; que se había encontrado con un peruano, Micky, amigo mío también era, y ya salían al patio a pasearse, cosa que nosotros aún no. Más nada supe de él hasta la salida de prisión. Me alegré de no haber sufrido alergias ni cosas así de las que precisan inyecciones, sólo tenía unos dolores de

estómago grandes a causa de no ir al excusado, de vez en cuando los sentía aunque pronto se me pasaban; era una guerrada aquello del excusado, con agua del grifo y un plato lo limpiaban los de la cárcel, no veas qué asqueroso estaba, en cuanto al agua helada del lavabo no había quién la tocara, todos micos la cara teníamos, nadie se lavaba, un taco así de tierra y porquería tenía yo cuando me bañé la primera vez en tantos días, fuera de la prisión. Eso sí, trapear el piso, a diario, Culebro mejor que nadie lo hacía, hasta le gustaba creo yo.

No quise pensar en mis cosas estos días porque tristeza grande me daba; charlaba con Bob, escuchaba de aquellos compañeros de celda las barbaridades que se les ocurrían, contaba pasos o cosas, leía inscripciones de las paredes o dibujaba trazos invisibles en el suelo... ¡Ah, y escribía! Se me había olvidado, cuántas cosas habré omitido por olvido, mira tú, en la cárcel escribía mis cosas en el reverso de mis fotografías, no me las habían quitado en el registro de entrada y, así, al salir llenas de notas estaban, un pequeño diario de prisión que hoy nos hubiera servido bien.

Creo que si al día siguiente, nuestro sexto día de encierro, no nos anuncian que pronto podríamos salir al patio, algo loco hubiera comenzado a parecerle a mis vecinos. El sexto día Bob continuó sin apenas probar bocado, los demás se rifaban su comida y bien se la comían, yo lentamente pero sí.

Por fin, el séptimo día nos sacaron, después del desayuno, al patio. Yo veía el patio desde mi ventana, la gente pasearse, charlar e incluso reírse en ocasiones, así que ganas tenía de que nos llegara nuestra hora. Había una mesa de pin-pon allí, pero siempre estaba ocupada; después de algunos intentos, renunciamos definitivamente a que nos tocara, al menos un ratito, a nosotros, y todo el tiempo lo pasamos caminando arriba y abajo, con un frío de marzo que traspasaba, mucho frío en la cabeza sin pelo, el tío del reloj siempre jodiendo la paciencia, mira tú, no se olvidaba, sin nada de dinero para comprar ninguna cosa ni tomar nada. A la una regresamos al cuarto para comer, mira tú, tanto esperar el patio para encontrarse con eso, a las tres otra vez fuera, paseo adelante y atrás para quitar el frío. Al menos, veías caras nuevas, casi todos eran ladrones de carros, un muchachito había como de catorce años que había matado a dos, qué bárbaro, y tenía seis años de sentencia, pobre, lo que le esperaba aún, todos menores eran, poco contacto con ellos mantuvimos Bob y yo.

El segundo día de patio nos hicieron limpiar el piso de la galería donde estaba nuestra celda, como siete u ocho formábamos el equipo de trapeadores, con un trapo y un balde, unos echaban agua al piso, otros pasaban secándolo, así varias veces, como cinco lo menos, pesada y larga la cosa. En el patio, luego, nada que hacer, otra vez los días iguales. Bob y yo nos sentábamos en un rincón a mirar los centinelas, muchos había paseándose por lo alto de la muralla, de un garito a otro, todo lleno de policías aquel gran muro, y charlábamos, hasta llegamos a imaginarnos una fuga, bien sabíamos que pura distracción era platicar sobre ello, todos los compañeros nuestros de cárcel muy gánsteres y maleantes de aspecto, nosotros dos allí sentados dejando pasar el tiempo y observando a los vigilantes de la muralla, bien grabada en la mente tengo hoy la escena, incluso su encanto especial cuando salía el sol y se instalaba en nuestra cabeza una como leve nostalgia o presentimiento de la primavera, a las puertas a pesar del mal año, uno de los más fríos y desabridos, al parecer, en Madrid.

En mis conversaciones con Bob me mostré más preocupado por nuestra situación, los días de encierro nos igualaban, no debía hacer ya de mamá para tranquilizar al bebé, no, también tenía yo mis derechos. “A lo mejor nos encierran de por vida, mira, para siempre ese muro de los centinelas frente a nosotros”. “Ya tardan en arreglar nuestra situación, estoy impaciente por salir de aquí”. Y así.

Una tarde le conté a Bob el viaje a Costa Rica en auto, Rufino, Mario, un amigo nuestro que se llamaba Pedrito y yo, un viaje que planeamos que fuese tranquilo, sin fumar nada de monte ni tomar nada, de puro relax, que no fue tal, y descanso. Por las noches no me obsesionaba con las historias pasadas como en los primeros días, sino que procuraba dormirme cuanto antes. Era con Bob con quien volvía a los viejos tiempos; tal vez estas conversaciones y las notas del reverso de las fotografías me habían librado de mis evocaciones nocturnas.

La excursión a San José de Costa Rica en mi carro la iniciamos una mañana con sólo dos onzas de monte, sólo para el principio del viaje, planeado para varios días; en Santa Clara, a medio día, nos encontramos unos amigos de nuestra ciudad, les dimos la mitad de la hierba que llevábamos y la otra mitad nos la fumamos inmediatamente para comenzar el régimen previsto.

De Santa Clara nos fuimos a Chiriquí, siete horas de camino, en cinco no más lo hicimos, yo manejaba, Rufino asustadito perdido iba, como a media tarde estábamos en David, la capital, para visitar a un amigo de la base de la fuerza aérea, un jefe de la base buen amigo mío, que nos gestionó el permiso para pasar frontera cuarenta y ocho horas; le dio mucho gusto nuestra visita, ya sin monte nos encontrábamos, telefoneó a la frontera a otro teniente amigo suyo y pudimos pasar. En Costa Rica, antes de salvar el cerro de la Muerte, la carretera era bien mala, de piedrecitas sueltas, cascajo o gravilla, nosotros con la rueda de repuesto descompuesta, algo preocupados, sin monte para fumar, cierto malestar, mira tú, no demasiado pero algo, nos detuvimos en un pueblecito antes del cerro que se llamaba no sé qué cosa del General, una pensión de chinches, infame era, setenta y cinco céntimos nos costó, menos de cien pesetas, fíjate, pero amanecimos todos picoteados, bien temprano saltamos de la cama, deseando todos estábamos que amaneciera. Despues del desayuno, fresco y natural, de cosas del campo, para San José; pasamos el cerro, luego por buena autopista Alhajuela y la ciudad, al fin, para la hora del almuerzo; nada más llegar nos fuimos a casa del señor Esquivel, socio de mi padre, como éramos muchos nos envió a un hotel conocido suyo para el alojamiento, nos aseamos, de nuevo a la casa del señor Esquivel, un niño hijo suyo, de trece años no más, simpático chaval, me preguntó, “qué andan buscando ustedes aquí, ¿andan buscando monte?”, mira tú, aquel crío, gracia me hizo que tan joven ya anduviera en eso, me dio una dirección para que compráramos; esta cosa nos calentó los cascos otra vez y para allá fuimos, pero no había; Rufino, siempre me acompañaba para que no me metiera en líos, dijo que él lo iba a conseguir y nos llevó a un bar de putas y maricas, le esperamos fuera, él preguntó a un marica, el marica le mandó a una puta, la puta dijo que la acompañáramos, y todos los cinco nos fuimos en el carro para donde ella nos indicó; se fue quince minutos y, al fin, nos trajo cigarrillos así,

muy delgaditos, mala hierba era pero era hierba, bien nos sentó, bien...

Enviamos a la puta a por otra amiga suya y todos con ellas nos fuimos a pasearnos en carro por la ciudad, fumando y bromeando con ellas, graciosas eran y desenvueltas, no muy guapas, mira tú, pero bien para aquel rato divertido, no las subimos al hotel para no darle mala reputación al señor Esquivel que nos había recomendado al dueño, así que las dejamos en su barrio y nos fuimos solos a la cama, a dormir. Al día siguiente comimos en la casa del socio de mi papá y nos volvimos para nuestra tierra; fue el viaje más largo de mi vida conduciendo auto, sin parar de San José a Santa Clara, quince horas manejando, sin fumar nada, que nada nos compramos, más de las cinco de la madrugada era cuando llegamos a Santa Clara...

En el alto del cerro de la Muerte mi primo Mario me hizo parar el carro, se bajó, tomó hierbas del campo, de las que crecían así solas a los lados de la carretera, se las ruleó, loco era el primo mío, así, para fumar algo, se las fumó y luego el resto del viaje nos estuvo dando la lata con su dolor de cabeza, sólo ese efecto le produjo, dolor de cabeza y mal humor. Dormimos en Santa Clara y a la mañana siguiente, a la hora de comer, estábamos en casa. Divertido fue el viaje, palabra que muy buen recuerdo tenía de él, a pesar de que lo acortamos más de lo previsto.

Viernes feliz, el último viernes

Se lo habían dicho, “estos muchachos van a salir ya”, y el guarda, el del cambio de pantalones, fue el que nos dio la noticia. El tipo me dijo, “cuánto me das si los saco a ustedes de aquí”, y yo: “lo que quieras”; el del reloj intervino: “el reloj”, el otro se reía, “anda allá, que os llama el funcionario”. Tan contento me puso que casi me quito el reloj, pero no, que cabezonada tenía de no desprenderme de él, además me había advertido el funcionario al entrar en la cárcel, “cuando salgas de aquí quiero verte con el reloj”, bien se sabía el tipo toda la onda de aquel lugar, así que le di el encendedor, uno de esos que los botas cuando se te acaba el gas, no me arrepentí de darle esa cosa al mensajero de tan buena noticia.

Nada más entrar el funcionario me dijo “ya veo que tienes el reloj”, y luego “no quiero verlos más por acá, espero que no vuelvan por acá”, y nosotros, que también lo esperábamos, que gracias por el buen deseo. Nos envió con otro funcionario a la sala de Franco, pasando por el patio del módulo, y allí de nuevo, como al entrar, huellas digitales, nombre del papá, nombre de la mamá, todo igual, y una citación para el lunes; era éste el viernes 24 de marzo, según dice el calendario, y las seis de la tarde serían cuando nos llevaron al primer funcionario. Otra vez a la oficina de abajo, como al entrar en Carabanchel, al cuartito de la izquierda, éramos varios, menos que a la entrada, y uno por uno fuera, “quítese toda la ropa”, hasta para salir querían vernos, y así, en tan incómoda situación, descubrieron mis fotografías en las que día por día llevaba conservado todo lo que me había sucedido, estados de ánimo, guarreñas de dentro, etc. “Nos da las fotos y lo que tiene escrito en ellas o prefiere que las lleve a la dirección de la cárcel y que se las rompan allá”, me dijo el funcionario, y yo, “rómpanalos aquí si lo desean”, lo que tenía era ganas de vestirme, mira tú, aunque me doliese que las rompieran, como lo hicieron ante mis narices, cabrones... Me vestí, me devolvieron mi carnet de conducir, la documentación y objetos, pocos, que me habían retenido a la

entrada, y pasé a la habitación de la derecha. Allí estaba tan tranquilo cuando se abrió la puerta y entró el Chino; “compadre, tú también vas para afuera”, nos dimos un abrazo, y yo “qué te pasa en la cara y en las manos”, toda llena de puntitos rojos la piel, era de la alergia, me mostró la barriga y la espalda, todo punteado, mira tú, qué bien que no me pasara a mí algo así tan molesto. Chino se comenzó a reír al verme con el pelo cortado, así rapado, él no lo estaba tanto, “pareces un escolar, caramba”, y yo, “tú quéquieres, en algo se ha de notar que venimos de la cárcel”. Así, entre bromas, se nos hizo corta la espera. Llegó Bob, y los tres felices, los demás con nosotros, no sé cuántos iríamos, subimos las escaleras, nos sacaron del cuarto grande del retrato de Franco, luego rejas, puertas, rejas, puertas, pero para afuera, miramos para atrás y vimos el retrato de Franco tras las rejas por última vez.

Esperaba que estuviera señorita Alba, buscamos su mercedes, pero no estaba, no importaba demasiado, felices, dando brincos y corriendo cada vez más lejos de aquella casona, del hotel Las Rejas, no sabíamos ninguno de nosotros dónde estábamos, nunca antes habíamos estado en aquel lugar, buscamos un taxi, bien de noche era ya, como más de las once, no importaba que tuviéramos que caminar hasta la casa, pero encontramos taxi pronto; ya dentro, “¿tú tienes dinero, Chino?”, “no, yo no, ¿y Bob?”, Bob tampoco, bueno, qué importaba, iríamos a la casa y Lucrecia nos prestaría dinero para pagarlo, nuestra vecina, simpática, de unos cuarenta años, amiga de nosotros y buena gente, algunas veces nos lavaba alguna ropa y eso, mucho se alegró de vernos, nos prestó el dinero para taxi y mil pesetas para aquella noche, que no le permitimos que nos preparara la cena, como quería, era un engorro para ella, Bob tenía su carro aparcado allí además y podríamos utilizarlo, deseábamos bañarnos. Nos bañamos y nos vestimos, todos micos íbamos que casi se atora la pila, mucho perfume, gente nueva al final parecíamos, yo me coloqué un sombrero para taparme la cabeza rapada, bien, como un señor, Bob y yo nos fuimos a cenar, que Chino quería telefonear a sus viejos y Bob y yo demasiado hambrientos para esperarle nos encontrábamos, un beso sonoro a la vieja Lucrecia, qué buena, simpática, chiflada, cordial, cuánto la queríamos en aquellos momentos, un fuerte abrazo le dimos por dejarnos su dinero para comernos el mayor trozo de carne del restaurante que encontramos abierto a aquellas horas, y luego a dormir, bendito sueño por primera vez en tantos días a gusto, sin maricas al lado, sin frío ni ventanucos por donde entrara el agua, sin mal despertar, al fin libre.

III PARTE

Fin de semana en libertad

Sólo duró la libertad lo que duró el fin de semana, pero eso lo sé ahora, entonces no. El papá de Chino llamó temprano a la casa para recomendarle un abogado conocido, y en ello pasó su mañana Chino. Yo me puse en contacto con señorita Alba y con el cura conocido; éste tenía una residencia de trabajadores y a ella habíamos de mudarnos, ya que el contrato del apartamento por seis meses hacía días que estaba vencido. Telefoneé a mis viejos, mi papá no estaba, con mi mamá hablé; que no se preocupara, que estaba bien, todas esas cosas que se le dice a tu vieja; yo sabía, sin embargo, que no era todo tan lindo como se lo conté, los problemas eran graves, más aún de lo que me imaginaba yo.

A la tarde, Chino, Bob y yo nos reunimos de nuevo en casa de mi primo Juan. Todas las cosas que pasaron este fin de semana fueron simples, sin ninguna significación especial, pero nuestra excitación y la alegría de la libertad recobrada a todo le daba aire nuevo. En casa del primo Juan repetimos nuestra historia, platicamos mucho, tomamos bastantes tragos y allí nos quedamos a dormir Chino y yo, Bob a casa de la familia con quien vivía.

El domingo, hasta la noche, nos lo pasamos en limpiar y ordenar el apartamento con vistas a que el dueño nos devolviese la fianza, y en el traslado a la residencia del cura; a pesar del trabajo, de las quince mil pesetas de fianza sólo tres mil nos devolvió, no sé qué cosas alegó el tipo pero así fue. En la residencia nos acomodaron en un cuarto para dos, mal olía allí, parece que la gente no se bañaba demasiado, pero mejor que nuestras celdas de prisión era aquello. Y a la noche, de fiesta por ahí. Bob nos pasó a recoger a Chino y a mí en su carro, los tres nos pasamos a recoger a mi primo Juan y su mujer, y los cinco terminamos en el Biombo Chino, divertido show hasta bien cogida la noche, mucho baile y muchos tragos, calculo que sobre las cinco y media de la madrugada llegamos Chino y yo a la residencia. Una locura, mira tú, que a las diez de la mañana era nuestra cita con el juez de las Salesas.

Nos levantamos a las ocho con una goma tremenda, llegamos a las Salesas a un cuarto para las diez, Bob más tarde, difícil le había sido levantarse, y allí estaba el abogado mío con el que había quedado citado el sábado. Platicamos con él, qué nos podían hacer, Chino se dio cuenta, estudiante de Derecho, que nada había aprendido ni nada sabía de Derecho.

Otra vez igual

Un secretario de cara seria nos llamó a los tres para decirnos que una vez cada dos meses debíamos presentarnos en ese Juzgado, así como notificar nuestros cambios de domicilio; raro nos pareció y mal comienzo. El abogado nos dijo a continuación que debíamos pasarnos por otro juzgado que había enfrente, de peligrosidad social, de vagos y maleantes, o algo así. Ahí uno por uno debíamos pasar; primero Bob, le lloró muchísimo al juez, sí, le hizo una manifestación de arrepentimiento muy real, causa, creo yo, de que lo dejaran en libertad. Pasó Chino y, de último, yo; que si nos dábamos cuenta de lo que habíamos pasado, nosotros que sí, “¿doble nacionalidad?”, nosotros, no, Bob sí, no sé por qué pero lo preguntaron, y nada más, nos mandaron a donde el médico. El médico examinó a Bob primero, luego a Chino y de último de nuevo a mí; nos mandó, uno por uno, tender los brazos hacia delante, las palmas de las manos abiertas hacia abajo, un pedazo de papel encima para ver si temblábamos supongo, pararse de puntillas, cerrar los ojos, y el tipo te balanceaba para ver tu balance; cuando me lo hizo casi me caigo; todo temblón, las manos así, el papel para caerse, no veas... y el médico no comentaba nada. Entró donde el juez y después de quince minutos volvió a salir; a Bob le dijo que podía irse, también temblaba en el examen aunque menos, a mí y a Chino nos llevó donde un policía y le dijo: “Estos ingresan”.

Todo se vino abajo de repente con esas palabras; Chino y yo nos miramos, cara de susto debíamos tener, las esposas de nuevo, el abogado se fue, que nada tenía que hacer allí, muy nerviosos, yo con la corbata, me la quitaron, la correas no, ese mismo día, sin comer nada, al Canguro de nuevo. Otra vez la misma dirección, carretera de Valencia

arriba, nerviosos, ni siquiera preguntamos, al mismo camino que habíamos seguido para Carabanchel, todos en el grupo hablaban de la cárcel y aunque sabíamos que nos conducían al psiquiátrico, no las teníamos todas con nosotros. Todos se bajaron en Carabanchel menos Chino y yo; el Canguro continuó con nosotros un poquito más adelante, y allí, “Hospital Psiquiátrico Penal”, o algo así, ante una puerta casi bonita de cemento con unas rejas muy grandes, nos hicieron bajar, nos quitaron las esposas, no éramos peligrosos, nos condujeron hasta una puerta escondida, nos ficharon de nuevo y para adentro. Nadie por los pasillos del manicomio, todos los locos debían estar en el patio, sólo guardas idénticos a los de la cárcel. A Chino lo mandaron a otra habitación.

Allí había seis camas, una debía ser la mía, “qué gente habrá allí, Dios santo”, ya me sentía cansado de tanto viaje, tanta inquietud, tanto “venga por aquí”, “baje al patio”, “vístanse”. Me dieron una toalla para que me fuera a bañar, agua caliente tenían, luego vi que también comida mejor que la de la cárcel, poco aceite aunque algo aún, patatas, frijoles, siempre los malditos frijoles, arroz, pescado y otras cosas, en general no muy mala; también la habitación era mejor, con una puerta normal y una mesita de noche para cada uno en donde metías tu plato de plástico y la cuchara, de plástico también.

Cinco días en el psiquiátrico

En la habitación había un gringo tumbado en la cama; leía un libro en inglés, de ciencia ficción, libro que le pedí prestado más tarde para entretenarme y no oír las locuras de la gente, que aún conservo. Le pregunté y me dijo que estaba allí por tomar ácido y fumar marihuana, pero pronto se iba. Mis compañeros de habitación eran, con el gringo, Daniel el Argentino, un francés amigo de Daniel y un vasco, bien loco estaba, por alcohólico; todos, salvo el vasco, estaban allí por drogas; el vasco se bebía como cinco litros de vino cada día y su papá lo había metido allí voluntariamente; era simpático, muy loco, y me enseñó a jugar la petanca.

Un día a Daniel le mandó el médico cortar el pelo; el argentino no quería eso y, así, comenzó a darse de cabezazos contra la pared y se llenó la cabeza de chichones; “no se preocupe, no le vamos a cortar el pelo”, le dijo el médico para calmarle, pero a los dos días se lo llevaron a la barbería; Daniel no estaba dispuesto a dejarse pelar, así que le dio una trompada al barbero y se salió por la puerta llevándose por delante todo, roto el vidrio, él mismo se hizo algunos cortes con los filos de los cristales, pero no le cortaron el pelo más y largo se lo dejaron.

Con Daniel me fui donde Chino un día, que aquí era diferente pues tenías la puerta abierta y podías salir algo de la habitación. Chino me dijo que Micky estaba aquí; “¿por qué?”, “los españoles habían hablado de él”; también le habían interrogado e, igual que nosotros, sin ponernos de acuerdo, todo lo había descargado sobre Fito; Tony el americano y los otros, uno Moncho, medio marica, eran los que le habían delatado. El abogado de Chino lo había visitado y le dejó mil pesetas, de las que a mí me dio quinientas; me las gasté en atún con pan, galletas, tabaco, cafés y coca colas; luego señorita Alba me trajo cigarrillos.

Después de la inspección de los cuartos salíamos al patio, todo de cemento sin jardín ni nada, y allí paseábamos de un lado para otro como en la cárcel. Algunos tipos eran simpáticos, como un gitano de la prisión de Burgos que tenía úlcera en el estómago y

sólo tomaba leche; eran comiquísimas las cosas que decía y siempre divertidas las historias que nos contaba. Un día, nos contó, un americano le dijo que quería comprar marihuana, y él que sí, que trescientos dólares; el americano se los dio y el gitano compró una maleta de trescientas pesetas, la llenó de monte normal de un campo y se la dejó en la conserjería del hotel. Era un sinvergüenza el tal gitano hasta en eso. Le llevaron, por fin, a operar la úlcera, siempre con su botella de leche bajo el brazo, y no pudieron porque el tipo no se dormía. También a nosotros nos llevaron a reconocimiento a la enfermería, a rayos nos miraron los pulmones por ver si estábamos tísicos, y el corazón; en un espejo que había frente a la pantalla vi mi corazón, el que más rápido andaba, impresionado me dejó.

De los locos que se alojaban en la casa había uno que siempre te pedía cigarrillos; tenía como cuatro paquetes en los bolsillos, y yo “fuma de los tuyos”, y él “no fumo, sólo quiero los ajenos”. Otro había que no tenía en la boca ni un solo diente, todos se le habían caído. De repente te llegaba uno al lado con una fusta, un sombrero de jockey, botas y pantalones todos anchotes, te miraba altivamente y se alejaba a paso siempre rápido. Imágenes. No creo que hubiera ninguno peligroso.

El sexto día vino a verme señorita Alba y me propuso la idea de irme a la clínica del doctor Lopor. Bien me pareció; yo, a fin de cuentas, ya lo conocía. “Cómo no”, y al día siguiente salí, tras repartir todos los cigarrillos que me trajera señorita Alba, feliz. Chino se quedó allí aún dos meses más, luego se iría directamente a su tierra.

De la casa de señorita Alba llamé a mi primo Juan, pues allí tenía toda mi ropa. Tomamos tragos, conversamos, yo no me sentía tan eufórico como la primera vez que había probado la libertad tras la reclusión; sabía que un más o menos largo periodo de tiempo había de transcurrir antes de volver a iniciar mi vida normal. Bob vino a visitarme y me regaló un lente para mi cámara de fotografía, él sabrá porqué; se regresaba a su tierra, “yo para la clínica del doctor Lopor, eso es lo que tengo que hacer”, me sorprendí comentándole. De casa de señorita Alba hablé con mi papá; él y la mamá se venían para España en un mes, antes imposible, me alegró mucho que pensaran venir.

En la clínica del Dr. Lopor

Juan y señorita Alba me llevaron en auto a la clínica. Llevaba conmigo una maleta con mis cosas personales. ¿Qué iba a ser de mí? Aquel edificio no tenía rejas sino persianas fijas metálicas graduables. Un doctor chileno, el Dr. Polof, luego amigo mío, me recibió en la primera planta. “Acompáñeme”; la maleta me la dejaron fuera del cuartito. “Quítese toda la ropa”; me la quité. Me dio unos golpes con un martillito en las rodillas, me miró los ojos por adentro, me auscultó, me hizo un chequeo general, no tuviera bichos raros que contaminaran la clínica, me dieron luego mi pijama y unos zapatos grandes que tenía; “acompañeme”, esta vez subimos a la quinta planta, me dieron una pastilla amarilla y a la media hora estaba dormido.

Allí estuve tres días completos con pastillas fuertes para dormir; no recuerdo cómo comía ni con quién hablaba, todo cerrado; parece que vino uno de esos días el cura amigo de mi familia, parece que hablamos, aunque nada recuerdo de ello, y dio orden de que me dieran de todo antes de marcharse. Al cabo de los tres días comencé a despertar

del largo sueño; un médico me acompañó a mi nueva habitación, un cuarto lujoso con alfombra, teléfono, hilo musical, ventana abierta, cortinas, buena cama, etc. Todavía permanecí dormido todo un día por el efecto de las pastillas amarillas, pero al recuperarme vi allí la maleta y mi guitarra, muy rayada y sucia; me sentí a gusto al verla; aunque su sonido no era del todo bueno, toqué el resto del día viejos temas queridos.

A la mañana el Dr. Lopor vino a visitarme, como a diario haría en lo sucesivo, “¿cómo estás?”, “bien”, “¿qué piensas hacer?”. “No sé, tal vez arreglar mi guitarra”. “¿Prefieres estudiar o trabajar?” “No, sólo arreglar la guitarra”. Más tarde recibí una visita importante; vino alguien que debía ser inspector o algo así, acompañado de uno de los hijos del Dr. Lopor. Me dijo que no hiciera tonterías, que allí estaba mejor que en el penal, que si me escapaba sin contemplaciones me llevarían al penal, que siguiera el tratamiento del Dr. Lopor al pie de la letra. Y yo, “sí, de acuerdo”.

Realmente estaba contento de haber cambiado de encierro, de status social. Durante quince días, en aquella habitación comía, dormía y todo. Me daban unas pastillas rojas, que aún hoy no sé bien qué cosa eran, creo que tranquilizantes, todos los días el médico “cómo estás”, y yo “muy bien”. Las pastillas nada malo me hacían, así que las tomaba.

Los quince días encerrado pienso que bien me vinieron como autoterapia, para analizar mi situación, las barbaridades que había cometido. Tuve tiempo para pensar en mi viejo y en mi vieja; me llamaron alguna vez, y no tenía palabras para agradecerles, aunque no se lo decía; gracias a ellos estaba fuera del penal. Hablaba poco y pensaba, pensaba, pensaba; hablaban los demás. Procuraba molestar lo menos posible; aunque tenía un timbre para llamar a las enfermeras o cuidadoras no lo usaba; creo que me sentía algo asustado. Sabía también que todo aquello costaba mucho dinero, pero no me importaba.

De nuevo con la gente

El día catorce de mi estancia en la clínica uno de los hijos del Dr. Lopor, al que no había visto anteriormente, vino a visitarme. “Mañana tienes que bajar al comedor con todo el mundo”. No me dio ninguna alegría con su comunicación sino todo lo contrario; me pareció desagradable aquella persona que tenía enfrente, con malos designios y planes oscuros sobre mi persona. Me negué e intenté razonar mi negativa rotunda con argumentos creo hoy que poco convincentes; me encontraba bien solo y la compañía de la gente de abajo, todos con coeficiente intelectual inferior al mío, no me iba a hacer bien; le dije que no deseaba mezclarme con los locos de su clínica. El Dr. Lopor Junior, o más bien uno de los doctores Lopor Junior, pues son varios, me indicó con sequedad que entre aquellas personas con las que no deseaba codearme se encontraban numerosos ingenieros, arquitectos, prósperos profesionales e incluso médicos; finalizó su discurso agria y rotundamente: “el más enfermo de todos aquí es usted”.

Y yo me lo creí, tanta confusión tenía en la cabeza. Pensé inmediatamente que si era el peor de todos allí todos se burlarían de mí, pero no se lo dije al Dr. Lopor, me mirarían raro. Con cierto miedo acepté la decisión de los médicos. Pronto cambié mi parecer sobre el asunto e incluso comprendí las buenas intenciones del doctor, hombre duro pero bueno. En un curso de fisioterapia, como gimnasia, me rocé ya con la gente; era

verdad que había personas buenas, pero también era verdad que había gente peor que yo.

Un día vino a verme el doctor Polof para conversar conmigo. Le conté sobre mi vida en el mundo de las drogas, la abundante cantidad de droga que tenía cuando lo deseaba, mi forma fácil de conseguir todas las cosas, desde hierba simple hasta viajes de LSD, mis competiciones de fumar, etc. A ellos les pareció exageración mía, pero todo era cierto, en absoluto fantasía. El Dr. Polof todo lo escribía en un papel y tras tres horas muchos folios se llevó escritos por detrás y por delante.

Poco a poco me fui familiarizando con los otros habitantes de la casa. Hoy creo que he hecho algunos amigos, siempre seleccionados, por supuesto, entre los más normales, y charlo con mucha gente de temas diversos, bromas y demás.

En aquellos días de primavera llegué a protagonizar, incluso, una historia de amor, de amor frustrado. En una de mis salidas de la habitación me topé con una muchacha que se llamaba Rosa, algo desbalanceada, no muy bonita ella; la chica se encaprichó, quería tener amores conmigo, y me agarraba por el pescuezo, me daba besos y, así, varias veces me colocó en situación embarazosa; a mí no me interesaba, bien fea me parecía, así que decidí terminar con aquello que me molestaba la vida. Acudí al Dr. Polof, le conté que una muchacha me perseguía pero que a mí no me gustaba, y el Dr. Polof me recomendó que nada hiciera, algo desniveladas de cabeza andaban algunas personas, que todo era peligroso. Al día siguiente vi a Rosa muy tranquila, demasiado tranquila, y pensé en las pastillas. En la clínica del Dr. Lopor es muy usada la farmacología, así que no hubo más problemas con la señorita Rosa.

FINAL

Aunque con anterioridad no he hecho ninguna referencia a ello, yo estaba matriculado desde octubre de 1971 en el curso primero de Turismo de un prestigioso centro privado de Madrid. Había iniciado con mediano entusiasmo mis estudios al comenzar el curso, pero pronto, sin embargo, otras ocupaciones más agradables hicieron que menudearan mis faltas a clase, y esa escasa asistencia se hizo nula a partir de marzo por los sucesos que he narrado. En la clínica del Dr. Lopor me plantearon la necesidad de recuperar el tiempo perdido en los estudios. Pagué todos mis atrasos en la escuela, que eran muchos, y a base de profesores particulares y clases intensivas conseguí aprobar todo mi curso prácticamente entre los exámenes de junio y los extraordinarios de septiembre; fue un esfuerzo bastante considerable pero demostré con ello mi rápida recuperación. En los viajes que hicieron mis padres a España pude acompañarles fuera de la clínica y, por último, señorita Alba me viene a recoger cada fin de semana. Con las clases de octubre la clínica del Dr. Lopor se convirtió para mí en un hotel; las vacaciones de navidad en Marbella y la semana santa a Palma, creo que me han devuelto a la realidad; soy un hombre normal que sueña con la liberación definitiva.

Mira, chico; creo que debería analizar mi situación con detenimiento, los sucesos del último año, mi paso por juzgados, calabozos y casas de locos. Pero no quiero hacerlo con más detalle. Sólo sé que yo entré mal en esta rueda y salgo mejor. No deseo pensar en mis amigos de entonces, ni en aquellos compañeros accidentales que continuarán su

vida problemática igual que hasta entonces, tal vez peor, que la cárcel no es reformadora para bien de costumbres para ellos; por otra parte, ya lo indiqué, no me ligaba a ellos ningún afecto, más aún, me molestaba su cercanía. Tampoco deseó hacer un juicio crítico sobre el Dr. Lopor, los hijos del doctor Lopor y su clínica, modelo, sus elevados honorarios, las pastillitas de colores, mi único reproche, y eso porque atentaba directamente a mi comodidad, es el hecho de que intentaran, con éxito, prologar mi estancia en su clínica el mayor tiempo posible. Como balance, creo que me hicieron bien.

Considero la amistad de señorita Alba uno de los más sabrosos frutos de este año. Creo, además, que he redescubierto a mis papás, su cariño y sus cuidados; ellos son, sin duda, los que más desinteresadamente me quieren. Estoy dispuesto, este año último me he preparado para ello, a convertirme, según su deseo, en todo un hombre. Los negros fantasmas de mi cabeza de adolescente pueden haber desaparecido para siempre. La isla del Pacífico que mi papá me acaba de regalar, para celebrar mi recuperación, más que muestra de cariño, es todo un símbolo, promesa de futuro halagador.

VIII

TRAMO QUINTO NARRATIVO

OTRA VEZ EL MEDITERRÁNEO

Márgenes, fronteras, viajes de iniciación sin apenas maestro o guía, aprendizajes dramáticos y divertidos, movida. Lo que se avecinaba. Pura movida, nuevas centrifugaciones, en los inicios de los años setenta del siglo XX, que en España anuncianaban el fin del gran movimiento centripetador, nacional-católico y opusiano, que desde entonces iba a iniciar una nueva etapa – aún poderoso él, ese Movimiento centripetador – de disimulación y camuflaje. De aquel movimiento de poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas, de por el nacionalismo y el Imperio hacia Dios, unidad de destino en lo universal de la retórica franquista. El mundo, desde sus raíces mismas, no se narraba así, no se entendía así, no era eso. Hay momentos en los que Uno elige un destino. Imperceptiblemente la mayoría de las veces en la juventud, de manera inconsciente y por ello pura belleza el momento ese; incluso si su desenlace final fuera lamentable, aunque – y eso era la movida en lo hondo – según qué canon.

En la primera reunión del grupo de conocimiento y de contactos – una fiesta primaveral al atardecer –, los cuatro amanuenses, con la Laurita al frente – siempre terribles las palabras y las denominaciones –, para comentar cómo iba la cosa, si se terciaba, como siempre – aquello no eran reuniones de trabajo –, captaron que J.B. con frecuencia se quedaba pensativo. “Il Pensieroso”. Acababan de fijar el texto de los tres *relatos negros* y querían ver qué pasaba con la continuación de la nonovela azarosa. Uno de los nuevos hizo un guiño a los demás, y comentó en alta voz.

- Podíamos aprovechar la ocasión, ya que J.B. conoce tan bien a Boris, para pedirle que nos aclare el detalle del segundo final que nos intrigó.

J.B. lo oyó y pareció reaccionar: “Sí, cómo no. ¿A qué nota final te refieres?

- A una muy sencilla – tomó la voz cantante una vez más Laurita –, como fuera de contexto, al final de una hoja añadida al cuaderno de hule negro en donde está el relato de Gabriel Lis, y que dice así: “Tal vez ustedes, alguno de ustedes, me juzgue con dureza, tal vez en el futuro sea así, pero tal vez, cuando eso suceda, yo me haya muerto ya”. Nos preguntamos si esas palabras finales, que no recogimos en la versión definitiva por sospechosas, no será el final del propio Boris, más que de la voz que hasta entonces dominó en el relato, que es la de Gabriel Lis. No sé qué te parece a ti, J.B.

- Todo el relato está escrito por Boris, aunque en primera persona – comentó muy amable J.B. –, reflejando lo más fielmente posible la narración oral del chaval panameño; eso está muy claro, e incluso aparece pactado entre ambos en las dos cartas o notas iniciales, que una firma Boris y la otra Gabriel. Esas palabras son, por lo tanto, de Boris mismo, que tal vez aquí fue consciente de que se le había ido la mano al atribuirle al protagonista del relato un pensamiento demasiado existencialista, tal vez ajeno a ese momento suyo psicológico. Pero eso son minucias. Boris y Gabriel habían iniciado su experimento literario tras una lectura, también pactada entre ambos, del *Diario de un náufrago* de Gabriel García Márquez, con lo que la voluntad de estilo parece patente. Lo que les salió es un aviso, un aviso de socorro o de petición de auxilio, veraz, nonovelístico, con engarces verosímiles o ciertos con el mundo real; para mí, más emocionante aún al ver en ese relato pormenorizado –como en el del Ringo en el Oeste o el de Ahmed de la tierra del sol – el deseo ferviente de inmersión en el mundo de las fronteras de aquel joven poeta y profesor de historia en plena búsqueda de salida del laberinto vital e histórico.
- Eso es lo que te interesa a ti, J.B., que eres un sentimental. A nosotros nos interesa el origen de la movida, y ahí está en muchos de sus perfiles: vaivén de gentes y de drogas, puntos de encuentro o intersticios de nomadeo, bares y cárceles como cátedra de las culturas populares y vox-pop, diseños primerizos de normas de intersticios de nomadeo y nomadeo estacional, historias de vida en la frontera, lumpen, supervivencia y moral, interclasmisos de frontera, marcha y movida en fin.

La Laurita había ido enhebrando aquella letanía con la ayuda de sus compañeros amanuenses que le iban pasando fichas, y J.B. sonreía.

- Si tuviera que calificaros como profe, os pondría un sobresaliente. Me alegro que le hayáis tomado gusto a la experiencia nonovelística. Tal vez os falte algo referido a la industria cultural, pero ya vendrá... Enhorabuena, pues, y a mandar. Me tendréis con vosotros un par de semanas más, y luego me abro, como decís. A la conferencia mundial de rectores, a Nueva York.

Se miraron todos. “Tendremos que darnos prisa”.

Luego decidieron que había que retomar los *cuadernos negros* hasta la misma huida de Boris al Magreb, pues ya habían decidido que la voz dominante en aquella serie de avisos era la suya, definitivamente. Aunque se refugiara en el nombre del poeta con el que el libro *La isla*, que tomaba gran importancia en el texto nonovelístico siguiente, se había de publicar al fin, Emilio Sola, que algunos sospechaban que fuera el mismo Carlos Oroza. Aquella invención literaria de J.B., con vagas reminiscencias de autor decimonónico francés.

Todo estaba claro, al fin, para los amanuenses, sobre todo para los nuevos, que al principio andaban medio perdidillos. Retomaron la serie por donde la habían

dejado, el quinto tramo narrativo, que titularon “Otra vez el Mediterráneo”. La movida se va perfilando.

Javea, Alicante, 18.IV.1973

Muchas cosas han pasado en un mes, aunque difíciles de concretar en unas líneas. Estas vacaciones de Semana Santa, después de un largo trimestre, las paso en la costa mediterránea, en un pueblo demasiado tranquilo y de poco ambiente, aunque francamente bonito. El venir aquí fue casual; Manolo y Marisa, dos amigos de Miguel Ángel García Juez, venían acá en coche y Mohamed Ku – que vive en casa desde hace casi un mes conmigo y con José Luis Viloria, director de cine y de TVE – y yo nos apuntamos a venir con ellos. Mohamed Ku es un personaje alucinante también, como otros anteriores que he conocido, del que creo que podré escribir una linda historia. Cristina y Rosa iban a venirse con nosotros, pero al final no resultó. Cristina, exalumna mía de Turismo, tiene muchos problemas personales y en su casa; Rosa no tenía las vacaciones tan largas, ni dinero. En fin, aquí en Javea estamos en la playa a la mañana, paseamos en la barca de Manolo, comemos tarde, nos emborrachamos y dormimos luego. Vida tranquila. El segundo día de estancia aquí coincidí con una alumna mía de la Universidad, Carmen Borrego, que pasa aquí sus vacaciones desde siempre; fue agradable encuentro en un lugar en el que los que veranean o vacacionean forman un clan bastante cerrado, muy burgués, casi impenetrable. Mohamed pudo ligar con ella bastante fácilmente basado en mi amistad y en su gracia personal; yo, como profesor suyo, hubiera tenido más problemas. El personaje Mohamed es todo un prototipo; su filosofía árabe y su obsesión por el gran viaje hacia el futuro mejor, que estoy conociendo en profundidad estos días, pueden hacer nacer una gran historia. “¡Quién supiera escribir!”, que decía un cursi.

La tarde en Javea es deliciosa. Todos han salido, menos Marisa que se está preparando para la ducha. Quisiera ser todopoderoso; creo que la borrachera de esta tarde será perfecta. Vamos a ir, es una pena que Carmen no haya traído una amiga consigo, a escuchar música árabe a un bar cercano.

Javea, 21.IV.1973

Mañana saldremos para Madrid. Se ha pasado la semana con cierta rapidez, a pesar de no ser este el pueblo ideal para vacaciones. Anoche estuvimos hasta muy tarde en casa de un marroquí que vive aquí permanentemente; mucho alcohol, hoy tengo la cabeza turbia y torpe; dos chicas que conocimos en el bar *Posito* vinieron con nosotros, pero no les gustaba demasiado aquel ambiente; parecían dos chicas de club, no muy agradable la conversación con ellas, pero mejor era que nada. Es posible que hoy vengan a dormir a la casa, pero no es seguro.

Estoy leyendo un libro sobre la Comuna de 1871, de un tal Ollivier; es un tema muy interesante. Blanqui es un personaje atrayente, muy para leer sobre él algo más. He comprado otros dos libros sobre el mismo asunto. He comenzado a comprar libros de historia con vistas a las oposiciones para ingresar en el cuerpo de adjuntos que acaban

de convocarse; no las he preparado mucho, pero creo que las haré. Tengo cuenta de libros en la librería Marcial Pons, de mil pesetas mensuales, y esto me anima a comprar libros.

Madrid, 23.IV.1973

Ya tenía ganas de estar en casa unos días; los dos últimos días de Javea fueron ya perfectamente ambientados. La última noche la pasamos en *Hacienda*, un club medio al aire libre, en un alto cerro, con mucha gente y buena música. Lo más deprimente de toda la excursión, además de algunos grupos de gente de Madrid, de la alta burguesía al parecer, fue la forma de divertirse de nuestros compañeros, Manolo y su novia, Luis y su mujer, que llegaron el jueves; comer mucho, gastar dinero inútilmente, poca relación con la gente, fardar continuamente de coche, de barca, de todo; son buena gente pero insoportable. Lo mejor, el show Mohamed, sus reacciones, su forma de tratar a la gente, sus momentos de euforia y sus ensimismamientos – “mi pensar, querer pensar” –.

Ciertos remordimientos por pasarse una semana de vacación total; me lo expresaba gráficamente con un cuento árabe. Un señor que no tenía nada, muy pobre, desnudo, en un camino se encontró con un todopoderoso que le ofreció lo que él quisiera pedir; y aquel hombre que no tenía nada, desnudo, en vez de pedir algo que solucionase su vida, le dijo: “Un anillo”. Mohamed se sentía un poco así, me contaba, pues lo que él necesitaba era un trabajo rápido y bueno, un pasaporte, estar en la brecha puesto que él es el mayor de diez hermanos con toda la responsabilidad que eso lleva consigo; y en vez de la lucha elige una semana de vacaciones simples en un pueblo de la costa sin futuro para sus pretensiones. Pronto se le pasaba, sin embargo, y cada vez que veía un buen automóvil extranjero comentaba su matrícula, el país que esta le evocaba, el viaje futuro a esos países en donde podría encontrar todo lo que su imaginación le dictaba. Y otra vez la alegría.

El jueves salgo para Ibiza con un grupo de alumnos de COU hasta el próximo primer jueves de mayo. Me hace ilusión la idea y, si es posible, que se vinieran en el grupo Carlos Torroba y Mohamed; José Luis Viloria tal vez venga también para hacer un reportaje para televisión sobre un grupo de alumnos en viaje de estudios, aunque de viaje de estudios tenga poco este.

Ibiza, 30.IV.1973

Desde el viernes a la mañana en Ibiza. La isla querida, igual de bonita que entonces, hace ya dos años largos – o cortos, no sé -. El grupo somos treintaicuatro personas, una de ellas mi hermana Elena, otra Mohamed que, aunque casi sin dinero, se animó a venir. Y el casi sin dinero de Mohamed y el poco dinero de mi hermana hizo que a mí también se me terminara el dinero; quinientas pesetas nos quedan, a tres días vistas, y un giro de cuatro mil de la Escuela que debería haber llegado hoy y no fue así; en fin, se presenta una noche de pocas copas.

El grupo de alumnos, de COU en su mayoría y primeros años de Facultad algunos, reaccionaron ante el ambiente de la ciudad de forma muy variada; a algunos les produjo sorpresa y repulsa, a pocos los entusiasmó, pero todos se atiborraron de comprar cosas, sobre todo adornos personales y vestidos, a todos les encantaba estar en *La Tierra* o en *Pachito* escuchando música y contemplando a la gente, muchos de ellos hoy hablaban de volver acá.

Nada más llegar alquilamos bicicletas para cinco días, y en ellas nos recorrimos todos los lugares de playa cercanos a la ciudad; hoy visitamos el museo de arte contemporáneo, un poco flojo por cierto, más interesantes son la serie de galerías de la Ciudad Alta, y el Arqueológico, pequeño y precioso aunque pobemente instalado. Una pequeña isla así, con su pequeña historia, siempre internacional en cuanto a razas y gentes que la poblaron y vivieron, no puede por menos de ser irresistible.

De historias aquí ocurridas durante estos días, pocas; los alumnos son muy niños, en su mayoría chicas y en su mayoría menores, no dan para mucho; ayer mismamente nos reunimos a las doce de la noche a la orilla del mar para cantar y charlar, y nadie cantó casi ni charló de cosas de interés; algunos chistes, y pronto el sueño. Mohamed es el que sigue siendo la verdadera historia de interés; tal vez algún día me anime, creo sin duda que así será, y cuente algunas historias verídicas deliciosas; la de hace dos noches es la más asombrosa de todas. En general, bien; la gente ha disfrutado; hemos sacado algunas fotos.

Madrid, 4.V.1973

Ayer llegamos de Ibiza. Voy a mandar a paseo todos los planes de ir a Inglaterra y otras estupideces similares; creo que este verano lo pasaré entre Marruecos e Ibiza; y no por cosas de drogas ni nada similar. Necesito la paz accidentada de la isla, el alegre dramatismo de sus gentes, el espectáculo permanente e imaginativo de las calles y trajes, olvidarme de estas cultas y desarrolladas ciudades de hoy. Creo que voy a terminar mal a los ojos de la gente. Este debe de ser el cuarto cuaderno y espero, si continúo con estas cosas, comenzar un quinto valiente y directo. Me encontré en *Lola's* a Jaime Noguerol, el gallego amigo de Carlos Oroza, bastante loco él, con un estado permanente de cabreo y exaltación, allí solo, mirando, contemplando a la gente y con palabras de entusiasmo. “Los españoles son espantosos, horrorosos”, decía, al parecer recordando unas palabras que acababa de escuchar de uno de los Rolling Stone. A Mohamed se le quedó la palabra espantosos muy grabada en la cabeza, aunque no comprendía muy bien su significado.

Quiero volver a Ibiza pronto, instalarme allí todo el verano, serenarme, incluso proyecto comprar algunas chucherías en Marruecos para luego vender allí, ser “vagabundo del mundo, enterrado en una isla”, fingir la serena espera de la muerte allí –eso, enterrado –, aunque sólo sean unos meses y luego tenga que volver a Madrid para opositar, cultivar lo más en carne viva que tengo dentro, arriesgar...

Creo que terminaré mal a los ojos de la gente. Me está influyendo mucho el sentido del viaje de los árabes que he conocido aquí. En Ibiza, a un hindú-francés, Michel, que

conocimos, bien relacionado con la gente que usaba droga, le explicaba Mohamed que estaba en Madrid porque esta ciudad está en el camino. La gran diferencia es que, aunque él está en el camino como yo, él aún está ilusionado, movido por la esperanza de un mundo mejor más allá, y yo creo que no existe ese hacia allá sin haber intentado siquiera visitarlo. Al fin, es sólo una visita, corta por otra parte, lo que nos espera. Pero a mi me gustaría convertir la isla en una visita permanente, en una espera feliz sin tiempo. Tal vez la muerte.

Este era el final del cuarto *cuaderno negro*, enriquecido su contenido literario con fotografías de Ibiza, del viaje de los estudiantes, un par de dibujos, uno de ellos de Oroza, dos cartas de un amigo japonés y otra de una editorial, y unas tiras de fotomatón con esta leyenda: “El otro día en el Drugstore de Fuencarral, Mohamed sacó fotos para enviar a su familia; luego sacamos estas otras en broma, que salieron así de bien. Es mi última foto con ese pelo así de largo y las gafas viejas y pegadas por muchos lugares”. Los amanuenses se divertían mucho con las fotos – “¡vaya pintas!” –, y los nuevos eran partidarios de incorporarlas a la nonovela como imagen, pero J.B. – la Laurita lo sabía, y por ello no insistía – siempre repetía que, de momento, no hacía ninguna falta enredarse con las imágenes. Además de ser malísimas de calidad, no había tiempo para ello. Había que ir cerrando.

Aquel “creo que terminaré mal a los ojos de la gente” era una señal, un aviso de alarma total, de esos que desbordan el aviso de socorro o lo desencadenan. Lo repetía por dos veces seguidas, le salía del alma, le abría una puerta o una ventana al abismo; como aquel misterioso “escribir como en profecía”, de raigambre clásica. Pulsión paranoica, el fantasma de la insaciabilidad rondando.

Fue una de las últimas amanuenses del relevo la que resaltó, ante sus compañeros y J.B., la importancia de aquel como mal presagio del joven poeta, el Boris para todos ya, en el inicio de ese verano enloquecido de viaje y droga que le lleva al mayor delirio, hasta el cuestionamiento de su ser erótico más hondo, críptico reducto demonizado para él y que estaba tanteando para penetrar hasta su más última belleza. La joven amanuense nueva, la Murrús, le decían, era una lince, pero era una mística también. Encantadora, maga.

- En el cuaderno quinto, que se inicia en junio de 1973, en Ceuta y en la noche de Sanjuán – dijo la Murrús –, va a comenzar el viaje propiamente dicho, los viajes que tanto intrigaran a Boris, el acá para allá del trapicheo, y lo va contando de la manera más naïf del mundo, sin enterarse de apenas nada, dejándose llevar por el azar en el nuevo laberinto en el que se había metido, el viaje de negocios decía él, el viaje de conocimiento y de contactos. - Murrús era lista como el hambre. J.B. estaba encantado -. Es, además – siguió diciendo la Murrús – el momento, el único momento, en que el poeta en la isla, terminando de poner en orden los versos de su libro así titulado, escribe drogado, en ácido LSD en este caso, y en pleno nomadeo de jipi

trapicheante, otro ser u otro disfraz. Tú tienes que saberlo bien, J.B., tú conociste muy bien a Boris.

- Eso es, preciosa, era un jipi. De los que no se enteraban de nada. O de todo. Un estado provisional, como tú dijiste, en viaje de conocimiento y de contactos. Aunque se le desmandara todo, y de ahí su temor, y luego no pudiera terminar de recomponer los fragmentos, los cachos de su mismo cuerpo. Eran unos promiscuos, centrifugadores natos.
- ¡Qué te voy a decir yo, J.B.! Mi nombre verdadero no es Murrús, es Miel de Azahar, mis padres eran unos jipis.
- Por algo estamos tu y yo aquí ahora, chiquilla.

Y J.B. les anunció que ya tenía que irse. Sí, sí, de inmediato. Primero tenía pendiente hacer una excursión al norte, con unos colegas, para terminar de aclarar algunas cosas, y luego a Nueva York, a la conferencia mundial de rectores, a ver si de una puta vez eran capaces de estructurar un nuevo gobierno mundial y podía comenzar a desarrollarse una nueva racionalidad menos insaciable. Todos lo entendieron; les apenaba que les dejase en ese momento culminante de la nonovela, pero ya sabían ellos salir del paso, la Laurita aún al frente. Miel de Azahar, la Murrús, le habló a J.B., sonriente y melosa: “Creo que va contigo a la excursión Perico Rincón. Es mi novio; es su primer viaje de conocimiento y de contactos”.

Lo importante era, sin embargo, que J.B. los abandonaba ya. Tenían que terminar solos con aquel magma nonovelístico de los avisos, cuando aquello – y los amanuenses se frotaban las manos – comenzaba a animarse. Decidieron que aquel seguía siendo el quinto tramo narrativo; los textos – los avisos – se abrían con una foto del Boris greñoso y bigotudo, con gafas cuadradas fechada el 1 de junio de ese año. El tramo narrativo nuevo podía haberse titulado “Rumbo Sur”. En fin.

Ceuta, 23.VI.1973, Noche de san Juan, 12 horas de noche.

Mucho trabajo, cada vez más, me cuesta escribir. Me considero incapaz de plasmar en estos cuadernos una mínima parte de mi realidad. Acabo de llegar de Tetuán. En dos días completos, mejor dicho incompletos, de estancia en Ceuta, hice dos viajes a Tetuán; el primero, ayer, de siete u ocho horas de duración; el segundo hoy, de dos horas y media de viaje y hora y media de estancia. El resultado inenarrable. Estoy acojonado tras haber sido testigo de un gran espectáculo humano; la juventud más resplandeciente de la tierra – la verdad es que no conozco muchas, pero sí – tal vez una de las más desdichadas y, a la vez, tal vez una de las más felices; o todo lo contrario. Los treinta kilómetros de Marruecos que he recorrido me han parecido toda una tierra hermosa para añorar.

Como broche final de mi viaje, puro viaje de negocios a mi aire, negocios descabellados, el incidente del niño en el autobús. En la estación de autobuses de Tetuán, sin ningún dirham en el bolsillo ya, un cuarto de hora antes de la salida, un grupo de niños alrededor de un americano barbudo, colorado, con gigante mochila y sonriente, entre bromas y procacidades que sólo los niños de esta tierra – ¿y otras que no conozco? – manifiestan con tanta candidez, yo solo apoyado en una de las grandes columnas, con verdadero miedo de entablar conversación con aquellos chavales que podían desde ofrecerte hachís hasta no sé qué más, me fijé en un niño de no más de trece años, cara noble, pantalón grande y mal abrochado, camisa de colores vivos bien planchada, que me miraba con curiosidad y con cierta timidez, que se apoyó a mi lado, en la misma columna pero detrás, donde no podía verle. Y subimos al autobús, no demasiada gente, yo en el segundo asiento de la derecha, que era doble, delante de mí sólo uno simple, el niño entró también, dudó sobre su lugar, pasó dos veces ante el asiento que estaba a mi lado y, finalmente, se sentó en el individual que estaba delante. Billetes, el papelito impreso para llenar para la aduana marroquí, bien pesada, el niño tenía billete para Ceuta, ya en pleno viaje lo deduje por el asombro del cobrador que intercambió con él algunas palabras en árabe con <passaport> inteligible, el niño callado mostrando su billete de dos dirhams y treinta francos. “¿Esto es Sebta?”, llegó a preguntar en una parada intermedia al cobrador, éste cada vez más inquieto. Y en la frontera todos nos apeamos, como es normal, en la zona marroquí, todos hacia las ventanillas, el niño hacia la barrera donde estaban los guardias marroquíes, muy tranquilo y decidido, sin saber nada de ventanillas, pasaporte ni leches, seguro o intentando darse seguridad con aquel billete de dos dirhams y treinta céntimos que decía Tetuán-Ceuta, billete que mostró, únicamente él entre los guardias, el resto de la gente del autobús en las ventanillas, billete que mostró con candidez. Sólo vi al guardia darle dos cachetes, el segundo hábilmente esquivado por el chico, y a éste volver con las manos en los bolsillos, aparentando tranquilidad, el rostro más triste y noble aún... Al pasar a mi lado quise hablarle, intenté en francés, mostrándole mi pasaporte, pero él nada, esquivo me miró, siguió su camino hacia Marruecos de nuevo, quise decirle “pasa por la orilla del mar, por la montaña de la izquierda, corre, corre...” Supongo que en una hora o dos los guardias se toparán con él en algún rincón cercano y lo despacharán para la ciudad sin más en alguno de los autobuses que deben de pasar por allí para Tetuán. El chaval habrá aprendido la primera lección de todas las que necesita antes de iniciar el viaje; sabrá que los niños no eligen país, que dos dirhams y pico no son suficientes, que existen las fronteras y los hombres que las guardan; si todos los niños del mundo tuvieran la sabiduría de los años, tal vez todos se rebelarían, tal vez todos abandonarían su país para buscar el otro, el de la leyenda, hasta la muerte. Pero todo eso son tonterías al lado de esa realidad concreta de un niño que, en estos momentos precisamente, vive el fracaso de su primer intento de fuga hacia lo desconocido, de huida de algo que conoce y no le gusta, hacia un lugar desconocido y que tampoco le gustará, al menos por completo.

En Ceuta, en la frontera, hoy, a las nueve y media aproximadamente, ocho y media hora marroquí, culminó esta pequeña tragedia, tan importante como la guerra del Vietnam, como el espectáculo completo de este gran país, mierda para no sé quién, que es Marruecos.

Ibiza, 6.VII.1973.

De nuevo en la isla. Ayer, en los coletazos finales de un largo viaje de casi siete horas, me afeité el bigote; he recuperado mi rostro tras casi cinco años de estar oculto; me dio miedo verme, pero estoy contento ahora y rejuvenecido. Eso es importante para mí, según he podido observar por mis reacciones. La historia que escriba de Mohamed será la más hermosa de las que yo pueda escribir; tengo que meditar mucho la forma. Otro punto importante es que quiero ser muy sincero, hasta la brutalidad, dejar toda mi posible vergüenza ante mis actos al margen, admitirme y narrarme – “nunca nadie me sabrá ni yo sabré decirme” sigue siendo verdad a pesar de todo – en este cuaderno. Pero aún no es momento de entrar en algunos asuntos con decisión. Estamos viviendo en Ibiza, Mohamed y yo, en la pensión *Mariné*, habitación uno, sobre el bar *Mariano*; una bonita habitación con dos camas y un lavabo. Mohamed es mi mejor y completo amigo, el espectáculo humano – ya empleé esta expresión al referirme a Marruecos – más importante que he conocido. He traído unas trece mil pesetas de cosas para vender que nos da un dinero cada día; he preferido este método sencillo para que él viva de un trabajo suyo; le estoy enseñando, yo creo, muchas cosas, y para el invierno en Madrid creo que intentaré un montaje de comercio para que él pueda vivir como le corresponda.

Lola's está muy bajo de ambiente; han abierto otro club, *Pachá*, que lo está desbancando; el gay power se nota mucho en toda la ciudad; los amigos de la droga siguen muy vigentes también en la isla, en Ibiza, a pesar del aumento de los turistas clásicos, muchas familias completas y habitantes de hoteles. Para poder vender hemos conectado con los dueños de un puesto en los arcos del paso a la Ciudad Alta, y allí colgamos nuestras camisas marroquíes y muchos collares de plástico y de metal; creo, sin embargo, que será necesario bajar a vender al puerto por la noche pues en los arcos se vende poco. Pagamos una pequeña comisión – el diez por ciento aproximadamente de las ventas – a los dueños del puesto. Mohamed y yo nos repartimos el beneficio cada día, y yo guardo como reserva el precio que hemos pagado por el objeto vendido para recuperar mi dinero gastado; creo que el método es bueno.

Trataré en días sucesivos de lo que pueda averiguar sobre el gay power; nada más llegar a Ibiza, la primera tarde, Mohamed sufrió el asedio de todos los chicos de pendiente en la oreja izquierda de la ciudad; yo le advertí que no se dejara poner el pendiente en la oreja nunca, como condición para seguir nuestra amistad; también le dije que nuestra amistad hacía que yo me preocupara de su futuro, de la forma de ganarse su vida y de ayudar a sus hermanos, estoy verdaderamente decidido a ello. Trataré también en lo sucesivo de Isabel, la chica madrileña oficinista con preocupaciones, conocida del barco, simpática pero de conversación muy a la española, a veces insopportable, a veces deliciosa; de las dos chicas, Elena y Loles, que ayer Mohamed me llevó a la casa, Loles de Luarca, estudiante en Salamanca y con cierto aire de putitas. De los dos hermanos ingleses de hace tres años, que conocí cuando Peter Newman, que nos vendieron hachís entonces, uno es hoy un ser asexuado, terriblemente débil, destruido por la droga. O la bella francesa, pequeñita y extraña, habitual de la ciudad... Pero ahora debo irme al puesto para ver si vendemos algo, que falta nos hace hoy.

Ibiza, 6.VII.1973

Fin de viaje. Para poder entrar en mi habitación he tenido que romper la puerta. Mohamed ha muerto. Yo no le he matado porque estaba así desde el inicio de nuestra amistad. No creáis que muerto de cuchillo, de pistola o de cualquier otra arma mortal. Muerto allá dentro, en lo profundo esta noche. Creo que mañana podremos llorar, pero la verdad brilla en contadas ocasiones con nitidez. La lección ha sido escalofriante. Pocas veces uno descubre su interior tan rotundamente, el interior de otra persona con tanta claridad. Pero en el fondo todo lo sabías de antemano. La droga no descubre nada nuevo; saca a relucir lo viejo, lo más recóndito y desconocido aparece en la superficie diabólicamente. Solamente ahora podré comenzar a escribir mi cuaderno con la sinceridad absoluta precisada. BISEXUALIDAD. Esa es la palabra clave e inicial de todo un gran conflicto. Hoy, una noche de julio, ya amanecida, me atrevo a escribirla por primera vez y en primera persona. Las doscientas pesetas pagadas por un viaje de droga o de placer pueden ser salvadoras para mí, para lo que yo siempre deseé poder expresar un día, y hasta hoy permaneció muy oculto. Mohamed parece estar totalmente dormido, pero eso debe estar también dentro del juego que la droga nos hace jugar. Totalmente ajeno a qué pasará mañana. Este viaje ha sido salvador. El juego terminó violentamente más aún de lo deseado incluso. Mohamed ha muerto, y eso no debo olvidarlo ya nunca más. Estoy preparado, al fin, para continuar mi relato sobre los árabes, el VIAJE.

Son algo más de seis horas después de escribir lo anterior, las tres y media de la tarde. Todo se ha serenado mucho, he arreglado la cerradura con no demasiada dificultad, me he dado una ducha, estoy fuera ya de los efectos del ácido. Salí dos veces de la habitación para buscar a Isabel, la chica de vacaciones, secretaria en Sindicatos en Madrid, estudiante de sexto de bachiller; ella era la única que podía echarme una mano en la cósmica soledad en que me había dejado sumido el viaje con Mohamed como compañero; pero no la pude encontrar. Salí también de casa dos o tres veces más para pasearme por las calles; otro viajero, sin duda alemán, muy similar a Peter Newman en todo, estaba sentado al sol en el puente que separa la ciudad alta y la baja; dos veces me topé con él, la primera nos cruzamos miradas, la segunda le saludé con la mano a la cabeza, sentí el pánico que se apoderaba de su rostro, no me acerqué a él, me situé algo más arriba, como a los diez minutos él se alejó lentamente, lejos volvió varias veces la cabeza, terrible desconfianza... “Nadie puede ayudarle con un beso ni una dulce caricia dulcificar su cerco...” Hoy, por las calles de Ibiza, tal vez le encuentre de nuevo, “caminante cansado del camino”. En definitiva, la más dramática experiencia de mi vida. El tiempo, la belleza, la sexualidad, la amistad, la soledad, oscuros complejos, todo se barajó en esas intensas tal vez seis horas, ahora doce, del inicio del viaje. ¿Mohamed ha muerto? Tal vez, pero mi cabeza sigue aún lúcida y poderosa. Escucho “suavemente me matas con tu canción”, voz de negra de Roberta Flack, la gran canción de estos meses. Soy un corruptor de menores; aquí iniciaré mi nuevo cuaderno, así queda iniciado.

Es el hondón de la percepción, en ácido. El perfil oscuro de la paranoia. Postdaliniana. Paranoia crítica postdaliniana sin método, el reino de las

posibilidades y probabilidades interiorizado de manera neurótica, el bucle o el rizo. Sólo faltaba ya la ruptura, la iluminación definitiva. Con el peligro latente de la insaciabilidad, que mostraba algunos perfiles menores – sexo, drogas, poco rockanroll aún, ramalazos más peligrosos caricaturescos de poder – pero ahí presentes. La angustia de más movida al fin, el reino del poderoso, peligroso y envolvente azar, la vida.

Era una pena que J.B. los hubiera debido abandonar en esos momentos de la nonovela, pero aquello seguía, era como un río de avisos, no había hecho más que enfilar su tramo siempre penúltimo hacia la explosión final dispersadora. Eso sí – y la Laurita se lo recordaba con frecuencia a sus compañeros –, con una materialización previa a ese final en un libro y un bar. Para Boris, el inicio de la verdadera movida y, con ello, la salida del laberinto.

Ibiza, 17.VII.1973

Muchas cosas han pasado desde el último viaje descrito. Hay materia para una bella historia de amor, la de Chantal y Arnaud, pareja francesa que estaba en Ibiza hasta septiembre, él drogadicto en estado avanzado, ella esposa amorosa, los dos buenos amigos nuestros y compañeros de estos días; en su dos caballos viejo recorrimos muchos puntos de la isla, intentando vender. Arnaud, Isabel y yo fuimos compañeros del tercer viaje; Mohamed no pudo, pues perdió su trocito al cortarlo. El viaje de Isabel fue alucinante, iniciado bajo el signo del miedo, pero de final feliz; ella ha escrito un texto descriptivo del momento que ha quedado en pasármelo; quiero incluirlo aquí.

En el primer viaje me corté el bigote y me sentí rejuvenecido; el tiempo había sido el protagonista oculto, en presencia de Mohamed, y la lucha entre los dos no se planteó abiertamente hasta el segundo viaje, ya descrito, trágico. El tercero me serenó de nuevo, pero los efectos del ácido parece que duran varios días puesto que Mohamed y yo chocamos cada poco tiempo y por la mínima cosa; “Mohamed ha muerto”, es una realidad. El último gran choque fue motivado por una chica vasca, Pilar, que habíamos conocido en *Lola's* unos días antes; ella y su amiga Menchu venían a Ibiza y les conseguimos trabajo por el del bar *Mariano* en una barra americana; Pilar y yo, Menchu y Mohamed, estuvimos muy cariñosos desde el primer momento; pasaron a Formentera, en espera de comenzar su trabajo, y luego volvió Pilar a Ibiza para esperar a su hermana que llegaba en el barco de madrugada. Y fue esa la noche de la crisis. Fuimos a *Pachá* con Tito y Ángel, dos chicos de Madrid que pasaban aquí quince días – el día 15, Tito, Ángel e Isabel se fueron de Ibiza – y un error, ya fuera de la pensión *Mariné* Mohamed y yo, él en la habitación de otra nueva pensión, la *Rusell*, que le había cedido un amigo árabe que se marchaba a Madrid, un error, decía, hizo que Pilar y yo nos encontráramos sin lugar para pasar la noche; fue así como nos decidimos a ir a la habitación de Mohamed los tres, el moro muy borracho, y allí estalló todo; su machismo le hizo no concebir la situación, quería a toda costa que uno de los dos hiciera el amor con la chica, llegó a querer marcharse para dejarnos solos y, al final, nos fuimos Pilar y yo a la calle, a terminar de pasar la noche donde fuera. Del cabreo, yo me llevé todas las cosas más que tenía en la habitación del moro, a la mañana siguiente, sin dormir, le llevé todas sus cosas a la pensión y yo me fui a dormir a casa de Tito y Ángel. Por la tarde le

vi, me había buscado algo asustado, y medio hicimos las paces. Pero no fue igual ya desde entonces; cierto rencor, cierta incomodidad hacen que “Mohamed ha muerto” sea real. En *Rusell* cogimos una habitación doble y allí estamos ahora. Pero estoy preocupado por ciertas cosas que ha iniciado ahora *-piquer-* que un día contaré. Por otra parte, la reconciliación fue más simple de lo calculado; las cosas sucedidas en borrachera o en momentos poco normales suelen dulcificarse cuando varía la situación.

Ibiza, 18.VII.1973

Estamos con tres chicas vascas, Menchu, Pilar y Trini, en la piscina cercana a Pachá, el nuevo club de moda en Ibiza. Ellas trabajan en una barra americana, el antiguo *Drugstore* que hace tres años era uno de los bares más agradables de la ciudad; Pilar es la chica del jaleo del otro día con Mohamed. Es curioso el éxito de estos bares americanos en Ibiza; hay más de dos, que yo conozca, con un público muy concreto: los ibicencos y españoles que trabajan en la isla, todo el día viendo pasar la gente preciosa que se ve aquí, bien lejos de su vida y de su ambiente, y que a la noche, salidos perdidos, recurren a esas chicas de detrás de la barra. Me dicen ellas que se gastan muchísimo dinero en esos bares. Luz, una de las alumnas, con Carmen Borrego, que me he encontrado aquí en Ibiza – ayer me encontré con Ilia Hondt tras varios años – me contó un caso de un obrero murciano que forzó la cerradura de la boutique *Barbarella*, donde ella trabajó unos días, para follarse un maniquí articulado que, al quitarle las piernas, tenía un agujero muy a propósito para ello. El argumento que dio a la policía fue precisamente ese: todo el día viendo bellas mujeres inasequibles, se enamoró del maniquí.

Ayer, 17 de julio, hubo una redada en el bar *Mariano* y se llevaron los grises como a treinta personas. Muchos amigos o conocidos de estos días andaban muy nerviosos por la calle, pues quién más, quién menos, todos tenían cosas que guardar ante la policía. El caso del verano en Ibiza es idéntico al curso en Madrid; la manifestación de rechazo de una juventud determinada ante algo establecido que la policía está encargada de proteger; tal vez pueda parecer lo de la Universidad más perfecto o más positivo, pero esto es igual de sublime y profundo. A esta isla le quedan no más de dos o tres años de vida hermosa; están empeñados en convertirla en un Torremolinos o un Benidorm más y lo conseguirán; la vulgaridad, el dinero, lo estándar invadirán estas tierras. Pero nuevos símbolos surgirán, el hombre nunca podrá destruir la juventud del hombre. Aquí, la juventud, la madurez, es una de las claves de mi preocupación interior, fuertemente manifestada en el segundo viaje, algo apuntada en el primero; va parejo el tema al de la belleza. Debo encontrar solución; es fundamental la serenidad. Podría sacar de este verano una tercera parte de “La isla” y cerrar el ciclo. Sería desoladora y terrible.

Ibiza, 19.VII.1973

Hoy, de cuentas en la habitación de la pensión, he visto que todo el dinero mío lo he recuperado cuando aún nos queda la mitad o más de la mercancía; las ganancias no

fueron pequeñas, todo a corta escala; pero prácticamente todo lo llevo gastado. Estoy planeando un segundo viaje a Marruecos, esta vez hasta Marraquech, para comprar nuevamente cosas de las que aquí se venden bien a los vendedores: piedras de Mauritania y collares de piedras finas sobre todo. Los collares de piedras finas se compran en Marruecos a un dirham, algo más de diez pesetas, y se venden aquí a ciento cincuenta o doscientas pesetas; las piedras de Mauritania se compran allá por kilos y se venden aquí por unidad. Son cosas sencillas, fáciles de entender, no empresas comerciales de gran vuelo con pagos aplazados y así; por eso no pierden el encanto de las cosas simples. Menchu y Pilar quieren venirse conmigo en este segundo viaje; comprar unas ocho o diez mil pesetas de cosas y volver.

Ibiza, 20.VII.1973

Acabo de hablar con mis padres, en Madrid, en casa estos días, y les ha tocado una escuela en la Puerta de Toledo. Este curso vivirán ya en Madrid, aunque yo quiero seguir viviendo solo. También estuve en el médico, pues esta mañana me alarmó un poquito de sangre en el calzoncillo; una orquitis que tuve en enero me dejó una dureza en el testículo que todavía hoy está; me recetó una cosa que me dice que me irá muy bien. Creo que estas cosas provienen de una irregular vida sexual; no sé exactamente, pero en mi caso podría ser muy bien así. Me dijo que no tomara alcohol, de lo que estos días de vacaciones había abusado, ni aliños fuertes, picantes, etc. Tengo pendientes algunos temas muy importantes, pero noto que, aunque me pongo a escribir con frecuencia, toco otros de distracción, no fundamentales.

Carmen y Luz, mis alumnas, se van hoy de Ibiza para Madrid; se queda aquí Paz, que trabaja en *Mohan* y acaba de despedir a su novio, o lo que sea, muy cariñosa y con la que espero conectar bien estos días. Con Mohamed siguen tirantes las relaciones, aunque creo que inician un camino más real; bebe mucho, su tendencia hacia el mundo del lumpen es fuerte, pero sigue siendo la persona excepcional que yo he comenzado a investigar. Me he propuesto dejarle a él encargado de todas las ventas y, desde hoy, no tocaré nada de la mercancía que nos queda; quiero ver qué pasa, pues cuando él necesita dinero y tiene ocasión de procurárselo, reacciona bien. Si lo hace bien pensaré en serio en la posibilidad de abrir algo en Madrid el próximo curso.

Ibiza, 22.VII.1973

Creo que la segunda semana de agosto estaré en Madrid de nuevo. He hablado con Filis por teléfono y me ha dicho que en septiembre serán las oposiciones para ingresar en el cuerpo de adjuntos; debo estudiar, pues me parecen interesantes; no creo, sin embargo, que pueda hacer nada en esta convocatoria, además de que deseo quedarme en Madrid por el momento. Filis vendrá a Ibiza para el 26, tengo muchas ganas de que venga, y podría dejar la isla con ella.

Problemas de anoche, velada agradable con Ilia hasta la madrugada, creo que harán que Mohamed tenga que cambiar de lugar; bien vivir en San Antonio, bien volver a la

península; todo está aún en suspenso. Ya lo relataré en Madrid con más detenimiento. Antes de anoche tuvimos una agradable reunión en casa de un fotógrafo-periodista de Alcoy, Rafael creo que se llama, en su casa en el campo, preciosa casa payesa. Con Rafael y su mujer estábamos Chino, el dueño de un nuevo bar de la calle Mayor, y dos de las chicas vascas, Menchu y Pilar; con buena música, algo de tabaco y de fumar, allí dormimos luego hasta más de mediodía siguiente. Rafael tiene mi dirección de Madrid para pasarse allá unos días y conectar con amigos míos escritores. Es interesante gente.

Ibiza, 25.VII.1973

Mañana por la mañana llegará Filis a Ibiza. Tengo ganas de verla, más por la nueva actualidad del tema de la impotencia que se me está manifestando últimamente; en Madrid, con Filis, me costaba mucho hacer el amor; me creí que era sólo con ella, pues en otras ocasiones, en el mismo periodo de tiempo, funcionó bien normal; pero aquí en Ibiza me ha sucedido algo similar con Pilar; dos noches que estuve con ella, tras verdaderos esfuerzos, pude hacer el amor, pero sólo una vez y sin deseos de otra. No es que me alarme mucho la cosa, pero me molesta; más que nada al ver perdida mi potencia de no hace muchos años. Temo también que esté relacionado con la orquitis de enero, recientemente manifestada de nuevo, pero no lo creo.

Creo que no me importa nada, a no ser que se me enferme la cabeza; eso sí me da terror, desear y no poder. Pero, en ocasiones, en muchas ocasiones, me he dicho: "tengo ganas de ser mayor y que no se me suba el pito"; medio serio, medio en broma, en muchas ocasiones he discutido con amigos este extremo. Pensaba, al tratar de ello, en la serenidad perfecta. Pero, desgraciadamente, creo que no es el caso. Otro tema más, pendiente para momentos de mayor valentía. Este cuaderno está tomando un giro insospechado, todo debido a un viaje de ácido. Tiene gracia.

Este verano, caso curioso, estoy ya preparado a finales de julio para comenzar el curso, para volver a ser un hombre serio y responsable; yo me creía que esto no iba a suceder hasta octubre por lo menos. Mis relaciones con Mohamed y con otros amigos del mundillo de clubs, ligue, explotación del cuerpo, etc. me han hecho, durante el último mes, realizar pequeños actos descabellados; un sentido de emulación insano me ha llevado a ciertos momentos felices y ciertos momentos amargos; el balance, deseos de serenidad, de volver a lo que es mi verdadero mundo y ciertos planes o, mejor, propósitos para el futuro, cuidarme más de mi persona, de mi atuendo – gastaré bastante dinero en ropa al llegar a Madrid –, incluir el teatro en mis relaciones con los demás, etc., en lo superficial. En lo profundo, guardar aún más mi intimidad, no exponerla tanto como hasta el momento. Estoy esperando el autobús de las Salinas. Mohamed acaba de llegar, faltan tres cuartos de hora, seguiré otro día.

Madrid, 5.VIII.1973

En Madrid, por un telegrama de Filis, casi un mes antes de lo previsto; peligran mis oposiciones para ingresar en el cuerpo de adjuntos, aunque no las he preparado apenas.

Filis estuvo en Ibiza; fueron tres días agradables, aunque estaba su hermana Rocío, adjunta en Farmacia, aburrida y cuarentona, y su novio José No, cincuentón, con un trágico sentido del tiempo pasado en la cabeza; me impresionó No, médico gallego, porque vi en él reflejado mucho de lo que a mí me obsesionó desde el segundo viaje de ácido. Con Filis muy bien, en Formentera, en donde estuve un día completo con ella, en la playa Mijorn, grupos de nudistas, los que duermen bajo los pinos, la casa de ventanas azules, etc., bajo pinos con las lagartijas alrededor perdí el miedo a la impotencia, miedo que tenía desde Madrid; en los pinos de la playa de las Salinas, con peligro de ser vistos por la gente, igual. Me sentí muy feliz. Pilar la vasca conoció a Filis el día de marchar; me da siempre un poco de lástima que una de las chicas con la que estoy conozca a otra, pero nunca puedo evitarlo; me pasó con Cristina y María, con Beatriz y todas, con la mexicana Inés y Elena, con Ruth y Cristina – aquí en Madrid, al llegar, me las encontré viviendo juntas y trabajando en la misma empresa –, hasta el punto de que ellas tienen de mí un concepto particular.

Me llegaron algunas cartas a Ibiza, y de todas ellas la más encantadora es la de Isabel; lástima que no haya podido hablar con ella en Madrid, pues irá a Ibiza sin duda y no me encontrará allí. Tengo ya de candidatas, para vivir en casa, a Isabel, a Paz – que trabaja en el *Mohan*, busca piso en Madrid y salimos algo en Ibiza juntos – que se vendrá en septiembre directamente acá, y a otra chica, conocida de hace más de un año, que nos vemos de vez en cuando, Olga Ramos, estudiante de cuarto de medicina; Olga tal vez se venga, con Torroba, tío Pepito – cura dominico, pero vendrá camuflado - y conmigo, a Ibiza y a Marruecos después del día 15 de este mes.

Pero todo esto, al principio inconsciente, ahora ya con plena conciencia, es sólo la introducción a la declaración más dura que he hecho en mi vida. Nunca he sentido los efectos de estar enamorado; cuando Marita y Maribel, hace años, era algo leve y delicado, poco fuerte; con las chicas con las que he intentado algo posteriormente, igual. Sólo ahora, los deseos de ver a la persona, la inquietud cuando no sé dónde está, cosas que sé por la literatura, las canciones de amor, etc. Y todo, hay que joderse, por un moro de Marraquech de diecinueve años, hijo de un viejo militar marroquí que luchó en Indochina, como un crío chico en muchas de sus reacciones, como un experimentadísimo delincuente en otras ocasiones, que comienza para su edad a beber demasiado, bisexual por educación aunque loco por las mujeres, varonil y nada afeminado en sus maneras, indolente y vago por naturaleza, inclinado naturalmente también hacia lo delictivo como medio rápido de medrar, de asombroso sentido de la supervivencia y habilidad para tratar a las gentes, con un fondo heredado de su padre de hombre de bien que le hace rezar cada mañana o después de cada acto malo “pardon, bon Dieu”, y pensar en que “Alá es grande y todo lo perdona”. Esto, algo que podría llegar a ser vergonzante y oscuramente sucio, quiero convertirlo – “él convirtió en belleza lo más burdo y su amor no tenía por qué ser de la carne” – en algo hermoso. Hasta el momento el marroquí había sido el compañero ideal para mis ligues femeninos, con relativo buen éxito; quiero conseguir que siga siendo así.

Sin embargo, el último día de estancia en Ibiza, y nervioso por el viaje imprevisto e inmediato, algo bebido ya a las seis de la tarde, tuve una violenta discusión y me vine a Madrid enfadado con él después de decirle que era mejor que no volviera a la casa. Pero creo que es transitoria la situación. El cuaderno está entrando en unos terrenos

comprometidos y peligrosos; voy a fabricarme algo cerrado con llave, hermético, para ocultar a lectores imprevistos estas páginas. Desde hoy sería para mí una preocupación la guarda de mi vida aquí plasmada en mala prosa y mala letra. Pero soy historiador y creo dejar algo vivo y hermoso.

“Parece un crío”, se enterneció Miel de Azahar, la Murrús. Era enternecedor, esa captación de la posibilidad de que sus avisos se le fueran de las manos; en el hondón del laberinto, Boris pensaba en candados y cajas fuertes, la doble llave de la ocultación, de nuevo el temor difuso a “terminar mal a los ojos de la gente”.

IX

SEXTO TRAMO NARRATIVO

NUEVA CASA Y NUEVAS TENSIONES Y RUMBOS, SIEMPRE SUR

Ya, definitivamente, no podían contar con J.B. La Murrús – así le gustaba a ella que la llamaran, mejor que Miel de Azahar, que no le gustaba nada como nombre, tan jipi, tan antiguo – acababa de despedirse de su novio Perico Rincón; salía para el norte con J.B., a una fiesta de su tierra que se había hecho internacional e intersticio de nomadeo en ciernes si conseguían estabilizar el desborde centrifugador espléndido que generaba. Los acompañaba, en su coche bien preparado – o tuneado, como decía él – Cortado Bakalaero, y aquello tenía pintas de resultar muy divertido.

En fin, a lo suyo. “En el otoño de 1973 – sintetizó la Laurita – tras el delirio viajero del verano, y en el invierno siguiente, el descenso a tierra en Madrid; es entonces, sin duda, cuando Boris comienza a percibirla como la gran ciudad del interior, o la gran ciudad de la estepa, o del interior estepario; coincidió con su instalación en una nueva casa, más en el corazón de Madrid, por la calle del Pez, frontera del barrio de Maravillas o de Malasaña; era un estimulante factor de renovación de energía y marcha. Nuevas emociones y descubrimientos. Más tramas que se le abrían en el laberinto, más madera, que decía un cómico sabio. No creo que necesitéis ya más aclaraciones. Cada vez está todo más claro, así como los límites del aviso resultante, con sus torpezas expresivas, sus reiteraciones y juicios infantiloides, y tosquedad y, por ello, su verismo o su verosimilitud al menos. ¿Preparados? Pues allá vamos”.

Otro de los nuevos amanuenses, al que le interesaban las imágenes y objetos paraliterarios que se le habían añadido a los *cuadernos negros*, comentó que sólo había algunas fotos de excursiones, algún billete de metro capicúa y algunos recortes de prensa, poco más, sólo estos últimos en relación directa con las entradillas literarias. Pero eran también verdaderos avisos. Uno de los recortes es sobre un crimen en una calle cercana a la nueva casa, la Cava Baja, un turbio asunto protagonizado por un magrebí que parecía querer conjurar fantasmas paranoides relacionados con Mohamed Ku, en esos momentos catalizador químico o acelerador de partículas en la mente de Boris, aún en plena bajada, planeando. Otra de las fotos recuerda la vieja casa de la calle Zabaleta; comenta una de ellas: “Filis y Mohamed en la sala de la casa de Zabaleta a principios de verano, desde la terraza; ese día soleado y agradable pinté de rojo, azul y amarillo un armario en la terraza”. A la Murrús, el casi patético Boris, nadando

como un desesperado ante el desborde, le recordaba cada vez más a su padre y la hacía reír. “Vamos a dejarle hablar a él. Vamos allá”.

Madrid, 31.VIII.1973, plaza Carlos Cambronero, 3-3º

Ayer llegamos a Madrid tío Pepito, Mohamed, Jose, un ladronzuelo y chico de club, viejo conocido de *Stons*, y yo, procedentes de Ibiza. Las cosas fueron simples. Volví a Madrid a primeros de agosto, arreglé mis papeles liados, di cuatro de las diez clases del cursillo de Turismo, me fui a Asturias, vi a mi familia y, para mediados de mes, de vuelta a Madrid, esperé a mi tío el cura Pepito para volver a Ibiza. Yo prefería ir a Marruecos, pero él no tenía pasaporte, yo poco dinero y sin coche; Torroba, que deseaba venirse a Ibiza con nosotros, me terminó de convencer. En estos días en Madrid cambié de casa; dejé la de la calle Zabaleta a unos amigos de Asturias y me vine a una grande, vieja, muy bonita y tranquila, amueblada, con teléfono, etc., donde había vivido Manolo Vidal, y últimamente Mariano Pastor, Moncho Dicenta, Maite, Beatriz Purroy algún tiempo, etc. Una casa, en fin, bien querida por los amigos. Mariano Pastor, al enterarse de que yo la había alquilado, se puso en contacto conmigo para apuntarse de nuevo a vivir aquí; la había dejado porque el crío de Moncho y Maite hacía difícil la vida en la casa.

A Ibiza no pudimos pasar el coche mi tío y yo, pero tuvimos mucha suerte para el alojamiento; en la pensión *Rusell* conseguí yo mi antigua cama, Mohamed seguía en la habitación, y mi tío otra cercana. El rencuentro con Mohamed fue sencillo; no nos dimos saludo afectivo, como en la despedida y reencuentro anterior cuando mi viaje a Marruecos, pero a él le alegró mi visita; me dijo que me había telefoneado a Madrid dos veces, y ya tenía pasaje de vuelta para el lunes 27 de agosto; estaba muy decaído. Arreglamos los pasajes de vuelta, pues había muchos problemas por las fechas, y se quedó mi tío el pasaje de Mohamed para esperarnos en Valencia dos días en casa de unos amigos que deseaba visitar; Mohamed y yo, con Jose el de *Stons*, volvimos el miércoles 29, juntos los cuatro desde Valencia a Madrid.

El tiempo que estuvo mi tío en Ibiza, yo con él a todos los sitios, fue terrible de deprimente, pues él tenía pinta de policía a los ojos de los de la isla; no obstante, le llevé a todos los lugares típicos del día y de la noche, se gastó en total unas mil trescientas pesetas diarias, pero quedó contento. Estuvimos un día y una noche en Formentera, noche increíble en la casa del cura de San Fernando; la locura de la isla la llevaba consigo también el cura, el más borracho del pueblo y que podía ser el protagonista de un divertido y trágico relato.

Nada más marcharse tío Pepito, la penúltima noche en la isla, conocí a Marga Buch en *Pachito*. Solo y tranquilo me fui por Ibiza a tomar unas copas y en *Pachito* estaba la chica, amiga de los que llevaban el bar, charlando y esperando en la barra; nos cruzamos miradas, le dije a la chica que servía que me presentase a su amiga, y pasamos el resto de la noche, hasta más de las tres, paseando por los bares y lugares típicos de Ibiza, en *Pachá*, todo gratis allí por ser ella amiga de todos; muy guapa, pequeñita y

delgada, inteligente, de la pandilla de catalanes que llevan lo mejor de los locales de la isla, hubiera sido la pareja ideal de las vacaciones; pero se fue al día siguiente en el avión particular del dueño de *Pachá* para Barcelona; me dejó su tarjeta, yo mi dirección, y quedamos en visitarnos. No hubo tiempo para más, pero ella conoce bien ya “La isla”, le gusta, se identifica con muchas cosas y, con ese teatro vital que estoy dispuesto a explotar desde ahora, quedó un poquito deslumbrada con mi personalidad y mi forma de ver las cosas y vivir. La última noche de la isla fue de borrachera; Chino y Dany, su socio del bar, querían que me fuera con ellos para terminar en ácido en *Pachá*, pero yo me sentía muy borracho para ello. Cuando llegué a casa ya estaba Mohamed, cosa que suele ocurrir con poca frecuencia, y me quedé totalmente dormido; a la mañana me bebí el último medio gintonic que me había llevado conmigo del último bar. Un poquito de hachís en el barco de vuelta nos mantuvo charlando amigablemente a Mohamed y a mí hasta la hora de dormir.

Ya en Madrid, instalados en la nueva casa, con Mariano Pastor, espero el curso de los acontecimientos con verdadera ansiedad. Para finales de septiembre tengo planeado el viaje a Marruecos para comprar abrigos, mantas, piedras de Mauritania, etc., para vender aquí en invierno. Tío Pepito, Mariano Pastor y Miguel Ángel García Dory, al que me encontré en Ibiza, están de momento animados a venirse cada uno con su automóvil; si sale, sería una bonita y rentable excursión.

Madrid, 1.IX.1973

Hoy sábado estuve ordenando papeles, colgando los cuatro cuadros que tengo y, en general, intentando dar un aire agradable a esta casa. Ayer estuvimos aquí Ángela, la escultora, Mohamed y yo, falló Livy, fumando un poco.

Filis me escribió, a mediados de agosto, diciéndome que está embarazada tras su estancia en Ibiza conmigo; su carta es muy clara aunque a mí me molesta en muchos puntos; fríamente y por ella, tiene toda la razón al no querer tener el niño, pero hay otros arreglos; si no fuera Filis como es, algo caótica para todo lo sexual, estaría encantado, pero me da miedo que pueda haber algo de teatro en el asunto. En fin, esperaré a que regrese a Madrid, ya falta poco, y hablaré con ella muy en serio. A mí un hijo no me disgusta, aunque hay veces que pienso que nunca lo permitiré; tal vez lo que me asusta es la familia, cuya destrucción como núcleo social básico es fundamental para mí últimamente; el tema de la fraternidad unido a mi caos en asuntos sexuales, está muy relacionado con todo esto. Tal vez lo más molesto de la carta es el motivo que Filis da para no tener el crío.

Mis padres llegarán mañana a Madrid, a su nueva casa en la calle Valencia, por la zona de Embajadores; es un piso que les alquilan unos amigos de Asturias, descendientes de Pérez Galdós, que veranean allí. La casa es nueva y está bien.

Madrid, 12.IX.1973

Ayer llegué de Asturias, de la boda de María Jesús y Cima, y al llamar a Mauro me encontré con Filis en su casa; había tenido un aborto, una gambita pequeñita y bien hecha le sacaron, el hijo engendrado en Formentera entre lagartijas verdes y pinos. Ya no había solución; ella estaba un poco afectada también; me dijo que al llegar de Alicante no me había encontrado, yo le hablé incluso de pasar por la vicaría para que el crío naciera legalmente y ella no tuviera problemas, etc., cosas descabelladas, pero todo se vino abajo, una lástima. Para colmo, Mauro tenía a su niña ayer por la mañana, y con ella me fui por ahí mientras él llevaba a Filis a casa y a Ángela, una amiga que había venido para estar con ella, al tren; me llevo muy bien con los niños. Anoche me vine a casa bien borracho por el niño muerto.

Madrid, 18.IX.1973

Ayer tuve una mañana completa de exámenes en la Escuela de Azafatas de Congresos; me sienta bien comenzar el trabajo. Esta última semana ha sido importante para mi cabeza. El miércoles durmió en casa María, el jueves Livy, el viernes estuvo Filis, el sábado Livy, el domingo, desde once de la mañana a siete de la tarde mi último y definitivo viaje de ácido con Isabel y Filis como compañeras de viaje, estuve luego con Filis a solas y, a la noche, cuando me disponía a cerrar mi semana y reservarme, llamó Livy para decirme que Ruth tenía que dormir en mi casa por un problema de llave de su apartamento; el problema del enamoramiento romántico de Ruth me asusta mucho, así que, aunque durmió en mi misma cama, que es anchísima, no la toqué en toda la noche. Creo que fue mejor así. Hoy he quedado en recoger a María a las cinco a la salida de su trabajo y en llamar a Filis, con la que quedaré para mañana. Entró en escena también Nicha, a la que me encontré en el Gijón la otra noche, y con la que quedaré para pasado mañana. Todo esto, sobre todo el viaje de ácido, me ha servido mucho, tanto a mí como a Mohamed. Creo que hemos comenzado a ser auténticos buenos amigos y han quedado en su sitio muchas cosas.

El viaje comenzó con malos augurios; al ir a buscar las dos pastillas me encontré con una sola; tenía planeado que participáramos Filis, Isabel, Mohamed y yo, pero ya no podía ser; fui como loco a la habitación de Mohamed, me dijo que sí la había tomado él el día en que Livy estuvo en casa, y que me había pedido permiso; yo recordé la escena; estábamos en casa con la guitarra y música, Miajo García Dory, un amigo suyo que había llegado de Canadá, Livy y yo escuchando las canciones del amigo de Miajo, Juan José, que cantaba bien, cuando llegó Mohamed, charló un rato con nosotros, me dijo algo de la cosa pero le dije que no, que había poco y ya estaba previsto cuándo lo tomaríamos; él no debió entenderme y cogió uno de los dos ácidos; yo no capté la situación. Pero el domingo mi cabreo fue terrible, de un portazo rompió el cristal de la habitación de Mohamed y le rogué que saliera de la casa en evitación de un mal viaje por mi parte; salió un rato, pero volvió, él también muy enfadado, sin comprender la situación, y se quedó en su habitación durmiendo todo el tiempo. Los incidentes del viaje fueron muchos, salida de Filis a comprar cosas para comer, miedo durante una hora de Isabel y mí, historias increíbles en mi cabeza sobre el suicidio de Filis – había ido también a recoger algo de su hermana a la estación de ferrocarril – que había mentado el suicidio de Allende, sentido de ridículo e inferioridad de Isabel ante ataques duros de Filis, etc. Al fin, todos satisfechos, Isabel un poco triste. Para mí fue muy

importante el final porque clarifiqué todo el asunto Mohamed; vi con nitidez su forma de vida, los últimos sucesos, su abuso del alcohol, situaciones últimas concretas ante las que me había sentido muy molesto, comprendí que muchas de mis reacciones eran producto de suspicacias infundadas y valoré en su medida el problema de Mohamed, sus motivaciones, su forma de actuar. Le pregunté a Filis si creía que yo le hacía bien o mal a mi amigo, y ella me dijo que le hacía mucho mal, que le daba una seguridad en su trabajo y en su vida que le impedía realizar su viaje europeo plenamente, etc. Me acongojó la idea, y resolví que Mohamed debía salir a Europa cuanto antes, en cuanto solucionase sus problemas de papeles. Ayer, sin embargo, Carlos Torroba me tranquilizó al decirme que Mohamed nunca podría realizar nada positivo fuera de este Madrid en el que ha encontrado lo que muy pocos árabes en su mismo caso habían encontrado: amigos que se preocupan por su vida y su trabajo. Ahora está en *La Corralada* de nuevo; si allí puede trabajar, Ramón le habrá hecho el mayor bien en el momento oportuno; yo estoy haciendo gestiones con amigos para procurarle más cosas, sobre todo comprar y vender, su única salida profesional, y clases de inglés y español. Desde el domingo Mohamed es para mi tanto como un hijo, mi mejor y más querido amigo, algo que he de crear bello. Espero que esto sea duradero. Su posición, no me ha contado exactamente su viaje dos días anterior al mío, es también inmejorable; estos últimos días ha dejado de lado el alcohol y sus correrías nocturnas, me ha relatado sus últimos altercados en la calle, me ha mostrado sus últimos trofeos y encuentro en todos sus actos y palabras una claridad, nitidez casi, y sinceridad que antes no había captado. El problema no estaba en él sino en mi cabeza y en mi forma de llevarle. Estoy francamente tranquilo, creo que muy contento.

Madrid, 7.X.1973

Mañana comienza el curso en la Universidad, tengo verdaderas ganas de iniciarla, creo que va a ser el más interesante hasta hoy. De entrada cuento con todas las mañanas libres de la semana para la Universidad, pues en la Escuela me han quitado todo lo de Azafatas, me quedo con las clases de Decoración, Secretariado y Alta Costura; me han hecho un gran favor, aunque me enfadara de entrada el hecho de que las clases de mi escuela más querida en el Centro se las pasen a otro para que las lleve con Turismo. Creo que este año voy a trabajar mucho y, por fin, casi enteramente centrado en la Universidad: seminarios y clases por la mañana.

Anoche fue mi última noche en blanco por Madrid antes del fin de vacaciones; muchas noches así había pasado, tantas que ya la memoria no me las individualiza; tanto temor que tengo a la pérdida de la memoria, la muerte como "vivir de nuevo sin memoria", y estoy sufriendo de ese mal; no recuerdo multitud de cosas que desearía recordar, personas, sucesos, etc. Una de estas últimas noches conocí a Glenda Harris, americana de Georgia, negrita preciosa y simpática, como una niña, que hace el curso de extranjeros en Miguel Ángel, 8; hoy estuve con ella toda la tarde en el *Gijón*, en *Stone's* y por ahí; me siento muy a gusto con ella. La conocimos Mohamed y yo, con otras dos amigas blancas, la otra noche en el *Drugstore* de Fuencarral a las cinco de la madrugada; quedé con el teléfono de Glenda para llamarla otro día y ese día fue hoy. Creo que la haré profesora de inglés de Mohamed y mía, pues sería una profesora muy agradable. Con Mohamed todo muy bien, él se acaba de quedar hoy sin dinero y está

muy preocupado por el trabajo; no entró en *La Corralada* de nuevo; mañana tiene una cita en *La Almunia* para intentar entrar a trabajar allí, que sería el lugar ideal para él. Hemos llegado a un punto perfecto de relaciones, auténticos buenos amigos, compañeros ideales de ligues femeninos en la ciudad, todo lo que debía haber sido desde el principio sin cosas ajenas a la amistad que lo estorbaran. Todo sumado, ahora comienza de verdad la bella historia. Filis ha vuelto del congreso de historia de la farmacia de París, también nos va muy bien. De Ibiza se vino Irene Rey, vivió unos días aquí en casa, y juntos compramos a unos americanos veinte mil pesetas de ropa de Afganistán que ahora intento vender entre los amigos; es muy bonita ropa y creo que tendrá buena y rentable salida. Los proyectos de poner negocio de este tipo fueron abundantes este último mes, aunque ya está en retroceso la cosa. Muchas chicas – Filis, Nicha, María, Livy y otras menos cariñosas – pasaron por casa estos últimos días y me serenaron física y mentalmente; a Mohamed le pasó lo mismo con otras chicas que se topó por ahí, alguna amiga mía también.

Y gran cantidad de historias de interés, todas novelables si yo fuera escritor trabajador y paciente, casi una diaria. Por ejemplo, la niña menor que se encontró Mohamed en la calle y se trajo a casa, en donde vivió tres días, hasta que conseguimos deshacernos de ella convenciéndola para que volviese a Salamanca con sus padres. O el periodista de hoy en el Gijón, director del diario del movimiento de Granada, Molina, hablador y muy erudito, al que metimos en *Stone's*. Muchas historias de noche y borracheras, innumerables historias, y de amigos aquí en casa. En fin, infinidad de historias para el olvido, irrecuperables, cada una irrepetible. Ayer, para despedida, me marché sin pagar del *Drugstore* de Velázquez copas bebidas y una hamburguesa. He decidido enviar “*La isla*” a Adonais.

21.X.1973

La casa de Carlos Cambronero, 3-3º es una preciosa casa con inmejorables vibraciones, sólo dos meses de vida en ella y ya hay historias entre sus paredes. Últimamente vinieron aquí un matrimonio que vive y trabaja en Ibiza, Pilar y Guillermo Miles, con una niña chica; hacen cosas de metal que venden en los arcos de Ibiza, y tienen una masía en el campo a la que me invitaron cuando pase por la isla.

“*La isla*” ya está en el Adonais de este año; Mauro Armiño, que acaba de sacar dos libros en la colección de Doncel que dirige, hará algo por mí con los del jurado, cosa que yo no pienso hacer personalmente. Ayer la casa por la tarde era un espectáculo y una auténtica fiesta; gran cantidad de gente, amigos y amigas muy diversos, gente probándose trapos, charlando y bebiendo, etc. Glenda es ya nuestra profesora de inglés, con su amiga Cristina, que sale con Mohamed, y al parecer para el lunes con otra amiga suya que va a venir también; les gusta mucho venir a la casa, estar por aquí, salir con nosotros y tal, pero hasta el momento todo ha sido en plan muy tranquilo, algún baile cariñoso y nada más; es muy bonito salir con ellos por ahí hasta la madrugada. Ayer, como Filis venía, no pude salir con Glenda, pero sí Cristina con Mohamed; al amanecer llegó Mohamed a la casa con un gatito que se habían encontrado Cristina y él por la calle; creo que tendremos un invitado más en la casa a partir de hoy. Paquito, el alumno de Turismo del Centro que conocí cuando vivía en Santa María de la Cabeza, llegó

también de su pueblo para comenzar el curso; se trajo consigo un tocadiscos, y aquí se instaló de momento; es muy ordenado y nos mantiene la casa limpia, nos hace comidas de vez en cuando, como hoy por ejemplo, y convive muy bien con nosotros.

Llevo todo el tiempo de la guerra árabe-israelí obsesionado con el tema; compro varios periódicos al día, discuto mucho en casa, en la Universidad, en la Escuela, en clase hemos comentado el tema, etc. El planteamiento injusto del estado de Israel, la lucha contra los árabes de esa mafia internacional instalada artificialmente en un bello lugar de la tierra, en un lugar incluso santo para el hombre, es muy sugerente. Creo que el pueblo árabe es un gran pueblo con malos gobernantes, y que está comenzando a salir de un desfavorable periodo de su historia. El poema, que no he conseguido terminar, a Cristina Spengler y lo que estoy escribiendo ahora sobre los árabes que viajan hacia las grandes urbes europeas dejando atrás su tierra, debo terminarlo en estos momentos, muy favorables para ello.

Una de las imágenes que incide en el texto de manera directa está relacionada con una guerra entre Israel y Egipto de ese tiempo; de la prensa, una foto de un soldado israelí preso muy dramática y otra de una mujer de Kantara que parece despedir a un soldado egipcio. Comentada así: “Me hubiera gustado ser el fotógrafo autor de estas dos placas, todo un viejo mundo en ellas. El israelí, con todo lo que lleva detrás, un mundo dispuesto a salir triunfante cueste lo que cueste, con su carga de inteligencia y astucia, odio e intereses, enfrentado a ese otro mundo viejo como el hombre, esa explosión biológica y bella que, al final, será vencida, siempre dominada a no ser que abandone su propia esencia. En esta guerra no habrá ganadores o perdedores, todos serán vencidos por el arrollador empuje de la historia de los grandes. “Pero tengo tan torpe la cabeza”.

La última frase, es un verso de la última parte de “La isla”, que debía escribir en ese tiempo. Dos billetes de metro capicúa de ese momento, recogidos también en los *cuadernos negros*, tienen este comentario: “Desde que están mis padres en Madrid, voy a comer con ellos a casa, en la calle Valencia, les gusta mucho, están tranquilos porque saben a diario de mi; para mí es también cómodo, comida de casa, no hay problemas de dinero o no para comer por mala administración, les pasaré una cantidad cada mes que les vendrá bien”.

Madrid, 18 y 20.XI.1973

El curso en la Universidad está en pleno apogeo. Explico por primera vez en mi vida profesional un programa completo de Historia Universal Moderna; he comenzado con Demografía del periodo, sigo con un pequeño curso de ideas políticas en la Edad Moderna, continuaré con aspectos económicos, creo que les daré un curso sobre mundo colonial y luego algunos temas de interés; ellos, por su cuenta y en grupos, están elaborando una serie de temas también que les completará la visión del periodo histórico. Mauro Armiño me está ayudando en las clases de Decoración; él da dos

semanales de las seis que yo tendría que dar. Las clases de la tarde, sin embargo, martes y jueves, quiero deshacerme de ellas y creo que así lo haré en cuanto económicamente pueda.

El sábado, en el *Drugstore* de madrugada, conocí a una chica que trabaja de actriz en una obra de café-teatro en *Micheletta*; se llama Antolina, es una pura chispa, no demasiado guapa, muy graciosa; en cinco minutos en el *Drugstore* de Velázquez se hizo con toda la gente que estaba sentada a nuestro lado; es divertida para salir por ahí en plan de montar números espectaculares y reírse. La conocí porque se me metió en el taxi cuando le dije que me iba hacia Goya. La vi al día siguiente, el domingo, un rato por la tarde y espero verla más veces. La juerga terminó a las nueve de la mañana.

Sigo normal con Filis, sus visitas periódicas y sus pequeñas manías; ayer se vino a la casa con una amiga suya de Vigo, Puerto de nombre, Blanco de apellido, pariente de Carrero Blanco y de los de Albo, de conservas de Vigo, separada o abandonada del marido, también llena de problemas, muy borracha, más o menos divertida, que conoce muy bien a Rosalía de Castro; tras irse Filis a su casa a las diez – está loca por esas tonterías de niña chica que no sabe evitar – tomamos unos vinos por ahí Puente y yo, con Mohamed y Jose el de *Stons* o el de Ibiza. Terminamos en casa hasta la una o las dos de la madrugada, sólo charlando de poesía y problemas.

Me siento muy insatisfecho, con frecuentes cabreos extemporáneos; me gusta preparar mis clases en casa, tengo menos ilusión, en general, por mi trabajo, aunque me sigue gustando mucho, sobre todo este año que toco materias nuevas. Bebo bastante y sigue la fuerte llamada de la noche.

Madrid, 22.XI.1973

Estoy bastante desequilibrado últimamente; más bien, períodos de tranquilidad y de desequilibrio se suceden; creo que he ido demasiado lejos con mis experimentos y que los cinco ácidos de los tres últimos meses me han dejado algo debilitador y terrible – fabulaciones sobre posibilidades reales con personas concretas que, en la mayoría de las ocasiones, no me interesan, pero que cuando me interesan me angustian – en la cabeza. La presencia de Mohamed me desequilibra más aún; soy excesivamente suspicaz para sus cosas, imagino verdaderas historias fantásticas en torno a sus correrías por la ciudad, me enfado o estoy excesivamente amable con él; en fin, un caos total. Voy a tratar de que deje la casa, no tenerle habitualmente al lado, ahora que es fácil que comience a trabajar de nuevo tras tantos meses. En el terreno afectivo, estoy también desquiciado, sin ninguna fijación; salvo Filis y sus frecuentes visitas, nada hay serio a pesar de que tengo mucho y bueno donde elegir; creo que vivo un peligroso momento, muy importante momento, pero con demasiada carga perniciosa a las espaldas. Si al menos pudiera construir algo bello de esta ruina...

Madrid, 28.XI.1973

María se casa el día 26 del mes próximo, y el sábado pasado salimos a celebrarlo ella, su futuro marido – Boris se llama también –, Cristina, vieja amiga exalumna y hermoso romance de un par de meses, un amigo colombiano y yo. Fue una de esas noches descabelladas, en casa del colombiano tomando aguardiente de caña, fortísimo, e intentando jugar a ese juego medio ridículo cuando no hay interés que es el de la verdad. Bien borrachos, Cristina a su casa, Boris el ferroviario – trabaja en *Renfe* – María y yo en taxi, yo sin ganas de dormir propuse ir al *Drugstore* de Velázquez, Boris el ferroviario que tenía sueño, María que le apetecía seguir, terminamos ella y yo solos hasta las seis de la madrugada charlando y bebiendo, el ferroviario a su casa a dormir cabreado, María no vino a la casa ni yo insistí porque era la primera bronca seria que tenían, espera un hijo, un nuevo niño del ferroviario, su hija Beatriz puede ser mía, de Dámaso Santos o de no sé qué otro, muy cariñosa estuvo María conmigo toda la noche, como siempre, comenté que Boris el ferroviario tenía todo el aspecto de homosexual, me dijo que sí, que se lo había dicho, que tuvo un periodo de tiempo de intenso bisexualismo, más homosexualismo, pero que está muy entusiasmado con la idea del hijo, del matrimonio, de ella, yo le dije que me parecía hermosa la experiencia, que era muy fácil que se quebrara pero que sería un final hermoso también, también le dije que veía su elección coherente con su forma de sentir fruto de su vida, que su complejo, por llamarlo de alguna forma, de “ser no puro” elegía a otro “ser no puro”, con oscuro pasado, como compañero, ella afirmó a todo, que la pureza o perfección le aterraba tanto, creo que comprendí bien la cuestión pues ella me lo confirmó, María también está ilusionada y es lógico, yo también bendigo con todas mis fuerzas algo que puede ser muy bonito. Acabo de hablar con ella por teléfono y me ha dicho que no pasó nada tras lo de la noche del sábado, que fue formativo para los dos, quedamos para organizar una nueva fiesta el sábado que viene. Sentí ganas de llamar a Cristina, la llamé, pero no estaba en casa, es aún hora de oficina.

Madrid, 30.XI.1973

Hoy es mi cumpleaños; parece que nací hace veintiocho años a las cuatro largas de la madrugada. Mi hermano Rob y Elena me fueron a buscar a la Facultad esta mañana; Rob, que terminó este curso Arquitectura, con muy brillante porvenir, está pasando aquí unos días aprovechando no sé qué fiestas navarras. Ayer noche vi *Muerte en Venecia*, de Visconti, y todo ese gran problema del tiempo combinado con la sensibilidad; me molestó que hubiese parrafadas sobre la belleza, la maldición del artista, etc., que estaban implícitas en las imágenes y no necesitaban palabras; el final, aterrador con esa brutal pérdida de la dignidad y del sentido de lo real.

Madrid, Navidad, 25.XII.1973

El capítulo de Adonais está cerrado; yo no sabía si “La isla” había sido finalista siquiera, pero sí. En *Rialp*, el día del fallo del premio, estábamos muchos poetas amigos; Rafael Montesinos y Marisa, Mariano Pastor, Ángel García López, que me acaba de enviar su último libro, Claudio Rodríguez, etc. Yo me fui allí con Nina, una danesa amiga de Mariano y ahora mía también, Mariano y Mohamed. Iba bastante colocado ya

de güisqui que habíamos tomado en casa, y en *Adonais* terminé de colocarme; rompí un vaso estrepitosamente y me llevé una botella de ron y otra de güisqui al coche de Mariano. Benito de Lucas, que andaba por allí, comentó con Mariano que había habido un libro de un tal Boris, que debía ser seudónimo de Oroza, que había interesado mucho; Mariano le dijo que le iba a presentar al tal Boris y así lo hizo; Benito de Lucas y yo nos conocíamos de cara por haber coincidido en muchas ocasiones, y él se quedó algo sorprendido; me confirmó lo que acababa de comentar. Con Ángel García López, entré en conversación también con el director de la colección, Luis Jiménez Martos, al que no conocía personalmente sino de vista, que me dijo lo mismo, que les había interesado “La isla” y habían pensado que fuera de Carlos Oroza, aunque Claudio les había dicho que yo no era ese poeta; en fin, Ángel me dijo que presentara al próximo *Adonais*, pues tenía muchas posibilidades; también podría hablar con ellos para publicar en la colección este año el libro; el accésit de Antonio Domínguez es lógico, pues parece ser que Antonio es buen poeta y crítico inteligente; el de Antonio Quintana es más de compromiso, parece ser por Carlos Bousoño. En fin, al margen de las lecturas dadas de “La isla”, el *Adonais* de este año me ha confirmado bastante a mí mismo que puede llegar mi poesía; el hecho de que se creyeran que era de Carlos Oroza se justifica por un lado por la ambigüedad de la dedicatoria y, por otro, por el desconocimiento real de la poesía del gallego por parte de los del jurado.

En la noche de ese día, con este poeta loco, depresivo, que es Jesús Montoro, terminé en casa totalmente borracho, donde estaban Mohamed y Cristina, rompí el cristal de la puerta de la sala, como es ya casi ritual en momentos de medio exaltación, media crisis, y me peleé una vez más con Mohamed, aunque nunca llegamos a las manos y al día siguiente todo está en calma. Estuve pasando unos días en Madrid Remigio G.G., un abogado de Vigo muy amigo de Filis, y nos hemos hecho buenos amigos. Puede conseguir para Mohamed un trabajo muy bueno en una compañía de pesca hispano-marroquí que se está gestando en Vigo. Fueron noches de clubs y paseos por Madrid, todo pagado por G. Es un buen tipo. Yo me estoy curando una infección en el pito, tal vez cogida con una chica progre que me ligué una noche en el Comercial, tal vez surgida por un proceso más largo mío propio. El caso es que soy alérgico a la penicilina y que el tratamiento se prolonga demasiado, pues no he sido capaz de cortar la infección aún. Estos días está viviendo en la casa Miguel Olea, un malagueño asiduo del *Gijón*; también estuvo un par de días Paquito Berdonces, el alumno de Turismo, que volvía de París.

He escrito algo últimamente, ordenado el poema a Cristina Spengler, algo nuevo tras la tercera parte de “La isla” y, con la muerte de Carrero Blanco, algo he iniciado sobre anarquismo, aunque todavía muy verde y poco reposado. También una carta en francés macarrónico a Mohamed, con el que no quiero hablar para no acalorarme, y que tal vez transcribo más adelante.

La noche de ayer la pasé con mi familia, mis padres y hermanos, y con otros parientes de Oviedo; cantamos hasta la madrugada; como a las seis llegué a casa, todos dormidos ya; en la plaza me encontré a un personaje terrible, no muy viejo ni muy joven, arruinado y sucio, que quiso ser torero y me mostró cicatrices, que hablaba confusamente de su madre en Granada, totalmente embrutecido y borracho, al que le di turrón que traía conmigo y cien pesetas. Todo un símbolo de negra nochebuena. Estoy otra vez obsesionado por el local para abrir un bar-bazar; enfrente de casa hay uno muy

bueno y de nuevo he comenzado a charlar con la gente interesada en ello, Servando Carballar y Carmita Heiman, Gloria Fuertes y Selma, Carlos Muñoz, Manolo L. Gordo, Miguel Ángel García Juez, etc. Todo surgió por la visita de Pilar Gascón, cantante folk amiga de una alumna mía, con la que fui a ver el local. Si todo va bien, no haré mis días de vacaciones fuera de Madrid como tenía proyectado.

18.I.1974

Muchas cosas estas vacaciones, mucho alcohol, muchas resacas, noches en blanco, etc. Hemos comenzado unas lecturas literarias en el bar de debajo de casa, el *Palentino*, con Mariano Pastor y yo como organizadores. Ya hubo dos sesiones, más o menos divertidas, en una leí algo de “La isla”; también Javier Villán; estuvo Antonio Hernández en la primera, y Beatriz Purroy, y Miguel Ángel García Juez, muchos amigos y algunos poetas; en la segunda, Pelusa cantó las canciones que había hecho sobre letras de poemas míos de contaminación; les puso música sudamericana que les va más o menos, pero son agradables. El próximo miércoles será la próxima tertulia.

La noche vieja en Madrid, muy regular; estuve por ahí, después de estar en la casa con algunos amigos, con Humberto Luis, un profesor negro americano de literatura española, hasta la madrugada, y con Mauro Armiño. La concesión del premio nacional de literatura a Ángel García López fue acontecimiento estos días entre los amigos. Con Antonio Domínguez visité a Jiménez Martos para saber qué hacer con “La isla”, y me recomendó que me presentara al próximo *Adonais* – como le sucedió a Antonio el año pasado, este año accésit – pues si quería ponerme a la cola para publicarla podría tardar más tiempo; creo que haré eso, aunque no es muy prometedor el asunto.

María se casó el día 26 de diciembre, bien lo celebramos, y pasaron su nuevo marido y ella la noche de bodas en mi casa y en mi cama. Llevo ya unos días, desde el inicio del curso, más tranquilo; trabajo un poco, bebo menos, estoy más sereno. Pero debo conseguir un mayor equilibrio aún. La casa está llena de gente estos días, y hay bastante animación. Nina y Lisa, las danesas, son las amigas de estos días, sobre todo Nina, aunque Lisa me gusta más; me han traído de Dinamarca unas velas grandes y azules muy bonitas. Otras dos mozas de estos días son Maribel y Ocarina, algo rarillas, pero con muchas posibilidades de cachondeo. Debo, sin embargo, tranquilizarme.

28.I.1974

Hoy, a las cuatro, fiesta en la casa con dos casadas. Los jaleos de todo tipo son abundantes estos días. Una de estas casadas es Pelusa, yo no lo sabía, que tiene dos niños; la otra Ángela, con tres niños y marido viejo; parece que se aburren mucho y quieren distraerse con alguien que, de momento, no sea demasiado obseso sexual. Con Ángela estuve el otro día de compras, unas cosas para sus niños, y sentí una sensación especial cuando ella pagaba las copas y los taxis, e incluso me daba cien pesetas para mi último taxi, ella en su casa ya, para una fiesta de mis alumnas en *La Fontana*, en la calle Orense; quedamos en organizar algo aquí hoy lunes. Con Nina y Lisa ya hubo

problemas. El otro día me enfadé para siempre con Nina; en su casa, ya de madrugada, jugó un poco estúpidamente conmigo; eso no lo puedo soportar, la comedia falsa y antinatural; Mohamed se trajo anoche a la casa a Lisa, quería vengarse de algo con ella, del mismo juego; parece que es lesbiana y su amigo del grupo de *Stone's* de maricas; Mohamed no le perdonó el juego, tuve aquí que poner orden y despachar a Lisa, llorosa y aterrada, para evitar una escena cruel, más cuando Miguel Olea y mi primo César Luis, estudiante de algo de aviación en Torrejón, estaban en la casa sin comprender absolutamente nada. Le expliqué a Mohamed hoy, ya sereno, que es deshonroso violentar a la mujer abusando de su mayor fuerza física; hay cosas que para él son difíciles de comprender. También está aquí hasta mañana Remigio G.G., el abuelo de Vigo amigo de Filis, y con él salimos estos días por ahí; ayer estuvimos Elena Sánchez Ortega, Filis y yo cenando y en el *Gijón, Drugstore* de Velázquez, etc. en plena euforia con Filis le propuse un plan para liberarse de su casa; tiene veintiocho años y está totalmente oprimida por su padre, un gitano viejo zapatero, y su hermana Rocío, cuarentona; pero Filis teme mucho la inseguridad, ya no tanto económica como la sentimental, tiene miedo y mi postura, aunque muy clara, no es lo suficientemente segura; sabe que se expone a dejar su casa, venir a la mía y no haber resuelto nada después de unos meses; yo no me siento lo suficientemente fuerte y decidido a exclusivizarme a ella, conozco su azarosa vida anterior – Ignacio, Mauro y muchos otros – y todas mis limitaciones, como las suyas.

De mi trabajo, todo normal y muchas esperanzas. Se ha convocado una especie de superayudantía, con sesenta mil pesetas más de dotación al año, una por cada cátedra, a la que con mi doctorado puedo optar con ventaja. Parece también que no se convocan ya las oposiciones para ingresar en el cuerpo de adjuntos, por lo que mi firma adquiere más valor: yo no pensaba presentarme a ellas por no tener bien vista toda la materia aún, pero es un buen mérito haberlas podido firmar. En fin, todo esto va marchando, yo trabajo, aunque podía hacer más, bastante bien y con tranquilidad.

24.II.1974

Lo de las casadas va viento en popa, pero tengo ya ganas de frenar con Ángela. Hemos quedado aquí para mañana lunes, la última sesión fuerte; se comporta como una chica de quince años enamorada, es muy insistente, viene a casa en cuanto puede, prolonga las veladas hasta el máximo, y luego se marcha nerviosa por la hora... Me ha contado multitud de cosas; su insatisfacción total por la vida que lleva, su obsesión porque aún es joven, que sólo tiene treinta años, y que está en lo mejor de su vida, cómo resuelve con alcohol las veladas, compromisos y reuniones con amigos de su marido y de su familia, los números que monta en esas reuniones, sus coqueteos con toda la gente del *Gijón*, amigos de Pelusa y suyos, desde Luis Carandell a Paco García Pabón, fotógrafos, gente de teatro, etc. Hace un par de días, que estuvo en casa por la tarde, me contaba que, al acostarse por la noche para dormir, le olía todo tanto a nuestra casa de Carlos Cambronero-3 que no podía dormir; su marido la recriminaba. "Estás nerviosa, venga vueltas y vueltas, eso te pasa por beber tanto". Y Ángela tuvo que levantarse, darse una ducha fría y volver a la cama para poder conciliar el sueño. Pelusa, amiga de Ángela, a quien yo conocía de mucho antes, que ha puesto música a algunos poemas de "La isla", viene mucho también, pues desea a Mariano mucho; Mariano, sin embargo, es frío y

duro con ella, por lo menos hasta el momento eso es lo que ha demostrado. Ayer hablé con Filis; es curioso que no ha venido por casa, y fuera de la casa nos hemos visto no más de media docena de veces, desde antes de Navidad, cuando comenzaron mis problemas de pito – primero la infección, luego la circuncisión que me hice, cortar el frenillo que, aunque no me molestaba, sobraba –. Me dijo ayer que el lunes va a normalizar su vida, eso quiere decir que comenzaremos a vernos de vez en cuando.

Estuve en Barcelona con alumnos de Alta Costura el fin de semana último, visitando fábricas, museos y el salón de la moda. Fue divertida la excursión, hicimos fotos, me traje dos vasos de *Baccará*, una discoteca en la que estuvimos una noche, me compré una chaqueta, una camisa y un anorak, coquetearon conmigo muchas alumnas, entre ellas una encantadora haitiana negra, Albert Roc, y una casada colombiana, Gloria, que iba con su hija en el viaje y me leyó las manos, me hizo test bastante picante de personalidad, comportamiento sexual, etc. Mohamed tenía que recoger, al fin, su pasaporte el sábado, pero le dijeron ese día, yo estaba en Barcelona, que volviera un mes más tarde. Creo que pasó el fin de semana de borrachera, lloraba, según me contaba mi primo César Luis y Mariano, repetía, “yo soy un pajarillo con una sola ala, que no puede volar”; le calmé al llegar. Escribimos una carta al Consulado y otra a la Embajada, las dos iguales, y mañana lunes se pasará por allí para ver qué pasa. Planeábamos que se embarcara en una compañía que tiene oficinas en Bilbao, cosa que parece fácil, pues la empresa hispano-marroquí de Remigio G. no parece prosperar. Tendremos que esperar a que se resuelva todo lo del pasaporte para reanudar las negociaciones con Bilbao. Él está tranquilo, no hace sus correrías nocturnas peligrosas ya; ha sentido mucho la marcha de Cristina, le ha escrito y ha recibido carta, pero dirigida a todos nosotros y muy de broma todo, con lo que le ha vuelto a escribir Mohamed diciéndole que quiere una carta para él solo. Ayer estuve con Antonio Domínguez y me dijo que mandara “La isla” a Puente Cultural; creo que lo voy a hacer.

4.III,1974

Acabo de llegar de la Facultad, hoy tenía clase de quinto de Arte – Historia Universal Moderna -; había un impresionante despliegue de coches, caballos, el helicóptero, montones de grises y un estado general de excitación alta. Pepe Alora también estaba muy agitado, sus alumnos en clase igual; él habló un rato en términos duros, según me contó, y tiene miedo de que – hay un par de alumnos falangistas, buena gente como estudiantes, pero que a principios de curso le ofrecieron una lista de alumnos izquierdistas – llegue a oídos de quien pueda expedientarle; yo no creo que pase nada, pero es muy significativo que pueda tenerse miedo. Que hayan ajusticiado al catalán Puig y al polaco, sobre todo al primero, ha causado gran malestar. Cuando mataron a Carrero escribí algo que nunca retocaré, por vulgar y poco aprovechable, pero quiero meter aquí.

(21.XII.1973: “Gracias, Carrero, por morir violentamente...
Yo debo ser un mal nacido que siente la violencia hermosa
Pero no puede llorar ante la muerte
De un hombre público a quien alguien ha maldecido un día
Gracias por tú saldar la deuda de tantos años de silencio y paz

Se dulcifica el odio antiguo se cicatrizan las heridas
Y las penas de amor pasadas se recuerdan hermosas con el tiempo
Pero hay algunos que nacimos en tu orden concreto sin quererlo
Y anhelamos los mundos imposibles para tu mente fantasmal y antigua
El Cristo de Lepanto no ha venido a charlar con nosotros a esta casa
Y desde el cielo nos bendice como un lejano trueno
Impasible como un patrón con tu rostro ceñudo
Duro como la roca fiel cristiano caballero incorruptible y noble guardián celoso
Mas ajeno al dolor ajeno
Intransigente al dulce despertar de la flor nacida flor tan solo
Torpe y débil mi mente se desploma ante tu fuerte y tan seguro signo
Y nace la violencia la desesperación del débil
Antigua melodía plena muestra de amor imposible camino sonrisa de la muerte
quiebro infinito de posibles hombres de bien abandonados.”

Yo, por mi parte, dentro del total embrutecimiento, o del casi total al que estoy llegando en estos temas – ya no reacciono como antes ante las cosas, bebo demasiado, etc. – siento toda la mañana cierta sensación de desconcierto, abulia, ganas de pasear sin hablar con nadie, me parecía que toda la gente del Departamento hablaba demasiado, me parecía inmoral, contra la justicia toda la gente que me encontraba en automóvil – gran atasco y coches de policía por todas partes – por la calle de la Princesa; y sin embargo todo esto no es nada grave, no es importante, todo seguirá siempre igual por el momento, más me influyen mis pensamientos concretos sobre aspectos de mi vida concretos, de mi comportamiento, de mi gente, círculo infinito, sin fin ni posibilidad de ruptura, sin punto débil o solución final a la vista. Me siento muy cansado. Muy triste.

Madrid, 19.III.1974

El proyecto de Barbazar de hace dos años está a punto de realizarse; hay un local en la plaza de Carlos Cambronero, enfrente de casa, una antigua carpintería que quieren traspasar y alquilar. Comentando con Pelusa, ésta se entusiasmó más aún que yo con la idea, habló a su hermano Javier Bellosillo, arquitecto desde hace un par de años, muy similar a mí en su forma de ser y de pensar, Carlos Muñoz aceptó participar, y mañana envío a Arriondas la solicitud de un crédito de cien mil pesetas que Hipólito, el que lleva la Caja de Ahorros de Asturias, me dijo que tenía concedido para finales de semana. En total, tenemos reunidas unas, en mano, cuatrocientas mil pesetas. Pero necesitamos más. En esto estamos, y en el problema de unas obras que podrían ser costosas; pero el dueño de la casa, el arquitecto García de la Rasilla, está muy bien dispuesto y parece que podremos llegar a algún arreglo. De todas formas, es un asunto complicadísimo de presupuestos y permisos. El grupo está muy ilusionado, ya no soy yo el único entusiasta incondicional como en la anterior ocasión. Ángela me ha dicho que quiere empeñar la sortija de pedida en cincuenta mil pesetas para participar, aunque la voy a desanimar, que no haga esa tontería cuando las cosas de su casa van muy mal. El otro día conocí, en casa de María Dolores Castaño y Chema Ibarra, parientes míos, a un arquitecto que se llama Emilio Chinarro, simpático, de la divina izquierda desde hace años – él tiene unos cuarenta – al parecer uno de los que crearon la librería y sala de exposiciones Antonio Machado, tan de moda por los atentados de los guerrilleros de

Cristo Rey; vino el miércoles a la tertulia del *Palentino* con su amigo poeta Rubén, no recuerdo el apellido; vendrán a la próxima también; me compraron dos camisas de Afganistán. La tertulia fue divertida, terminaron cantando hasta las dos largas de la mañana, Pelusa a la guitarra. Con la música que le puso al poema mío sobre contaminación –segunda parte de “La isla” – queda bien una especie de canción con recitativo que nos hemos inventado a lo tonto el otro día. Ella ha modificado palabras y orden de versos, ha seleccionado también partes, con lo que el poema quedaba totalmente cambiado; yo comencé a recitar el poema completo, ella a tararear o cantar versos que yo había dicho o que iba a decir, y conseguimos un clima muy interesante. Mariano Pastor dice que debemos ensayar, que él se encarga de que, si le gusta a un amigo suyo de una casa de discos, grabemos incluso. Está todo en el aire, pero es interesante.

Ayer noche Mohamed montó un número en casa que podía habernos costado caro. Yo no aparecí por el piso hasta hoy después de comer, y Mariano hasta hoy a las nueve de la mañana. Al llegar Mariano se encontró con sangre en la escalera, la puerta cerrada con el pestillo de mano por dentro, rota la cerradura, sin poder entrar; a esto bajó el vecino de arriba diciendo que a las seis de la mañana dos tipos se peleaban en la casa y escalera, una chica gritaba, habló de policía, de indecencias y mil cosas más. Mariano, al llamar al timbre y no recibir contestación, bajó a por herramientas para abrir por fuera y, al fin, salió Mohamed que, dormido, no había oído nada. Se aclaró todo: Arujo, un poeta amigo de Antonio Hernández, conocido del *Gijón*, siempre borracho, para mí un tipo desagradable, había venido con una chica, que ya había estado antes aquí en dos ocasiones con Antonio, y con Mohamed; Mohamed reconoció a la chica y pretendía estar con ella en la cama después de Arujo, éste parece que le había dicho que sí, y ahí fue el inicio del jaleo. Conociendo a Mohamed, es una historia típica. El problema es el escándalo en la casa, que debemos arreglar Mariano y yo cuanto antes. Hoy le reñimos duro, mañana iremos al Consulado, Mariano y yo, si lo localizamos también Dámaso Santos, para solucionar definitivamente lo de su pasaporte, ya que ahí está una de las claves del estado de ánimo excitado y violento de Mohamed. Él estaba hoy muy compungido al comprender el alcance de lo de anoche, y le echa toda la culpa al alcohol, en lo que lleva bastante razón. Mis dos últimas noches fueron agotadoras y crueles, bastante descabelladas, tengo un cierto gusto amargo dentro. Tal vez un día sienta toda la pesada carga de mis actos de ahora.

X

SÉPTIMO TRAMO NARRATIVO

TERCEMUNDISMO MILITANTE O EL SUEÑO DE BARBAZAR

“Ánimo, que ya queda poco”, jaleaba la Laurita en una de las últimas fiestas antes de la presentación de la nonovela; ya tenían fijada fecha de entrega, para mediados de verano. Nada más entregarla, todos los amanuenses tenían cerrada ya su programación para el próximo viaje de conocimiento y de contactos, que todos se lo prometían emocionante, tan emocionante al menos como este en el que estaban enzarzados. Habló la Laurita:

- Aquí ya parece que el Boris comienza a atisbar la salida del laberinto, a pesar del inicio drogado brutal en ese texto paranoico que tanto te gusta a ti, Totofski – este chico era uno de los nuevos, el que amaba tratar como avisos imágenes y objetos paraliterarios –. Además, parece ya más sensible a lo que está pasando fuera, en la universidad y en la calle, en el resto del mundo, comienza a abrirse y, al mismo tiempo, recupera su autoestima algo languideciente, cierra su libro de versos y vislumbra ya la apertura de un bar; no ese barbazar intemedio que le hacía parecer más que un jipi raro, un beduino trapicheante y liador, sino un bar sin más. Un primer modelo sencillito de intersticio de nomadeo, lo que se precisaba en ese mundo de la frontera y el nomadeo que estaba descubriendo y que le maravillaba. Para él, el verdadero foro – oficina de empleo, centro de recepción e información, contactos eróticos y festivos, cátedra popular, vox-pop y hasta organización burocrática básica – estaba en los bares, aquella movida nueva necesitaba su propio bar, su propia red de bares, lugares de acogida y encuentro y nueva diseminación. La primavera de 1974 fue una pura ebullición, acorde con los tiempos políticos, con esa transición que ya empezaba a sentir y que Boris percibía de manera transversal y rara – el poema tras la muerte de Carrero Blanco en un coche volador, espectacular, es tan maximalista que se desvanece – pero que captaba por pura simbiosis irracional, intuitiva y bastante deformada, paranoico-críticamente postdaliniano todo.

El Totofski intervino, a última hora, para insistir en que era importante incluir el manuscrito a lápiz de siete cuartillas, con letra de loco en ocasiones, que estaba grapado a estas alturas del *cuaderno negro*, con un proyecto de relato que luego desbarra en un texto automático enloquecido e inquietante. Lo leyó en esa reunión, fiesta mejor, según su transcripción sin duda perfectible. Estaba fechado

en Tánger, en uno de esos viajes ajipiados que tanto iban a impresionar al Boris, y que le iban a llevar a formular aquello tan gracioso de tercero mundismo militante, algo después.

- Si os fijáis en el texto – explicó Totofski antes de leerlo – percibís angustia y complejo de culpa, relámpagos de erotismo negro, con ese “amen”, que no el “amén” de las plegarias u oraciones religiosas, como si pensara en una gran inversión de los sentidos, en la que estaba inmerso en ese momento. Este es el texto: “Tánger, 14-IV-74. Ha pasado, bastante rápidamente, una semana nueva en Marruecos. Estoy bastante enfadado conmigo mismo. Aquí comienza la Historia. El viaje. 1º Historia de Paquito. 2º Pepe. 3º Historia de un comercio. 4º Bon voyage! 5º Ladrón de confianza. 6º Final violento. Las más duras palabras podré ¡quién sabe! Impunemente sin vergüenza alguna las más duras acciones ¡que sí! Fríamente sin reparos. Por ejemplo hay un animal que inicia su vida lo tienes a tu lado a cada instante y nunca lo reconocerás mentira, sí es cierto empieza a cuatro patas pronto puta sigue si te he robado tu dinero debes callar, aguanta, no pases más allá de la pared opuesta de la habitación a la puerta por la que entras, termina, digo yo, no sé, en el hoyo mujer e hijos puede ser lo dudo o no lo dudo, amen. Y sigo las más duras palabras, los más duros golpes para mañana, mejor, o dormir pues son las tres de madrugada partir. Dormir es sano ejercicio para idiotas pero bueno para calmar oscuros pensamientos. No quiero bueno para calmar, creo bueno pero quiero conservar privadas promesas. Deseo malos pensamientos no se ajusten exactamente a realidad temo sí quiero conservar privados propósitos, y más escritos sustanciosos al fin y al cabo pienso lo único digno que podrá salvar a alguien o no sé tal vez mejor. En Tánger también el sol sale de mañana. Tánger es una tumba cargada de amnesia cargada de memoria. Morir un día no cuesta dos centavos ni francos viejos de más de ochenta años. Es lástima terrible que los pensamientos de los pajaritos vuelen tan rápidamente al reino de los camellos, lágrimas de pajaritos sobre las jibas de los camellos o qué sé yo, mírame vos, perdón, adiós. Amen”. Junto al texto, una fotografía nocturna de grupo de aspecto entre patibulario y jipi fino, “el Colombiano, Mohamed, Paquito y yo”. Todos con unas pintas memorables. Pero hemos quedado en que eso no entraba en el lote de la nonovela.

Decidieron todos, de nuevo, dejar hablar al Boris con sus avisos de socorro.

Madrid, 1.IV.1974

Ayer por la mañana llegué de Tánger, tras una semana de estancia allí, toda la Semana Santa. A Mohamed le habían dado, al fin, el pasaporte, a fines de marzo. Mariano Pastor, Dámaso Santos Amestoy y yo fuimos con él al Consulado, el cónsul asustado por aquella visita masiva y agresiva en cierta medida, “no hay problema, mañana tiene su pasaporte”, y todo hecho. Más contento que unas castañuelas el marroquí, pero con cierta tristeza de ver a sus compatriotas domeñados por una administración caprichosa, tiránica y muy interesada, me gustó su reacción.

Madrid, 19.IV.1974

Fuimos a Tánger, fundamentalmente, a comprar cosas que luego vender en Madrid; para mí, también de vacaciones. Habíamos planeado ir, al principio, en coche con Javier Bellosillo, arquitecto recién salido de la Escuela, hermano de Pelusa y uno de los socios, con Carlos Muñoz, de nuestro deseado Barbazar; falló al final el arquitecto a causa de un proyecto para la Diputación de Huesca, creo, que querían preparar para un concurso. Nos fuimos Mohamed y yo en tren el mismo lunes por la noche, Paquito dijo que se llegaría en autostop hasta Algeciras para pasar con nosotros unos días, y al grupo se unió, ya en Tánger, Alfonso el Colombiano, que estuvo sonado los tres días que pasó en Marruecos. En Tánger nos instalamos en un hotel – *Fuentes*, creo – en pleno *Zoco Chico*, en dos habitaciones dobles muy baratas – cinco dirhams por noche –, limpias y de confortables camas; el Colombiano se fue el viernes, Paco el sábado, y Mohamed y yo el lunes regresamos. El plan de cada día fue simple; levantarnos tarde, pues el tiempo lluvioso no nos permitió disfrutar de paseo o playa, comprar o cambiar cosas, tomar té y fumar con los viejos de las tasquitas de té – que se llama kahawí –, a veces oír algo de música en algún bar o discoteca de la ciudad nueva, dormir después. Toda la ciudad era un espectáculo a veces increíble, siempre excitante; chicos y grandes que te abordaban por la calle, tan insistentemente a veces que era obsesivo, para ofrecerte sus servicios como guía, buscarte de fumar, cambio de dinero, sexo, lo que desearas. “Eh, amigo, tú quéquieres”, y ahí comenzaba todo, llegando incluso, en algunos casos, a ofrecerte su cuerpo. Con Mohamed al frente, todo fue sencillo desde el principio; tenía allí algunos amigos de su estancia anterior, hacía ya dos años, y conocí bien directamente el punto de partida del viaje; las tertulias con té en donde las cabezas jóvenes se calentaban con relatos de viajes vividos y oídos.

21.IV.1974

Hoy salgo para Palma de Mallorca con un grupo de alumnas de Secretariado de la Escuela; el viaje de estudios o de lo que sea, es de domingo a domingo. No me apetece mucho ir, pues estoy bien ahora aquí, pero tampoco me irá mal una semana de sol y de playa, aunque sea en la ciudad más horrible turística de España.

Ayer estuve por la tarde con Elena Murilla, exalumna, de Iberia, guapa, simpática y a la que quiero bien. De vez en cuando pienso en buscar pareja para siempre, en principio, y Elena es la mujer más deseada para esto. También ayer se falló el premio *Puente Cultural*, que se llevó Antonio Dominguez Rey; a mediodía hablé con Ángel García López, que está en el jurado, vecino y muy amigo de Antonio, buen amigo mío; me dijo que “La isla” no había participado; un error en la selección, o mejor una falta de atención por su parte, había hecho que no pasara a los finalistas; no obstante, él había leído el libro, me lo dijo hace tiempo ya, y le había causado impresión fuerte y no positiva a la hora de premio, la parte final con sus palabras gruesas. Tengo que hablar con ellos despacio para ver qué puedo hacer con ese libro querido y pesado. El tiempo

es cada vez más favorable para seguir optando a premios, pero no pienso renunciar a ninguna de las palabras escritas. No hay prisa, y esa es una buena lección aprendida.

Las cosas que trajimos de Marruecos se están vendiendo bien, Mohamed se lo ha tomado en serio y sale con las cosas por las boutiques, hoy está en el Rastro, etc. Al fin ha aprendido cómo hacer, pero tengo que experimentarle bien; el más pequeño engaño o error me molestará mucho y así se lo haré ver. Yo he gastado unas catorce mil pesetas, y hasta el momento hemos vendido más de once mil, menos de la mitad de lo que trajimos. Como todo vaya rápido, Mohamed volverá a Marruecos para comprar más y luego a Ibiza para vender. Pero pienso que nada más vayan bien las cosas se independizará totalmente, lo cual me alegra mucho a la vez que me apena un poco. Por mi parte, tengo ya el dinero del crédito para el Barbazar, las cien mil de la Caja de Ahorros de Asturias; ahora lo que falta es un buen local. De Marruecos quiero relatar, en cuanto pueda y como sepa, las aventuras de Paquito allí, el personaje Pepe y el compra-vendedor de todo en la plaza de Zocochico, así como impresiones generales mías.

1.mayo.1974

El domingo llegué de Palma con mis alumnas. Todo salió bien, un viaje de paso de ecuador tranquilo, sólo playa y bailar a la noche las alumnas, yo leer en el hotel o pasear y bailar en la noche. El libro de Jean Lacouture, "Los semidioses", en el que estudia la personificación del poder en Náser, Sihanúk, Burguiba y Khruma, lo leí y subrayé en esa semana. Cada vez me apasiona más todo lo referente al tercer mundo; más aún que China o Lejano Oriente tan sólo, todo el mundo colonial y las naciones actuales. He comprado últimamente bastantes libros sobre África, mundo árabe y negro, y sigo con Asia como antes.

En Palma, una tarde tranquila en el hotel, escribí las líneas que a continuación siguen:

“Gamel, Gamel, no nos abandones... te necesitamos”
“Abúl Khaled, estás vivo”
“El cuerpo de nuestro padre Gamel es nuestro,
pertenece al pueblo del Nilo, al Egipto de los pobres”.
El pueblo, ese pueblo tan hermoso
Que podría matar morir vivir
Realizar sacrificios tan heroicos
Que nadie podría narrar
Ese pueblo cualquiera pueblo mío
A veces se extasía
Irrumpe en la historia con fuerza
Se priva incluso de la dignidad
Y brama, llora, rasga sus vestidos
Épicamente manifiesta vida
Y entonces tiembla de emoción y quiero
Matar morir vivir con él
Realizar sacrificios tan heroicos

Que nadie podría narrar
Irrumpir en la historia con fuerza
Privarme incluso de la dignidad
Por algo noble
Bramar, llorar
Rasgar mis pobres vestiduras
Manifestarme vivo
Llegar a la catarsis por algo noble y bello.
“...Hubo un tiempo...
Cabeza corazón instinto sexo
Quiero encontrar culpables
Estoy aquí como las algas
Como corriente submarina
Hoja en el árbol diminuto grano
Luz en la noche entre mil luces condenado a muerte.”

Sobre las palabras iniciales, del pueblo egipcio a la muerte de Náser, cuando en plena exaltación de dolor toman el féretro y este es conducido en volandas por la multitud, uno de esos momentos impresionantes de sentimiento colectivo que sólo al leer su descripción eriza el vello, tracé los versos. “Condenado a muerte” está últimamente muy presente en lo mío. Es el calificativo más fuerte que soy capaz de darme. Mi mundo personal conflictivo, la situación exterior conflictiva, se confunden y van a la par. Estrictamente personal es otro pequeño fragmento que escribí en Palma, la ciudad más horrorosa de turismo que conozco; algunas noches las pasé francamente mal, únicamente por mis instintos; llevaba conmigo al grupo de chicas – siete de ellas en concreto – más guapas, jóvenes, alegres y simpáticas que sin duda se paseaban aquellos días por la ciudad. Compañía que podía haber sido gratísima, y lo fue de hecho, yo estaba en ocasiones totalmente insatisfecho, sentimiento fuerte de caducidad, de perversión, de hombre en la sombra...

“Una noche mi amor para quererte
una noche mi amor para olvidar
...y la sangre discurre en sombra
por tus venas
y la sangre descubre sombras
y la sangre propaga sombras
y el amor nace en sombra
sólo sombras oscuras le acompañan
sólo las sombras te conocen
Pánico de la luz amor ya siento.”

En estos momentos siento: nunca cruzaré los Pirineos, no me interesa absolutamente NADA Europa, América del Norte y, en general, nuestro culto y desarrollado mundo occidental; Japón me aterra, en Nueva York me moriría de pena. Aún estoy a tiempo de marchar hacia el Sur, siempre hacia el sur y el Este. Me gustaría ser ingeniero agrónomo o geofísico o hidrogeólogo, como Mariano Pastor, o un técnico útil en la lucha contra la pobreza... O estoy bien como estoy, profesor de Historia, hombre-conflicto – “quiero encontrar culpables” – en busca de algo noble y bello, de salvación.

Me acaba de decir Mariano Pastor, al que le presenté el poemilla primero – “el pueblo...” – que si no me doy cuenta de que “La isla” ha terminado ya. Yo lo sé, el ciclo de “La isla” está cerrado, por eso debo sacarla cuanto antes a la luz. Se abre el ciclo del “Condenado a muerte” con aquellos poemas de Beatriz de la noche, Cristina Spengler, la serie en la que se repite la idea de la reencarnación - ¿un primer momento de esperanza en algo tan poco probable? -. La serie de lamentaciones sobre este cuerpo, que recojo en la tercera parte de “La isla”, y la exaltación de los nuevos bárbaros invasores, por llamarles de algún modo, de las nuevas fuerzas vivas, de los pueblos del tercer mundo. Algo confuso todo sí que está, aún, pero es algo nuevo.

4.V.1974

PORTUGAL está viviendo en estos momentos, todo el pueblo portugués, excepcionales acontecimientos, estelares; los claveles rojos, “el pueblo unido jamás será vencido”, la alegría de todos en la calle, la caída de cincuenta años de grisura, esa emoción colectiva que electriza a protagonistas y visitantes... Todos los periodistas que han vivido los acontecimientos en torno al uno de mayo coinciden en afirmar el espectáculo impresionante que es Lisboa en estos momentos. Varios amigos de la Escuela, todos los que forman el equipo de COU, han ido a Lisboa el uno de mayo; a mí me hubiera encantado, pero soy tarde para las reacciones.

Cada vez me noto más marginado, más encerrado en mis cosas; no frequento los amigos poetas, tampoco intento abrirmee a mis conocidos izquierdistas, que trabajan mucho y bien, dispuestos a recibirmee encantados; fuerte inercia me ata a lo que surge cada día aquí, en casa, en el barrio, entre los más cercanos. Incluso el proyecto de Barbazar, que tanto me había ilusionado y para el que ya tengo ciento veinte mil pesetas, está parado. Tal vez sea que la primavera se retrasa – mayo se presenta con tiempo desapacible – o que siga con análisis para la cosa mía de pito, o qué sé yo. El hecho es que no consigo centrarme. Para este verano me gustaría encerrarme en Marraquech un par de meses o así, en una casa mía alquilada. Estar allí, trabajar, escribir, conocer bien el ambiente de esa ciudad que debe ser apasionante.

Madrid, 15.V.1974

Ayer di mi última clase en la Facultad, sobre mundo colonial en la edad moderna; hasta mediados de octubre no habrá clase de nuevo, con lo que las vacaciones de un profesor son de cinco meses seguidos; algo que es tremendo. Hay unos exámenes, unas calificaciones, firmar unas actas, pero eso es poco. No es malo si la investigación científica ocupara todo ese tiempo, pero yo tengo mi tesis doctoral en Sevilla desde hace dos años y no sé siquiera si tienen interés en publicarla. Tal vez sea este periodo largo de tiempo libre para mis cosas la única ventaja material del profesor – a mi nivel de contratado – ya que económicamente no hay ninguna.

La descolonización de Angola y Mozambique entra en un momento apasionante. El “no queremos” que gritaban hace pocos días los colonos portugueses de Guinez, creo, es

una protesta estéril de niño mimado y maleducado, un pataleo sin sentido histórico; será grave la situación si ese millón y medio de nuevos “pies negros” no entran en razones. Lo hermoso de África va por otro lado.

Estoy leyendo ahora cosas de Frantz Fanon y de L. Sedar Shengor, este último más moderado, el primero con una fuerza irrefrenable. Estoy comprando muchos libros de África últimamente. A veces pienso que me gustaría, en dos años o poco más, encerrarme en alguno de esos países nuevos a trabajar por el futuro de esos grupos humanos. Pero, ¿cómo?

Mohamed se fue a Marruecos hace una semana, en fin, para ver a sus padres y prepararse los papeles con vistas a emigrar a Canadá. Al fin está encontrando, yo le he ayudado lo mejor que sé, su camino. Las cosas que trajimos del viaje a Rabat – entre él y yo habíamos gastado unas diecisésis mil pesetas, más de la mitad en viajes y vacaciones – las vendió bien, casi todo, y de ahí salieron unas seis mil pesetas para cada uno y unas doce mil comunes para comprar cosas nuevas. Tiene un tío comerciante en Marraquech que puede ayudarle mucho en este comercio. Creo que para finales de agosto podrá reunir, muy bien, las cincuenta mil pesetas que le hacen falta para entrar en Canadá. Yo, por mi parte, habré recuperado el doble de mi dinero empleado, mis vacaciones de este verano. Estoy contento con todo esto.

Ayer estuve con Ángel García López, me compró ochocientas pesetas de chucherías de Marruecos para su mujer; hablamos también de mi poesía, creo que debo sacar para octubre una edición de “La isla”, aun pagando la tirada – dinero que recupero con la venta de doscientos ejemplares entre alumnos y amigos –, y presentar a *Adonais*. Este ha sido el año de Pedrós y Antonio Domínguez Rey, Ángel piensa que el año mío está al caer. Ve que yo no soy interesado, lo cual hará que vaya todo más lento, y algo indolente o perezoso para gestiones de este tipo. Pero creo que él, como todos los que me conocen, creen en mí y en mi poesía.

Madrid, 17.V.1974

Esta mañana estuve ordenando todo lo escrito últimamente; uno de esos períodos de tiempo – un par de horas largas – estelares. Al ir a comer a casa de mis padres me salió un capicúa y, aunque siempre me alegran mucho, hoy me impresionó. Estaba divagando mentalmente sobre la poesía, su sentido, mi vida, la de los demás, el mundo y los hombres, etc. y me saltó el capicúa; de vuelta, hace unos minutos, no me salió por dos números y ayer, en el último metro que tomé, por cuatro. Es una tontería, pero son pequeños detalles irracionales que te prenden.

En los versos que hoy ordené aparecen claves nuevas. Sólo tuve que recoger cronológicamente lo escrito desde diciembre y, casi sin retoques, barajarlo en el mismo poema. Yo voy comprendiendo mi mundo cuando releo y ordeno lo que me va surgiendo con el tiempo; y primavera, hoy es el primer día perfecto de primavera, es tiempo adecuado.

Creo que el verdadero poeta se crea a si mismo con fuerza a base de golpes de su instinto poético, intuitivo y cílico; hoy me parecen Byron y Espronceda, Mayakovski o F. Villon – no sé – por citar algunos claros ejemplos que ahora me vienen a la cabeza, poetas que marcan el tipo, por donde va todo. La creación de tu propia vida es lo fundamental; de ahí nacerá, en el momento adecuado, tu escritura, y esta, a su vez, marcará el camino a seguir; una perfecta adecuación de estos dos extremos, lleva bien hacia algún lugar, los grandes líderes de masas que consiguen algo – Mao sería el más alto prototipo – son los máximos creadores. ¿Cuándo podré expresarme con nitidez? Sueño que algún día. Por otro lado, tampoco me esfuerzo demasiado.

Con la llegada de la primavera se reactivaba la necesidad de acción de nuevo, el vaivén, la movida, y apareció un local que podía reunir mínimas condiciones para jugar con él. Boris se mostraba más relajado y organizador, con tufo de pequeño comerciante que se enteraba de poco, puro trapicheo. “Era lo que sabían. Eran todos unos dilettantes, no estudiaban bien lo que querían si es que lo sabían, os lo digo yo – terciaba, muerta de risa, la Murrús –. Eran muy poco profesionales, sólo les interesaba el juego, eran todos iguales, unos críos, unos liantes”. La Murrús, después del primer deslumbramiento, parecía haber perdido mucho interés por la historia que estaba surgiendo de los *cuadernos negros*, la nonovela; hablaba cada día un rato con su novio Perico Rincón y le divertían las cosas que le contaba; ni el Rincón ni el Bakala habían estado nunca antes en el norte, siempre se habían movido por la ciudad del interior estepario y sus alrededores, y les había entusiasmado el tanto verde y, sobre todo, las vacas. Y la gente, muy golfa. Ya le contaría a la vuelta. Como los textos de los *cuadernos negros* eran sencillitos, se ocupaba la chica, sobre todo, en terminar de preparar y programar su próximo viaje de conocimiento y de contactos, en el que intentaba – lo había convencido por teléfono a última hora – que la pudiera acompañar su novio Perico. Totovski les comentó que sólo había, en ese tramo narrativo en el que estaban, algunas fotografías de excursiones y un retrato de Boris hecho por Javier Bellosillo en un papel. “En fin, vamos allá, colegas”, los animó la Laurita.

13.VI.1974

Los exámenes y el cansancio de fin de curso, el calor, sigo con las inyecciones, cuatro últimas me recetó ayer Borcones, el médico del seguro amigo mío, un nuevo local *La Vaquería*, junto al café *Gijón*, cosas nuevas de Marruecos que trajo Mohamed a primeros de junio y ya están prácticamente vendidas, proyectos de viaje a Marraquech, de obras en la Vaquería en agosto, el nuevo horario del curso que viene, seis horas semanales, lunes, miércoles y viernes por la tarde, todas las mañanas de la semana libres para dormir y trabajar en mis cosas, menos clases aún en el Centro que este año, pero siempre alguna simbólica para conservar aquella entrañable y hermosa clientela de no se sabe qué posible mercancía - ¿trapos?, ¿poesía? –, y así.

El otro día estuve en el *Gijón* en la cena de homenaje a Ángel García López, con horroroso discurso del López Anglada y bonito de Gerardo Diego. Yo estuve en la misma mesa de Gradolí y Antonio Domínguez, con otro señor, director del colegio donde trabajan Ángel y Domínguez Rey. Fue agradable cena, Gradolí muy cariñoso, nos vemos de vez en cuando pero nos llevamos muy bien. Al final, después de hablar de mil cosas, serias y graciosas, bajaron Mercia, la neocelandesa, y Pelusa a tomar el café con nosotros. Yo había ido al *Gijón* vestido de blanco, con un amigo negro nigeriano, Jimy Taiwo, buen chico, me dejó su dirección de allí para que me pasara un día por su casa, no sería raro que sucediera, y después de la cena nos pasamos las dos neocelandesas O'Brian, el nigeriano Taiwo, Pelusa, el adjunto de De la Cierva, que es amigo de Pelusa, y yo, por el *pub de Santa Bárbara* para seguir con las copas, dejando a los poetas en sus conversaciones postcena. Ayer le comentaba a Ángel García López, que quiere ayudarme a sacar pronto "La isla", que estaba más ilusionado con abrir *La Vaquería* que en sacar el primer libro; es un poco así, en realidad.

El martes último tuve también otra comida, esta vez con los profesores de la Universidad, la gente del Departamento de Moderna y Contemporánea. No fue demasiado divertida; algo pesada, demasiada charla, yo tenía a Jover al lado y noto que aún me cohíbo demasiado en este tipo de reuniones. Lo más agradable de la reunión fue una charla sobre *La prima Angélica* de Saura, película que había visto dos días antes, deliciosa, y que también había visto mucha gente, entre ellos Jover; comentó algunos momentos acertados y algunos detalles, como el de la música de *Rocío...*, canción de moda en aquel verano de la guerra, cargada de sugerencias.

Llevo varios días de noches desenfrenadas por Madrid, beber mucho y acostarme tarde, tras varios días, en la segunda mitad de mayo, de gran tranquilidad, normalmente en la terraza del *Comercial* con un libro y alguna revista – *Triunfo* lo compro todas las semanas desde lo de Portugal -. Otra vez estoy bien con Carlos Torroba, otra vez con amigos de siempre de la noche de Madrid.

En poesía, estoy girando en torno a una posible serie – "condenado a muerte", "esclavos cimarrones" – previa a lo que deseo: el salto a una poesía no sé si medio épica, relacionada con el tercer mundo, es algo confuso aún pero, a veces, se perfila con más o menos nitidez. Antonio Domínguez me dijo el otro día, al leer algo de lo mío último, que tengo fuerte temperamento dramático – Lorca y Oroza lo tienen –, y que a veces puede observar cierta torpeza en el ritmo, más dada por mi forma concreta de recitar, y algunos fallos en la expresión; tengo que hablar largo con él, sobre todo del segundo punto, que no conozco bien. Él es crítico y sabe de teoría mucho más que yo.

1.VII.1974

Hace un par de horas largas que llegué de Marruecos con Mohamed y Gloria, una chica que conocí hace diez o doce días en Hita. El día de la fiesta de Hita fuimos allá toda una expedición; Filis – hoy al llegar de Marruecos me encontré con una nota: hoy lee su tesis doctoral sobre alquimia; no pude ir – su jefe de Historia de la Farmacia, Guillermo Folch – que tiene un yate en Málaga esperándonos a primeros de este mes, muy amigo ya desde hace poco tiempo –, Rocío la hermana de Filis, Petrus – creo que se llama

Pedro García, lingüista de Cultura Hispánica, que estuvo tres años en Costa de Marfil, me mostró el camino para trabajar en África, sencillo camino, estoy pensando seriamente en ir –, un yugoeslavo participante del congreso sobre la *Celestina* – por el congreso tuvimos entradas, a través de Petrus, uno de los organizadores, para entrar en los actos o fiestas medievales de Hita –, Rafa Escobedo, el arquitecto socio nuestro de la Vaquería, Cristina y Mercia O'Brian, las dos neocelandesas O'Braian, Mariano Pastor y yo. Fue un día muy agradable; Mariano toca la guitarra y canta como los ángeles. Allí, en plena euforia de fiesta, conocí a Gloria, cordobesa estetetisién, y a unas argentinas muy alegres; al día siguiente vinieron ellas a casa, con la disculpa de las camisas de Marruecos, fuimos a ver *Quejío*, espectáculo algo desorbitado pero muy impresionante, y llamamos a Gloria para venir a Marruecos con Mohamed y conmigo.

Así fue. El primer proyecto había sido ir con una furgoneta de un nigeriano, Jimmy, que está estos días en casa durmiendo, pero no pudo ser; fuimos en tren, en barco a Tánger y en tren a Casablanca, compramos allí todas las camisas que diversas boutiques de Madrid le habían encargado a Mohamed – al fin está claro su trabajo y su dinero aquí, trabaja bien y está muy ilusionado –, y de esa ciudad pasamos a Rabat; pasamos la noche en la casa de los padres de Mohamed, espectáculo precioso e impresionante. Una madre guapa y joven y muchos hermanos y hermanas en aquella casa elemental, grande, casi sin muebles, en Salé, en un barrio sencillo similar a nuestro Carabanchel; la forma de vida es muy sencilla; el dinero que el padre gana como guardia les da para comer, vestir, pagar alquileres y ahorrar algo; lo material no existe y las relaciones humanas – amor, cariño, ayuda, alegría, tristeza, etc. – son su única riqueza. Mohamed es para ellos ahora una especie de gran esperanza; Gloria tuvo un hermoso detalle, a instancia mía y de Mohamed, que fue regalarle a la madre un corazón de oro, de los seis o siete que lleva en una cadena al cuello. Los hermanos de Mohamed, los mayores, están muy contentos. Hamid va a ingresar en la policía marroquí en un año o dos; Abdullah, de unos dieciséis años, estuvo todo el tiempo a nuestra vera; “dile a Mohamed que me lleve con él a España, yo quiero trabajar mucho, todo lo necesario”, etc., nos decía a Gloria y a mi en su mal francés. En la primera ocasión que se presente – por ejemplo, para la Vaquería – gestionaré su venida a Madrid. La hermana mayor, casada y con dos niños, vive también en la casa; mal debe andar con su marido, ella trabaja en algo similar a la Sección Femenina española; también quiere venirse. Y la hermana que sigue a los chicos, de unos quince años, es una maravilla de chiquilla; viva y guapa, activa, dulce, con unos ojos increíbles, pensé en ella algún tiempo durante el viaje de vuelta. Ella y su hermana se interesaban mucho por todas las cosas de Gloria; sus vestidos, sus poutingues de belleza, los adornos, etc. Y luego la panda de pequeños de la casa, todos de ojos inmensos, profundos y brillantes como un lago tal vez. Son muy hermosos los ojos de los árabes. La familia Ku será en adelante mía también de adopción. Es curiosa también la preocupación de Mohamed por su familia, a veces casi obsesiva, perfectamente comprensible en aquel clima familiar tan biológico y fuerte.

El paso siguiente a Fanon es claro; los europeos colonizadores deben buscar modelos y aprender de los antiguos colonizados, rehacer nuestro pasado perdido u olvidado; los maestros pasarán a ser discípulos. Hoy, en la casa, un amigo nigeriano de Jimmy hablaba de Dios a mi primo y a una chica que estaba aquí, Isabel; hablaba de Dios como los antiguos misioneros europeos, sin duda, habían hablado a sus antepasados; el negro era el creyente, los dos españoles los inseguros, los sin fe. Era todo un símbolo. Petrus me contó muchas cosas sobre África negra, algunas deliciosas; su cabeza peculiar para

los negocios, su sentido particular del grupo humano básico y la familia, del sexo, de los amigos, etc. Tengo muchas ganas de ir a Costa de Marfil o a otro país similar, y es muy posible.

Madrid, 14.VII.1974

Hace un par de horas, de nuevo, que llegué de Marruecos; esta vez me fui con Santos Amestoy y su mujer Consuelo, el jueves 4; pasamos un viaje tranquilo, con parada en Córdoba para visitar la mezquita, que Dámaso no conocía, y en Algeciras unas horas para ver el Peñón de Gibraltar y San Roque, que yo no conocía. El domingo 7 llegaron Mohamed, Rafa Escobedo, socio de la Vaquería, y Mercia, una chica de Nueva Zelanda buena amiga; de Rabat nos fuimos a Marraquech, al fin, la ciudad roja, espectáculo humano alucinante; allí quiero volver para instalarme una semana o dos el próximo fin de semana, y, a ser posible, con este cuaderno y trabajo para escribir – el relato raro de Juan Bravo, medio ciencia-política ficción, sobre el que estoy volviendo esta temporada -. El viaje era de vacaciones ya, pero aprovechando para pasar un alijo de cosas de Marruecos, ropa fundamentalmente. Del viaje anterior teníamos retenidas en la aduana de Algeciras casi cincuenta camisas; al llegar a Ceuta, con Dámaso, me llevaba la ropa retenida ya; al día siguiente volví a Algeciras, yo solo para no incordiar a Dámaso y Consuelo con mis tonterías, con la mitad del cargamento, lo ingresé en la consigna y de nuevo embarqué para Ceuta. Cuando volvimos Mohamed, Mercia, Rafa y yo, el viernes, con el resto del cargamento y las nuevas compras – más ropa y collares de ámbar – recogí en consigna lo ya pasado y, en coche hasta Granada, desde allí en tren para Madrid.

Interesante el viaje, pero breve. Con esta ropa, ya vendida por Mohamed de antemano, recuperé unas veinte mil pesetas – más de lo que yo invertí para iniciar las compras – y quedarán treinta mil para cosas nuevas, a vender en Ibiza, e ir tirando Mohamed, así como un poco ahorrado para la Vaquería.

La hermana de Mohamed, Zaida, de quince años, me tiene muy impresionado aún; es una chiquilla guapísima, tímida con el extranjero, muy viva. En este viaje dormí una noche en la terraza de la familia Ku, desde donde vimos, casualidad, un incendio en una fábrica de corcho cercana. Cuento tonterías generales, pero intentaré ser más explícito en lo relativo a impresiones marroquíes o marrachianas en la última parte del cuaderno, que quiero escribir en Marraquech. Tengo fotos interesantes de este viaje, que hizo Mercia, una de ellas disfrazado de contrabandista.

Fue la Lilita la que llamó la atención sobre un detalle importante: Boris está vislumbrando – está creando – a Juan Bravo, a J.B., está descubriendo el corazón verdadero de aquel Boris Juan Bravo Gudunov en plena escisión esquiza, y lo está relacionando con un sueño que se le antoja de política-ficción, que no de ciencia ficción, o de pura realidad. Es un momento de plena exasperación viajera, de verdadero nomadeo de jipi porrero – y la Murrús se reía, algo tan

familiar –, un trepidante enredador. ¿No os dais cuenta de que está naciendo el J.B. que conocemos? ¿No es esa una de las puertas de la salida del laberinto? Totovski dijo que la foto de contrabandista era de un macarra fronterizo subido, flaco, desgreñado y con barba de días, pantalones acampanados, chaquetilla o chupa vaquera y camiseta roja, un macuto al hombro de los de marinero desarrapado, alpargatas ibicencas y un pitillo colgado de los labios. De nomadeo estacional, de viaje de negocios, de viaje de conocimiento y de contactos. La inmersión en las redes de los sitios de paso, la prehistoria del intersticio. Todo andaba revoloteando por allí, la nueva movida, moribundo el movimiento hacia un dónde – destino – equivocado; una caricatura veraz, distinta u otra, distorsionada de los viejos misioneros fundamentalistas y de los nuevos cooperantes del mundo capitalista, león rampante a alancear. Ante el escepticismo sabio de la Murrús, que renegaba o huía de su nombre Miel de Azahar, parecía que Totovski tomaba el relevo del entusiasmo a estas alturas finales de la nonovela azarosa. “El contrabandista como emblema. Mola. Es eso que tú repites tanto, Lilita, una de las puertas de salida, aunque sea simbólica. A mi entender, desde la imagen misma, más importante en su esencia o definitoria que el poeta, el profe o el tabernero. Es trasvase y centrifugación, movimientos combinados, búsqueda de coherencia y fractalidades, de donde surgen concreciones, objetos, cosas, bares, casas, marcha, y todo al margen de sistemas caducos, desde la frontera. Pero la Laurita ponía orden enseguida: “¡Ay, chico, no la liemos más! Nos queda poco más de una semana de tiempo. Deja hablar a Boris.”

23.VII.1974

No habrá, por el momento, nuevo viaje a Marraquech. Estoy totalmente dedicado a la Vaquería; ayer fui al Ayuntamiento, hoy debía haber ido a Información y Turismo; iré mañana. Javier Bellosillo está preparando los primeros planos para andar por ahí; el 28 llegarán Rafa de Ibiza y José de Túnez; entonces daremos un último empujón al asunto.

Llevo cuatro días, hoy no, de borracheras fortísimas, de llegar a casa a las seis de la mañana, de montar números con los amigos de siempre; Torroba, Ángela, la escultora asturiana – que también las agarra serias –, Moncho Dicenta, el propio Javier y Katy, su novia, Filis – con la que salgo bastante –, Mariano Pastor – que está en Palma estos días de trabajo –, y mucha otra gente. Culminó, todo, la noche del sábado. Yo me vine, serían las seis de la madrugada, con Carlos Torroba a casa; toda la tarde había estado con Filis celebrando con champán los últimos días de don Francisco Franco, llegué a la noche bien tocado; Filis se había venido a casa temprano, vestida muy elegante, de blanco, yo me vestí – había estado en la piscina del SEU, en donde me encontré a José Luis Jover, siempre agradable encuentro de entretenida charla – también de blanco, de divo exhibicionista ché. En fin, Mohamed no estaba aún en la casa, pero sí un amigo suyo berebere, estudiante de Medicina, calladito y poquita cosa, simpático y excesivamente amable, tal vez por conveniencia, algo debe querer, creo que dormir en casa, esperaba en la escalera para dormir, Mohamed llegó más tarde, muy borracho también. Un primo mío, Ramón Hevia, había venido por la tarde para quedarse a dormir, pero salió sin llave y supuse que estaría en una pensión; yo no le había visto, era

Mohamed quien lo había recibido. Dos o tres días antes también había tenido una agarrada con Mohamed; llegué a casa con Mariano de madrugada, me encontré a Jimmy en el suelo, mi primo en otra cama, mandé a Jimmy a una de las camas, la única libre ya, de la casa, y al ir a mi habitación me encontré cerradas con llave las dos puertas; abrí de un golpe, me molestó la situación, y Mohamed y una chica de una cafetería con la que ahora se acuesta, salieron de mi cama y durmieron en la sala. Todas estas cosas me tenían bastante alterado; cuando llegó Mohamed la noche del sábado me enzarcé con él; que mi primo tuviera que dormir en una pensión y la inconsciencia del marroquí gastando un dinero alto cada noche cuando no paga nada en la casa – Mariano está cabreado por los recibos de luz y teléfono, subidísimos – y necesita dinero para las compras-ventas –cuyo capital inicial, aunque no muy alto, salió de mis ahorros – ...terminó en pelea. Yo le volteé, le di unas bofetadas, Carlos nos separó, Mohamed se enfureció, bien borracho andaba, rompió una botella y la echó por la ventana, rompió el espejo y la mesa de la sala, por segunda vez – yo la había roto en Navidad – y finalmente se vino a mí y me dio bastantes golpes con la cabeza y puños. Carlos se fue de la casa, yo me asusté bastante, pero tenía que pasar un día. Mi agresividad y la suya chocaron por fin. Al día siguiente le dije que nunca más viviríamos en la misma casa; me había echado en cara el que yo había estado en su casa con su familia, y eso fue lo que más me dolió, pues él también estuvo en la de mis padres y más de un año en la mía propia. El domingo estábamos calmados, pero enfadados, el lunes Mohamed salió para Ibiza con el resto de las cosas de vender, le dije que a la vuelta buscara donde vivir aunque seguiríamos siendo socios. Hoy pienso que eso es lo mejor. La casa parecía un campo de batalla, todo el suelo lleno de vidrios y trozos de mármol y de cerámica. Los vecinos llamaron a la dueña por el escándalo, esta me llamó a mí y me habló con dureza de rescindir el contrato. Mariano se fue a Mallorca preocupado, deseando que Mohamed dejara la casa, todos los escándalos de jaleo fuerte, los montara yo o él mismo, están conectados directamente con su presencia.

Hoy estuve durmiendo hasta las seis de la tarde; luego me fui a casa de Beatriz Purroy y Manel, que viven cerca de aquí, en San Joaquín, para devolverles el gato –dos días estuvo en casa a causa de un viaje suyo a Barcelona –, allí pasé la tarde y cené con ellos y con Torroba, Titín está guapo y contento. Están ilusionados con la nueva casa, tienen un buen tocadiscos, arreglaron muchas cosas, prepara Beatriz una exposición de fachaditas de comercios – a lo Alcaín – en madera pintada. Me dio mucha envidia su pequeño mundo y comprendí mi deseo de tener esta casa organizada, tranquila, tal vez con una mujer, comer aquí, descansar, no sé. Quiero iniciar un nuevo experimento. *La Vaquería* y la nueva casa me tienen un tantito ilusionado. Tal vez influye un poco que sigo, creo yo, con el pito malo y sin poder hacer el amor normalmente. Esto ya dura demasiado y creo que algo de mi desquiciamiento proviene de ahí, aunque hay otras cosas o causas que no quiero analizar que también influyen. El día de la pelea me llevé, del *Drugstore*, *El libro de Manuel* de Cortázar, que estoy leyendo y es delicioso. Creo que debo leer, aunque no demasiada poesía, para seguir mi camino con libertad total y a mi aire.

28.VIII.1974

Todo el mes de agosto, salvo unos días en Asturias, a finales, los pasé en Madrid. Pero, al fin, hemos contratado un local, como ya dije, también antigua Vaquería, en la calle de la Libertad, *La Vaquería de la calle de la Libertad*, puede ser el nombre, suena ya a lugar clásico. Sin traspaso, no muy caro de alquilar –trece mil pesetas al mes-, no demasiadas obras, es una realidad. Fue Rafa Escobedo el único socio entusiasta a mi nivel, cabezón y optimista como yo, con tantas ganas como yo de abrir el local, el que hizo posible el asunto; él y yo adelantamos el primer dinero. Estamos esperando ahora que llegue Javier Bellosillo de Ibiza para comenzar a pleno ritmo las obras y todo lo necesario, pero ya sin la urgencia de tiempo y dinero que otro local nos hubiera traído. Este agosto en Madrid giró en torno al *pub de Santa Bárbara*; allí nos reuníamos todas las noches sobre las doce los amigos que, por cualquier causa, estábamos en Madrid. Mariano Pastor, mi compañero de casa, Torroba, Ramón Ramírez, Arturo el dibujante de chistes, que tiene una Academia de dibujo para arquitectos que creo que es muy conocida e interesante, Rafa Escobedo, Manolo Burdiel, Penélope, que quiere abrir una boutique y ser socia nuestra, Moncho Dicenta y María Ángeles, Jeannette Alcaraz, Ángela la escultora, Guíu, la Perellona, etc. Buenos tiempos, muchas borracheras y la Vaquería presidiendo toda conversación. Mercia y Cristina, en Mallorca, me dieron las fotos últimas de Marruecos; Filis, en Alicante, me pasó las de Hita; el viaje con su jefe en yate no lo movimos, no hubo tiempo, aunque hablé con él, Guillermo Folch, a mi paso por Málaga con Rafa, Mohamed y Mercia. Mohamed me acaba de escribir de Ibiza diciendo que ha vendido todo bien; antes me había escrito desde Valencia, nada más salir de Madrid, diciendo que éramos buenos amigos, que no significaban nada las peleas que nacen bravamente.

A Pelusa le pasé varias letras nuevas para canciones; pueden quedar bien. Me compré una máquina de escribir eléctrica y todo el mes trabajé a gusto. Copias nuevas de “La isla”, del relato de Gabriel Lis, de la “Farsa y tragedia...”, que quiero mover este curso. Trabajo los papeles últimos de poesía, y nació un largo poema en doce folios, muy fraccionado, texto muy “revolucionario”, protestón, dentro de la onda de preocupación por el tercer mundo, con “Fanón, Fanón, Fanón...” que se repite, una especie de “poema destruido”..., con los textos del cimarrón y el condenado a muerte. Puede quedar bien si sé darle el tono y la distribución adecuados. En septiembre quiero volver a Marraquech una semana e ir a Ibiza algún tiempo, entre los exámenes y el comienzo del curso. Ahora espero a Pelusa para comer y ensayar algo a la guitarra.

Una anécdota graciosa en el *pub Santa Bárbara* hace un par de semanas con la chica cantante Cecilia, que, dentro de lo que hay ahora, lo hace bien. Estábamos allí sobre la una de la noche muchos amigos, tres o cuatro mesas llenas, y ella con otros; Rafa estaba cerca de su grupo y le dijo Manolo Burdiel que le preguntara si era Rosa León; se lo dijo Rafa y Cecilia, con mucha gracia, siguiendo la broma con ingenio, le contestó: “No, soy Rosa Morena, y si quieras te enseño una teta”. Risas y desconcierto general, todos “sí, sí...”, y ella se bajó los botones, nos enseñó una teta, y todos seguimos igual la divertida tertulia. Alguna vez más anduvo por allí la chica, muy despabilada y con gran personalidad. Adoptar hasta el ridículo el aire de la folclórica Rosa Morena para contrarrestar la posible carga de mala leche, que no tenía, la pregunta de Rafa que la confundía con una cantante similar a ella, inteligente y con personalidad, fue una admirable respuesta intuitiva y plástica, pues su teta me pareció bonita. Ah, de este mes es también la peña de dominó con José Luis Prado Nogueira, Eladio Cabañero, Ángel García López, ahora en Laredo, Paco Arias, Martínez Novillo, y Acacio. Ellos juegan en

el invierno, pero este verano yo me fui con ellos muchas tardes desde el *Gijón*; cuando juego con Paco Arias siempre gano, con los demás, a veces... Son encantadores, cariñosos, buena gente, algo envejecidos ya, me siento a gusto y protegido a su lado, en la mesa de mármol de *La Estrecha* y del *Comercial*.

Aquí se terminaba el quinto *cuaderno negro*, en pleno verano en Madrid, y un mes después Boris iniciaba uno nuevo tras un viaje a Tánger. Los desarrollos narrativos son tan lineales que los amanuenses decidieron intervenirlos lo menos posible. Ya no lo necesitaban, el movimiento – a todos los niveles simbólicos, moribundo o desaparecido sin más – se había transformado en gran movida naciente o estupor. Puro compás de espera de nuevo. De nuevo el azar.

El cuaderno número seis arranca de septiembre de 1974 y llega a diciembre de 1975, el periodo histórico más intenso – no son los tiempos unos – de ese momento, y está ampliamente ilustrado con recortes de prensa y otras imágenes, algunas fotos de especial fuerza evocadora.

El primero de Ramadán de 1394, 18 de septiembre de 1974, lo pasé en Tánger. Un gran viaje éste para comenzar un nuevo cuaderno.

Madrid, 22.septiembre.1974

Hace dos días llegué de Tánger, tras una semana inolvidable de vacaciones totales allí. Todo el mes de agosto había permanecido en Madrid, a vueltas con el bar; algunas veces iba con Rafa Escobedo a los Molinos; unos días de finales de agosto estuve en Asturias, viendo a los parientes; y pare usted de contar. El *pub Santa Bárbara*, la casa con la máquina eléctrica nueva y mucho trabajo de ordenar papeles viejos, visitas y carreras por la ciudad a la caza del local; así fue el verano.

La Vaquería de la calle de la Libertad, calle Libertad, número 8, va viento en popa; comenzaron las obras y Rafa, Carlos Muñoz y yo hemos metido nuestra participación económica ya en el juego. Pedro, un albañil de la calle de la Ballesta, hombre de confianza tras dos o tres tardes de borrachera con él, lleva las obras; van rápidas, a buen ritmo, y queda bien. Mohamed llegó inesperadamente de Ibiza el día antes de yo marchar a Tánger, creo que el día 10. Se quedó en la casa; esa noche estuvimos en el pub con todos los amigos, él se fue antes que yo, encontró a otra gente – Dámaso Santos Amestoy, Paco Almazán, etc., amigos buenos – y se quedó a dormir en casa de Dámaso. Yo tenía ganas de charlar con él, no sé, de reconciliación tras la pelea inmediatamente anterior a su ida a Ibiza. Ese mismo día yo debía hacer gestiones para el bar, salí temprano de la casa y me llevé la llave; cuando volví hacia las siete para marchar en el tren de las ocho y diez para Algeciras, Mohamed no había aparecido por el barrio, se había ido a la piscina universitaria a dormir al no poder entrar en casa, allí sus maletas, no pude salir para Tánger ese día. Por la noche tomamos copas por el barrio con Bushaib, yo me fui a dormir pronto, Mohamed a ver a una amiga suya con la que apareció por casa de madrugada. Nuevo número-cabreo, en fin, a la mañana siguiente preparó todas sus cosas, le acompañé a una

pensión cercana y me fui en tren hacia el sur. Ya estaba claro; buenos amigos pero nunca en la misma casa; los dos de acuerdo, él debe hacer su vida independiente y ordenarse a su manera, a mi me conviene estar solo. Conservar la lucidez y la tranquilidad es algo vital. Mohamed se quedaba en Madrid para el reconocimiento médico para Canadá, en el Anglo-American, y después tenía previsto pasar a Marruecos para hacer el Ramadán con su familia; quedamos en vernos en Tánger a su paso, pero nos cruzamos en el viaje, él de ida a Marruecos, yo de regreso a Madrid. Todo está ordenado.

En Tánger, muy bien. Al llegar me alojé en el hotel *Maroc* por dos noches y el resto del tiempo pasado allí viví en casas de nuevos amigos, comí con su familia, participé en sus horas de trabajo y diversiones; Mustafá, relojero, y sus hermanos, casados algunos, con los que paseábamos por el campo la mañana del domingo, o por la ciudad después del trabajo. Y sobre todo Abdembi, el que me introdujo en el ambiente “bueno y sano”, al margen del *Zocochico*, por el que no quería ninguno aparecer. A Abdembi le conocí en la playa de Tánger una mañana, a la media hora éramos buenos amigos; él quería que le tradujera una carta en inglés de un amigo que tenía algunos puntos que no comprendía; me presentó a Mustafá, y se arregló para que dejara el hotel y durmiera en casa de su amigo. Largas partidas de parchís a la tarde en un cafetín del Charf, barrio o casi pueblo cercano a la ciudad, cenas en la ciudad, muchas veces al cine por la noche, que les gusta mucho, preciosas manifestaciones de amistad y hospitalidad. Todo por lo que para ellos significaba yo como extranjero que puede echarles una mano para el viaje fuera; esto estaba claro en el caso de Abdembi: “si me llevas contigo a España, yo trabajaré siempre para ti en Madrid”, o algo así, emocionantes razones para mí, era aquello de “con los brazos abiertos a quién, dónde”. Nuevamente el espectáculo humano me captó totalmente. Hay algo de espíritu impuro mío en todo esto, pero intento dignificarlo como sólo los árabes saben hacerlo. Y ellos lo captan.

Y el último día en Tánger me topé, en el *Zocochico*, a donde iba un par de horas por las tardes los días que podía para ver si Mohamed había llegado y para estar también en ese otro ambiente terrible de la ciudad, me encontré a Hasán, conocido en Madrid más de dos años atrás, antiguo pastelero en La *Almunia*, al que Ahmed me había presentado en el *Gijón* y que pasó una noche en la pensión de Atocha en donde yo vivía por entonces. Me reconoció cuando fui a él, y en media hora de charla que pasamos me confió todas sus verdades; su verdadero nombre, la dirección de sus padres en Marraquech, el teléfono de familiares en Casablanca, quería que me quedara con él, era el primero de Ramadán de 1394, no podía fumar ni tomar nada, a comer la primera sopa harira con sus amigos; pero yo no podía, tenía que ir a casa de Mustafá y a la de Abdembi, donde cené con su madre, su hermana y con él. Con Mohamed Hasán quedé para más tarde, aunque no pude ir. Estaba flaco, con barbita o perilla simpática, algo desaliñado; me comentó cómo la policía le había echado de la noche a la mañana de Madrid, todas sus cosas en una pensión de la calle *Infantas*, cómo pasó seis meses en un manicomio en Tetuán, y desde entonces en Tánger, soñando otra vez en el viaje fuera, pero con más experiencia para cuando llegara la ocasión. A la noche le vi casualmente; yo iba con Mustafá a su casa para dormir allí mi última noche de Tánger. Mohamed Hasán subía a la ciudad nueva de Tánger para ver si me encontraba; se había quitado la perilla y el bigote, se había vestido elegante, como en Madrid, se entristeció cuando no pude acompañarle a tomar algo aquella noche, yo más, Mustafá no quería. Son algo celosos los árabes de la amistad, lo noté también entre Mustafá y Abdembi. Pero Mohamed H. había conectado con su mundo real pasado fuera,

en Madrid, a través de alguien que no le había tratado mal, que podía ser un buen amigo del corazón, lástima que no hubo tiempo.

Mohamed H. me había dado su foto con los datos escritos por detrás. Pasé con ella ayer por la pensión de la calle Infantas: allí tiene aún su maleta y algunas cosas. Quedé en pasar a recogerlas y mañana iré. Para el 24 o 25 quiero ir a Tánger con todas las cosas, pasar unos días allí, conocer una historia de los que, para mí, son impresionantes, la historia de un viaje interrumpido por seis meses de manicomio y cuya línea de enlace, entre ese antes y el después desconocido, puede ser un encuentro casual en el *Zocochico* y un afeitado de barba. (Volví más tarde con la maleta y no le pude encontrar; podría estar en prisión, me dijeron algunos conocidos de *Zocochico*. Me volví a Madrid con la maleta.)

Al llegar a Madrid me encontré con la segunda carta de Jimmy Taiwo, el nigeriano, al que tengo que darme prisa en contestar. Deliciosa carta sin puntos ni comas, toda una lección de expresividad y gracia primitiva, algo también olvidado entre nosotros.

Madrid, 2/enero/1975

Muchas cosas han pasado desde la última vez que escribí en el cuaderno. Las dos más importantes, que la *Vaquería de la calle de la Libertad* está a punto de abrir, y que me han dado un accésit del *Adonais* de poesía, premio bien codiciado entre nosotros ahora. *La isla*, con la tercera parte de este verano último incluida, puede salir a la calle para febrero o marzo. Este año no había ido a la calle de Preciados, a *Rialp*, como otros años, e incluso me había olvidado del premio; estaba pintando en la calle de la Libertad alguna puerta. Me enteré al día siguiente, cuando iba a cobrar a la Escuela, el *Centro Español de Nuevas Profesiones de San Bernardo*, por Santos, uno de los bedeles; con Casimira, orensana simpática que lleva la biblioteca, buena amiga y aún más si me decidiera, bajé a comprar un periódico, y allí estaba la noticia; me puse muy excitado, llamé a casa de mis padres, ya lo sabían por la televisión, y me fui a la *Vaquería* a seguir pintando puertas. En dos o tres días no llamé a nadie ni vi a nadie de la literatura. Sólo algunos amigos en la *Vaquería*. Luego ya me dejé ver, me felicitaron en el *Gijón*, eché algunas partidas de dominó con los de siempre, noté que algo desconcertados, medio contentos medio satisfechos se sentían los contertulios que, pienso, la mayoría de ellos ni sabían que escribía. Pepe García Nieto, harto de verme y charlar de vez en cuando, me dijo, al saber que yo era Boris, que nunca había asociado mi nombre a mi cara; Claudio Rodríguez me dijo que el libro mío era cojonudo, que debía haber sido premio. Jiménez Martos, al que vi en *Radio Nacional* un día en que nos llevaron a Julia Castillo, premio, y al otro accésit, el primo de Diego Jesús Jiménez del que nunca recuerdo el nombre, para un programa, entendió *La isla* a su aire, como un libro jipi en profundo. Creo que no me dieron el premio por tres votos a dos; Ángel García López me dice que me entere de los votos, pero no me importa en absoluto. Yo pensaba que a nadie del jurado podría gustar el libro, y parece que sí gustó a alguno.

La Nochevieja la pasé en Sigüenza con Mariano Pastor, mi compañero de la casa de plaza Carlos Cambronero 3-3º, cada vez mejor amigo, Margarita Llamazares, socia de la *Vaquería* y separada del pintor Cristo, y dos amigos de Mariano, Rafa y Miguel. Allí nos encontramos con más amigos y amigas de Mariano y Miguel, yo me agarré una gran borrachera, pateamos todo el pueblo, bares, el *Casino*, el *Molino*, para terminar en el hotel

el *Doncel*. Yo bebía con gente del pueblo, vigilado más o menos de cerca por Mariano y el grupo nuestro, y estuve a mis anchas. Una noche inolvidable por lo sencilla que fue y lo satisfecho que me sentí en todo momento en aquel encantador pueblo castellano. A la mañana volvimos a visitar el pueblo Mariano, Marga (Marga o Estalindalá o Bubulina Estalindalá) y yo, la catedral con el *Doncel*, una de esas imágenes supremas, creaciones del hombre. A la tarde nos llevó Mariano a Marga y a mí a un pueblecito que él descubrió, creo que Majalcayalo, o algo así, es su nombre, abandonado por sus vecinos con una preciosa placita y buenas casas de piedra, algunas destruidas, otras no. Elegimos cada uno una casa para instalar allí, a dos horas en coche de Madrid, un poblado refugio. Si Mariano quiere, yo voy en serio.

Estuvo Remigio, un abogado de Vigo amigo de Filis, pasando una semana en casa. Mariano desapareció en esos días casi por completo, no le gustaba la visita de un viejo que parece gustar del retorno a sus años jóvenes. A Mohamed le compró dos abrigos, de los diez que se trajo en el último viaje, y un collar de nácar; Mohamed pudo, así, volver a Marruecos cargado de ropa y cosas para su familia, con unas quince mil pesetas más para comprar nuevas mercancías, y unas diez mil aquí ahorradas para su viaje de marzo a Canadá... "Hermano menor mío" le llamo en la dedicatoria de la tercera parte de *La isla*, y es verdad que es más que un hermano.

Este curso estoy muy bien de trabajo; estoy de adjunto interino en la universidad Autónoma, en Cantoblanco, y tengo clases por las tardes (lunes, martes, miércoles y jueves) de 7 a 9 aproximadamente. Estoy contento allí, aunque me tocaron unos cursos a extinguir el próximo año. Gano bastante dinero para mis necesidades (el día de Nochebuena me topé con noventa mil pesetas en el banco, más de lo que nunca tuve). Creo que este año de 1975 va a ser bueno. Confío en que a todos los niveles.

Para Boris se entreveía ya la salida, con la reafirmación que suponía un reconocimiento de *La isla*, aunque fuera en ese momento en el que aquel mundo se le iba quedando viejo, caduco ya, poco fresco, ante la irrupción de nuevas curiosidades y sorpresas. En el cuaderno proliferan ya recortes de prensa, comenzando por un tarjetón de una nueva lectura de versos en una de las tertulias habituales que frecuentaba, con el libro ya premiado y a punto de salir a la calle. Y ya no hubo respiro de nuevo, con la tensión política de los últimos meses de la dictadura franquista y los obsesivos viajes al sur, para él entrevisto ya, sin duda – se le escapaba de continuo – como una de las salidas del laberinto. Aquí el Totovski insistía en que alguna de las notas de prensa deberían incluirse en el texto, pero de momento se quedó en que no. Dependía de si había tiempo, de si en los últimos días anteriores a la presentación de la novela no iban a estar desbordados por los preparativos del nuevo viaje. De todas las maneras, podían consultarse en la biblioteca del naranjal y a lo mejor alguno se animaba a abordarlo luego.

Madrid, 16/febrero/1975

Para la próxima semana abrimos, sin falta, la *Vaquería de la calle de la Libertad*. Nos estamos retrasando demasiado, pero va bien. Estos días están viniendo al local algunos poetas para hacer su mesa, escribir en unos papeles redondos un poema que luego se verá, bajo un cristal, sobre las mesas. Con esos poemas haremos un libro redondo que, a ser posible, salga anualmente. Habrá cuadros de amigos pintores en las paredes y toda clase de objetos de la decoración, a ser posible todo a la venta. Mañana lunes iremos al notario para la sociedad anónima (VACALI S.A.) que debemos crear entre los diez u once amigos que participamos en el negocio. Es curioso, la cantidad de vueltas y papeles que trae consigo algo tan simple; y lo hemos hecho todo artesanalmente, entre Rafa Escobedo y yo sobre todo; a veces me sentía un ejecutivo al uso, terrible forma de ser y trabajar. Pero todo marcha bien al fin.

Leí en *Cultura Hispánica* el martes, con mucha gente, todo el salón lleno y al final gente en pie detrás, y coloquio. Mi hermana lo grabó en cinta; estuvieron mis padres y mi Abuela, que está aquí pasando unos días. Fundamentalmente la lectura fue la tercera parte de *La isla* y algo de los poemas de *Zocochico*, en los que ahora estoy trabajando. Creo que gustó. De poetas oficiales creo que sólo estuvo Jiménez Martos, Antonio Hernández, que me presentó bonito, al final Jaime Ferrán con su mujer, Rafael Montesinos y pare usted de contar; el resto eran amigos y poetas jóvenes, uno de ellos Cayetano Gea, alumno de la Autónoma, con José A. Moreno, *Adonais* del pasado año, y otros amigos. También Mariano Pastor, compañero de la casa, y Goyo; no recuerdo más. Y los socios, y alumnos, amigos, pintores, etc. También Pelusa, Filis, M.^a Ujé.

Estas lecturas son algo inútil pero agradable para la vanidad, un pequeño espectáculo autoafirmativo. Sales animado. Al final de la noche estaba totalmente borracho, por bares y mesones, casi hay pelea en Cava Baja. Mariano me dejó en casa de madrugada. Bebo bastante, debo controlarme un poco. Creo que ya es hora de dejar Madrid y emigrar hacia el sur. Encargué a Marilina que me gestionara una cátedra en la universidad de Rabat, primer paso para el viaje al sur. No calculo lo que puede pasar, pero veo con claridad que tengo que salir de aquí. "Poemas de Zocochico" me están marcando un camino bastante cierto y debo seguirlo.

Corregí pruebas para mi primer artículo de historia en *Hispania* – sobre el comercio hispano-japonés en el siglo XVI y XVII -, a punto de salir, y las primeras de *La isla*, que saldrá para marzo. Hoy prepararé los ejemplares para enviar a *Puente Cultural* y aprovechar la racha. Pero mis ilusiones próximas están en *La Vaquería de la Calle de la Libertad*.

XI

LA VAQUERÍA DE LA CALLE DE LA LIBERTAD

A estas alturas, la Murrús estaba volcada en planes con su novio, que acababa de volver del viaje al norte con J.B.; había traído consigo bastante material audiovisual del mismo, y le estaba echando una mano para elaborarlo; se desentendió, pues, un tanto más de la nonovela azarosa. “Me interesa más el J.B. de ahora que ese jóvenzuelo inexperto y ajipiado, tan tosco, de donde procede. Ya os contare”. A causa de ello fueron Totovski y otro chaval, con la Laurita, los amanuenses que terminaron de ordenar aquello. Totovski se consideraba a sí mismo como documentalista objetual paraliterario, a veces decía que contextualista, a veces que situacionista coloquial. Le gustaba jugar con las palabras y con los contextos y solían ocurrírsele soluciones graciosas y sorpresivas. No es extraño, por ello, que de vez en cuando incluyera textos-mosaico, o collages, por no decir puzzle o rompecabezas. Decía que así se captaba algo mejor todo, en aquel momento histórico de especial efecto despertador, y rompía cierta monotonía al abrirse la nonovela a otras voces. Por añadidura, tenía digitalizado casi todo el material.

Quiso abrir con un recorte de prensa musical, en un periódico sindical, en donde el periodista Santos Amestoy charlaba con Paco Almazán, un flamencólogo, el 6 de marzo de 1975, que es a la vez la primera referencia en los medios, como se decía, al bar recién abierto. "RENACIMIENTO DE LA MÚSICA POPULAR IBÉRICA. Ahora que ha sido cerrada por tres meses *La Carcelera*, entidad que, como el nombre del cante al que alude, se dedica a Andalucía mediante la investigación y difusión de su cultura y de la del flamenco, sigue vivo el renacer de la cultura popular. Buena prueba ha sido la edición a cargo de la *Editorial Demófilo* (seudónimo del padre de los Machado) de *Colección de cantos flamencos* de Antonio Machado Álvarez. Se publica después de la edición de 1881. El flamencólogo Francisco Almazán (a quien encuentro en un curioso bar contracultural, cuyos promotores son profesores de la Universidad, arquitectos, etc. y que se llama la *Vaquería de la Calle de la Libertad*), me da su opinión del libro. "Se trata de la primera y más importante recopilación, que nos devuelve la visión del flamenco de la primera y epopéyica época de aquel cante incardinado en la realidad social producto de las transformaciones de fin de siglo". En la misma línea de interés por la cultura popular ibérica está la edición entre nosotros del último disco de José Afonso. Se trata de su penúltimo álbum portugués, el último que se publicó aquí, como ustedes recordarán, hace unos meses. Se llama *Cantigas de mayo*. Va la famosa "Grandola villa Morena, terra da fraternidade, o povo e quem mais ordena, dentro de ti. ¡Oh cidade!".

Totovski decía que aquellas ligeras referencias marcaban parámetros, señalaban fronteras, daban pistas. Resultó convincente. También había algunas fotos, un par de ellas con la presentación “fotos de José Adrián, en casa de Manel y Bea, tras una

cena en la que Ramón Ramírez nos aderezó unas ricas gambas al hachís". Todo, pues, muy sugestivo, sugerente.

Madrid, 20/marzo/1975

Ayer, 19 de marzo, día clave. Cerramos la *Vaquería* por reajuste y vacaciones hasta el 1 de abril, según cartel que dibujó Ángelo Moreno: Antonio López Luna, Alaskok-ish, como quiere ser llamado por sus amigos, y su mujer Durenka, trabajarán definitivamente con nosotros en el bar; ayer pasé la tarde con ellos dos, sus niños David y Alexis, y con Ángelo, en su casa y en Hoyo de Manzanares; Antonio nos leyó algo de su libro último, preparado en viajes fuera de aquí – hace un par de meses o tres que llegaron de Sudáfrica –, que titula algo así como "El creador de monstruos" o "El inventor...", en latín, como *Artifex monstruorum*, y que resulta impresionante con esas bellas palabras y construcciones de Alaskok-ish ya presentes en sus cosas anteriores, aunque inquietante al tú no conocer el alcance real de sus temas; lo mágico y mítico, barajado brillantemente, te sobrecoge, con su belleza formal indudable. Misteriosamente, temas obsesivos para mí, palabras, imágenes, están allí. Estamos pendientes, para hoy, de una casa enfrente de la *Vaquería*, antigua academia de música – abajo está la academia de Miss Karen Taff –, inmensamente amplia, para vivir allí parte del grupo nuestro.

La *Vaquería* ha tenido un éxito clamoroso, en torno a las diez mil pesetas diarias de caja nada más empezar, chico el local se nos ha quedado, pero muy bonito. Era previsible. Hemos cerrado para organizarnos, pues el boom estuvo a punto de desbordarnos. Luisa Futuranski, Marquitos Barnatán, Mauro Armiño, Antonio Hernández, Pepe Caballero Bonald, Javier Villán, Antonio Domínguez, Ángel García López, entre los que yo conocía de la poesía, han pasado por allí. Pintores, fotógrafos y gente de teatro, periodismo, etc., innumerables, desde el Pedro Olea, al que le ha gustado un montón el local, a Codeso el de las revistas y Miky, el de *Los Tonis*, cantante. Hay ya bastantes cuadros de amigos y fotos, carteles y buena música. Para abril reabriremos totalmente en serio y brillantemente. La organización interna es fundamental. El piso de enfrente, con dos salones de más de cien metros cuadrados, puede ser el complemento ideal.

El martes corregí las pruebas definitivas de *La isla*; dice una coletilla que se acabó de imprimir el 21 de marzo de este año, fecha preciosa, inicio de primavera. Alaskok-ish quiere presentarlo en la *Vaquería* para primeros de abril, textos en casetes, música de amigos, tertulias, todo un día de presentaciones, happening fotográfico, etc. Puede ser un acto experimental para futuros actos en el bar.

Y Mohamed Ku salió ayer en avión para Canadá. Fue puntal importante en este primer mes de la *Vaquería*, quiere volver. Se emocionó mucho con las despedidas de amigos. En el aeropuerto le regalé el abrigo que traía puesto, pues en Canadá debe de hacer mucho frío, y cuando se enteró mi padre dijo que era un loco que no tenía arreglo. José Adrián, fotógrafo, el amor de M.ª Fernanda de la Figuera, la de *Vandrés*, aunque ya en crisis las relaciones de esta pareja, le dio la dirección de un amigo catalán en Montreal, que tiene casinos de juego, para que le eche una mano. Mohamed... hermano menor mío... Nos volveremos a ver...

Madrid, 30/marzo/1975

A la casa de la plaza de Carlos Cambronero 3-3º le tengo cariño. Tal vez hoy sea uno de los últimos días que trabajo en ella. Tiene cuatro balcones a la calle, soleados por la mañana, es amplia y cómoda, muy halladiza, en ella he pasado momentos inolvidables. Cuando me vine a ella pensaba que iba a habitarla para siempre; luego, como todo, pasó. Posiblemente Mariano Pastor se venga a vivir a la nueva casa de la calle de la Libertad n.º 15, junto con Ángel Moreno, piloto, y Antonio López Luna y Durenka. Ya hemos firmado el contrato los cuatro; yo me he enrolado estos días en la pintura de mis dos habitaciones privadas, las dos interiores, sin luz exterior, soportables al haber otras comunes exteriores. Puede ser una interesante experiencia, un reto emocionante a la capacidad de convivencia nuestra. Los únicos problemas son los dos niños de Alaskok-ish, uno David, de tres años, Alexis de meses, que lloran y mean y se revuelven demasiado, así como el más o menos normal desequilibrio o caos vital de Ángel y Alaskok-ish y su mujer. Son obstáculos fácilmente salvables, por otra parte.

Ayer estuvimos en Sigüenza; en casa de Mariano Pastor pasamos la noche Ángel, el matrimonio López Luna con sus niños, Pelusa Bellosillo y yo. Fue divertido, una nueva versión de la inolvidable nochevieja de este año, con baile en el *Molino* incluido de madrugada. Tal vez la amistad con Mariano, fruto de este año largo de convivencia en esta casa, sea una de mis más profundas y hermosas realidades últimas.

Acabo de pasar a máquina la tercera parte de "Poemas de *Zocochico*". Con el título o lema de "Sin memoria" he presentado en *Puente Cultural* un libro con los poemas que podrían tratar de reencarnación o algo así. En cuanto a los "Poemas de *Zocochico*", nada he concluido en ellos salvo que persiste la confusión; para la tercera parte - "quisiera conocer de qué yo estoy seguro" - realicé un gran esfuerzo de concreción o de racionalización, pero en vano. Mis contradicciones fuertes no me permitirán realizar, por el momento, una poesía constructiva clara. Tengo miedo que la nueva etapa en "la casa del sueño y templo del mar", de la Libertad, me aturulle aún más. Al final, tal vez deba salir de este país, como tengo previsto, hacia el sur.

A estas alturas menudean ilustraciones en el cuaderno negro; una foto jipi devorada que rotula "yo y la isla", mala imagen pero muy plástica para el Totovski, y un par de notas manuscritas en sendas tarjetas, una de José Luis Prado Nogueira, marino y poeta, y otra de Enrique Azcoaga, amigos de Boris del café *Gijón*, que debió apreciar mucho al incluirlas allí, pues eran acuse de recibo de *La isla* y animosas palabras sobre sus versos. Pero lo más vistoso eran los recortes de prensa, elogiosos para el nuevo bar de la calle Libertad; "Tasca-bar", titulaba la nota *Cambio-16*, el 28 de abril de 1975, y decía así: "TASCA-BAR. No es para cenar como no sean austeros bocadillos, ni para comprar, como uno no se encapriche con los cuadritos del fondo y se empeñe en llevárselos. *La Vaquería* era hasta hace dos semanas, más o menos, una vaquería de verdad, de las pocas que quedaban en el centro de Madrid, y así sigue casi tal cual, con su vaca dibujada en el cristal de la puerta. Es, eso sí, el último sitio "in" de Madrid. Gracioso, informalísimo, jovencísimo, con

grandes sofás, diferentes niveles, gente que juega al ajedrez y al dominó y que puede perder las horas de una tarde porque el tiempo, para sus clientes, no es oro que ganar, sino que tirar. Café, bebidas, bocadillos, carteles en las paredes y los cuadros de Bea al fondo, que es una discípula de Alcaín, aunque sólo sea a distancia. Gustará a los muy sencillos y a los muy sofisticados. Amigos de lujo, abstenerse. Otra recomendación: no vayan muchos, que no se cabe".

"Happening en la calle de la Libertad", titulaba *El Encapuchado* (Javier Villán) en *Arriba* el 22 de mayo de 1975. "Hace un par de meses se inició una empresa etílico-cultural que a los noctámbulos y líricos del arte satisfizo y atrajo. Andaban al timón profesores de Universidad, universitarios y poetas. Entre estos últimos, Antonio López Luna, Boris Gudunov y Manuel Adrada. En la calle de la Libertad se inauguró un bar que se llama *La Vaquería* y que, de alguna manera, venía a ser la concreción de un estímulo y de una fantasía creadora de quienes, como los anteriormente citados, conciben la cultura como una integración de disponibilidades y una realización más allá de la letra escrita. En parte, aquellos presupuestos siguen vigentes, pero los ilusionados promotores ven con cierto rictus de desolación cómo el concepto "cultura" tiene interpretaciones, y hasta identificaciones, foráneas al mismo hecho cultural. No arrojan, sin embargo, la toalla y será posible ver quizás dentro de poco un magno "happening" poético callejero. Las voces de los poetas invadirán la calle. Esto, unido a la plástica y a un vivencialismo inmediato, clarificará el sentido estético-sociológico-poético que estos jóvenes tienen de la cultura. Y habrá más (esperemos que lo haya). Quizás una revista, quizás un premio de poesía (se habla de cien mil pesetas de dotación). Y habrá, por supuesto, el entusiasmo de quienes por encima de fáciles y peligrosos comercialismos pretenden que cada acto humano sea una expresión del más esencial humanismo ritual y concluyente."

En *ABC*, el 25 de mayo, salía una nota elogiosa del libro *La isla*, que "nos ofrece la posibilidad de acercarnos a una poesía suelta y libre, oxigenante, de ascendencia en los movimientos juveniles últimos". Totovski insistía: esas pinceladas de época no se podían dejar fuera de la nonovela. Estaban dentro del ámbito de las valoraciones, de la autoestima del paseante, de los engaños a la vista, de las tentaciones para la insaciabilidad, a la que Boris parecía mostrarse sensible en muchas ocasiones. Totovski no tenía que esforzarse demasiado, por otra parte, para convencerlos, además de que el material se lo había currado él y estaba bien.

Madrid, calle de la Libertad 15, 28/mayo/1975

Hace mucho tiempo que no escribo en este cuaderno, muchas cosas han pasado desde entonces. El buen funcionamiento de la *Vaquería*, la salida del libro a la calle, breve estancia en Asturias para la boda de Auri – en Covadonga –, planes concretos para una revista, noticias de Mohamed a través de su amigo Ketawi, etc. *La Vaquería* me ocupa mucho tiempo, pero estoy satisfecho. Ha quedado una decoración caótica y muy original, hay cosas allí de muchos amigos, multitud de inscripciones en las mesas, la revista proyectada bien podría llamarse *Graffiti*, o como se escriba; hay ahora una exposición informal de dibujos y cuadros de unos amigos, fachadas de Bea Purroy, una de ellas de la

misma *Vaquería* que le hemos comprado a tocateja, un cuadro de Alcaraz, una cosa de Julio Campal, mantas más de Marruecos, fotos de Juan Amorós, posters, etc. Ayer Javier Bellosillo se dedicó a hacer caricaturas de la gente, caricaturas que colgamos como exposición. También ayer, vinieron a filmar una película por la mañana los de la escuela de cine, para el trabajo fin de carrera de un futuro director; no me pareció gran cosa, pero era muy divertido: los focos, técnicos, actores, gente... Lolo Adrada trabaja con nosotros de contable y trabajos varios, como echar jipis, cuando nos invaden demasiado, o relaciones públicas. Quiero que todos los que llevan el bar – Falín, Tere López Artigas, la hermana del dueño del *Molino*, Alaskok-ísh, Lolo, Toni el de *Popols* de Ibiza – sean también socios de Vacalisa, nombre cachondo de nuestra sociedad anónima. El ambiente ha mejorado mucho, después de un fuerte bache que amenazó en convertir el bar en un reducto jipi; va lento, pero seguro. Ahora proyectamos tener también cine en el bar, una pantalla y un proyector para películas y diapositivas; creo que en breve lo haremos.

Estoy meditando sobre la posibilidad de llegar a una manifestación cultural colectiva, de todo ese mundo que ha acogido tan bien la *Vaquería*; los periodistas – *Cambio 16, Pueblo, Arriba*, el *Odiel* de Huelva, creo, han sacado ya algo del bar –, los jipis, amigos, poetas y arquitectos, etc. Carlos Oroza ha venido con frecuencia; he comprado -¡cinco mil pesetas!- su libro *ELENCAR*, que acaba de salir, con serigrafías de Morilla y prólogo de Ignacio Gómez de Liaño; sigue pareciéndome apasionante la poesía suya, con una carga misteriosa y atractiva, aunque a veces le coja un poco el truco o como se pueda llamar.

En la casa nueva de Libertad, frente al bar, estoy contento. Me he acondicionado dos habitaciones interiores para dormir y trabajar, y estoy ahora con otra que podría ser lugar de trabajo común, oficina para la revista, etc. El salón grande sigue sin utilizar, de veinticinco metros de largo por más de cinco de ancho, aunque ya han ensayado en él algunos grupos como favor – *El Grifo* de Zaragoza, *la Tabla* de Sevilla y *Zizaya* de Madrid –; queremos hacer algo interesante con ello. Mariano no vive en la casa por fin, le sustituye Ángel Bates, el arquitecto, y Mercia O'Brien, la neocelandesa, hermana de Cristina. En fin, son días de mucho ajetreo, poca tranquilidad para trabajar en casa. *La isla* salió a la calle y ha sido bien acogida. Tengo muchas anécdotas, buenas palabras de Eladio Cabañero, Ángel García López, Garciasol, Manolo Álvarez Ortega, García Nieto, Benito de Lucas, Antonio López Luna, el Oroza, Azcoaga (me mandó una postal bonita nada más leer el libro), etc., por citar sólo los poetas. Los no poetas me han hecho elogios más queridos aún, y tengo agradables anécdotas de gente que, nada más leer un poco, me compra el libro porque le llega. Han salido algunas notas, aún no críticas serias, en *ABC, Blanco y Negro* (noticia del accésit *Puente Cultural*), *Arriba* (Javier Villán), aunque no llegan casi a mis manos. Estoy contento del libro.

Son días, en fin, de mucha actividad. Marilina, tras leer el libro -"¿alguien tiene un regalo para mí?"-, se fue a una tienda y me compró una caracola marina para que escuchase el mar cuando estuviera lejos de él, en la ciudad. En la casa de Libertad, sigo tan liante como siempre; mucha gente duerme aquí, casi todos los días, muchas veces organizamos tertulias con la gente más descaballada. Pero llego a un estado de negación total de mi intimidad, o no eso, sino de mi superficial intimidad, vivo el mundo de los que me rodean plenamente, "mi casa ya no es mi casa". Estoy escribiendo ahora algo -"para llegar a un cuerpo ajeno mío..."- y por primera vez me atrevo a afirmar en un verso que juro no pasar los Pirineos.

Madrid, Libertad, 28/junio/1975

Sigo progresando en el camino cada vez a marchas más forzadas. En la Vaquería hubo, las tres últimas semanas, mañana se quita, una exposición sobre la lucha armada del pueblo palestino. Grabados de Mati y su mujer, dos marroquíes muy en relación con *Al Fatah*, banderines, que esta semana salieron en *Cambio-16*, posters y libros, música árabe y de resistencia palestina – el porompompó en árabe, por ejemplo –, etc. Estoy muy contento con la experiencia; conocía a algunos palestinos muy relacionados con el ala extrema de *Al Fatah*, a Mahmud Khalaf de la *Liga Árabe*, estuvieron en el bar gente de *Al Fatah*, de la embajada de Irak y, sobre todo, y todos los días, Alí, Mahmud y Nemi, tres estudiantes de los que nos hemos hecho buenos amigos. Sus virtudes revolucionarias y humanas me impresionaron desde el primer día. Escribí mucho estos días, el tema de Palestina presente; algo para entusiasmarse. Luego vino lo de Argelia; necesitan dos doctores españoles para una universidad argelina; estoy preparando los papeles. Creo que me voy.

Sentimentalmente lo deseo, mi cabeza se ha hecho a ello ya; dejar la universidad española, cuando estoy propuesto para ser profesor de Moderna de la Complutense y de un curso monográfico (Mundo Colonial y Tercer Mundo) en la Autónoma, debe pensarse seriamente, pero estoy muy decidido. El plan, a largo plazo, sería estar media docena de años en el mundo árabe para pasar luego al África negra. Hide Higashitani, de Japón, llega con una oferta para Kobe. China concede becas para españoles que quisieran estudiar allí; nada de eso me interesa ya; más aún, Japón (muy al norte de los Pirineos) y China (con un claro camino muy perfilado ya) me dan miedo. La Argelia de Fanon, en plena experiencia problemática hacia el socialismo, me parece apasionante; quizá allí pueda encontrar ese ideal justo por qué luchar, y me llega en el momento oportuno. Dejo la casa de Libertad y no me apena, como tampoco dejar la *Vaquería* en manos de amigos. Estos cuadernos se quedarán en casa de Miguel Ángel García Juez, pues no quiero llevármelos conmigo, así como otros papeles. Él puede ser guardián cariñoso de mi pequeña historia escrita. Y la universidad española, a freír puñetas; llevo ya unos ocho años (¡cuántos ya!) dedicado a ella; los seminarios sobre China, la tesis, las clases, todo me parece casi inútil; y más que nada este país en donde la vejez y el aburrimiento amenazan con adueñarse de todo; me iré, si es que todo sale bien, en un momento histórico particularmente interesante, pero estoy cansado de no poder. Por otra parte, es mucho más emocionante ese mundo que conoceré, en el que intentaré integrarme plenamente, que en estos momentos me obsesiona. He comenzado ya a preparar los papeles, he estado en la embajada de Argelia con el agregado cultural y en el instituto hispanoárabe de cultura; un alumno mío, el hermano de Forges, ha hablado con el encargado de asuntos exteriores que lleva lo de África, y Mahmud el de la *Liga* también interviene. A todos, algunos con reparos, les parece bien.

José García Nieto acaba de sacar una de las primeras críticas amplias sobre *La isla*, no perfecta pero emotiva y cariñosa, más teniendo en cuenta su crisis actual, su estado muy depresivo, etc. Salió algo también en *Informaciones*, una breve nota, y en *Arriba*; a Antonio Domínguez le vi ayer; me está preparando una crítica para *Estafeta Literaria* que promete ser interesante por lo profunda, según las preguntas que ayer me hizo. Pedrós tiene en *ABC* unas notas más también para sacar algo. Pero ya *La isla* es asunto pasado. Acabo de leer un pequeño trabajo de Fanon (*África: la trampa del nacionalismo*) y otro de

Nyerere (*Socialismo: Democracia y Unidad*), muy atrayentes. Tengo, sin embargo, multitud de cosas que revisar, sobre todo libros últimos.

De nuevo aparece un recorte de *Cambio 16*, con los banderines de los palestinos que se están vendiendo esos días en la *Vaquería*. Y un recorte de *Pueblo*, del verano de 1975, alude también a esa exposición palestina, con una curiosa nota musical al final: "Circuitos paralelos", de Dámaso Santos Amestoy: "En un curioso bar del que en el día de su apertura di noticia, y que se llama *La Vaquería de la calle de la Libertad*, me sorprende una excelente exposición de trabajos gráficos sobre Palestina realizados por palestinos. En el mismo bar puede leerse un manifiesto contra la música industrial anglosajona y su penetración en el gusto de las nuevas generaciones de españoles, hecho que se califica de "colonialismo cultural" y que impide el surgimiento de una verdadera música española". En una foto de esa exposición, comenta en el cuaderno: "me la sacó Salé Kakaban, al que quería la prensa hacer responsable del secuestro último de la embajada de Egipto". Nuevas curiosidades. Los amanuenses no tenemos ganas de hacer más comentarios.

Madrid, calle de la Libertad, 8/julio/1975

Ayer terminé de pasar "Poemas de Zocochico"; es algo muy serio, pero estoy algo confuso - "Sigue la confusión" - por lo que yo creo caótico del conjunto; puede ser un libro apasionante, con retazos rotundos y otros momentos despiostantes. Con "Sin memoria", es todo mi trabajo de los últimos tres años y más. "Poemas de Zocochico" terminan en un canto a Palestina.

Estoy muy fatigado a causa del bar; estoy ya en plenas vacaciones, terminados mis exámenes, y preparando los últimos toques para que todas las piezas del rompecabezas *Vacalisa-Vaquería* cuadren; tal vez por eso me sienta tan cansado. El viernes hay junta general de socios, ya con acta levantada y todo, y allí pienso desligarme de papeles y firmas. El bar sigue siendo la última moda de Madrid, estabilizado ya de ingresos y redadas de policía. Cinco en un mes habían sido demasiadas redadas. Creo que puede funcionar bien. Mañana presento mis papeles para Argelia. Deseo con toda el alma que salga bien; si no fuera así me causaría un fuerte trauma, como ahora se dice. Confío en "que así sea amén porque así sea", como termina lo de *Zocochico*.

Madrid, calle de la Libertad, 31/julio/1975

Durante tres o cuatro días estuve en Asturias, coincidiendo con la boda de mi hermano Rob el día de Santiago, como todas las bodas en Covadonga. No tengo ningún deseo de volver por allá arriba; fueron unos días luminosos, sin tanto calor como aquí en Madrid, precioso el paisaje verde, pero no siento ganas de volver. El mes de agosto quería matricularme en un curso de árabe intensivo en El Escorial, pero lo han suspendido hasta septiembre, así

que estoy desconcertado, no sé exactamente qué hacer este mes. Me gustaría ir a Marruecos, pero no es aconsejable; tal vez a Argelia, pero desearía saber antes si el curso próximo tengo sitio allí para trabajar. Estoy muy ilusionado con irme a Argel o a Orán, comenzar de nuevo algo de lo que no conozco el final, estudiar el tercer mundo en el propio terreno. Jimy Taiwo llegó de Nigeria inopinadamente y está pasando unos días aquí en casa. Como no hablo bien inglés nos entendemos muy ligeramente, no hay apenas comunicación. Tengo ganas de que se vaya. Al fallar lo de El Escorial, estoy desconcertado. Iba a ir a Portugal con M.ª Eugenia Arias, pero anulamos el viaje, cambiamos los planes a causa del curso de árabe. Servando Carballar y Carmita me invitaron a Cádiz, pero no me apetece. Ir a Ibiza tampoco. En Madrid hace un calor horroroso y la Vaquería funciona bien y sola. Si no sé pronto lo de Argelia, quizás me vaya a Marruecos o, tal vez, a la propia Argelia. Pero debo salir de aquí.

Argel, Al Jhamila o la Madrague, 15.VIII.1975

Finalmente, el día 6 de agosto cogí un avión de *Air Algerie* y me planté en Argel. Fue mi primer viaje en avión; pasé más miedo del que pensé pasar, sobre todo al iniciar el viaje y al final, aunque menos. No dejé, sin embargo, de mirar por la ventanilla, un poco aturdido por los movimientos del avión, encantado con ver Castilla desde tan alto; es bastante impresionante, parecía un gran cuerpo de animal; muy hermosos los ríos, pocos, desde tan alto, las nubes blanquísimas y vecinas... Luego la costa, debía ser por Alicante, un puerto y el mar, durante muchos minutos todo azul, el mar y el cielo, realmente infinito. Antoine de Saint-Exupéry debía ser un místico y su desaparición pudo ser real, desintegrarse en el azul y en el silencio para siempre... La pena es que iba al lado de un ala del avión y toda aquella belleza llevaba clavada una lanza metálica en el costado. La primera impresión de la costa argelina desde el avión fue muy grata, parecía una tierra ordenadamente cultivada, más de lo que luego, desde el suelo, me pareció.

Llevo una semana larga en este país. Me instalé en el *hotel du Rhon*, cerca de la *plaza de los Mártires* y la *calle Che Guevara*, en una habitación individual no muy confortable – calor, bichos de todo tipo, días sin agua, sin mesa ni armario – pero de gente muy simpática. Aisha, Hamid, Hasán y otro chico, que no recuerdo su nombre, pero que me dio su foto y su dirección, casado en Constantina, fueron mis primeros conocidos aquí. Tras una primera impresión un poco fría y a la expectativa, llegué a una muy buena comunicación con ellos; gente cariñosa, sentimental y amante de la charla. Como a las nueve y media ya está todo cerrado en la ciudad, en la callecita del hotel nos sentábamos todas las noches y charlábamos mucho, entre bromas, lindezas en francés, presentaciones de amigos... Salvo Hamid, uno de los chicos del hotel, estudiante de lo que sería en España bachillerato superior, los demás trabajaban; y todos tenían clavada en la cabeza la obsesión del viaje fuera del país, a Europa en general, o a Francia. Mucho hablamos sobre el tema.

Los primeros días compré mucha prensa, las revistas argelinas más ligadas a los organismos revolucionarios – *Révolution Africaine*, del *FLN*, *Djeich* – y *Jeune Afrique*. Ahí, y en los diarios, leí muchas noticias y escritos sobre la revolución agraria, el volontariat, que me pareció interesantísimo, muy a lo chino, turismo... Me gustó el

enfoque muy autocrítico en el tratamiento de esos asuntos, y me ilusionó más aún venir a trabajar a esta tierra.

Luego vine a la Madrague o playa Yamila; al segundo día de venir, ya no me quisieron cobrar la cabina; Kadur y Samir son los dos chicos que llevan cabinas, duchas, sombrillas y colchonetas de la playa, trabajadores del hotel *Mediterráneo*, estatal, con un equipo de unas quince personas. Enseguida se me abrieron, muy cariñosos, y comenzaron a preocuparse porque mi estancia aquí fuera muy agradable. Ayer me mudé del hotel a esta playa, duermo en la zona de personal del hotel, en una habitación con Kadur y otro chico. Después de las seis, a diario, visitamos los pueblos vecinos, y al regreso, sobre las nueve, nos sentamos todo el grupo de conocidos de la playa, los que trabajan en el hotel, los del equipo de salvamento, chicos de este pueblo que trabajan en las cercanías y hablamos, hablamos... son esas "reuniones de atardecer inolvidables". Anoche, incluso, nos bañamos a las doce de la noche o así, los turistas – yo no soy turista ni me consideran así, sólo me hace falta hablar árabe – en la terraza del hotel. También el tema del viaje presente, aunque en estos amigos de la Madrague más atenuado; ellos coinciden en que quieren salir aunque sólo sea para conocer esa Europa soñada y volver a la tierra, realmente ellos viven aquí contentos, a pesar de los precios caros de las bebidas mitificadas – cerveza, vino – y de la ausencia de diversiones como discotecas, bares y no sé qué. El amigo con conciencia más clara de la revolución argelina tal vez sea Habib, que trabaja en una industria textil y que irá próximamente a Mataró para estudiar seis meses unas máquinas nuevas; él sí conoce los progresos de la revolución argelina y algo de su problemática; para él esto es su tierra, aquí está bien, está satisfecho de su trabajo – lleva ocho meses en el ramo y ha progresado mucho; sin estudios técnicos, es un técnico bueno y experimentado – y quiere casarse el próximo curso. El sábado nos fuimos Habib y yo desde la Madrague hasta un complejo turístico que está al otro extremo de la bahía – Sidi Ferrouch – caminando descalzos, en total ida y vuelta unos treinta kilómetros, por todas las playas, bañándonos, tomando algo líquido, charlando mucho, muy bien. Y la juventud argelina, como un día me impresionó la marroquí, deber ser una de las más hermosas de la tierra; no tiene ese algo dramáticamente enfermo de Marruecos porque el país es diferente, políticamente mejor llevado, un bienestar social general más perceptible, con dudas, en fin, que la gente tiene trabajo y trabaja. Pero el espectáculo de la juventud en la playa, en las calles, es el mismo, muy hermoso. Es una pena que las mujeres, las chicas, no se vean mucho por las calles, porque entonces ya sería perfecto.

Estoy encantado aquí, la gente es entrañable, todo está por hacer y puede hacerse pues la base es buena, quiero trabajar mucho; estoy muy bien aquí. El sur soñado existe.

El lunes saldré para Tánger por tren. Creo que no me detendré en Orán, como tenía previsto, pues en verano debe de estar muy concurrido, debe de estar muy caro todo y, además, tendrá tiempo de conocerlo bien. El día 19 o el 20 llamaré por teléfono a Mahmud Khalaf a Utrecht, en Holanda, para ver si viene por fin a Tánger; el plan previsto era encontrarnos allí Mahmud, Isabel Manzanas y yo, pasar unos días por Marruecos, llegar a Marraquech incluso, y volver a Madrid para primeros de septiembre. Mahmud, que trabaja en la *Liga Árabe* en Madrid, y yo nos hemos hecho muy buenos amigos este verano. Muchos fines de semana los pasamos en el Escorial en un chalet que tiene alquilado en

Zarzalejo, con amigos y amigas; entre ellas, Isabel Manzanas, la Isabel de Ibiza, amiga muy querida.

En este viaje comencé a escribir cartas; la primera a Mariano Pastor, la segunda a María Eugenia Arias; hoy quiero escribir a Antonio López Luna. Así comienza, conservo copias, un posible epistolario que quiero que sea muy amplio y con toda la gente que quiero bien de Madrid, amigos poetas y periodistas, amigos sin más; será mi forma de conservar lo conseguido en Madrid en los últimos años y que la salida de *La isla* a la calle no sea estéril.

La Madrague, Argel, 17.VIII.1975

Acabo de escribir, en francés, una puede ser letra de canción para un amigo, Samir, que toca la guitarra y quería alguna letra... Se la dejaré para que ensaye; el curso próximo, espero que en Orán, o aquí, espero que sea muy variado, tengo muchas esperanzas y proyectos.

El Totovski se empeñó; hay que hacer alusión a un objeto paraliterario sentimental que es un billete de cartón de tren Argel-Tánger de 18.VIII.1975 y un planito con la *Vaquería* señalada en él. De nuevo, sin comentarios.

Tánger, 24.VIII.1975

De nuevo en el hotel *Fuentes*, Zocochico, Tánger. De nuevo en esta “plaza-ciudad maldita y entrañable”, como digo en el poema final que servirá de prólogo, espero, a los “Poemas de Zocochico”, y en el que muchas de las claves del libro se explicarán. Y he encontrado de nuevo a Mohamed Rayhur – Mohamed Hasán –; hoy viene ya a dormir al hotel; acaba de bajar de la habitación – me estuvo cosiendo las chaquetas y un pantalón que le regalé – para hacer la oración en la mezquita, a la llamada del almoacín, o como se llame. Es algo que no deja de asombrarme, cómo ante la desgracia o las situaciones poco propicias, algunos árabes responden casi de forma mística; creo que es una defensa contra la locura. Mohamed Rayhur tiene problemas reales de cabeza, le duele, está nervioso, toma calmantes sin un control cierto. Estoy muy contento con el encuentro, y su sombra será la dueña del Zocochico en el poema final de introducción al libro.

Hice el viaje desde Argel a Tánger en tren. Salí el 18 a las siete largas de la mañana, Kadur me despidió en el autobús con nuestro compañero de habitación, un negro de Tamanrraset encantador, con ademanes de oficinista serio americano y moral de romano de la República, como un niño cuando me pedía que no me olvidase de ellos y que le llevara un encendedor cuando regresara de España a Argelia. Hice noche en Orán, en un hotel junto a la estación, buen amigo me hice del chico de recepción, no salía de mi habitación, le regalé una camisa. A Kadur le había regalado unos pantalones que traía conmigo para regalo a la familia Ku, pues me venían algo estrechos y eran nuevos y bonitos. A un negro en el hotel *du Rhon* de Argel – cuando sea tiempo contaré la historia, que es preciosa y divertida – le

había regalado también un pañuelo y unos calzoncillos amarillos. El mejor regalo aquí es, sin duda, la ropa; la europea un poco bonita cuesta muy cara.

Después de pasear por Orán toda una tarde, seguí viaje en tren. Tremecén, Oujda, pasada la frontera, Oujda-Sidi Sliman. A Sidi Sliman llegué de madrugada, sin dinero marroquí. Uno de los chicos de la estación, Abdula, me dijo que él me acompañaría al pueblo para cambiar dinero, después de terminar su trabajo a las seis de la mañana. Fuimos en moto, me presentó a sus amigos y me quedé dos días en el pueblo. No querían dejarme marchar. Fumamos mucho. Eran casi todos estudiantes, pero alguno había que soñaba con el viaje. Los chicos tenían sus casas alquiladas y vivían con cierta independencia, con poco dinero, Abdula y otro, Kamal, trabajaban, los demás no. Eran chavales de la burguesía media, el hijo del juez, Alí, entre ellos. Ni un momento de tranquilidad, siempre encima para que lo pasara bien, intenté llamar a Mahmud Khalaf a Holanda en vano, al final estaba un poco cansado, sobre todo por no haber podido hablar más con Abdula, el más interesante de los chicos. Abdula tenía grabado en su brazo H.A.; me dijo que era Hachís y Alá, las dos únicas cosas o verdades que le habían proporcionado alegría y paz; era de Fez, no estaba muy contento en el pueblo, y deseaba salir de allí en pocos meses. Tengo que escribirle. Y, por fin, llegué a Tánger. Todo igual y todo bien. Acaba de llegar Mohamed Rayhur de hacer la “prière”.

Tánger, 26.VIII.1975, terraza del hotel *Fuentes* sobre *Zocochico*.

Por la mañana la plaza está tranquila; desde que no dejan salir vendedores ambulantes a las calles, más aún. La terraza del hotel, por la orientación de la plaza, siempre cae en el tendido de sombra. Aquí, el bullicio no muy escandaloso de la gente abajo, se está muy bien. Estoy esperando a Mahmud Khalaf y a Isabel – no sé si vendrá – hoy. Ayer hablé con Madrid, con Ángel Moreno de la *Vaquería*, por teléfono; me dijo que Mahmud estaría ayer u hoy aquí. Quedó en mandarme dinero para quedarme en Marruecos un poco más de tiempo.

Vi a Abdembi, que trabaja en un bar, cené un día en casa del hermano de Mustafá en el Charf, estuve un par de veces en la playa y, sobre todo, caminé y caminé por ahí, estos dos últimos días siempre con Mohamed Rayhur al lado. M.R. podría ser muy bien un tipo clásico de aquí. Realmente tiene la cabeza regular y esa locura es fruto claro de su antes del viaje, viaje y final del viaje. Ahora reza a Alá e intenta mantenerse sereno. No pertenece a ninguno de los dos grupos más definidos, vendedores de droga y vendedores de sexo, aunque en su lucha por la supervivencia conoce los dos de más o menos cerca. Eso no es demasiado importante. Su clave fue el viaje, la inadaptación en Madrid, un triste recuerdo del vino y la cerveza; su contacto con esa cultura soñada por tantos árabes, mucho más dura e impenetrable de lo que ellos piensan, con una formación de año y medio de escuela árabe y tres meses de francés, así como lecciones rudimentarias de cómo no morir de hambre en Europa aprendidas de quienes en el viaje fuera no habían sabido ¿triunfar? El resultado, esa especie de espíritu zocochiquesco que se aferra a la placita y sus alrededores para protegerse de lo desconocido, para vivir, si una fuerza muy superior no le arranca sus raíces, como un niño grande que disfruta las novedades normales de cada día desde su mismo rincón habitual. Tal vez el nirvana soñado por tantos.

Tánger, 27.VIII.1975, *Zocochico*.

He estado releyendo algo de *La isla*, la segunda parte, de la que Dámaso Santos Amestoy me dijo que era muy floja, y la tercera. No está muy bien editado, hay muchos errores a la hora de cortar los versos y el “¡Sin siquiera llorar...!”, que es “¡Si siquiera llorar!” Lo que me dijo Álvarez Ortega, Manolo, de que a veces se rompía el ritmo en la agrupación de versos, a pesar de que es una realidad a veces, puede estar en otras ocasiones motivado por esos errores en los cortes; A Manolo Álvarez Ortega, salvo esa advertencia, le gustó el libro. En este viaje, del que ya estoy un poco cansado, creo que volveré a Madrid rápido, he escrito dos cosas, una en Argelia, otra aquí en *Zocochico*, Tánger. No está mal. Mahmud Khalaf e Isabel no llegaron, a pesar de que había confirmadas dos fechas, el 25 y el 26. El giro que quedó en enviarme Ángelo tampoco, aunque puede estar aquí esta tarde o mañana. No me queda mucho dinero, tal vez para volver a Algeciras y poco más, pero no estoy inquieto.

Tánger, 31.VIII.1975

Mañana a mediodía salgo para Madrid de regreso. Ya estoy cansado de viaje; no fumo mucho, casi nada, porque me pongo muy paranoico y no es agradable. Esta mañana me encontré con Merche, casada con Manolo el Argentino, que trabaja en *Vandrés*, antes con María Fernanda de la Figuera, ahora sola –de los conocidos, se entiende–; nos llevamos una gran sorpresa y alegría; hacía tiempo que no la veía, sigue tan guapa; me acuerdo cuando la conocí, yo se la presenté a Manolo después de coquetear algo los dos, a mí me gustaba un poco, una noche en *Oliver*, hace mucho, de gran borrachera. Siempre nos quisimos mucho. Le regalé, dedicado, el último ejemplar de *La isla* que tenía conmigo aquí, dedicado desde *Zocochico*. El otro que traía se lo regalé a Hamid, un chico de los que venden para fumar en la plaza. Mercedes está aquí con la dueña de la galería, una mujer como de cincuenta años, debió ser guapa, ahora de esa belleza nerviosa al envejecer, y un chico muy joven, algo amanerado, que bien podría vivir con la señora de *Vandrés*. Me los presentó, tomamos algo juntos en el café *Tingiz*, charlamos un rato – la mujer mayor quería ir a China, pero tiene problemas por el pasaporte americano – y luego se fueron. Mañana van a Marraquech.

Pero por lo que estoy más cansado y con ganas de volver es por una pequeña aventura de ayer tarde. Fue algo típico de la ciudad, ya conocía su existencia, pero me dejé sorprender fácilmente; en total, me supuso unas doscientas veinticinco pesetas, quince dirhams, que no es nada, pero lo pasé mal. Dos chavales, uno de unos veinte, otro de veintiséis o veintisiete años, me invitaron por el paseo de palmeras a charlar, tomar algo, fumar un poco de kif, uno de ellos, Bab – como puerta – tenía un buen amigo en Madrid con un bar, el otro Ahmed, muy silencioso, se me parecía mucho a Abdembí. Charlamos mucho, muy bien, Ámsterdam, el viaje, fumamos el kif, no era mucho pero bien, en un café de la playa, luego en la arena, ya me comencé a incomodar cuando Bab comenzó a insistir en que me sentara contra una barca a su lado, pensé que serían miedos del fumar, luego al hablar, primero pensaba que en broma, de que había que pagar a su amigo lo fumado, que él lo había hecho con sus manos, etc. Cuando me di cuenta de que iba en serio, me puse en pie

descalzo, las sandalias no eran buenas para correr, y los llevé poco a poco hacia donde había más gente, en el paseo. Evité que me robaran lo que llevaba conmigo, y tras cierto forcejeo, muy desagradable y con gran violencia por parte de Bab, Ahmed sólo reaccionaba violentamente a veces, convenimos en el precio, primero le di diez dirhams, luego cinco más, no querían venir a *Zocochico* para discutirlo, tenían miedo de que tuviera muchos amigos allí, y me quedé solo por fin. Tuve realmente miedo de la violencia terrible de palabras y gestos, creo que un paso en falso o una respuesta desafortunada habrían traído consigo golpes, y yo soy totalmente vulnerable por las gafas. La historia duró en total un par de horas, la media hora final, de siete a siete y media, fue la de la violencia. Y su argumento era perfecto: "no has dicho no al kif de mi amigo y ahora, tú tienes dinero, él no, no quieres pagarle". Realmente, contundente; le pagué cuatro veces su valor, aproximadamente, porque no creyeron que llevara mucho dinero conmigo; me habían vendido hora y media de charla con algo de fumar, agradable, y aquel era su trabajo. No fue muy caro. Lo desagradable fue esa media hora violenta, en la que la idílica relación anterior se fue al traste; a mí, que canto incluso la delincuencia como una manifestación hermosa y coherente de una sociedad de delincuentes ocultos, me molestó o me hirió, me dolió en la cabeza ese acto contra mí, personal; pero también es normal. Lo anormal sería que me gustara que me robaran. Aunque ese era su trabajo, tal vez el único que les estuviera permitido aquí y ahora.

Y ahí estaba la clave de la diferencia entre Argelia y Marruecos; yo había captado algo, pero no sabía bien qué. En Argelia había parados, gente que te hablaba del viaje fuera, jóvenes descontentos o cansados, pero había un camino iniciado que todos, más o menos, conocían. En Marruecos, lo mismo que en Argelia pero sin salida previsible. Hablé con Madrid; parece que Mahmud está en Rabat. No nos vimos.

Mientras Boris andaba por África, en Madrid habían ido apareciendo algunas notas críticas del libro de versos *La isla*, de las que Totovski extrajo algunas frases que no hubo manera de que se abstuviera de incluir. "Es lo mínimo". En *ABC*, el 31 de agosto de 1975, Anne Leroux o Ramón Pedrós, que era lo mismo, decía que el poeta "canta a la Formentera de los hippies", y ahora, en la *Vaquería*, está trabajando intensamente "intentando formar un grupo culturalmente serio" y preparando, eso sí, un viaje al Tercer Mundo, "del que soy ciudadano 'natural'". Enternecedor. En *Blanco y Negro*, de 6 de septiembre de 1975, salió la mejor nota crítica del libro, de Florencio Martínez Ruíz, "La isla, visión de Formentera", en la que decía que el poeta "con una limpieza de salto olímpico se ha plantado en medio del vitalismo 'hippie' con absoluta pureza de tono y con un aire posiblemente contestatario de buen recibo, siempre... Es un caso más en el que el poeta viene a explicar al Mr. Jones de la canción de Bob Dylan algo de lo que pasa en el mundo. Y lo hace sin pedante sociología. Quien espere de sus poemas datos estadísticos de los jóvenes contestarios, no encontrarán apenas nada: las sombras hermosas de un velero, el recuerdo de la muchacha amada o las evocaciones de su amigo Ahmed o Peter Newman en delirio... Nuestros jóvenes amantes de la contracultura tienen ya su 'código', su pequeño evangelio..."

La esperada lectura de Antonio Domínguez Rey, que Boris apreciaba en especial, salió en *La Estafeta Literaria* de ese verano, y debió afectarle el final rotundo: "La

conciencia de la incomunicación cierra *La isla*. Es el símbolo de la imposibilidad, de la impotencia y renuncia al embrutecimiento. Se entrevé en ella, no obstante, una abertura, sobre todo en la exaltación de la existencia animal, por donde el poeta busca el tralsruhe de los valores convencionales"...

XII

NOVENO TRAMO NARRATIVO

PLEITOS Y AGONÍAS

El otoño de 1975 culminó con la muerte de Franco en noviembre. Fue un otoño caliente y excitante, que se inició con unos fusilamientos en Hoyo de Manzanares, cerca de Madrid, a finales de septiembre, de cinco jóvenes, entre ellos uno extremeño-vasco, Txiki o Chiqui, con todo un perfil de fronterizo airado. Un dibujo en *Informaciones* del 26 de septiembre de 1975, del Forges – “Forges Político” – lleva un comentario: “Es curioso cómo este chiste nos impresionó de igual manera, con ganas de llorar casi, a Moncho Dicenta, a Javier Villán, a Mariano Pastor y a mí”. Totovski cree que es forzado incluirlo. Ya lo veremos.

Madrid, 1/octubre/1975

Hoy es un día de depresión casi general, a pesar de que parece que hay altas presiones atmosféricas. La gente está triste, como asustada o cansada, tanto en el *Gijón*, donde se comentaban muchos rumores, como en la *Vaquería*, con miedo a que pase algo incontrolable; se teme a los posibles grupos que, tras la manifestación de hoy en la plaza de Oriente y la muerte de varios policías, pueden salir a la calle en son de guerra; al parecer anoche, en la Gran Vía, ya hubo incidentes violentos contra chavales con pinta progre. La gente, mis amigos, están tristes y cansados.

Al volver de Argelia, vía Tánger, estuve un par de semanas largas más sin beber nada, pues tuve una infección en un pie por alguna picadura de bicho vieja; sentía molestias ya en Sidi Sliman, pero hasta aquí no se me inflamó. Ya estoy bien. Vino Cristina Martín Poza a curarme un día. Xerocopié – me lo hizo Isabel Manzanas en *Sindicatos* – el libro “Poemas de Zocochico” para poder pasar ejemplares y participar con él, tal vez, en algún premio. Sin embargo no estoy satisfecho del todo, creo que debería retocarlo más, aunque no me siento con ganas. También revisé y recorté “Sin memoria”. Tal vez presente de nuevo en *Puente Cultural*, que es cómodo y conocido. La crítica de Florencio Martínez Ruíz en *Blanco y Negro* fue muy comentada y bien recibida. Paco López Barrios me hizo una entrevista para la tele que salió ayer a las ocho y media de la tarde. No quedó mal del todo. Antonio López Luna y René Palacios More me prepararon una escenografía en casa, con una cabeza de zorrito entre las piernas de una maniquí. Cité a Carlos Oroza, como siempre. Carlos está aquí, acaba de sacar un disco con “Malú”, música de Bonilla, y quiero

prepararle para la próxima semana una exposición en la *Vaquería* a él dedicada. Espero que salga bien. Carlos Torroba expone también ahora en *Pueblo* y le hice una "salutación" en cinco líneas para el programa. Le gustó y es el único texto, según me dijo, que saldrá.

Este año no estoy ya en la Autónoma, pero creo que podré tener dos grupos en la Complutense. Lo que quiero, sin embargo, es salir para Argelia; ayer estuve en la embajada con Saná, agregado cultural, y me dijo que en tres semanas ya tendría todo resuelto, y en un mes podría estar en Argelia; sigo muy animado. A veces me apena un poco y me da algo de miedo, pero estoy muy decidido. En la casa, en mis habitaciones, podría quedarse Mariano Pastor que, por fin, se anima a venir. Dámaso Santos Amestoy quiere hacer un libro conmigo, y alguno más, sobre la *Vaquería* hasta ahora. Yo tengo los textos que dejó la gente escritos en mesas y papeles de las paredes, pero nunca me decido a pasarlo a limpio y estudiarlos. *La Vaquería* va bien. Al fin cuadran todas las piezas al llevar la contabilidad, libros, etc. una agencia especializada. Lolo Adrada se perdía todas las facturas y nunca nos trajo cuentas hechas. Cuando me vaya, sé que queda un buen equipo capaz de llevarla bien. Estoy triste y con un estado de ansiedad curioso.

Madrid, 9/octubre/1975

Estoy en plena espera para marchar, por fin, a Argelia. Me llegó una carta del ministerio de asuntos exteriores y el Sr. Saná, agregado cultural de la embajada de allá, me dijo que para la semana que viene podrán estar aquí los papeles. Siento que es vital para mí marcharme de aquí, a pesar de que dejo mi tierra en un momento clave y esperanzador. Curiosamente, sólo algo irracional y fuerte, el terrorismo de desesperados ante la imposible participación política, ha podido hacer saltar, al menos en la superficie, un montaje con algo de irracional que para mí es casi incomprensible, sólo lo he sufrido, pero que la reacción unánime de Europa muestra claramente. Filis acaba de llegar de Alemania, de Bremen, de un congreso de historia de la farmacia, y me cuenta que, aún en aquella ciudad alemana, la reacción fue fuerte, con detalles emocionantes: una coronita de flores en una estatua de Orlando en la plaza mayor, vista por ella una noche, con una leyenda en español alusiva a los "mártires del fascismo" o algo así. Creo que la reacción del gobierno y de las fuerzas en el poder tiene que ser necesariamente positiva. Así lo espero también, porque, si no, ya no hay salida. En la casa de Libertad, por otra parte, no hay solución o, por lo menos, no tengo ganas ni fuerzas para organizar y rectificar el error inicial de la casa: la presencia de Antonio López Luna o Alaskok-ish y su mujer Paulina o Durenka. Creo que están rematadamente mal de la cabeza; procuro hasta evitar lo más posible su trato, cosa bastante alejada de la idea inicial de hacer algo en común. No quise hacer caso a amigos comunes cuando cogimos la casa, sobre todo a García López que, una noche, me advirtió que conocía a López Luna desde muy atrás y que siempre había sido un mentiroso, o falso, embaucador, egoísta, etc. Me molestó entonces. Algo similar me dijo Luisa Futuranski. René Palacios, ex-marido de la Futuranski, vive aquí ahora por temporadas, se lleva bien con Antonio, duerme en el sofá; es simpático, pero, como frecuentemente pasa entre los argentinos que están por España, algo pesado y aprovechado. Estoy, en fin, muy quemado y cansado de esta casa. Es quizás otra de las razones más o menos profundas por las que deseo, como sumergirme en el agua, el viaje a Argelia. *La Vaquería*, dentro de su mediano desorden, va bien. Y en la Complutense, un verdadero caos general en este inicio de curso.

La Universidad española, definitivamente, me ha quemado también. Tengo algunos poemas nuevos de estos días y estoy contento con ellos; pueden ser inicios de algo que va a salir.

Madrid, 21/octubre/1975

Ayer estuve en la lectura de *Puente Cultural* del chaval que ganó este año el premio, por tres a dos votos, contra mí; es un libro muy marica, pero muy atrayente; brillante, con un encanto especial de juventud y un único contenido estético. Javier Lostalé me dijo que quería que yo leyese este año, pero espero marcharme a Argelia antes de que él pueda tener fecha... Terminamos Ángel García López, Manolo Ríos Ruiz y yo en la *Vaquería*, yo ya con una borrachera grande. En esta larga espera por noticias definitivas de Argelia estoy bebiendo mucho. Tengo que comenzar una cura de alcohol urgentemente. Ayer también estuve con Eladio Cabañero en la *Estafeta Literaria* para ver las convocatorias del *Leopoldo Panero y el Boscán*; creo que voy a mandar los poemas de *Zocochico* a uno o a los dos premios. Ángel García López, que vio el libro por arriba, me dijo que le parece tan bueno que puede ser perfectamente uno de los premios grandes de este año; me prometió, incluso, pasármelo a máquina él, como él sabe de bien, pues presentarlo claro tiene cierta importancia. Estoy ilusionado con ello. El "Sin memoria", retocado y bien pasado, voy a volver a mandarlo a *Puente Cultural*, aunque no es un libro redondo ni mucho menos, sino seis poemas con vida propia.

Con Antonio López Luna ya está todo roto. El otro día vino a decirme que Ángel Moreno era de la CIA, y Durenka me dijo que lo mismo les había sucedido en Suiza y en Sudáfrica con esa gente: aparecían para molestarles, y tenían que irse. Va a denunciar a la *Vaquería* por despido improcedente, le dije que lo consideraba algo personal, y arma mucho cisco en la casa; quiere echar a Mercia y Ángel, que Mariano Pastor no venga a vivir aquí cuando yo me vaya, etc. Estamos ya bastante encabronados y, personalmente, me parece un loco por su comportamiento y reacciones. En fin, una pena.

Madrid, 4/noviembre/1975

Mañana es el juicio amistoso con López Luna; quiere sacarle a la *Vaquería* cinco meses de sueldo, más de sesenta mil pesetas, tanto como me dio a mí el bar hasta el momento; como están sin dinero y trabajo, siempre encerrado en casa, ni busca siquiera, le vendrán muy bien. Pero me parece muy mezquino. La verdad es que puede hacerle mucha pupa a la *Vaquería* si quiere, pero con buenas formas de momento espero capear el temporal. Luego, y me sorprende con espíritu revanchista o de venganza desconocido hasta hoy para mí, tomaré medidas muy concretas con respecto a la casa y a mis relaciones con él. Sus reclamaciones, además, se basan en falsedades. Lo que confirma aquella frase de Ángel, hace tiempo, cuando se enteró de que íbamos a vivir López Luna y yo en la misma casa, "Antonio siempre ha sido un mentiroso"; me da pena que esto termine como un mal drama de venganzas y actos negros, cuando más necesitados estamos de lo contrario. Sigo esperando lo de Argelia. Mientras tanto, comencé mis clases en la Complutense, sustituyendo a Alora, de oposiciones, y muy bien. Tengo, sin embargo, infinitas ganas de

marcharme. El *Zocochico* sigo pensando que está bien. Ayer cambié el último verso del poema de Palestina, incluyendo la palabra rojo.

Madrid, 20/noviembre/1975

Murió don Francisco, tras cruel alargamiento artificial de su agonía, por parte de sus allegados además, y toda la prensa y medios de comunicación del país están pendientes de temas como entierro, coronaciones, reacciones de dolor, pésames, etc. Cerramos la *Vaquería* hasta la próxima semana, y Toni Merinero, Ángelo Moreno, Tere López Artigas, Falín y Kike se fueron de vacaciones. Evitamos así complicaciones tontas, que si los guerrilleros de Cristorrey vienen o no, que si la gente va a estar muy contenta en el bar durante estos días de luto...

23/noviembre/1975

Pero todo ha sido tranquilo, más de lo que pensábamos. Parece que hubo detenciones, pero no muchas ni tantas como se aseguraba en diversos medios, los rumores. Juan Carlos, aunque puede ser un Franco II únicamente, y eso es lo que piensan los sectores jóvenes más desencantados de la universidad, es un poco el Deseado II; esperemos que nada tenga que ver con aquel nefasto Deseado I que fue el Fernando VII. La nueva etapa política que se abre no me ha cogido demasiado viejo. Podría hasta llegar a ilusionarme. Lo de Argelia se retrasa; hay cierta tirantez, ahora, hispano-argelina, que espero que se aclare pronto. Los chavales palestinos aquí me quieren mucho; son todos del ala izquierda, el llamado frente de rechazo, partidario únicamente de la lucha armada y del no pactar; creo que seré asesor de ellos para la redacción en castellano de sus textos políticos. Es una causa hermosa y viva... Me han hecho jefe de la programación de poesía y canción de autor de la facultad de Historia. Víctor Nieto Alcaide es el vicedecano para estas cuestiones, la Maruja Ruiz Trápero, también vicedecano, me lo ha pedido también, y el nuevo decano Alberto de la Hera, que conocí en Pamplona cuando estudiaba allí – se sabía de memoria la lista de papas de Roma desde San Pedro para acá-, pueden ser un equipo ágil que hay que ver hasta dónde pueden llegar. Tengo muchos enlaces con los alumnos y puede ser interesante experiencia. La próxima semana empezamos, cuando se reinicien las clases.

La oposición de Pepe Alora, Pablo Albo y Avilés (un auténtico desastre este último, realmente cabreado), a la que asisto siempre que puedo, mis contactos con Miguel Ángel García Nieto - es Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, interesante lapsus entre García Juez/García Nieto -, a raíz de un artículo que publiqué en *Hispania* sobre el comercio hispano-japonés en el XVI y XVII, y porque es amigo de Claudio Rodríguez y amante de la poesía, me animaron mucho a seguir trabajando en mi especialidad. Llevo meses sin hacer nada por mi carrera y ahora estoy animado a seguir. Publicaciones y estudio. Con Galatea hubo alarma de hijo. Fue falsa alarma y me alegré; no estoy yo para muchos trotes en eso de la paternidad. Es más, deseo no ser padre; no lo sería bien y tengo demasiadas contradicciones sexuales para desearlo. Con Filis sigo frío.

La muerte de Franco era una nueva frontera abierta de gran vivacidad, para nuevos despertares o amaneceres, pero a Boris parecía pillarle cansado y bastante obsesionado con el sur, con un nuevo viaje de huida lejos. En el verano casi toda la gente de la *Vaquería* se había ido fuera, sobre todo a Ibiza, y López Luna y Durenca se habían quedado al frente del bar, convirtiéndolo en esas pocas semanas en un antro de magia negra, con velas, calaveras y otras simbologías gótico-siniestras; no gustó nada a la gente cuando volvió de vacaciones, sobre todo al plantel vaquero más ibicenco post-jipi, modernos, por decirlo de alguna manera. Y fue cuando decidieron todos dejar de lado a López Luna y Durenca, y darle de nuevo al bar el perfil que había tenido antes del paréntesis veraniego, con música última que gustaba a todos, sobre todo roquera anglosajona y americana. Todo, con pleitos carnavalescos de por medio, agotador. El fin de semana siguiente a la muerte de Franco, se cerró la *Vaquería* también con la disculpa de una fiesta de cumpleaños, los treinta años de Boris, el mayor del grupo, todos veinteañeros. Totovski reunió un material, medio grafitero, curioso; en los carteles de cierre del bar por la fiesta de cumpleaños, la gente fue dejando frases, algunas con mensajes para colegas con los que habían quedado allí, con nuevas citas: "Sois unos cachondos", "30 tacos", "Pues... nos has jodido", "Felicitades ¡coño!", "No te burles que te endiño", "P'a anciano que va uno", "Xexu, te espero en el *Azur*" (el bar de enfrente), "Tomado nota, masho", "Ana, estoy en el *Azur*, Sose", "Arturo, estoy en restaurante *Azur*", "Rafael, estoy en el *Azur*", "Ramiro, estamos en *Casa Valdés*" (bar de enfrente), "En el 15 de Libertad, 1º izquierda, Ángelo", "Mercia: mis pensamientos están contigo más allá de las viejas ciudades perdidas en los azules valles, Ángel".

En una hoja de libro de Antonin Artaud: *Mensajes revolucionarios*, un texto manuscrito de Jaime Noguerol era un mensaje para el poeta de *La isla*: "Mi querido Boris: estoy soportando mi cabeza. No sé. Tal vez no haya que agradecer. ¡Pero qué alivio una noche torturada tu libro! ¡Qué papel luminoso secante absorbedor de mis opacos hilillos de dolor las líneas de la isla. ¡Qué beso a la llamarada!". Y el Boris dejaba esta evocación singular del Noguerol: "Jaime Noguerol, gallego muy pirado, entusiasta de *La isla*, me dejó... este papel, cariñosa muestra de su admiración por el libro; es gran amante de la música, bastante loco, y creo que debe ser muy drogado, aunque podría ser locura natural."

Totovski es, a estas alturas de la nonovela, en vísperas casi de su presentación, casi el único amanuense con dedicación completa al asunto, y gusta de desplegar lo que considera avisos de Boris, tal vez para si mismo, para su propia memoria, como un hermoso dibujo de Ramón Ramírez o un programa del recital de Hierro el 6 de diciembre de 1975 en el aula B-15 de la facultad de letras de la Complutense, a las once de la mañana. Totovski se entremece con esas reliquias, teselas de mosaico, recodo de laberinto.

Madrid, 2/diciembre/1975

Pasó el cumpleaños, treinta tacos, como decía el papel anunciando el cierre del fin de semana, obra de Falín, y pasó muy celebrado. El domingo nos encerramos amigos en la *Vaquería*, Mª Ujé y Filis y Cristina a la cabeza, Santi Rosado y Pedro Plasencia, del grupo *Decadencia de la Autónoma*, Petrus García Domínguez, el secretario de Luis Rosales en *Cultura Hispánica*, Leo, una escultora amiga, Rafa Escobedo, su hermano, Capi y otras chicas, Isabel Manzanas y otros muchos. Bebimos y charlamos, muy bien, hasta que, sobre las nueve y media serían, Filis se dio cuenta de que le habían cogido dos mil pesetas y un encendedor Dupont de plata; gran sesión de psicodrama muy divertida y molesta, cinco había que se habían medio colado, parece que uno de ellos podía ser; apareció el encendedor, el dinero se localizó, pero Filis no quiso tomarlo, todo bastante desagradable fue. Luego pasamos a cenar algo al *Cisne*, enfrente del bar, y llegaron Servando Carballar y Carmen Heiman que terminaban ese día sus actuaciones en *Pequeño Teatro con Poeta en Nueva York* de Lorca; venía Carmen con una tarta con velas, y los chicos que llevan el *TEI*, maja gente. Cenamos y luego tomamos copas en el bar. Me dieron regalos (rompecabezas, unos guantes de bombero, un librito obsceno, tabaco, obras de Gabriel y Galán -;del borde del Plasencia!-, juguetes...)

En la universidad, bien. Nieto Alcaide me encargó programar y llevar la poesía; el jueves me reúno con los alumnos a las doce para programar, y el sábado ya hay recital: Pepe Hierro, Félix Grande y Paco Brines. Puede resultar bien. Previsto: los tres del 27 aún vivos (Gerardo Diego, Aleixandre y Dámaso Alonso), Blas de Otero y Gabriel Celaya mano a mano, aprovechando que Blas de Otero prometió no actuar en público hasta que Franco no muriera, y otros dos recitales fuertes, uno de ellos con Carlos Álvarez a ser posible, recién salido de Carabanchel con el indulto último. Y todo el peso de las sesiones a llevar por los chavales estudiantes y por los profesores de la casa. Y mucha ilusión. Ya dejé en el *Leopoldo Panero* los poemas de *Zocochico*; ahora a esperar, aunque no con demasiada confianza. Y lo de Argelia, en el aire. Compuse para Pelusa otra canción, "nuestra canción", en los días de entierro de Franco y coronación de Juan Carlos. Y tengo muchas ganas de trabajar en lo mío de historia. Carlos Torroba inauguró en la galería *Pueblo*, pero en el catálogo no puso mi salutación, sino una vulgar y fea nota de Alfaro; todo se lo montaría su hermana y familia, que deben ser buenos carcas.

Madrid, 5/diciembre/1975

Mañana se inauguran los actos culturales de la facultad de Historia y Geografía con un recital de Pepe Hierro, Félix Grande y Paco Brines; estará bien. Vi a algunos chavales para programar todos los sábados un acto con poetas y cantantes de la casa; los del grupo *Decadencia de la Autónoma* están conectados, Pedro Plasencia, Santi Rosado, el Federico Losada, el Carlos Bloch, el Maura, el Teclo Villalón..., y también intervendrán; igual, Pelusa Bellosillo, que va a preparar cosas. Un chico de clase me invitó a recitar al colegio mayor suyo la próxima semana, y quiero ir con la Pelu.

Pepe Alora estuvo hoy por fin en la universidad; su oposición se declaró desierta. Pérez Villanueva, del tribunal, habló conmigo el otro día en la Autónoma e intentó justificarse ante mí, y para que se lo contara a Pepe, sobre la mala jugarreta; decía que él tenía que

salvar su cátedra, proteger a los suyos, cuando a mí el octubre pasado me dejó sin clases en su cátedra y sin importarle. En fin, las oposiciones son algo estúpido y anormal, a pesar de que yo estoy animado para prepararlas. Ayer hablé con don Vicente Rodsado; Hipólito de la Torre y yo coincidimos en el banco que dirige - el de *Crédito Pesquero* - y tuvimos una larguísima tertulia sobre la situación política. Yo tengo pocas esperanzas de algo digno. Creo que tendrá que seguir cansado y marginado. El domingo, y por primera vez con auténticas ganas, deseo ir a Carabanchel con todos para petición de amnistía. El jueves hubo reunión de PNNs. en la facultad, informó un veterano de la junta democrática y los ánimos están muy caldeados...

Madrid, 7/diciembre/1975

Hoy domingo, día triste, día de la gran manifestación pro-amnistía ante Carabanchel, he escrito dos poemas. Fui a la manifestación; muchísimas fuerzas en torno a la cárcel impedían cualquier acercamiento; mucha gente, pero no agrupada, paseaba arriba y abajo sin ningún orden. A mí me retiraron la documentación, por tres veces consecutivas me la pidieron, debo pasar el martes a recogerla a la dirección general de seguridad; no creo que pase nada, pero es molesto. He hablado ya con mucha gente que fue, el desánimo o desaliento, o algún vago sentimiento de decepción, eran generales. ¿Hay solución? Arias sigue, Fernández Miranda es figura también antigua ya, parece que nada puede cambiar, y el sentir general entre los sectores más jóvenes es de pesimismo.

El recital del sábado fue perfecto. José Hierro leyó en primer lugar. Luego Félix, la mayor parte de la lectura, poemas amorosos inéditos y recién terminados, Paco Brines al final. El delegado de Filología leyó un texto preparado para pedir la vuelta de Alberti; la mujer de Blas de Otero pidió a Pepe Hierro que, ya que él había sido preso político, un tema tan del momento, leyera el poema suyo con ese fondo, ese que más o menos comienza diciendo que desde esta cárcel bien podría verse el mar, o algo así; aplauso cerrado al leerlo Pepe Hierro y, finalmente, un alumno leyó un comunicado que terminaba convocando a todos para hoy. No hubo necesidad de coloquio de ningún tipo, fue un acto redondo y muy emotivo, a veces (el poema final de Hierro) emocionante. Subimos al decanato los poetas que actuaron y la gente que venía conmigo: los poetas Antonio Domínguez y Antonio Colinas, un portugués y Lewis el americano crítico-poeta, las hijas de Hierro - la Mariam tan guapa como siempre-, Santi, el del grupo *Decadencia*, de la Autónoma, Filis y algunos más. Estuvimos de tertulia hasta casi las tres, con Alberto de la Hera el decano, Víctor y Maruja Ruiz Trapero, los dos vicedecanos, Pelusa Bellosillo, que subió un momento con Javier, etc. Se habló mucho de política y del futuro del aula de poesía. Yo concreté una reunión nueva con alumnos para el martes, aprovechando que hay reunión de profesores no numerarios (PNN) de historia para tratar algunos temas. Estoy cansado, aunque contento también, lo de la documentación de hoy me ha creado un estado como enfermizo de espíritu. He visto en *Poesía Hispánica* "Sin memoria" y está bien.

Madrid, 14/diciembre/1975

Hoy la *Vaquería* se cierra por celebración familiar, cumpleaños de Mercia O'Brian, M^a Ángeles la de Moncho Dicenta y Capi, una chica de psicología que está ahora con Rafa Escobedo. Ayer sábado volvió a funcionar la tertulia de poesía, mucha gente, no demasiado interés, pero bien. Luego un amigo de Sechu Hermida (el abogado de Antonio L.L.), catalán que se llama Jordi y toca la flauta como los ángeles, Ángel Batres, que vive aquí con Mercia y toca la flauta también, y el propio Sechu, hicieron una grabación juntos que escuchamos en la *Vaquería* a continuación; muy bien, y se puede continuar esa línea de grabaciones de amigos para el bar.

El jueves fue el juicio con López Luna en magistratura; Sechu fue representándole; resulta que no es abogado, y el juez le soltó una reprimenda por no sé qué defectos (no ir Antonio, no llevar abogado, los términos de la demanda muy confusos, etc.) e, incluso, amenazó con multa por temeridad. Quedamos de nuevo para el miércoles próximo a las diez y media, nuestro abogado muy animado con el caso porque dice que es bonito, que nuestro bar es especial, una especie de asociación de amigos con régimen de hecho al margen de la sociedad anónima que tengamos. Yo estoy contento porque tal vez el juez nos diga lo que somos realmente. Antonio está bastante cabreado, nos dijo que se veía obligado a pasar por inspección de trabajo y que podría hundirnos, pero parece que ya no es posible eso pues tenemos a tres dados de alta en seguridad social, y el resto es trabajo amistoso. En fin, el juez me convirtió en empresario demandado, experiencia nueva para mí. La autogestión o cogestión la terminaremos de redondear para año nuevo. Tenemos ya un equipo bastante perfecto y coherente.

Lo de Argelia sigue sin llegar, y es una pena. Yo aquí estoy bien, vuelvo a beber un poco más de la cuenta, pero necesito irme. Mahmud Khalaf llegó de Damasco hace unos días; irá de representante de la *OLP* a Guinea Bissau, y parece que quiere llevarse consigo un equipo de técnicos y gente que pueda servir para ese país, y no solo palestinos sino llevar a algunos españoles amigos, un grupo bueno. ¿Cabría yo? Pero no me apetece tanto Guinea Bissau como Argelia. Ya veremos. En *Poesía Hispánica* de noviembre del 75 salieron tres de los seis poemas de "Sin Memoria", los tres más breves -"Beatriz de la noche", "Isabel" y "Alucinado, madrugada del 2 de noviembre" (mi última toma de *LSD*); quedaron bien. Pepe García Nieto me los había pedido, pues tenía pocos originales, y me los sacó en el primer número, un par de semanas después de enviárselos.

Este es el final del sexto *cuaderno negro*, ya plena movida, que Totovski ve muy bien reflejada en una carta del cuatro de copas que Boris conservó en la última página del cuaderno con esta leyenda: "Me la regaló Terele Pávez, buena actriz, aunque muy loca y desmadrada, y dice que es buena carta y trae suerte".

Una foto de ese momento tiene especial fuerza expresiva; el fotógrafo fue el joven Úbeda, sobrino de pintor y fotógrafo de ese nombre, y en ella están alineados, a la puerta del bar, "Rafa Escobedo, Falín el gallego, Davidillo Krahe el hijo de la Tere, Toni Merinero, Ángelo Moreno, Tere López Artigas y yo. Faltan Sergio y Kike." Las pintas de aquella gente fascinaban al Totovski; investigó algo, y descubrió la muerte prematura y trágica de muchos de los protagonistas, comenzando por el fotógrafo mismo, mártir de la heroína poco después. Una de las ideas de J.B. , durante un tiempo casi una obsesión dominante para él, fue la elaboración de

nuevos martirologios, desde mártires de la carretera y mártires de la droga, a martirologios anarquistas o libertarios, o mártires más genéricos de la violencia, con sus tipologías particulares – machista, policial, sexual, política, sectaria u otras – única manera de salvarse de aquella necrosis conceptual que significaban los mártires cristianos o los mártires de la cruzada que habían conseguido taladrar sus almas desde la niñez, y que saltaban por los aires desde el primer contacto directo con la realidad. Mártires de la droga podía servir como arranque, era una nueva posible tipología como descriptor de la movida que se avecinaba, que ya sentían en la calle y en el corazón.

Las entradillas siguientes ya aparecen como escritas en la Casona de Libertad 15, frente a la *Vaquería*, que terminaría convirtiéndose en sede del sindicato anarquista *CNT*, aún – como casi todo, sexo, drogas y rockanroll – en la clandestinidad.

Madrid, calle de la Libertad nº 15, frente a la *Vaquería*, y 17 de diciembre de 1975. Pronto seremos un grupo ¿cultural?, y esto puede ser muy hermoso – hoy diría divertido –. Nuestro abogado, José María Lucena, mirada profunda y brillante, uno de nosotros más, puede definirnos legalmente, darnos un nombre, él está ilusionado con ello, nosotros mucho. “Vivir siempre es mortal”.

Madrid, 1/enero/1976

Acabo de llegar, con Mariano Pastor, en coche de Sigüenza. Allí pasé, como el año pasado, Nochevieja en el pueblo, con final en el *Molino*, el bar o discoteca de Marcos López Artigas, el hermano de la Tere. Fueron unas doce horas alucinantes, como el pasado año, de fiesta colectiva, entre amigos, muy bien. Habíamos planeado, semanas antes, ir todo el grupo de la *Vaquería*, pero no se llegó a hacer; unos fueron a Barcelona, otros a esquiar, otros se quedaron aquí, así que me fui solo con el grupo de Mariano y sus amigos. El día anterior, en la *Vaquería*, había comprado estrellitas de la cara y me pasé, en plena euforia del alcohol, poniéndole estrellas a la gente. En Sigüenza fue lo mismo, pero a nivel del pueblo entero, al final con gente que buscaba al que ponía estrellas en la cara. Experiencia inolvidable de fiesta. Mucho alcohol, demasiado, me encontré con gente del año anterior; el Trece, un soldado, gente que te reconocía y participaba en tu rollo de las estrellas, Mariano y su panda muy contentos también, que saben estar animados y felices cuando es preciso. Casi a las siete de la madrugada, nos fuimos a dormir; yo hubiera deseado seguir, pero estaba totalmente agotado. Dormí muy bien. Todo el día de hoy, un sol espléndido en el pueblo, fue de resaca. Ese sentido del tiempo detenido a las cuatro de la tarde en una calle soleada y con el cuerpo débil en pleno proceso de recuperación, con una botella de agua mineral bajo el brazo, puede ser eso, inolvidable. Quiero mucho a mi gente, y cada vez está más perfilado el grupo. Estoy ahora con un poema para Noemí Mampaso, a la que conocí en *Zocochico* en Tánger, que se murió hace como un mes de un mal de pulmones. El médico decía que no tenía ninguna defensa. Con un dibujo que un día nos hizo en una mesa del bar, queremos hacer algo, tal vez un pequeño homenaje en un panel de la *Vaquería*. Conocí el otro día también a la hija del poeta leonés Crémer, Rosa, que trabaja

en el banco industrial de León, muy aficionada a la poesía, que quedó en colaborar con lo que queramos cultural del bar.

Madrid, 8/enero/1976

Debería beber menos. Creo que cada vez estoy más embrutecido. Carlos Torroba me ha regalado hoy una chaqueta del ejército americano (US Army en una solapa). Debería beber menos. Hablo peor; ¿cuántas veces repito la misma palabra, gente, rollo, etc.? No sé la salida. Soy un profesor de historia, amo mi profesión, la poesía, tantas cosas. Pero debería beber menos. Mª Ujé llegó de Badajoz, muy bien; ayer estuve con ella y con Mahmud Khalaf, que se va a Guinea; casi le envidio; ya debería estar en Argelia a estas horas. Wolfram – Lobo Corredor podría ser su traducción – vive aquí en casa.

Madrid, 16/enero/1976

Desde hace una semana, aproximadamente, estoy muy liado con Amarilis, viuda desde hace un par de años de un abogado del estado, con muchísimo dinero, vive en la torre de Valencia, y me estoy comprometiendo tal vez demasiado. Es una experiencia como antes no había tenido; el sentirse muy querido, mimado, en un tipo de relación del antiguo régimen, como el querido comprado, o algo así, que me aturulla un tanto. Puede ser un grado más de mi embrutecimiento, aunque muy halagador. Pero quizás pueda construir algo hermoso con todo esto. Lobo Corredor – Wolfram, el suizo – es otra historia curiosa. Le robaron todas las cosas, y apareció por aquí, por el barrio y la *Vaquería*, no hace mucho tiempo. Le metí a trabajar con Juan Gomila en su estudio, pero, como habla muy mal español, no sé cómo le va. Duerme aquí, en casa – también José María Moreno, muy loco, Sechu Hermida, el Tigre, hermano del Lolo Adrada, y más gente cada día-, trabajó en el bar durante las vacaciones, cuando todo el equipo estaba fuera, de viaje, y podría ser perfectamente un habitante de *La isla*. Me he hecho una cama a dos metros de altura, con un pilar-escalera para subir, que no quedó mal del todo. Ángel Batres, que vive aquí en la casa, me ayudó en el diseño. Es muy divertida. Bajo la cama quedará una habitación para colgar ropa, dormir invitados, etc. Arriba subiré libros, estantes para botellas y cosas, un perchero para la ropa, etc. Es como una nueva casa dentro de la Casona.

Madrid, 26/enero/1976

Muchas cosas pasaron últimamente, y estoy escribiendo bastante. El poema a Noemí Mampaso está colgado en la *Vaquería* desde hace unos diez días, escrito en carteles grandes en la pared; creo que más adelante lo retocaré algo. Con Amarilis, muy bien; el otro día se lo conté a Filis, casi lloró un par de veces, se había ilusionado con seguir a pesar de que ya hace más de un año que no estamos juntos, y de que íntimamente funcionaba mejor con Galatea. A Galatea le pareció mejor. Hoy, sin embargo, me dijo Amarilis por teléfono que ayer la habían telefoneado a la noche, y una chica, de hablar algo artificioso (perfectamente podría ser Filis) le había dicho cosas en cierto modo molestas sobre mí. Ya

lo comentaré... después de hablar con Amarilis sobre ello. El fin de semana pasado estuvimos en un pueblo, entre Riaza y Ayllón, Saldaña, en una casa que tiene allí Paco Alcaraz el pintor; yo iba con Amarilis, también varios amigos, y las chicas de Paco, Jeanette y Susan (que está embarazada ya a los diecisiete años largos); hacía mucho que no me sentía tan bien en el campo, leí mucho al sol, incluso jugué al fútbol... El pasado jueves hubo un homenaje en el palacio de congresos a Mahmud Sobh, muy oficial todo, pero bien de amigos palestinos y poetas. Yo leí el poema de Palestina, con otros catorce o quince poetas. Amarilis venía conmigo, mucho la mimaron todos. Marisa y Rafael Montesinos, Ángel García López, Eladio Cabañero, Antonio Domínguez Rey, Claudio Rodríguez, etc. Terminamos de madrugada por la zona del *Gijón*, cantando – con Eladio, canciones populares burras – y con muchas copas. Yo vivo, ya, mitad en la casa de Libertad 15, mitad en la de Amarilis en la torre de Valencia; ella quiere encontrar una nueva casa donde podamos vivir juntos, cómoda para trabajar también. Ya veremos qué pasa. *La Vaquería* tiene de nuevo muy mal ambiente, no sería raro que la policía comenzara a molestar de nuevo. Sin embargo, hay grupos interesantes, como unos chicos, conectados algo con los de *Carajillo*, que quieren gestionar una firma editorial, y en donde un libro mío iniciará la colección de poesía con dibujos de Ramón Ramírez. Estamos en ello.

Las actividades en la universidad siguen funcionando, aún sin presupuestos, gracias mucho a mis gestiones. El pasado viernes, tres del grupo *Decadencia* de la Autónoma, Pedro, Santi y Federico Losada, escenificaron muy bien el *Payaso de las bofetadas* de León Felipe, y por la tarde un grupo mallorquín, *Euterpe*, dio un buenísimo concierto. Ahora preparo las próximas sesiones con poetas como Caballero Bonald, Carlos Álvarez, Aurora de Albornoz, Javier Villán (que acaba de estar aquí hace un rato), Julio Vélez y, tal vez, el propio Mauro Armiño. Hablé hoy también con la mujer de Blas de Otero, *PNN* de nuestra facultad, en una asamblea que hoy tuvimos para fijar los puntos de nuestras reivindicaciones para este curso, y me dijo que podría leer en la facultad cuando se mejorara algo, pues acaba de llegar de Bilbao y no está bien de salud. El ambiente en la facultad de letras estos días está animadísimo. Asambleas, cartelones, los actos culturales y conferencias, gran actividad. Los chavales del curso tienen muchas ganas de trabajar, yo les preparo un seminario sobre historiografía, que va marchando. Algunos poetas de entre ellos se pasan los sábados a la tarde por la *Vaquería*, y nos venimos a casa a recitar poemas o presentar algún nuevo poeta. Lo malo es que el loco de Jesús Montoro y un alumno mío, Manolo, son muy pesados. Pero algo va saliendo adelante. En fin, estoy desplegando una gran actividad, y eso es bueno. Y con Amarilis me siento bien.

El desborde, en el invierno y primavera de 1976, fue total, y en el *cuaderno negro* aparecen fotos, recortes, objetos paraliterarios con cada vez más frecuencia. Sobre todo, la revista *Carajillo*, con una portada a color de un acordeonista con una pierna ortopédica, un dibujo de Juan R. Ortega, que dentro desarrollaba una historieta localizada en la *Vaquería*: “De la revista *Carajillo*, primer número que no se sabe si tendrá continuación, que hace un grupo de dibujantes, Ortega y Carlos Ceesepe, chavales que vienen por el bar”. También una serie de fotos de José María Bloch de los componentes de la editorial *La Banda de Moebius*, junto con algunas fotos de esa primavera de la *Vaquería* y de la Casona de Libertad, la casa de enfrente, en donde vivían muchos, así como la contraportada de *Manifiesto Estudiantil*, de Agustín García Calvo, en la que se publicaba una de esas fotos, la

Banda de Moebius en la cama-escalera de la Casona de Libertad, con aire de campo de refugiados. Alguna de esas fotos estaba hecha en el laberinto en construcción – tiras de papel dispuestas pendientes del techo – que diseñaron Ignacio Gómez de Liaño y el arquitecto Ángel Batres, en la Casona de Libertad, y que nunca se pudo concluir. Totovski se empeñó en incluir estas referencias, para él significativas, nuevas ventanitas abiertas a una realidad siempre entre brumas y misteriosa. Dice que son fractálicas y centrifugadoras. “Son también avisos”.

Madrid, 18/febrero/1976

Hoy llueve. La lluvia, sobre el gran patio interior de la casa de Libertad 15, crea una luz especial, buena, para concentrarse mucho. Quiero serenarme y trabajar sobre historia y sobre poesía. Con Amarilis, bien; una experiencia inédita para mí, por primera vez emparejado totalmente; casi no duermo ya en esta casa de Libertad; casi todos los días (y los que no, pocos, dan lugar a una escena de celos) duermo en la torre de Valencia, con Amarilis. Nos acoplamos muy bien, a pesar de la enorme distancia de formación y de intereses o motivaciones. Creo que el sexo nos ha unido y también una especie de contrato mutuo; yo le hablo mucho de libertad, ella de fidelidad. Pero es algo encantador y nuevo. No escribo mucho de poesía estos días, tan sólo a veces algo en lo que "no olvidarme de mi gente" es casi obsesivo. Pero encuentro una gran paz o tranquilidad, tal vez, en esta nueva vida diaria. En la Facultad, muy bien las actividades culturales, con Mauro Armiño cerca para gestionar buenos actos; cantó Gerena, por primera vez en un año no prohibido; vinieron los de la Autónoma con *El payaso de las bofetadas*; hicimos un recital conjunto Antonio Colinas, Luis Martínez de Merlo, Alberto de la Hera (nuestro Decano), Manolo Lacarta, otro alumno y yo, el viernes último, y pensamos en Celaya, Mauro, Javier Villán, Pepe Caballero Bonald, Aurora de Albornoz y Julio Vélez para un par de futuros recitales. Y estoy profundizando en historiografía moderna, con una serie de lecturas con motivo de un seminario que debo dar este curso; me está sirviendo mucho, como tema de meditación, a la vez que redacto unas notas tal vez utilizables pronto. Hoy, por ejemplo, quiero encerrarme toda la tarde con estos temas. Me he hecho de la asociación de amigos del Sahara; lo de Argelia, sin embargo, parece que no sale por ahora. De nuevo pienso en este verano visitar de nuevo el mundo árabe, conectar con los *Polisarios*. Mahmud Khalaf se irá a Guinea Bissau en breve.

Madrid, 22/febrero/1976

Estoy escribiendo ahora mucho sobre historia. He leído varios libros últimamente sobre historiografía (el de Lefebvre, bastante elemental y superficial; el de Vogt, muy centrado en Alemania y bastante "caldo de cabeza"; el de Fernández Álvarez, simple; y sobre todo el *¿Qué es la historia?* de Carr y la *Introducción...* de Bloch), con vistas al seminario mío de la Complutense este año; me disparé con el libro de Carr, y estoy con la obsesión de la "historia operativa", por llamarla de alguna forma, a raíz de los últimos capítulos del Carr. Tal vez la tranquilidad sexual, o yo no sé qué, me dan ese sosiego para pensar en mi tema profesional. Puede ser un largo ensayo, o notas sueltas sobre un asunto. En la casa de Libertad, muy regular. El Laberinto progresó lentamente; tal vez Ignacio Gómez de Liaño

y Ángel Batres, los animadores del tinglado, estén un poco cansados. La luz está cortada estos días por falta de coordinación entre nosotros, y esto contribuye al caos. Tal vez pronto tengamos ánimos para rehacer de nuevo el orden de la casa. En las actividades culturales de la Facultad, hubo un frenazo; el martes, mañana, nos reuniremos con el Decano para ver cómo se continúan. Y con Amarilis, bien. Ayer hubo pelea; las incompatibilidades son muchas, pero es bonito.

El aniversario primero de la *Vaquería* pasó sin pena ni gloria. Hay poco dinero, pero va adelante. Estuve ayer con nosotros el abogado José M^a Lucena; hablamos de una posible asociación cultural nueva que destruya la sociedad anónima, terrible fórmula económica que en nada sirve a la *Vaquería*. Entraremos, por lo tanto, en otra fase de constitución, pesada pero que puede ser muy formativa. Y caben dentro todos los amigos. De poesía escribo poco. Se me pasó lo del homenaje a Pasolini; tengo escrito el poema pero no lo mandé. Un día de estos llevaré a *Puente Cultural* el "Sin memoria", estoy esperando lo del *Panero* ("Zocochico"), y quería mandar a un concurso sobre el mar algo que tengo ya escrito. En fin, espero que este año sea bueno, "se dé bien".

Madrid, 7/marzo/1976

Llevo tres días, desde el viernes, sin ver a Amarilis, y hoy le envié por correo la segunda carta en una semana, bien raro en mí. Hay demasiados puntos de fricción, cada dos o tres días algo salta, una explosión de celos, un detalle mío mal interpretado, cualquier cosa. Y esta vez sentiría bastante una ruptura definitiva, cosa que en anteriores ocasiones no había sucedido. Creo que quiero bastante, tal vez todo lo que yo puedo, a Amarilis, a pesar de tantas cosas contrarias, la principal que únicamente en la cama o en la calle en compañía de otros me siento *feliz*? o *"realizado"*? a su lado. Acabo de hablar por teléfono con ella, y hoy no quiere salir; creo que espera una salida fuerte y pasional por mi parte, cosa que es difícil que yo pueda darle dado mi carácter ajeno a esas posturas. En fin, han sido casi dos meses de fortísimo amor, en ocasiones hasta extremos realmente escalofriantes, y espero que esto tenga una continuación más serenada, *¿quién sabe?* Habíamos encontrado una casa en la calle Profesor Waltman, planeado muchas cosas comunes, me había portado con ella como antes nunca con otra mujer, ella decía que yo era el amor de su vida, todos los amigos nos felicitaban por tanta felicidad como veían en la pareja, *¡qué sé yo!* Pero en mí pesa con fuerza el miedo al embrutecimiento, "para el tacto esta carne que albergara en un tiempo bellos sueños". Ayer le di a Ramón Ramírez dos de los nuevos poemas más significativos ("El viaje", dedicado a Noemí Mampaso, y "El mar") para que trabaje en ellos y haga una serie de dibujos, "con mucha carga de erotismo", le dije, con vistas a una posible publicación. Quedó en que para San José los tendría preparados. Y en la "Guía del Ocio", nueva revista de la semana de espectáculos de Madrid, salió un comentario de Ramón Pedrós sobre la *Vaquería*, un pequeño trabajo gracioso sobre los jipis a propósito del bar. No está mal, aunque no comprenda en absoluto el sentido de la *Vaquería*, si es que aún tiene alguno a pesar de los planes (asociación cultural, revista, etc.) para el futuro.

Este es el texto de *La Guía del Ocio*, nº 12, 8/14 de marzo, 1976. Ramón Pedrós, "Madrid Abierto. Hora décima. "La Vaquería contestataria": sólo un par de

fragmentos: "José María Carrascal, que fue premio Nadal con su novela *Groovy*, cuenta que los "hippies" murieron de vergüenza con los asesinatos del clan Manson y que el movimiento (con minúscula, y movimiento juvenil no nacional) se hizo trizas y se desintegró cuando los muchachos de la flor, el pelo largo y la no violencia comenzaron a peregrinar a Katmandú en busca de una prolífica transfusión intelectual... Unos cuantos poetas cansados de la mentira de la poesía... andaban buscando un local, unas velas, unos espejos, un tocadiscos y unas pesetas para montar su ambiente y tomar sus cosas con tranquilidad, hasta que dieron con este almacén que se alquilaba precisamente en la calle Libertad, como Dios mandaba, y al que bautizaron con el nombre de *La Vaquería*... Supongo que Boris y sus amigos de la contracultura, una vez acondicionado y lavado el lugar, dentro de lo que cabe, y una vez lleno de ese público juvenil que va allí a escuchar a Ravi Shankar, a fumar, a preparar el examen de mañana, a hablar del amor y a vivir un rato de estruendosa felicidad, le han puesto *La Vaquería* para que no se les pueda acusar de finolis e hijos de papá y juntar en una palabra los aromas del campo con la leche nutricia y generosa de la juventud que ama en la calle de la Libertad".

Curiosa perspectiva; la alusión a Ravi Shankar en la nota, como una denuncia, provocó la visita inmediata al local de la Sociedad de Autores, en su afán recaudatorio e ignorante, pues pretendían que el músico hindú había estado tocando en el local y estaban empeñados en cobrar derechos de concierto. Se los desengaño de esa imposible actuación en directo – ni que estuvieran en Nueva York – de un músico tan reconocido en aquel cuchitril, pero consiguieron imponerle unos pagos fijos por la música que estaba sonando todo el día en el bar. Totovski se empeñó en incluir esta aclaración, pues se avenía muy bien con una de las últimas acciones en las que había participado, el martirologio que titularon "Los mártires de la Sociedad de Autores"; lo acababan de presentar en primavera, y había deparado una infinidad de sorpresas, en ocasiones trágicas sorpresas. Totovski impuso su criterio fácilmente: "Es uno de los corazones de la movida que se avecinaba".

Madrid, 10/marzo/1976.

Hoy hacía dos meses que convivimos Amarilis y yo; ayer, sin embargo, una nueva escena de celos en *Cultura Hispánica* (la lectura de Luisa Futuranski), motivada por la presencia de M.ª Eugenia Arias, trajo consigo una nueva ruptura. Yo estoy fatigado; de estas explosiones sólo queda mal sabor de boca. X me dijo que ya estaba perfectamente localizado el libro en *Cultura Hispánica*; hay unos ciento treinta libros, al parecer, según Onetti, muchos de amor escritos por mujeres y calidad baja. X no va a decirles nada de mí ni de mi libro, a pesar de conocer bien a Luis Rosales, Onetti, Jaime Delgado y Rumeu. Es mejor así, pues yo confío en mis textos. Lo que no puedo calcular es cómo reaccionará el jurado ante un libro tan duro, como es el *Zocochico*. El "Sin memoria" está ya en *Puente Cultural* también; que haya suerte. Cené el otro día con Mauro Armiño y quedé en pasarle, tal vez mañana lo haga, los tres relatos (el de Ahmed, Juan y Gabriel Lis), a los que añadí un par de folios cediendo los derechos de autor al *Frente Polisario*; puede quedar gracioso y bien, pinchón, el conjunto. Si todo saliera bien, este año podía ser verdaderamente el mío. Ahora, a esperar.

La Vaquería es un puro problema, pero va bien. Si no hay un cierre de la policía, o algo así, tal vez esta primavera se pueda encarrilar muy bien. El equipo creo que sigue siendo muy adecuado y el resultado único en Madrid por ahora. Yo, sin embargo, me siento cansado también y voy a procurar dedicarle poco tiempo, y más a mi carrera de historia y a la literatura. Si falla lo de Amarilis, tardaré en ordenarme de nuevo sentimentalmente. Pero no le tengo ningún miedo a la soledad, incluso me acostumbré bastante bien a ella ya. He visto con Ángel Moreno el otro día *Midnight cowboy*, espléndida película del lumpen americano, deliciosa y en la línea de mi inclinación preferente, la ternura de los delincuentes o, más bien, de los productos de nuestra sociedad occidental. Con *La naranja mecánica*, que también vi recientemente, y la de *Easy Rider*, o como se escriba, forma un grupo coherente, inquietante, casi desolador, muy crítico y para mí fundamental de análisis. Cada vez amo más la nueva esperanza terceromundista, la destrucción del orden occidental, sea como sea, salvando sus valores de tal vez libertad y experimentación. Debería reintentar lo de Argelia. Tengo pendientes muchas cosas para hacer estos días.

Madrid, 26/marzo/1976

Hoy estuve en la cena que organizó la federación de asociaciones culturales de la Universidad de Madrid (*FACUM*), y fue otra nueva auténtica pena. Prohibieron la convocada y, como pudimos, la mitad de la gente no se enteró, nos reunimos a cenar en la calle de los Vascos, 13; estaba Lola Gaos, como siempre, Grossó, Carlos Álvarez, nuestro decano Alberto de la Hera, más gente, y los chavales que llevan la federación. Es doloroso que todavía la policía obstaculice todo esto; parece que están con más miedo que nunca - los hombres del orden y la continuidad - a cualquier acto medio democrático. Los chavales estaban tristes, un poco decepcionados, era lógico. Pero era también aleccionador el espíritu de lucha de esta gente que trabaja duro, durísimo, con problemas personales de todo tipo (niños, dinero, vivienda, todo) y que se mantienen en plena actividad juvenil, casi euforia adolescente. Yo me sentí bastante triste cuando vi que la cosa no salía bien. Ayer me arreglé de nuevo con Amarilis; dormí en la torre de Valencia. Pero me siento cada vez más ajeno, a pesar de su casi enfermizo enamoramiento, y precisamente por una cuestión intelectual; me horroriza su vida, su formación, su mundo, sus cosas y que yo pueda inclinarme, aunque sea mínimamente, hacia ello; le temo mucho al embrutecimiento por el dinero. Cada vez más creo que ella sólo puede ser buena compañera de mesa y cama. Y me aterra.

Esta noche estuvieron aquí los chicos de la editorial *La banda de Moebius*, creo que es el nombre, una curva que no tiene principio ni final en el plano. Ya les di el texto del posible libro que, con dibujos de Ramón Ramírez, saldrá a la calle en breve. Le puse un título cachondo y una dedicatoria divertida también, que bien puede pegar. Están muy ilusionados, a pesar de que no es un auténtico libro, sino más bien varios poemas reunidos. Nos han sacado la *Vaquería* en *Ajoblanco* graciosamente, en las listas de lugares recomendados en Madrid para sus lectores contraculturales - como dicen -, e iremos a radio *Centro* (con Miguel Ángel García Juez) en breve. Aún hay esperanzas.

Madrid, 29/marzo/1976

Más triste y desarbolado estoy ahora que nunca, el bloqueo es total. Con Amarilis sigo un día bien y dos muy regular, no sé bien si es posible lo nuestro; personalmente, mis reacciones son contradictorias, el desconcierto es total. Y luego la gran tensión pública. Lolo Adrada acaba de salir de casa; ayer le pegaron duro, él cree que los guerrilleros de Cristorrey, desmadrados tras el acto de Piñar. El domingo que viene se presentaba ya como de enfrentamiento de extremos, parece que la oposición de izquierda adelantó su acto al sábado, pero quién puede saber qué pasará. Yo me siento muy afectado a todos los niveles. Me gustaría serenarme. Acabo de masturbarme como un salto al absurdo más, que tan acostumbrado estoy a esos saltos. Casi le tengo pánico a los piñaristas desmadrados, nerviosos y en la calle, verdadera panda de bárbaros. Dentro de una hora llamaré a Amarilis; no tengo ganas de ir a su casa a la torre de Valencia, y si me convence para ir, mi contradicción interna, pues no lo deseo e iré, se acentuará. Tampoco quiero beber alcohol, nada bien me sienta, he engordado unos cinco kilos y puede ser, entre otras cosas, de eso. Quiero dormir. Deseo guardar mi lucidez pase lo que pase. Serenar. Mi tiempo es este, no hay otro para mí, mi tiempo es este.

1/abril/1976

"Un libro muy inteligente. Atrevido. Es de Boris. Es el que quiere que nos invadan los marroquíes". Esta es la nota, creo que literal, que tiene Luis Rosales al nº 106 del premio *L. Panero* de este año, cuyo lema y título es "Poemas de *Zocochico*", y la calificación de 2 (él califica de 1 a 5; 1 es máximo, 5 mínimo). Sólo tiene un par o tres de libros calificados con 2, y uno con 1, que parece ser muy bueno, en la presente convocatoria el mejor a juicio suyo. X es el que me lo ha mostrado; es mi espía allí, y me tiene al corriente. Parece que había un libro muy enchufado, al parecer de Carlos Murciano, pero muy malo, con lo que no había problemas con él. *Zocochico*, sin embargo, por lo de "atrevido", puede no salir, y no me causaría ni sorpresa ni pena. Pero estoy contento y seguiría firmando todas las afirmaciones del libro.

Ayer se mudó, por fin, Amarilis de la casa de la torre de Valencia a la del profesor Waltman, mucho más alegre y agradable. Dormimos ayer allí por primera vez. Con Amarilis bien, aunque me cuesta mucho aguantar su forma de ser y su instinto de posesión muy desarrollado. A veces me siento liberado cuando estoy solo. El domingo se va a Torremolinos, yo iré unos diez días después para pasar allí una semana o diez días, y luego volver a Madrid. En la *Vaquería*, a pesar de que va muy bien de gente, hay ya algún problema con dos socios (Carlos Muñoz y Mariano Lázaro, el casero), precisamente los dos que son "hombres de negocios" y que desearían ver el bar como negocio rentable. Haremos transmisión de acciones a todos, y luego tentaremos un traspaso ficticio de forma que los que están trabajando y los socios que deseen seguir con el rollo, como está, sean los propietarios del montaje. Tal vez una asociación cultural pueda servir de fórmula. En fin, sigue la marcha. Y el tiempo es primaveral y hermoso

Totovski insistió en incluir un comentario a una foto de prensa como aviso particular: "Preciosa y emocionante foto de la manifestación del 3 de abril. A mí

me pusieron morado el culo en Neptuno a base de porrazos. Del cabreo ni me dolió."

Madrid, 20/abril/1976

Llegué anoche de Torremolinos en avión (vuelo nocturno, menos emocionante que el de Argelia, pero bien). Pasé una semana con Amarilis en Playapark; creo que lo nuestro va muy en serio; esperamos niño para noviembre-diciembre, puede haber incluso boda. Estoy ilusionado, como deseoso un poco de una vida más estable (que a la vez me da mucho miedo) y ordenada. Estoy cansado ya de la *Vaquería* y de la Casona que a nada conduce. Nuevamente vuelvo al sueño del sur, de Argelia. Creo que del *Leopoldo Panero* no saldrá nada para mí; hay rumores de que se lo lleva un tal Toledano, de la *Estafeta Literaria*, que según me decía hoy Eladio Cabañero, lo necesita muchísimo. Esperemos en el *Puente Cultural* a ver qué pasa. A mí no me vendrá nada mal tampoco un dinero ahora, pues estoy bastante en bancarrota. No sé si seguir mandando cosas a premios o retirarme un poco de esos menesteres.

Esa primavera, apareció la editorial *La Banda de Moebius*, con unos logotipos dibujados por Ceesepe. Javier Villán, periodista y poeta, anunció en *Arriba* la aparición de la nueva editorial así: *Arriba*, 30 de abril, 1976. Javier Villán, "Cultura abierta. *La Banda de Moebius*, nueva editorial":

"Los inquietos afanes de cuatro universitarios acaban de crear una nueva editorial, con el sano propósito de publicar libros. Con escasísimos medios económicos, con no poco desenfado aventurero, se han lanzado a tan bella como peligrosa hazaña. El nombre de su empresa ya lo tienen, se llama la *banda de Moebius*, y el primer original también. Se trata de un libro de Boris Gudunov, uno de los poetas jóvenes más inquietantes del momento, que lleva por título "La soledad, el mar, etcétera...", con dibujos de Ramón Ramírez. Vean una muestra de lo que será el libro:

'Hay un temor oscuro, un oscuro temblor
algunas madrugadas cuando entiendes
que tu cuerpo no sirve para nada
que pueda conducirte a la alegría.
Puedo hacer lo que quiera con mi cuerpo
o más bien nada puedo hacer con mi cuerpo
que sea mío..."

"O este otro fragmento de un poema escrito tras la muerte de Noemí Mampaso, hija del conocido pintor:

'Partir para llegar a alguna parte
no es partir
es cambiar
tu silla vieja por otra que envejecerá también.
Partir es no querer llegar."

"Los promotores de esta *Banda de Moebius* explican el fundamento de su aventura en el significado del símbolo elegido: 'Es como una cinta que no se acaba nunca, pero de la que salen libros. La cosa parece una locura y estamos convencidos de que lo es'. Como segundo libro se anuncia uno de Javier Echevarría, 'Sobre el juego', del que el profesor Fernando Sabater ha escrito: 'Quien nos habla es un apasionado del juego, de los juegos. Ha llevado su pasión hasta una suerte de concentración helada y su exploración de lo posible lo ha convertido en un auténtico virtuoso de la eficacia de lo probable contra lo sin remedio'.

"Para ir poniendo al día sus balances económicos, los responsables de la *Banda de Moebius* aceptan suscripciones de mil pesetas. Una empresa cultural que nace es siempre digna de un crédito expectante. Lo mismo que cuando una empresa cultural muere es la cultura, una importantísima parcela del existir, lo que está en juego."

Madrid, 7/mayo/1976

Tras un segundo viaje a Torremolinos a buscar a Amarilis, de nuevo en Madrid. Aunque vinimos enfadados y sin hablar durante todo el viaje - me había puesto detectives privados durante su ausencia, y a saber lo que le habían contado -, ya estuve hoy en su casa de nuevo. Está cuidándose mucho para bien lograr el embarazo, muy ilusionada con un hijo mío, yo menos. Hay un infinito abismo entre el mundo de Amarilis y el mío, una constante contradicción que a veces estalla; a ella le da por los celos, de todas mis amigas tiene celos, más si sabe que antes hubo algo entre una de ellas y yo (caso María Lo, la de Gijón, Ángela, la escultora, Filis o Galatea). A mí, no sé por qué, pero es un estado de insatisfacción, mezclado con un deseo de huida (fuera de casa, a la *Vaquería*, a Argelia), que termina en un enfrascamiento total en un libro, una revista política (compro muchísimas ahora) o en un escrito. Tras la pelea fuerte el último día del sur - lo de los detectives -, me enfrasqué en un dibujo, en un escrito de un posible nuevo relato que he comenzado, cuya protagonista puede ser Nina (Amarilis), y en un poema; tras más de cuatro horas me fui a dormir, al fin sereno o tranquilo, vestido, pero desolado; al día siguiente hicimos el viaje de regreso a Madrid en el talgo sin dirigirnos la palabra, yo enfrascado en la lectura de *Cuadernos, Posible, Triunfo* y *Cambio 16*. En fin, de locos. Me ha escrito Mahmud Khalaf de Guinea y hoy le respondí. Yo estoy esperando la contestación de Argel. Hoy fui a clase a sustituir a Pepe Alora y, en vez de clase, hubo una audición de una cinta grabada sobre Vitoria, realmente impresionante; alguno de los chavales se soltó a llorar, un rasgo algo histérico pero muy elocuente. Luego estuve viendo un cortometraje sobre el Polisario. Tengo que ir más por la Facultad pues es muy formativo para mí, me mantiene bien. Además me llevo muy bien con los chavales que están deseando verme para consultarme cosas. Antonio López Luna y Durenka se han ido, por fin, a vivir a su vieja casa, aunque siguen participando en la Casona; definitivamente nada puedo yo hacer aquí, en esta casa tan grande en la que tantas ilusiones pusimos al principio. Yo le dejé mi parte, que es la de Mariano Pastor también, a Beatriz Purroy, Manel y el crío Sergio, pues pensé dejar de vivir aquí, y estar entre casa de Amarilis y casa de mis padres; conservo, sin embargo, el entarimado alto para pasar alguna noche, el cuarto de trabajo, compartido con Angel Batres, y los libros en la zona de la Bea.

Hay algunos días que pareces tocar fondo; un desequilibrio a todos los niveles te mantiene medio K.O. y surgen los poemas desalentados. ¿Cómo se puede, así, llegar a escribir una poesía afirmativa y optimista? Necesito el sur como el aire. Luego te salen esos dibujos negros, esa nueva insatisfacción, ese deseo del viaje hacia algún sitio, las uñas las tengo, como siempre, muy comidas. Y sexualmente, con Amarilis perfectamente satisfecho (al principio tres polvos diarios era muy normal, luego dos, siempre uno, en Torremolinos varios, qué sé yo), nunca otra mujer necesitaré, y así se lo digo aunque ella no lo crea, pero... Ese fantasma del bisexualismo... como una manifestación más, sin duda, de rechazo; lo he asumido bien, sé que me mantiene más asido a la contestación, que es un síntoma más de que algo va muy mal, también a nivel íntimo, reflejo del nivel exterior, social. Creo que he llegado a amar esa faceta mía, me hace estar más en la brecha, y no es nada extraña a mi no realización de la pareja. Parece justificar muchos de mis saltos poéticos, creo que me universaliza más, me inserta más en el todo que es este caos actual que debo, casi por obligación que me he impuesto, plasmar.

La Casona, Madrid, 9/mayo/1976

Ayer fue el fallo del premio de la *Nueva Crítica*. La noche anterior (me peleé de nuevo con Amarilis) Ramón Pedrós me había invitado a participar en el jurado; quedamos a comer en el restaurante *La Bola*, para informarme de cómo iban las cosas. Después de comer me fui al *Comercial* para ver a los chavales de la Editorial la *Banda de Moebius*, estuvimos haciendo los primeros clichés del libro (venía conmigo un periodista de Vigo, no recuerdo el nombre, buena gente, que es vicepresidente para Galicia este año que entra, en el premio). Y luego, a la cena, de noche en el mesón *del Conde*, frente al *pub de Santa Bárbara*, la sesión, yo no tengo experiencia en estas lides, fue cachonda y, a medida que pasaba el tiempo, cada vez más decepcionante. Mauro Armiño, Javier Villán y Manolito Vidal (creo que alguien más, pero no los conocía) se retiraron tras no aceptar sacar un manifiesto después del acto; Ramón Pedrós, Marcos Ricardo Barnatán, Luis Alberto de Cuenca podrían ser el ala moderada, por llamarlo de alguna forma, profesionalista, trepa. Por mi parte, me parecía todo divertido y nuevo. Para poesía, Ignacio Gómez de Liaño (premiado en ensayo lo suyo sobre los libros púmbleos del Sacromonte, aunque yo votaba a Tamames) y yo queríamos meter a Carlos Oroza (*Elencar*), pero salió J.M. Ullán. En relato salió Borges, muy discutida cosa, y se retiró José Luis Jover; a la hora de votar ensayo, se retiró Antonio Domínguez Rey. Luego, todo fue pura coña; yo voté a Heidi en un momento, otros a Franco, qué sé yo. Muy mal, muy mal, todo poco serio y como muy ficticio. Luis Alberto de Cuenca fue elegido presidente para el año próximo. Jover salió secretario sin quererlo, yo organicé la movida en plan de cachondeo, Barnatán se hizo cargo del asunto. Y nada más. Damasín Santos Amestoy llegó, y Javier Villán, como informadores, que qué hacía yo allí me decía Dámaso, que no era lo mío aquello, yo ya lo sé, pero no conozco esas cosas y me agrada, no muchas ganas de hacerlo en serio me quedan, sí por puro juego o divertimento... En fin, algo inútil y de comedia mala, una pena. Las cosas no van por ahí.

Madrid, casa de la Libertad, 21/abril/1976

Hoy iré a casa de Ramón Ramírez con los chavales de la *Banda de Moebius* para terminar todo lo referente al libro. El *Puente Cultural* no salió tampoco, se lo dieron al hijo de Haro Tecglen, Haro Ibars, el de *Triunfo*. Ya no mandaré más a ese premio. Lo de los premios es siempre decepcionante. Despúes de la fiesta, nos fuimos Mahmud Sobh, Ángel García López, Eladio Cabañero y yo por ahí, terminamos en un restaurante jordano y a casa. Con Amarilis estoy a lío o dos semanales. A veces no puedo soportarlo. Creo que deseo cada vez más la libertad o la independencia personal al menos. Creo que nunca podré estar emparejado. "La pareja feliz no existe", etc. que escribía hace días. Lo de la *FACUM* fue precioso, creo, yo me despisté y no asistí; luego sí, en Quevedo, corrimos un poco delante de la policía y a casa. El curso prácticamente está caput; tal vez antes de ir a Argelia este verano me vaya, una semanita o así, a Ibiza y Formentera. Tengo ganas de volver, bien solo, que lo prefiero, bien con Amarilis, si seguimos. Hay muchas cosas para estos días; hoy hablé con Luis Martínez de Merlo para presentar el libro en la galería de arte de amigos suyos; también en *Panorama*, la librería libertaria; un recital en un colegio mayor la semana próxima y qué sé yo cuántas cosas más. Al final, todo es lo mismo y la acción exterior no significa nada. "Hay que mirar adentro y ver dolor..." etc. Necesito cambiar de aires, y pienso en Argelia.

Madrid, 30/mayo/1976

Estoy prácticamente viviendo ya en casa de Amarilis, aunque en la Casona de Libertad conserve aún muchos libros y estos cuadernos. El crío que esperábamos se malogró, hace un par de días terminó de echar todo el tinglado de dentro. Me apenó un poco, pero tal vez sea mejor para ella porque, entre médicos, una mala vacuna que le habían puesto y sus nervios, tenía un mal embarazo. A veces me siento mal por lo posesiva que es Amarilis, pero trabajo mucho y tengo una gran tranquilidad que antes pocas veces tuve. Y escribo poesía, tal vez como reacción ante la situación, más desmadrada que nunca. La Casona, ya sin López Luna ni Mariano Pastor, ni yo de hecho, está totalmente abandonada, invadida de gente variopinta (Beatriz Purroy, amigos y amigas de ella, gente que ni conoces ya), muy mal. Quizá se la cedamos a Juan, un amigo libertario de siempre, para un despacho de abogado laborista y lugar de conferencias y reuniones de la *CNT*, o de gente ligada a ese sindicato. Tal vez sea una de las salidas más dignas para este piso. Estoy bastante apartado de la *Vaquería* y de los amigos de la literatura de siempre, y eso me apena a veces. Sin embargo, está a punto de salir el libro "La soledad, el mar, etc.", y tal vez dé un recital con Pelusa Bellosillo en la galería *Ágora*, una nueva con la que conecté a través de Luis Martínez de Merlo y con la que están relacionados amigos suyos (José Infante, José María Prieto...) de la nueva generación de poetas, muy del grupo gay. En fin, siento que se cierra el ciclo *Vaquería*, Casona de la Libertad, y espero que no el de lo hermoso de un vivir despreocupado y en parte libre, el de *La isla*. Sigo sintiendo que la continuación lógica para mí sería Argelia, tercer mundo y seguir en la brecha. Pero eso nuevo que es Amarilis puede ser imprevisible.

Madrid, 8/junio/1976

Hoy ha sido un negro día, el día de la bomba de la *Vaquería*. La destrucción fue total. Por la mañana temprano, a medida que llegábamos y nos veíamos, Toni, Rafa, Amarilis, Ángelo, todos... casi todos se soltaban a llorar. A Amarilis y a mí nos avisaron por teléfono cuando estábamos todavía en la cama en profesor Waltman. Todos estábamos muy tristes. ¿Era un final lógico para la *Vaquería*? Al menos, espectacular. Una pena. Me acordé de la dedicatoria del libro que esta semana puede salir a la calle en la *Banda de Moebius*; había algo de premonitorio. Yo qué sé.

La dedicatoria del libro que inauguraba la *Banda de Moebius*, decía así: “Este libro inconexo está dedicado a *La Vaquería de la calle de la Libertad*, de la que soy un vaquero más, que no vaca, cuyo techo generoso, casa común, albergó durante mucho tiempo a tantos pseudodelincuentes en un mundo de criptodelincuentes, testigos todos de la orgullosa, indispensable para la historia, vieja y terrorífica cultura occidental; con cariño y amor a los tíos y tías del rollo y el pasote, y sin rencor por el espectáculo diario de la destrucción”.

XIII

DÉCIMO TRAMO NARRATIVO

LA BOMBA Y LA HUÍDA

El último tramo de la nonovela se lo despachó a su gusto Totovski, ya que los demás parecían más preocupados por otra cosa; la Murrús andaba a vueltas con su novio Perico, preparando un nuevo material que se había traído este del norte y que parecía interesar más a la chica que las desventuras últimas de aquel jipi venido a menos que era el Boris, para ella, en ese momento. Como en las entradillas se contaba poco de la bomba, y su efecto detonador final para Boris, Totovski se limitó a recoger lo que tenía digitalizado para sus colecciones particulares de transversalidades, como él decía, sin comentarios, sin más.

Informaciones, 8 de junio, 1976. "Un bar madrileño totalmente destruido por un artefacto explosivo": Madrid, 8 (Cifra). Un artefacto explosivo ha destruido totalmente, a las 4,20 de esta madrugada, el bar *La Vaquería*, sito en la calle de la Libertad, número 8, sin que se produjeran lesiones personales. Asimismo han resultado dañadas cristaleras de las plantas bajas de los inmuebles números 7 y 8 de la citada calle. Los bomberos acudieron pocos minutos después de producirse la explosión y finalizaron su trabajo a las 5,20. La calle permaneció cortada al tráfico hasta las 6,10 horas. El local es propiedad de don Mariano Lázaro Gil, quien, a su vez, lo tiene arrendado a don Boris Juan Bravo Gudunov. Por el momento se desconocen los móviles del atentado y la identidad de sus autores."

Madrid, 12/junio/1976 (letra roja)

La prensa de la tarde del día 8, y de la mañana del 9, se hizo eco de la destrucción del bar. Lo mismo la radio en la mañana del 8. Bares como el *Limbo*, *Azur*, *Poli-Ana* y otros similares se brindaron para recoger dinero para la reconstrucción de la *Vaquería*; en el nº 6 de la calle vive un hermano de Sánchez Covisa, jefe de los guerrilleros de Cristorrey, según nos dijeron de varias fuentes. Puede ser un grupo de extrema derecha el que hizo todo. El padre de Rafa Escobedo, Marcotegui, el amigo y vecino de Ángelo Moreno, el padre de la novia de Toni Merinero, que es procurador en Cortes, y otra gente, están presionando en el seguro, el *Phoenix Latino*, para que se haga cargo de los gastos. Chavales de los que venían por la *Vaquería* recogen firmas para hacer no sé qué; otros quieren hacer grupos de trabajo. En fin, abundan los gestos de solidaridad, a veces emocionantes. Y el libro mío, sobre todo la dedicatoria, que tenía que haber salido ya a la calle, es premonitorio en algunos párrafos. Se llevaron fotos y el texto algunos periodistas de semanarios (*Cuadernos y Posible*, Javier Villán...); pueden aparecer más comentarios en la prensa. La gente está dispuesta a arreglar todo y reabrir si es posible. Yo estoy cansado. En la *Vaquería*, cuando la explosión, había un poster de "Sahara libre", otro de

los palestinos y otro de Bakunin, así como la dramática exposición de cosas (cuadros con maletas y cosas de cuero) de Alberto Jiménez, medio destruida quedó por la explosión.

Pueblo, 8 de junio, 1976.

Francisco Martínez, "En la calle Libertad, número 8, *La Vaquería*, destruida por un artefacto. La explosión se registró poco después de las cuatro de la mañana. El establecimiento estaba cerrado, y no se registraron víctimas". Fragmentos: "...Los cuatro vigilantes nocturnos de la zona, que se encontraban al final de la calle, oyeron cómo una fuerte y seca explosión se originaba en el interior de *La Vaquería*, y seguidamente una gran humareda negra cubría espesamente la calle. Un olor a pólvora se dejaba sentir en escasos metros del lugar del suceso... *La Vaquería*, nacida escasamente hace un año y medio, servía como centro cultural y de reunión; en estos momentos en el establecimiento, decorado de forma anárquica, había una exposición de pintura... Los encargados del establecimiento, en ocasiones, se quedaban a dormir en el local. Esta madrugada, por fortuna, *La Vaquería* estaba desierta."

Madrid, la Casona, 13/junio/1976

Definitivamente, Juan Santos y otros chicos libertarios se harán cargo de la Casona para montar algo de interés. El miércoles vendrán para hacerse cargo de algo, tal vez iniciar obras; a Juan ya le di las llaves. Yo sigo con mis conflictos interno-externos de siempre, la contradicción mía tan típica a la hora de elegir, aunque siempre lo haré, cada vez estoy más seguro de ello, en el sentido de la libertad, siempre aquello que pueda hacerme más libre, en un momento en que ese tema, el de la libertad, también lo tengo confuso. Estos días anteriores volví a los escritos que desde hace mucho tenía pasados, los de la historia de Juan Bravo, medio política-ficción, medio relato utópico. Y ¿qué hacer con *Zocochico* y "Sin memoria"? Aun no sé si mandar el *Zocochico* al I premio *Miguel Hernández* o no. El "Sin Memoria" creo que lo terminaré de publicar en *Poesía Hispánica* para quitármelo de en medio. Lo que estoy haciendo ahora de poesía no me gusta mucho, no me tiene muy satisfecho. Demasiado caótico, ¿podría ser un intento de "poemas libertarios"? No sé si conseguiré unificar el conjunto, llevarlo a esa mínima coherencia que en *Zocochico*, con mucho trabajo, conseguí un poquito. En la casa, con Amarilis, casi no puedo hacer nada de creación, aunque sí pasar a máquina o trabajos similares, siempre el mismo ruido de la radio o la televisión incordiando, obsesiva, de auténtica locura. No sé si hay solución, yo preferiría que todo se definiese pronto.

Argel, 15 de julio de 1976, Hotel *du Rhone*

De nuevo en Argel, tras dos días tormentosos con Amarilis y un agradable viaje en avión; con el proyecto – la introducción que empieza "Más al sur de este sur del mar y de la costa..." la escribí ya en Madrid – de un posible poema largo, "Segundo viaje a Argel".

Hablé con Saná, el agregado cultural de la embajada en Madrid, antes de venir: me dijo que fuera a ver al jefe de personal del ministerio de educación aquí. Hoy fui, pero sólo martes y viernes hay visita, así que iré mañana. La burocracia es uno de los problemas tontos de los nuevos países, así lo noto también en los chavales que conozco de aquí. Hasán, Aisha y Mohamed – el de la foto, ya policía – seguían por aquí; también Hamid, pero no lo vi todavía. Hoy iré a la playa Yamila, pasando antes por correos, para ver a los otros amigos de allí, Kadur, Habib, Samir y los demás. Llevo el bañador y el cuaderno nuevo grande, en donde quiero trabajar estos días. Mahmud Sobh me dio unos cuantos nombres de escritores amigos suyos, localizables en la rue Liberté, en el periódico *El Moudjahid*; tal vez esta tarde intente conectar con alguno de ellos. Tengo ya algunos datos para el poema de esta zona del sur del mar y de la costa: la despreocupación esencial por el tiempo diario, la permanencia o inamovilidad, unido a ello la indolencia feliz, de agresividad heredada, qué sé yo qué más.

Argel, 16.VII.1976

Hoy estuve en el ministerio de educación, vi mi dossier y mañana, de madrugada, iré a Orán para ver al director del departamento de español de esa Universidad. Podría ser “assistant”, algo así como adjunto o agregado, creo. Pero mis amigos actuales de aquí son de un mundo muy diferente, el pueblo sin más, con sus problemas de trabajo y satisfacción o insatisfacción. Al tomar un taxi para ir al ministerio, dos señoras, con sus increíbles vestidos tradicionales, pidieron permiso al taxista para ir en el mismo coche, pues iban en esa dirección; yo, encantado. Al bajar, una de ellas, cara ancha y extrovertida, para darme las gracias me llamó “camarade”; nada más bello para mí que esa denominación, que respondía sólo a que yo me sentía feliz. Es un espectáculo tomar un taxi; a pesar de que nadie tiene prisa ni concepción de urgencia de tiempo, todos se cuelan, discuten, hablan. Luego resulta que nada de eso es serio; las dos señoras habían llegado las últimas, querían llegar y no sabían el camino, de ahí su urgencia por el taxi; cuando yo, encantado, les dije que no me importaba que fueran en el mismo, felices; luego le dieron al taxista, por una carrera la mitad que la mía, cinco dinares, tanto como la mía costaba por el doble de trayecto. Para ellas no era más trayecto o menos, qué sé yo, sino un coche que las llevaba a donde querían ir, sin saber dónde era, y su valoración en dinero era justa. Es difícil de explicar, pero ni tiempo ni dinero importan, y si tú eres normal, amigo, eres camarada, si no, no te entenderán ni les interesarás; así de simple. Y es una gente espléndida, amable, elemental, hermosa, “yo debo querer estar aquí” o “yo quiero debo estar aquí”. Por primera vez no seré comprado por dinero o por interés, sino conquistado en un acto libre mío por el corazón y la cabeza, una puerta abierta a la esperanza. Pienso, medito mucho estos días sobre asuntos o cosas muy dispares. Una de esas cosas, la necesidad de algo más que el trabajo y las necesidades elementales cubiertas. Más allá de esto, ¿es la cultura, sus manifestaciones, arte, música, libros, tertulias, también deporte, qué sé yo, lo único conseguible o hay más? Algo psicológico a estudiar, más plenamente individual, entra en juego, que yo veo aquí favorable, a pesar de tantos signos contrarios – una pelea que acaba de pasar frente al hotel, Hasán y yo los que la interrumpimos – que parecen entorpecer el juego, pero no. Este grupo humano, creo que tiene un camino expedito hacia la felicidad, falta la fórmula ordenadora. ¿O tal vez sea que siento que yo puedo ser feliz aquí? Espero que no sea sólo esto.

Hoy no es un día de sol deslumbrante, sino de sol de nube y bochornoso. Hace bastante calor. Decía hoy un chico, “Paris nous attire comme la fleur attire l’abeille”, creo que era así, París nos atrae como atrae la flor a la abeja. Es clara herencia del pasado. La revolución triunfante debería de cambiar los términos: “nuestra tierra nos atrae... etc.”, y eso será, tal vez, lo que haya que conseguir, lo que logre un buen gobierno. ¿Y que hay en un lugar que atraiga? El punto a meditar seriamente. A nivel personal es lo mismo: ¿qué esperan de mí?, ¿qué buscan en mí? Y no estoy hablando de algo a niveles personales, fácil de resolver, sino a niveles sociales. Es algo simple, y de gran complejidad a la vez. Ayer estuve en playa Yamila, en la Madrague, y sólo vi a Habib y a un par de chicos más de los “maître nageur”, como ellos dicen, vigilantes de las zonas de playa; Kadur estaba en el servicio militar; Samir, no sabían. Fue prácticamente mi primer día de sol, hoy estoy todo rojo, Habib me buscó aceite, subimos a una barca de amigos, luego a la motora del grupo de vigilantes, caminamos por allí..., todo sigue igual; pocos turistas y ese bullicio tan particular por todas partes. El sol se come mucho los colores y reseca personas y objetos.

Orán, 19.VII.1976, hotel *d'Europe*

El sábado llegué en tren a Orán y, tras un día en el hotel *Majestic*, muy bien de todo pero algo caro para mi presupuesto, me instalé en el hotel *d'Europe*. Son días tranquilísimos con momentos de exultación terciermundista que aprovecho para aclarar mi camino. Hoy estuve en la Universidad, pero como el director del departamento de español estaba fuera, quedó el jefe de secretaría en localizarle para el miércoles por la mañana, y que tuviera una entrevista con él. Estoy contento porque todo me pareció muy favorable, y yo deseo con firmeza olvidarme para siempre del mundo occidental, iniciar mi nuevo camino aquí con un tiempo largo por delante. Y no estoy estúpidamente deslumbrado, sino muy consciente; ayer hablaba con un matrimonio español que trabaja aquí – el marido – con la *Estándar Eléctrica*, y me contaban, con oscuras palabras fruto de su propia experiencia negativa, su inadaptación aquí; me pareció penoso que por dinero – ahora tienen mucho dinero, pero no pueden sacarlo –, sólo por dinero, estén pasando esta, para ellos, mala experiencia. Lo mío es mucho más especial, raya a veces con el entusiasmo ciego mi decisión, pero no he perdido la lucidez, y el reto de este país en construcción es impresionante y atrayente. No obstante, esta semana casi, aquí, ha sido de un reposo excesivo, parte por mi provisionalidad aquí, parte porque me recluyo con frecuencia y el dinero que tengo no da para mucho; no es hora tampoco de iniciar enlaces o conexiones con personas o instituciones que me puedan interesar. Antes debo asegurar mi venida aquí.

Curiosamente, lo que más me preocupa de todo es Amarilis; aquí ella no sólo no se adaptará sino que hará que yo me sienta regular, no a mis anchas para, por ejemplo, participar en las expediciones del *volontariat*, preparar viaje a Tamanrraset y el Sahara, conectar con los *Polisarios*, entrar de lleno en una ciudad, Orán, que ya deseo que sea la mía... Hoy, en esos autobuses abarrotados, incómodos, calurosos y olorosos, soñaba con la nueva edad – tan diferente, supongo, de la predicada por López Luna – y el hombre nuevo, solidario y libre, me sentía empujado a participar en su creación – a pesar de mi contradicción interna – tal vez la obra cultural más importante que se me haya puesto nunca delante. Me sentía profesor en Madrid, de temas tan vivos como el mundo colonial y el tercer mundo, muerto. Profesor aquí, de una asignatura cualquiera sobre nuestra historia española y su belleza, vivo, edificando una cultura nueva sin tanto lastre – aunque mucho –

como lleva la nuestra, hoy amarrada a Europa occidental y a Norteamérica, en un acto final de pérdida de identidad; y eso que sé poco del programa Suárez, aunque me lo imagino, y no dejo de dudar que sea mejor que lo anterior: no hay solución. Llegaba a pensar, incluso, en convertirme en argelino, un acto simbólico más como el juramento de no cruzar los Pirineos, pero definitivo; un eslogan resume escuetamente, aunque con imperfecciones, un planteamiento general más amplio. En fin, preparado estoy para descubrir el sur, luego el sur del sur soñado. Me decía Saná en Madrid: “¿Y si no encuentras lo que buscas?”, y yo, “No importa, no pasa nada”. El viaje es lo que importa. Y no perder la coherencia y la lucidez.

En el último repaso previo a la presentación de la nonovela azarosa, fue la Laurita la que llamó la atención de todos los amanuenses sobre este algo delirante texto, que culminaba en el pensamiento o deseo apuntado de “convertirse en argelino”, tan fronterizo. “Esa es la figura del muladí, que luego J.B. tanto había de utilizar en sus investigaciones de profesor, ¿no os dais cuenta? El hombre de frontera, el renegado, el tránsfuga, el exiliado, el huido”. Pero ya casi nadie parecía hacerle caso; aquello estaba a punto de concluir y todos tenían la cabeza en otra cosa ya; Totovski estaba más preocupado porque aceptaran una amplia selección de textos sobre la bomba de la *Vaquería* que por otra cosa. Sólo le pusieron la condición de que los graduara para que no resultara un peñazo.

El País, miércoles 9 de junio de 1976.

"El club '*La Vaquería*', destruido por una bomba: Personas desconocidas provocaron en la madrugada del martes una explosión en el interior del club *La Vaquería*, situado en los bajos de la finca número 8 de la calle Libertad. Los autores del atentado utilizaron un artefacto de considerable potencia que causó daños cuantiosos y destruyó totalmente el establecimiento. Rafael Escobedo, propietario del local, declaró ayer tarde a un redactor de *EL PAÍS*: -El establecimiento cerró a las dos de la madrugada. Dos horas y cinco minutos después, ya había ocurrido todo. El explosivo fue introducido por un hueco de unos diez centímetros, por debajo de la puerta de entrada. La explosión fue muy violenta. La puerta del local voló por los aires."

ABC, 9 de junio, 1975.

A. Semprún Guillén, "Cuatro de la madrugada, en la calle de la Libertad. Cafetería madrileña destruida por la explosión de una bomba. Se desconoce la identidad de los autores, que emplearon un 'plástico' y causaron daños por un millón de pesetas". Fragmentos: "Las investigaciones realizadas por los equipos especializados de esa Dirección General (de Seguridad) han descartado la posibilidad de un accidente, determinando que la explosión fue causada por un artefacto, posiblemente fabricado con el explosivo plástico conocido como 'goma', en una cantidad aproximada de un kilo y medio... La onda expansiva fue tan fuerte que arrancó de cuajo la puerta, lanzándola contra los inmuebles de la acera de enfrente... *La Vaquería* pertenece a una sociedad anónima del mismo nombre, de la que es presidente don Rafael Escobedo Muñoz. El local es propiedad de don Mariano Lázaro Gil, quien a su vez lo tiene arrendado a don Boris Juan Bravo Gudunof. Se trata de un club bastante conocido en ciertos ambientes juveniles y que tenía una nutrida clientela. En algunas ocasiones la Policía efectuó redadas en el mismo,

aunque en ningún momento procedió a su cierre. Hemos mantenido una conversación telefónica con don Rafael Escobedo, en la que nos ha informado sobre el alcance de los daños causados en el local: -Yo calculo -nos dice- que las pérdidas materiales se elevarán a cerca de un millón de pesetas, ya que el bar, aunque estaba decorado sencillamente, ha quedado completamente destruido. Tan solo se ha salvado un cuarto que utilizábamos como almacén y oficina... - ¿Sospecha usted quiénes han podido ser los autores del atentado? -No; hace aproximadamente un año recibimos una amenaza telefónica, pero los autores no se identificaron. Sin embargo, le puedo decir que hace dos meses nos llegaron de forma indirecta algunos rumores sobre la posibilidad de que se perpetrara un atentado contra nuestro local. -¿Piensa abrirlo de nuevo el público? -Esto es algo que tenemos que consultar con el resto de los accionistas. No le puedo responder con seguridad."

Triunfo, 19 de junio, 1976.

Diego Galán, "Atentados. *La Vaquería y Alberti*:

Fragmento: "La madrileña calle de la Libertad (les aseguro que hay nombres de este tipo. En otro rincón de Madrid aparece una calle "de la Amnistía"), hay -había- una serie de locales que variaban desde el exquisito del canapé con televisor en color hasta el más asequible de hamburguesas y cebollita con música de tocadiscos a duros, hasta desembocar en el más insólito, entrañable y peculiar de *La Vaquería*. Si algunos periódicos han comentado lo extraño del público (gente joven y "progre", según dicen), olvidan señalar que los precios de las consumiciones de *La Vaquería* eran los más lógicos y asequibles de Madrid, y que alrededor de una exposición de pintura, de unos carteles murales espontáneos, de una música gratuita y bien elegida, se reunían todos aquellos que no tienen dinero para elegir lugares exquisitos donde a lo mejor se discute y se paga la preparación de bombas... Estudiantes, trashumantes ociosos, trabajadores de lugares cercanos, atávicos de modas de hace cinco o diez años, visitantes del lugar (cerca hay una academia de baile, un cine de arte y ensayo), encontraban en *La Vaquería*, por el ambiente cotidiano que determinan unos precios legales y decentes, una familiaridad democrática que, de verdad, hacía pensar en lo que podía ser Europa..."

"Y esto, claro, ha cabreado a los desconocidos habituales que colocaron a las cuatro de la madrugada una bomba eficacísima que destrozó absolutamente *La Vaquería*, con tal exactitud que ninguno de los pisos vecinos (se trata de un barrio viejo) quedó tocado por la onda expansiva. Sus dueños (eran doce amigos que habían reunido sus ahorros) no pueden volver a abrir local alguno, y *La Vaquería*, al parecer, desaparecerá..."

Arriba, junio/1976.

Javier Villán, "Cultura abierta. *La Vaquería*, dedicatoria póstuma:

(foto): "La escena tardará en repetirse, porque *La Vaquería* ha volado, estallado, reventado por los aires hace cuatro días, sin que hasta la fecha nadie haya dicho la dinamita era mía. Y una voladura es un hecho triste que hace meditar. *La Vaquería*, que pudo nacer como un intento cultural de no corto alcance, era un amigable centro de reunión, un público establecimiento sin discriminaciones y englobador. La escena esta, la de la foto, ya no es posible, pero quedará como contraportada del último libro de poemas de Boris Gudunov, que ha editado *La Banda de Moebius*. Gudunov es uno de los ideadores del alocado programa cultural, ético,

contracultural, etcétera, que a trancas y barrancas iban cubriendo. El libro aparecerá en la próxima semana y Boris, que aparece en el centro de la foto, le había puesto una dedicatoria que ha resultado premonitoria. Cosas de los poetas, que se adelantan a los acontecimientos. "La soledad, el mar, los viajes, un aniversario (y) varios muertos (con hermosísimos dibujos de Ramón Ramírez)" quedará ya por siempre dedicado "a La Vaquería de la calle de la Libertad, cuyo techo generoso, casa común, albergó durante mucho tiempo a tantos pseudodelincuentes, en un mundo de criptodelincuentes, testigos todos de la orgullosa, indispensable para la Historia, vieja y terrorífica cultura occidental... Con cariño y amor a todos y todas del rollo y el pasote y sin rencor por el espectáculo diario de la destrucción".

Cuadernos para el diálogo, sábado 3 de julio, 1976.

Informe: "Excursionistas del castigo"

Fragmentos: "La intensificación de las 'excusiones punitivas' llevadas a cabo por los grupos de ultraderecha del país -más o menos identificados- han alcanzado, con los últimos meses, grados de actividad realmente alarmante... Los ciudadanos, por su parte, intentan organizarse para defenderse de estos comandos sin rostro aparente. Y redactan cartas al Rey y al Gobierno, pidiendo el castigo de los culpables y la localización y desarticulación de las bandas, o se lanzan ya a la calle en manifestación. Los habitantes de *El Antiguo* donostrierra han pedido permiso para protestar pacíficamente el día 3 de julio por las calles de la ciudad. Los vecinos del barrio madrileño de Usera ya respondieron con gritos y pancartas ('Sí a la cultura, no a las bombas') a la destrucción por bomba de su club juvenil. Por cierto, que dos presuntos autores de este atentado han sido detenidos y puestos a disposición de la autoridad judicial. En la misma semana volaba también otro club, *La Vaquería*, en la madrileña calle de la Libertad, lugar frecuentado por jóvenes progresistas; y apareció quemado, primero, el coche de Blas Piñar (¿una provocación ultra?), y después el de Tamames, mientras de Santander llegaba la noticia de la proclamación de un grupo con sigla de bebida refrescante (CAS), Campaña Antipornográfica Santanderina, que amenazaba a los quiosqueros por vender revistas consideradas obscenas por este grupo..."

Recuadro: "Las siglas del 'Terror blanco': En los últimos meses el terrorismo de ultraderecha ha dejado inmortalizadas las siguientes siglas:

ATE (Antiterrorismo ETA)

GCR (Guerrilleros de Cristo Rey)

CMP (Comité de Moralidad Pública)

CSN (Comité de Salvación Nacional)

AAE (Alianza Anticomunista Española)

OVA (Organización de Voluntarios Antiterroristas)

CAS (Campaña Antipornográfica en Santander)

CAM (Campaña Antipornográfica en Madrid)

GASS (Grupos de Acción Sindicalista)

PENS (Partido Español Nacional Socialista)

GV-ER (Grupo Vaso-Español de Represión, Comando Carlos Aguimberri)

Madrid, 24/julio/1976

Llegué en avión hoy después de comer. Amarilis no estaba en la casa, así que me fui, con maleta y todo, al *Gijón*. Allí estaba Pepe García Nieto; luego llegó Enrique Azcoaga y Eladio Cabañero; luego más, y Manolo Álvarez Ortega. Con Pepe García Nieto me desahogué sobre mis proyectos futuros en Orán; hablamos mucho de Argelia y del inicio de mi viaje al sur. Llamé a Juan Luis Recio, de los *Moebius*, y me dijo que me llevaba libros al *Gijón*; el libro *La soledad, etc.* quedó precioso; todos, menos uno, los dediqué sobre la marcha; a José Luis Prado Nogueira y a Paco Arias también, en *La Estrecha*, donde jugaban al dominó. Muy contento; parezco algo novato en eso de ver el libro impreso, uno nuevo, que bien llevado por los *Moebius* puede pegar. Juan Luis Recio lo dejó ya en lo menos treinta librerías, y mañana van al Rastro. Por el *Gijón* aparecieron Beatriz Purroy y el crío Sergio, y Carlos Torroba. A Carlos le di un botellín de vino de Mascara que compré en el avión, y se quedó muy feliz. Realmente estaba exultante con el libro. A ver qué me dicen mañana los poetas. Juan Luis Recio me dijo que muchos libreros, casi todos, me conocían -¡asombroso!- y que los de la *Antonio Machado* se ofrecieron para que lo presentara allí. Los de *Panorama* quieren quinientos para distribuir ellos. A lo tonto, a lo tonto, puede pegar. En si, el libro es algo torpe pero precioso, los dibujos de Ramón Ramírez muy bien. Es un auténtico objeto bonito.

...Estoy ahora en Madrid y hay muchas cosas pendientes, una de ellas reabrir la *Vaquería* pronto. Mañana hay mucho trabajo.

ABC, domingo 1 de agosto, 1976.

Ramón Pedrós, "La soledad de...". Fragmento: "El libro se llama *La soledad, los viajes, el mar, la amnistía, varios muertos y un aniversario con hermosísimos dibujos de Ramón Ramírez*. Pero no importa. Es un libro hermoso (inconexo, lo llama Boris) y tan nostálgico como los mundos entrevistados en esos viajes alrededor de la angustia que se hacen montados en el pedal de la soledad. Pero la soledad suele tener dos pedales, o sea, que es una bicicleta, y en ella se fotografía Boris cada vez que se va a lavar los dientes para escribir un poema de comunicación. En la contraportada hay otra foto. Está Boris, entre dos motocicletas, a la entrada de *La Vaquería* que, como su nombre indica, fue un santuario medio contestatario y medio filarmónico donde los ritos de la contracultura adquirían sabor a miel. Una miel curada con el humo de la gran fogata a cuya lumbre se han dicho las últimas palabras verdaderas. Boris es un vaquero más. Pero ahí tenía mando y ejecutoria de oficiante de las veladas de la destrucción. Por si faltara un símbolo, *La Vaquería* estaba en la calle Libertad, que sólo tiene el derecho de venir con mayúscula... Yo creo que Boris tiene mucha razón cuando escribe en el mejor verso de este libro: 'Es un error perder la juventud'".

Madrid, casa de Valencia 24, 3/agosto/1976

Nada más llegar a Madrid, me encontré con el libro *La soledad... etc* en la calle. Me lo trajo al *Gijón* Juan Luis Recio, un *Moebius*, y ya allí repartí bastantes ejemplares. Enrique Azcoaga me envió un soneto por correo a los pocos días; Pepe García Nieto me dijo que

algo iba a escribir. Manolo Álvarez Ortega, siempre duro al enfocar la poesía ajena, me dijo que le había gustado, sobre todo el poema el mar, que era muy bueno. Lo mismo García Pabón; se lo di también a Buero Vallejo, a algunos pintores y muchos amigos, como los jueces, Carlos de la Vega y Luis Burón. Ramón Pedrós sacó lo del *ABC* sin saber que la *Vaquería* había sufrido atentado de los guerrilleros de Cristorrey; el otro día se lo dije en *Cultura Hispánica*, cuando había entregado ya el trabajo, y se quedó pensativo y un poco preocupado; ¿pensaría en sus jefes Luca de Tena? Y Javier Villán, esa preciosa carta del *Arriba*. A los amigos les gustó mucho, algunos se saben trozos de memoria. La dedicatoria encantó a los vaqueros, chicos y chicas de las más variadas procedencias y profesiones, grupos que frecuentaban el bar. Los *Moebius* están encantados, piensan vender toda la edición; distribuyeron por unas treinta librerías, sobre todo progres, y quieren llevarlo al Rastro y, a través de amigos-distribuidores underground, a toda España; y en la universidad, y en los actos culturales libertarios, me ha dicho Juan, el de la librería *Panorama*. Querían hacer una presentación ambiciosa, con un libro del sindicalista libertario Gómez Casas sobre la *FAI*, y qué sé yo cuántas cosas más. Yo los dejo ir, y me emociona el asunto.

El jueves 5 me voy a Asturias, por fin con Amarilis, tras tormentosos días (está de nuevo embarazada de dos meses), en tren. Con Gomila tal vez haga algo en Gijón. Pelusa se apuntaría a ir desde Soria. Y tal vez algo saldría de la caja de ahorros de Oviedo. El viaje definitivo a Argelia cortaría un poco todos estos proyectos, pero todo se andará. Llevo unos días, sin embargo, muy volcado en el libro y los amigos, siempre con uno a mano para hacérselo llegar. También en la *revista del Bollu* de Arriondas salió una entrevista, del chaval de *La Fortuna*, Miguel Ángel Somovilla, que antes había salido en *La Nueva España*. Entre las cosas de la bomba y el libro, llevo unos meses de prensa que es un auténtico boom; sin embargo, al final es mera nada, cosa de niños, divertimento que me aporta poco de afirmación, aunque a veces ilusione. La salida de aquí me hará mucho bien, iniciar un nuevo ciclo más claro, y debo retomar la lucidez y la coherencia.

Madrid, 20/agosto/1976

Unos días en Madrid, tras el viaje a Asturias para la boda de mi hermana Elena y Jorge del día 13. Casi todo el tiempo estuve en Gijón, con Gomila y muchos amigos de allí; los de las librerías *Musidora* y *Paradiso*, los chicos, con Antonio Bonet a la cabeza, del stand *La nube* de la feria de muestras, una especie de puesto jipi, que se enrollaron con mi libro y vendieron muchos, chavales poetas de Gijón que me dejaron algunos escritos suyos, con el inefable José Luis Rúa, al que había conocido en la Casona, aquí en Madrid, cenetista muy querido en Gijón, toda una institución. El domingo saldremos para allá otra vez, pues el miércoles hay recital.

Madrid, 20/agosto/1976, calle Valencia 24

Estoy leyendo *Vida en claro* de Moreno Villa, libro que compré en Gijón, en la deliciosa librería *Paradiso*. *La arboleda perdida* de Alberti y *Confieso que he vivido*, de Neruda, fueron dos sugerentes títulos que leí con placer el pasado curso; este de Moreno Villa es

muy sugestivo también, cosas que ya conoces, muchas de ellas, juicios agradables, confesión de vida. Tal vez por estos cuadernos me atraen más, pues a veces considero estos, ¿siete ya?, míos un mero ejercicio contra la pérdida de la memoria, y como a modo de acopio de material para un futuro escrito autobiográfico total, consultable por historiadores (?), escritores amantes de lo más anecdotico y lo menos, y hasta psiquiatras y sexólogos. La plasmación por escrito de una realidad viva, destinada a la disolución y dispersión por los aires.

Aquí, en Madrid, estoy preocupado ahora por la financiación de la reapertura de la *Vaquería*, la marcha a Orán y la huida en el asunto Amarilis, verdadera obsesión última mía, no puedo soportarla ya ni tres minutos, el novena por ciento de nuestro tiempo juntos, al margen de la cama, hablando de "nuestra unión", posesiva hasta límites enfermizos, enferma también de la mente, auténtico problema de supervivencia, cuestión de vida o muerte para mí en estos momentos el que me deje en paz. Dice que espera niño de nuevo, casi tres meses, y mi respuesta es simple: si quiere, un padre de papeles, matrimonio incluso por poderes, o mejor aún por poderes, y desaparición para siempre por mi parte. Pero ella quiere otra cosa: que el crío produzca el amor que ella desea y según ella imagina que debe de ser, en mí. Y eso es imposible y, más aún, si fuera posible yo no lo desearía para mí. Soy muy bien y a mi gusto como soy. Nuevamente el sueño de Argelia, la huida, para no embrutecerse o morir, preside todo.

Madrid, 31/agosto/1976

Ayer llegamos de Xixón Juan Santos y yo en el coche-furgoneta amarillo que usa para su trabajo en la distribuidora *Panorama*; Juan es uno de los pocos ejemplos vivos que conozco del hombre del "nada tengo ni nada quiero", soñado en *La isla*; cenetista, buen libertario, es mi heredero de la Casona de Libertad 15. Tanto el viaje de ida como el de vuelta fueron agradables, casi sin luz, el capot del coche algo averiado, sin rueda de repuesto, los limpiaparabrisas averiados también en plena tormenta, qué sé yo, con frenos flojos, una auténtica locura. Y en Xixón, con Rúa en acción, un contacto bastante positivo con los libertarios y ácratas, sobre todo en el homenaje a Quintanilla en pleno campo -la carvalleda- y con lluvia, pero encantador. Gomila y Mieres pintaron un gran mural como telón de fondo del acto, que quedó muy bien; los de *Panorama* vendieron libros (yo había hecho un viaje relámpago a Madrid en un camión cargado de cacahuetes con un tal Pedro Medina, muy interesante tipo, y con Javier Canteli, muy aficionado a la fotografía, amigo de Gomila, y me llevé muchos libros de *Ruedo Ibérico* a Gijón), firmé también de los míos, bebimos sidra, hablaron cenetistas, entre ellos Rúa..., y todo muy bien. Los libertarios me caen muy bien, la anarquía o sin gobierno lo comprendo muy bien también... A los poemas de *Zocochico* creo que los subtitularé "primer ensayo de poemas libertarios".

Pueblo, 27 de agosto, 1976.

Dámaso Santos Amestoy, "Cultura y sociedad. *"La soledad, los viajes, el mar, al amnistía..."*, de Boris Gudunov. Un evangelio de la marginación".

"*La soledad, los viajes, el mar, la amnistía* se llama el último libro de poemas de Boris Gudunov, que, pese a haber aparecido en verano, ha causado tanto

desconcierto como sensación en los medios literarios. Lo insólito del pequeño volumen comienza en la propia editorial que lo publica, *La banda de Moebius*, aventura a la que, si bien por aproximación, vamos a llamar contracultural (que se decía antes), y que es una ramificación de la Prensa "underground" madrileña (*Carajillo*). El autor, uno de los personajes más entrañables del Madrid "otro", santo vivo y venerado ya por la minoría marginada, por los drogadictos de música *pink floyd* y *rock* vallecano, escribe de sí mismo en una a modo de biografía: 'Nací asturiano y sagitario, hace treinta años, cuántos ya, y nunca me arrepentiré de haber nacido. Los veinte primeros años de mi vida los pasé entre libros y estudiantes en diversas ciudades españolas. A los veinticinco años había terminado mi tesis doctoral de Historia sobre un tema raro del mundo colonial en la Edad Moderna (Extremo Oriente, Japón); era ya *P.N.N.* Ahí sigo. Tal vez alguien recuerde cuatro cursos de seminarios sobre Extremo Oriente contemporáneo (China de Mao). Perdí el miedo a nuestra historia más actual y formé un criterio crítico sin trabas, y valorativo incluso, de nuestra "brillante civilización occidental". Acabo de jurar, y por escrito, no cruzar los Pirineos".

"Gudunov quedó finalista en el *Adonais* de hace dos años. De aquella anécdota resultó un libro que se llamó *La isla* y sembró el primer desconcierto. Lo que los críticos acertaron a decir, no pasaba de que la poesía de Boris Gudunov producía 'una sensación de frescura'. El libro, pese a lo que suele ser habitual, se vendió no precisamente entre los poetas, sino entre un público nuevo, juvenil y no muy frecuentador de la colección *Adonais*. Lo peor de aquel libro era que el poeta estaba demasiado impregnado de los residuos del lenguaje ya consumido de la llamada 'poesía social', y ello no dejaba de estar en contradicción con el material experimental, teórico y práctico, acumulado a lo largo del camino de aquellos años sesenta -que el autor ha recorrido paso a paso-, en el que los espejismos de una edad dorada dejaron entrever, sin embargo, lo absolutamente necesario del postulado de Rimbaud -'cambiar la vida'-. Ahora el poeta parece haberse sorprendido ante el lenguaje de la generación del 27, y, naturalmente, el descubrimiento redunda en beneficio del nuevo libro.

"No obstante, la poesía de San Boris Gudunov (lo digo con la conciencia clara de que Sartre santificó a Génet, testigo de marginados, delincuentes y oprimidos todos de la sociedad paralela) es radicalmente antiliteraria, si la literatura es -como debe ser- un ejercicio sobre el lenguaje, una modificación de la palabra. Para Gudunov se trata de tomar prestado del lenguaje literario lo que ese tiene de vehículo para anunciar el contenido poético de lo que por sí mismo sería innombrable, indecible, inefable. Más que un poeta es, pues, Boris Gudunov un evangelista, un predicador y un profeta. Del fluido del poema se precipitan afirmaciones que son lo único que el santo querría decir. Así, por ejemplo: 'Partir para llegar a alguna parte no es partir', 'Partir es no querer llegar'. 'Vivir siempre es mortal'. O bien esto: 'Tal vez Noemi esté / en su viaje más dulce. / El que todos buscamos a su lado afanosamente / y cuyo final podría ser un astro errante...' Y he aquí cómo este evangelio de la marginación, esta filosofía de los locos del cerebro electrocutado por la música y otros delirios, de la gente del 'rollo' y el 'pasote', celebra sus nupcias con el lenguaje poético de la tradición literaria contemporánea más refinada."

Arriba, 30 de septiembre, 1976

Javier Villán: "Cultura abierta. Salutación a Boris Juan": "Querido Boris: A veces, todavía, a uno le inundan los frescos ríos que le cantan por su tembloroso corazón. A veces, todavía, se destrenzan los himnos del júbilo. A veces, todavía, ser hombre es no sentirse culpable, 'hermosa la ciudad, la gente hermosa, es hermosa la luz y las miradas son hermosas'. Yo no quisiera pensar que el mundo es tal como tú nos lo acabas de dar en tus últimos versos, porque tu visión obedezca solamente al reflejo transparente de tu espíritu. Yo quisiera saber, convencerme, de que no hay una obligatoriedad determinística de que nos lo enlodén. A veces, es necesario no sentirse culpable para poder clamar esta es la hora, este es el himno, este el ancho río: bebamos. De ese inframundo por el que buceas, zahorí de inhóspitos manantiales, ¿qué bellezas no podrán ser extraídas? Es la exultación de las sombras, la belleza de las sombras, la que fulge en las vibraciones vírgenes de tus versos. La mano tendida ya nunca podrá ser cerrada, el viento de la pasión acariciando, nunca más aherrojado a sus cavernas. Este es el hombre, esta es la víctima, este es el ángel de la luz que se hermanó a la oscuridad. Esta es la palabra germinal y la turbamulta delirante confirmando el éxtasis. Este es el arrebato de la libertad, que para ser más libertad terminará inmolándose sobre el carro del sol. Es la dulce y acre desolación fugaz, 'la palabra frontera es un escarnio, una herida en el pecho de los hombres', la apenas perceptible convicción de que, a pesar de todo, algo no marcha y hay que pedir 'perdón de nuevo, que soñar no basta'. No basta, Boris, no basta. A pesar de todo, salud, Boris. Viento enloquecido y que transforma el mundo, funámbulo bajo las carpas de todas las estrellas. Salud, Boris; y hay que pedir 'perdón de nuevo que soñar no basta'. Tú sabes que 'nuestra identidad robaron manos raras, hombres que parecían extranjeros, elegantes, de abrigos impecables, buenos zapatos, guantes de buen cuero'. Tú no tienes la culpa de haber nacido 'asturiano, sagitario, hace treinta años, cuántos ya, y nunca me arrepentiré de haber nacido'". (1) *La soledad, los viajes, el mar, la amnistía, varios muertos y un aniversario*, Editorial *La Banda de Moebius*. Ilustraciones de Ramón Ramírez.

Madrid, 14/septiembre/1976

Tenía planeado ir a Orán el jueves pasado, pero una nueva amenaza de bomba a la *Vaquería*, por teléfono, hizo que retrasara el viaje. Desde ese día duermo en la calle de la Libertad, y por la noche vigilamos el local; en las vigilancias participan chavales del barrio, lo que convierte el hecho en un buen ejercicio solidario. Mañana, sin embargo, tengo examen en la Facultad y hoy duermo en casa de mis padres para poder ir un poco arreglado. Las vigilancias en la *Vaquería* fueron de lo más variado; un par de noches estuvo Carlos Torroba, otras Fifo Lage y su novia - Fifo trajo unos nunchakus y un cuchillo para defender por las noches el local-, que dormían en la Casona, tres chavales del barrio, Gabi, Emilio y Alberto, se apuntaron a varias, Miguelito Olea, José Lázaro y Rafa Escobedo algún día, aunque por estar de exámenes no pueden mucho, un día alguno de los *Moebius*, otro Manolo Burdiel... En fin, yo, siempre; podíamos haberlas organizado mejor, pero van bien y es algo a sacar a relucir para crear ambiente tanto en el barrio como en los medios culturales y amigos. Posiblemente tengamos nueva puerta para el viernes, con lo que el asunto vigilancias se puede reducir.

El libro está saliendo muy bien; esta semana lo sacaron en *Cambio 16* y la próxima me dijo Antonio Hernández que saldrá en *La Jaula*. Enrique Azcoaga me mandó un soneto (cuando lo encuentre lo meteré aquí) y José Luis Prado Nogueira una tarjeta con unas líneas: que sé lo que es el verso y el poema, y que dará de sí todo el poeta que se nota en mí cuando sea más anárquico, no anarquista, dice, sino anárquico, cosa que él tal vez no vea ya porque se siente muy achacoso; más o menos eso decía, pero mi madre me metió la camisa donde estaba la tarjeta en la lavadora, y el pequeño texto desapareció para siempre. Anxeles Penas, que acaba de pasarme un libro suyo, me dijo que se había emocionado mucho al leer el mío, llorado incluso, cosas había que eran de su mundo, la misma generación. Desde el poema segundo viaje a Argel, nada nuevo he escrito, ni quiero ponerme a ello; no deseo comenzar hasta que no sepa si voy, nueva poesía, o si quedo, desmadrar la vieja hasta el absurdo (?).

FINAL

Madrid, 5/octubre/1976, madrugada, en casa de mis padres, en vísperas del viaje "definitivo" al sur.

Mañana queremos abrir la *Vaquería*, mejor dicho hoy mismo, pues el miércoles 6 me voy a Orán al fin. Hace una semana me telefoneó Abdelhak Elkebir - me cogió la llamada en la *Vaquería*, en la colchoneta en la que dormimos, al lado del teléfono -, diciéndome que si me interesaba aún lo de Orán me incorporara inmediatamente, lo antes posible, pues el curso había comenzado; que me enviaba un pasaje de avión. Aún no conozco el contrato, pero le dije que sí; si el contrato fuera demasiado desfavorable (y ya tiene que ser malo para que a mí así me lo parezca), me cojo el avión de vuelta a Madrid. Lo celebré con un polvo en público en *Torres Blancas*, en casa de Juan Gómez Soubrier, que no me sentó nada mal pues llevaba semanas sin ver a Amarilis, después de darnos un baño en la piscina de lo alto del edificio muchos amigos de la *Vaquería*.

La cosa llegó en el momento más interesante mío aquí; a punto de abrir la *Vaquería* tras sacrificios económicos y de tiempo increíbles, en plena campaña pro ventas de libros (el mismo día 6 tenía una presentación en la librería *Moira*), con brillantes perspectivas de todo tipo, ya renovado el contrato de la Facultad, llega el aviso de Orán. Y debo decir sí, así lo creo y necesito. La *Vaquería* está quedando más bonita que antes. Los tableros de la nueva puerta, similar a la antigua, los pintamos entre varios, también Ceesepe, el dibujante de *Carajillo* y *Star*, creador del personaje de comic *Slover*, tan cachondo; Borja Satrústegui, un buen pintor, y un barquito con la red echada de Pablo el escultor; yo también pinté el cielo rojo, el mar azul y la luna blanca del panel del barco. Había pintado otro panel con la inscripción "amor es no querer morir cuando es preciso o no desfallecer jamás", pero lo borré para que pintara lo suyo Ceesepe ("Besitos para la luna de media tarde" y "Melocotón di luna"). Los colores del interior del bar, preciosos, y hasta Juan pintó una bandera anarquista en uno de los tubos de ventilación. Hay rojos y verdes (bandera portuguesa), rojos y blancos, blanco y negro (bandera de Burgos, en honor de José Lázaro), paños de flores, preciosas lámparas... total, una delicia de *Vaquería*. Mañana (hoy) haremos una reunión de buenos amigos, Pelusa a la guitarra y Marianón Pastor, los *Moebius* y gente del barrio, que será reapertura, despedida mía, fiesta sin más... Me da mucha pena dejar el grupo en estos momentos.

No obstante, queda bien la sociedad: solos José Lázaro, Rafa Escobedo y su hermano, Ángelo un poco simbólicamente, y yo. Ah, y María Eugenia Arias que, después de la bomba, ella dijo que no se iba, aunque no sé si la encontraron para firmar. Todos los demás ya no son socios, el grupo es más homogéneo y coherente, puede ser llevadero sin mí aquí de coordinador. Pero quedamos muy empeñados en dinero; yo me voy a Orán con lo puesto, y sin dinero casi, hasta que de la *Vaquería* comience a salir el dinero que le hemos prestado.

Tanto como el bar, me apena no poder seguir en la brecha con los *Moebius*; es un momento precioso para trabajar a gusto. En fin, creo que algo podré hacer, ya que su problema es casi sólo económico, y en pocos meses ya podré tener dinero fresco aquí en España (en la Casona tal vez nos den indemnización para venderla, aunque ahora es la sede de la *CNT*, y la *Vaquería* respetará finalmente mi participación) que no sabré qué hacer con él.

Mi madre y mi padre se apenaron bastante cuando se enteraron de lo de Orán. Yo a todos digo que, a lo mejor, estoy de vuelta pronto, pero sé que será difícil. Lo quiero así, y lo necesito. Escribiré muchas cartas, hasta casi sustituir estos cuadernos por ellas. ¿Una continuación epistolar para este cotarro tan a lo tonto formado? No estaría mal cambiarle el rumbo a este archivo de recuerdos y experiencias, al que ya le he tomado el pulso y cariño.

Al marcharme, le dejaré a Miguel Ángel García Juez, uno de esos buenos amigos (el otro, Marianón Pastor, otro, Rafa Escobedo, creo que pocos más), del que hablas poco y en el que confías mucho, le dejaré a Miguel la serie completa de estos siete. Él puede ser el único en el que confío para ello; sé que no se perderán, que no serán traspapelados; corren más peligro conmigo mismo (hoy rompiendo papeles viejos me di cuenta de mi desorden integral); podrán un día ser estudiados, documentos de un medio loco de atar; y, sin vanidad, un poco testimonio de una época hermosa y esperanzadora. Lo más importante, sin embargo, queda por hacer. Hay muchos puntos oscuros aquí que aclarar, en los que explayarse, mucho pensamiento inconcluso, o al menos a esclarecer, mejor perfeccionar; pero el tiempo es largo, aunque vivirlo siempre sea mortal.

Para Argelia quiero empezar cuaderno nuevo. ¿Cuál será la nueva forma, además de las cartas que pienso escribir, y que, por otra parte, no podrán incluirse en estos cuadernos? Creo que iniciaré nueva serie: *los cuadernos del sur*.

Y esto es todo. El Totovski es el único, al final, completamente satisfecho con el resultado. Es partidario de incluir, como final – hay muchas fotos de la reinauguración del bar, pero ya no tienen interés para él – una mala fotografía en blanco y negro de un niño caminando delante de una cabra en una playa, el mar de fondo. El arranque de lo más interesante, como siempre, que es lo que se avecina. La movida propiamente dicha, el eterno presente. La Murrús, por su parte, fue explícita; había pasado del final de la nonovela porque le daba pena y, en ocasiones, hasta vergüenza ajena, aquel jipi en retirada, aquella salida de laberinto azorada, hasta sentimentaloides y sensiblera. No lo podía soportar. Y en la presentación del texto cerrado de la nonovela azarosa, que resultó una fiesta más bien sosa y breve, pues todo el mundo tenía la cabeza en otra cosa ya, la Murrús

sorprendió a todos con un regalo provocador: “Ya sabéis, os lo dije, que a mi quien me interesa es el J.B. actual, el de los intersticios de nomadeo y los viajes de conocimiento y de contactos. Mi novio me acaba de traer las grabaciones y filmaciones de su viaje al norte con J.B., a la fiesta de un río que hay por allí, de donde era el padre de J.B., recién desaparecido. Se las hicieron pasar canutas, entre mi novio y el Bacalero, pero resistió. Dice que disfrutó mucho y volvió más macarra aún de lo que se fue, que ya es decir. En fin, que esto no se acaba”.

XIV

EL ASCENSO DEL SELLA

Amanuenses y lectores: una doble ficción.

Los que escribimos estas historias del paraíso de las islas, los amanuenses que desean por tradición ya mantenerse en el anonimato porque así lo decidieron sus antepasados, está claro que escriben – escribimos - para la gente, para los mismos protagonistas de la vida del paraíso de las islas. Está claro que no pueden - no podemos - elegir escribir para otros.

Y esto, por sí mismo, en su doble vertiente de anonimato de los amanuenses, por una parte, y lector de alguna manera también fijado, por otra, entra en contradicción con el viejo amor del Antiguo, la libertad. Así, en general. Sólo recuperable con la transgresión. Por supuesto, la transgresión creadora, con guiños, con inteligencia, con suavidad, con vaselina, que diría un erotómano. Pongamos por caso.

Más compleja resulta la segunda necesaria transgresión creadora, la de la elección o no de lector. Bocaccio eligió sus lectores, las señoras, las chicas. Y a ellas se dirige en su colección máxima de relatos. Ahí es posible que comience de nuevo la literatura, la creación literaria. Por la mujer como lectora de un escritor y viceversa.

Y uno a veces teme escribir para quienes no pueden leerle. No tener lectora. No tener lector. Salvo los habitantes mismos del paraíso de las islas. Una ficción literaria más.

Pudiera decirse que nuestro – primera persona del plural, el colectivo - hardware es demasiado software. O como lo escriban, esa gente tan lista de los ordenadores. Son expresiones que a este amanuense, por otro lado, se le escapan en cuanto a su alcance real. Y más ahora que está esta misma gente enredada con el asunto tan cómico de la inteligencia artificial.

- La captación de un atardecer o una noche de gran luna, es lo que nos diferencia de la máquina inteligente, señor Informático, por lo que dudo de su inteligencia - se lo decía el otro día a uno de estos chicos-. No de su inteligencia de usted, señor Informático, sino de la de la señora Máquina. El tomar el sol como un lagarto feliz, la animalidad que dicen, cosa del cuerpo que se almiza, se hace sosiego vital, alma.

Y luego nos perdimos por un laberinto de significados que incluía lo que el chico denominaba "pajas mentales", útiles para un análisis paradójico del tiempo, y "pajas reales" facilitadoras de una actividad biológica neuronal en celo. Disparates de la conversación intelectual y distendida.

I

Como en todo tiempo de transición. El rector Juan Bravo hubo de remontarse - una vez más - a la niñez.

- Dale otra vez al reloj para atrás, y vuelta a empezar - recordaba que le había sugerido un día Cortado Bakalaero, uno de sus primeros jóvenes amigos y guía por el laberinto de las representaciones-. Rebobina, colega.

Sólo la vida es el espectáculo, sólo la vida es la belleza, y en ella está.

Millones y millones de conexiones neuronales habían sido necesarias para que los amanuenses, cada uno de ellos - decenas y decenas sin duda ya-, entrelazaran las diferentes noticias – avisos - que conforman estas historias interminables del paraíso de las islas. Con reiteraciones frecuentes para que las conexiones multiplicaran la posibilidad de no verse diluidas o desaparecidas en zonas oscuras de no-memoria u olvido. Y aun así, a pesar de esos trucos de oficio, pudiera decirse, no pocas situaciones y perfiles desaparecían sin remedio cada día en esos pantanos fangosos de la confusión que conduce a la deconstrucción, pérdida de sentido y olvido final.

Más aún, a medida que pasaba el tiempo, cada uno de ellos veía desaparecer, con cada neurona, una parte mínima de su memoria, miles y millones de instantes que fueran plenitud de vida, destellos, sonrisas, detalles de un artefacto imaginativo, luces de amanecer. Y uno - un amanuense más, al fin, del colectivo - casi sentía agradecimiento, ante tanta desaparición, pues de esa manera cada instante presente tenía menos amarras con la memoria y era más pleno presente iluminado por la siempre renovada luz de la vida. Hasta el dulce desperezo, a la sombra de un árbol frondoso, de un anciano al que - como las tres gracias - tres neuronas bellísimas ayudan a morir en paz.

El rector J.B. necesitó, una vez más, retornar a su infancia. Para captar el porqué de su misma querencia hacia el mensaje popular directo, necesario para él tanto para seguir pensando como para seguir actuando. O con ganas de actuar al menos. Para seguir viviendo.

Su infancia en un río. "Navegada o nadaba por un río bellísimo y cariñoso, de los que te tocan mucho, te acarician todo, y te hacen boquear de pánico a la asfixia tanto como de felicidad". Un río bellísimo al que luego había visto degradarse progresivamente y recuperarse. Pero, sobre todo, un río y gran puerta abierta a todos los exteriores posibles, a causa de una fiesta anual que sus frondosas vegas y ribereños propiciaran.

J.B. recordó las representaciones de dioses fluviales de los antiguos mediterráneos - como un viejo corpulento el río Nilo, por ejemplo-, simbolismo que siempre se le había escapado, y por ello le seguía sorprendiendo. Y por ello lo memorizaba ahora. En fin. Un anciano poderoso tendido, y a su alrededor toda la vida desde la infancia, desde su inicio, multitudes de niños y animales, podría ser, creía recordar. Dioses de las aguas con tridentes y algas y pescados. Dioses fluviales apacibles y majestuosos. Pero que los ribereños y sus invitados, durante esa fiesta, feminizaban: más que un dios poderoso, era para ellos una fastuosa diosa joven y navegable. Y miles de piraguas de vivo colorido, ese día, esa fiesta, navegaban su diosa líquida compitiendo por quién alcanzaba primero el mar. Río navegable - como el Nilo, como el Guadalquivir - por miles de navegantes a la vez, con buen humor y no poco esfuerzo. Y por puro placer, cabalgata enloquecida y seminal, entre frondosidades y montañas, hacia el mar.

Gran carnaval del verano, una vez más. Magnífico escenario para una bella y sabia representación anual que un sin número de autoridades - locales, regionales, deportivas y otras - pretendieron siempre estructurar en torno a lo más anecdótico de una fiesta pagana antigua así, el descenso de un río en piragua, y los medios utilizados por los no piragüistas para seguir el recorrido, hasta el mar, por caminos angostos para una multitud enardecida y joven. Una vez más, la belleza y la vida. Emparejadas, enajenadas, fuerza arrolladora. Perduración del éxtasis o el trance. Tiempo de clímax prolongado. Creación.

Todo iba muy rápido. En el avión que le alejara - de hecho, para siempre - de su universidad de origen, J.B. quiso sumergirse en su reencuentro fluvial. La intensa actividad cerebral de los últimos tiempos, J.B. sabía que debía pagarla, de alguna manera, con pagos fuertes procedentes de su propio cuerpo, tal vez de su mismo cerebro. Mismo: tremenda palabra rara. Tan próxima a mímo, en sus dos acepciones de cómico sin palabras y primor cariñoso. "Mimar al otro", como dijera un poeta antiguo colega del rector J.B. Sutilezas y radicalidad conformaban una nueva constante de su razonar. Como aquella intuición bellísima de nuevo panteón de dioses, en donde las dos diosas prima-donas fueran la diosa Acracia, con su gemela Anarca, y la bella diosa Utopía, de las más recientes o jovencitas del panteón divino. Ojos y orejas del rey: las grandes espías. Capaces, por ello, de conformar un después, caídos los viejos dioses de Crecimiento, con su gemelo Desarrollo, y Futuro. Tal vez, en algunas ocasiones de un tiempo largo, fuera necesario *involucionarse* - extraño ensimismarse -, y hasta enroscarse y re-ruptar, para hallar un nuevo ángulo desde donde retomar la linealidad - todo muy chino - de un tiempo con una medida que hoy estaba más claro que nunca que habría que variar, o expandir, para poder hasta respirar sin agobio. Y el hacia dónde, a las orillas de un río sagrado, supo J.B. que sólo podría surgir con nitidez diamantina de lo que la gente estaba gritando cada vez con mayor ardor. Sólo era necesario entrar. Sumergirse en el hondón de la gente en trance, descender el río como mejor pudiera, y pegar la oreja. *Observación participante*, que decía la gente antropóloga. Convertirse en ojos y orejas del dios/diosas - curiosa trinidad: Acracia/Anarca y Utopía - y luego sentarse a pensar y extraer conclusiones paranoico-críticas, lo más aceradas posible o aceptables.

El verano previo a su segunda elección rectoral, J.B. había querido vivir la gran fiesta del río como la había vivido en su juventud y en su infancia, desde el interior de la ebriedad, agotadora y lúcida. Aunque ya no tenía edad para esfuerzos psicofísicos extraordinarios, sabía que eso iba a ser definitivo para terminar de comprender lo que la gente que le interesaba - los que por su edad iban a vivir, o disfrutar o sufrir, el mundo que se avecinaba - gritaba cada vez con mayor ardor. Recurrencias. Esa era la voz, y no la de los que habían sido artífices de este mundo que tanto podía alarmarles, en quiebra técnica por doquier. La voz de los nacidos en un tiempo de velocidad y urgencias, de fragmentación y malos presagios.

Un gran ventanal abierto a la realidad: eso había sido la fiesta del Sella desde siempre, desde que J.B. la recordaba. En unos folios que había llegado a redactar para unos amigos de una revista de curiosidades, había intentado expresar aquel fenómeno peculiar del nacimiento de una sabia certeza nueva en medio de la ebriedad de la fiesta; he aquí los párrafos clave para comprender el recuerdo infantil del rector J.B.:

"Pasó la guerra civil, y la fiesta de las piraguas no solo se avivó y comenzó a convocar a palistas de otros ríos y valles asturianos primero, y luego norteños, sino que se convirtió en una ventanita abierta al exterior. En una fiesta cada vez más carnavalizada y popular, más espontánea e incontrolable, con gigantes y cabezudos que abrían el cortejo y seres grotescos representando ninfas, tritones y reyes míticos... Y la ventanita se ensanchaba cada vez más hacia el exterior. Comenzaron a llegar extranjeros. Suecos y daneses, ingleses y belgas. Con tiendas de campaña y ropas de tejidos y colores que eran una maravilla. Había en el pueblo un cura don Manuel que se ponía a la puerta del cine para ver quién era el valiente que entraba a ver a la gravemente peligrosa Silvana Mangano en *Arroz amargo*, por ejemplo, y conseguía que no fueran más de cuatro valientes los decididos que entraban. Los domingos por la mañana, en las clases de catecismo católico, decía a los niños que todos los protestantes iban al infierno porque no creían en la Virgen María, que había parido a Dios y seguía virgen tras el parto. Y luego los niños, mañana soleada de domingo, se iban al río a ver a los recién llegados palistas nórdicos. Más de uno se preguntaba si aquellos gigantones rubios y bien vestidos estaban destinados al infierno sin remisión por no creer en la Virgen María. Y aquella ventana al exterior, que era la fiesta de las piraguas, se ensanchaba como las mentes infantiles... De manera natural. Como sin querer."

Certezas sabias en el corazón de la ebriedad. La más hermosa imagen que el siglo XX dejaba a la posteridad era, sin duda, la bella Silvana Mangano en *Arroz amargo*. La imagen que mejor iban a comprender la mujer y el hombre del nuevo milenio, que avanzaba arrollador y rapidísimo. Silvana, hasta de nombre vagamente boscoso. Sagrada cueva en la gran roca de entorno boscoso en donde naciera el río del confín, el río del Sello. Secreto. Sólo a un juguetón dios Dionisio se le pudo ocurrir feminizarlo todo al hacer navegar, por el cauce líquido, piraguas. Puro surrealismo paranoico-crítico. Despertador de la imaginación - despertador de pájaros - y de la vida. Renacer de la fiesta pagana, con tritones y ninfas, la juventud en traje de baño, los nostálgicos y quimeristas a beber y a celebrar, o añorar. No se acababa el mundo. Pasara lo que pasara, aquello no podía acabarse. Algunos lo sabían; no de manera racional sino de más profunda (honda) manera, lo sabían y lo contaban a quienes tuvieran ojos y oídos abiertos, a los suyos, a aquellos con los que podían hablar y – lógico - comprender. Y comprenderse.

J.B. se preparó para la fiesta del río. La fiesta de su niñez. El Sella. Todos – Anselmo, el Programador Informático, entre carcajadas - coincidieron: Perico Rincón y Cortado Bakalaero debían acompañarle. Ambos del entorno de la gran ciudad del interior, esteparios profundos sin experiencia de fértiles riberas, debían acompañarle. Sabían de los gustos del rector J.B.; cómo sólo un entusiasmo auténtico - o entusiasta ebriedad natural - era capaz de estimularle al máximo su capacidad de entusiasmo. Más aún, el automóvil de Cortado Bakalaero era el medio adecuado de transporte, nada de aventuras románticas de taxis, autobuses y trenes nacionales o de cercanías. Ni mucho menos el automóvil oficial. Tal vez sobraran las palabras. Un guiño del Anselmo convenció de inmediato al futuro rector de rectores, o lo que fuera a sucederle en Nueva York.

"**Énfasis. Peligro**: me está desbordando mi fantasía o mi imaginación. Debo reforzar las neuronas documentalistas. *Observación participante.*"

"Una afirmación formulada en lenguaje corriente, cuya veracidad alguien probó a través de un cierto tipo de demostración lógica". Eso es un teorema. Lo dice un tal D.R. Hostadter, en un delicioso libro sobre grandes maestros del pensamiento o de la inteligencia. Poco antes de comentar, puede ser, que un individuo que advierte el sistema que "está gobernando la existencia de muchas personas", que hasta ese momento no había identificado como sistema, a partir de ese momento intentará convencer, a los que le rodean, de que hay que abandonarlo. *Intentará: ¿posibilidad o necesidad?* Está claro que está hablando de un *individuo libre*, o al menos sólo semi-atrapado por ese sistema, que piensa, y lo desea íntimamente - de verdad, por eso desea convencer a los otros de ello -, que es *un sistema que hay que abandonar*.

J.B. se sintió inseguro. "Modernizar es hacer posible una sociedad civil", afirmaba un viejo político, pero tal vez habría que destruir mucho para que fuera posible una verdadera sociedad civil, como se decía. Tremendas conclusiones de un análisis rápido, semiautomático, intuitivo, espontáneamente *verdadero*. O cierto. O muy probable. Piensa mal y acertarás era la *autoridad* heredada por la experiencia, la única autoridad, casi el sentido común. De lo que lograra mantenerse, bien poco restaría modernizable. La crisis actual era, sencillamente, *una crisis de argumentos de autoridad*.

J.B. se sintió más confuso aún. Telefoneó a su asesor y amigo Antón Dolores. Pero no era un día de brillante comunicación, y el Dolores le vino a decir que, educado para diferenciar la virtud del pecado, el arranque de su iluminación llegó el día en que descubrió que el máximo pecado era el cometido a diario por sus educadores: el fundamentalismo mítico o religioso. J.B. quiso llevarle a su terreno. Le habló de simultaneidades inquietantes, de tiempo real y tiempo financiero o político-financiero.

- Todo va muy rápido - concluyó el rector, y al otro lado del hilo telefónico se hizo el silencio.

- El *wu* de los chinos - casi susurró Antón Dolores-. Creo recordar que ya hemos hablado alguna vez de la negatividad creadora o generadora de.

J.B. ya estaba tranquilo.

- Tal vez sea una ilusión intentar saber quién es uno, pero es una necesidad saber quiénes somos todos así, en mogollón, Dolores.

Se durmió como un angelito tras la conversación.

El automóvil de Cortado Bakalaero era todo un número. De un rojo de fuego la carrocería, la tapicería negra como el carbón, la instalación musical era una pequeña obra maestra de ingeniería de sonido. Era un algo-turbo, al parecer una máquina potentísima. Y Cortado Bakalaero la mimaba, trabajaba para ella, se llegaba a aplicar rudas cuaresmas variopintas - de tabaco o alcohol, de alimentación o vestuario - con tal de que su Algo-turbo estuviese bien alimentada y satisfecha. Y lo que más le podía satisfacer en la vida, era un viaje medianamente largo, en el que poder demostrar a su Algo-turbo amada cómo sabía ponerla - y ponerse - a ciento cuarenta por hora entre caricias. Al rector J.B. le encantó el aparato, de espectaculares cromados y una bandera rara aspada con una calavera en el centro, como de una bandera de pirata de las de los cuentos infantiles, que hacía vibrar los mofletes de hueso pintado sobre tela al son de la música seriada por computadora y hábiles mezclistas que gustaba a Cortado Bakalaero.

Nada más iniciar el viaje, Pedro Rincón se lo advirtió a Juan Bravo:

- A éste hay que controlarle en lo de la música. Nos puede mantener todo el viaje con el chun-chún electrónico de los huevos de su maldita música bakalaera.

- Hijos de la coca y las pastillas, colega Rector - intervino Cortado Bakalaero-. Hijos del agobio - y se reía.

Cortado Bakalaero conducía como un navegante de espacios cibernéticos ideales. Era todo un pícaro en la carretera, pero con un raro sentido de la medida y la seguridad. Como raro instinto de conservación, reforzado por el estrecho abrazo de su linda Algo-turbo. Eso sí, siempre experimental y con guiños al riesgo. No se podía contener. Mas J.B. no osó hacer visible su posible reparo a algunas maniobras de autopista particulares, sobre todo el gozo del casi vuelo en las rasantes. Así lo habían pactado, y Cortado Bakalaero - con la aquiescencia del Rincón y del J.B. - había sido claro al respecto. "Viajaremos como viajan los colegas. Sin repipieces ni pollas, ¿vale? Viaje rockero". Pedro Rincón se hizo comprender por Juan Bravo cuando le hizo escuchar - en los paréntesis pactados para música no electrónico-bakalaera - a un grupo musical, que el Rector conocía de un espectáculo barroco y actual inolvidable, y que en su estribillo repetía: "No puedes dejar el rock". Se sintió muy rejuvenecido. E, incluso, llegó a aceptar alguna sustancia estimulante

de la peculiar farmacopea habitual de los dos chicos. De su mano intuitiva y sabia J.B., iba seguro en su intento de remontar a los orígenes, al río del Sello.

Cortado Bakalaero viajaba feliz en su acople con la bella Algo-turbo rojinegra, la hacía vibrar de gozo veloz; en tan especial ocasión, le permitían musicar su vibración de gozo con las series sónicas de su música bakalao más selecta, y en pleno adelantamiento a ciento noventa por hora de un camión con trailer gigantesco - "nave longa" o "veicolo longo" - una voz mecanizada femenina de altísimo timbre metálico podía susurrar "Excuse me, excuse me". Y a J.B. - vaya con las bromas a lo largo de todo el viaje, a propósito de su nombre alcohólico, que le llevaron a pasarse de dosis conveniente de güisqui en un par o tres de ocasiones, entre bromas de los cada vez más comunicativos, por la ebriedad de la marcha del viaje, Rincón y Bakalaero - a J.B. le daba la sensación de inmersión en un "sistema paranoico" - que dijera un gran poeta antiguo ya clásico - de rara perfección interna. Pero que él era capaz de leer desde fuera, desde la frontera, mejor, y por ello juzgar de sus bondades o maldades preminentes. Se entendieron los tres "de puta madre de bien", como gustaba recordar el vibrante piloto Cortado Bakalaero.

- De puta madre de bien, rector J.B. - bramaba entre risotadas, de vez en cuando, aquel fenómeno al volante.

Uno de los resultados inmediatos de tanta dicha fue que el Bakalaero - luego quedó claro que era habitual en él, una verdadera tendencia - se equivocó de carretera, y tiró hacia el N.W. en vez de hacia el N. Iban por un paisaje impresionante de gigantescas lomas o montañas, verdaderos culos montañosos, alamedas, pinares y robledales heridos dramáticamente por los mineros. Hasta que apareció Bembibre, la de los negros tejados de lajas de pizarra. Hubieron de retornar hacia la autopista del Norte, la de los innumerables túneles. Juan Bravo se lo advirtió: a la entrada de uno de ellos solía brillar el sol, mientras que a la salida solía llover o, mejor, orvallar, como le decían en la región a la lluvia fina. Estas cosas, banalidades para el rector, hacían las delicias de los colegas, de pequeño descubrimiento en pequeño descubrimiento. Eso permitía suponer - era una realidad: lo comprobaron en ese mismo viaje feliz - suponer que atravesaban por su interior una gran montaña, tan alta que detenía las nubes en su ladera norte. Altos espacios, columnas nubosas entrevistas en últimas fotografías de nacimiento de estrellas, Algo-turbo espléndida cabalgadura. Amor total.

"Hoy es el futuro. Sólo tienes el presente. Cuídate". Bramaba - "El Evaristo, de la *Polla Records*", aclaró el Rincón ante un leve arqueo de cejas del J.B.- "el loro", como le decían al "tocata" de toda la vida, a la otra maquinita cuyo amor compartían todos los colegas, el radiocasete que llenaba de vida - gritona y semisalvaje en no pocas ocasiones para los oídos del rector - el interior oscuro de la bella Algo-turbo. Una prehistoria de la técnica muy pronto, sin duda.

J.B. recordó una de sus últimas conversaciones con Antón Dolores, el último teólogo, como le llamaba con harta sorna, e intentó ponerla en síntesis para sus compañeros de viaje Rincón y Bakalaero. Un nuevo "sueño de la unidad" se perfilaba, en medio de la gran fragmentación que alcanzaba a individuos y creencias, o convicciones religiosas, por supuesto que políticas también. Se había operado, una vez más, como en otros momentos

históricos del pasado, una pérdida de seguridad ante la pérdida de la confianza en "argumentos de autoridad" quebrados por el uso. Se ansiaba, de nuevo - se necesitaba -, y por eso se elaboraba, una nueva forma circular o esférica consagrada, como aquel *Sol de Ra* o el *Corpus Cristi* barroco, triunfante cuando Kepler y Galileo podían observar y racionalizar el movimiento musical de las esferas. Esa nueva gran hostia consagrada podía ser nuestro planeta azul, por fin percibido en su totalidad esférica, el gran Uno que sólo los hombres, con su acción, eran capaces de preservar - o destruir -, dioses o titanes peculiares. Otro gran sueño de la unidad, más racionalizado, hasta físicamente cognoscible, o reconocible, en su materialidad esférica espléndida y compleja de mares y ríos, llanuras sin fin, montañas y roquedales. Y robledales y rebaños de vacas de ojos hermosísimos y tristes, amorosos, casi llorones, los ojos más hermosos de la creación, incluyendo la creación literaria y hasta la artística en general.

- ¡Hostias, una vaca! ¡Mira, mira, Rincón! - Cortado Bakalaero casi perdió el control de su bella Algo-turbo escandalosa, antes de frenar en seco, saltar del automóvil y extasiarse, bajo el orvallu pertinaz, ante los ojos de tres bellísimas vacas rumiantes que le miraban sin duda con asombro - ¡Hostia, tres vacas! - Y no pudo contener su ardor torero - ¡Vaca, vaca, jé, jé! - aunque en citas desde lejos, guardando las distancias. Hasta que las vacas, como con gesto de dignidad sobresaltada, pasaron de él, se dieron media vuelta y se tumbaron a rumiar tranquilamente en el tendejón que las albergaba.

A Juan Bravo le entró tal ataque de risa que tuvieron que medio embutirle con un embudo un poco de calimocho - vino que en honor al rector fue de calidad, pero mezclado con una cola, una pequeña aberración alcohólica pero resultona -, hasta que se calmó un poco. Alcarreño-manchegos, duros vaqueros neourbanos, puro mestizaje cultural, que nunca habían visto una vaca en su vida, camino de las Asturias de Covadonga, del río del Sello. De romería. Romeros.

Se sintieron de repente, bajo el orvallu danzarín, inmersos en el corazón de la esmeralda. Lomas y collados, líneas de bosque, arranque de rocas de alta montaña entre prados, alisos de rivera... Verde-gris añublado que surgía en su esplendor cuando algún rayo de sol lograba penetrar por entre alguna columna de nubes relucientes, y hasta apuntaba un tamizado y desvaído arco-iris en ocasiones desde un punto lejano y concreto del río que se perdía a lo lejos, abarcando en su arco o abrazo alguna de las montañas lejanas.

Hasta se olvidó de las vacas Cortado Bakalaero. Al volante, entre curvas y contracurvas por desfiladeros, puentes y rompimientos de gloria en lo alto, los tres se consideraban navegantes por el corazón verde de la Esmeralda, suprema trinidad unida en el gran viento de la Algo-turbo rojinegra y sonora. Aceptaron complacidos el marcaritmo reiterativo del bakalao electrónico que amaba Cortado. El último tramo del viaje al Norte resultó sosegador.

Del valle minero del Nolán, desde Lena - las palabras se les hacían de una extraña sonoridad, como antigua -, con un río de aguas negras y la herida negra y feroz de minas y escombreras, a medida que avanzaban hacia el Este todo parecía dulcificarse. Fue un atardecer casi melancólico. Hasta que Perico Rincón reaccionó y se dedicó a programar sus himnos musicales preferidos. "Hoy es el futuro... Por eso la vida es agonía y la vivimos agónicamente... Sólo tienes el presente. Cuídate". Y cosas por el estilo, todas terribles y contundentes.

J.B. arqueó las cejas.

- ¿El Evaristo?

El Perico Rincón asintió.

- El Evaristo.

Era noche cerrada cuando entraron en el valle de las Arriondas. Ni se enteraron. Como repentinamente, se encontraron en el medio de una gran espicha. Palabra de la región que designa una degustación sin límites de sidra natural, sin conservantes ni paparruchas, puro jugo de la manzana de unos tres grados de alcohol, como les explicó J.B., de guía turístico ocasional. Todo el pueblo se había echado a la calle, abarrotada de forasteros, puro carnaval o reino de la ebriedad.

Al vigésimo quinto "¡otru culín, oh!" - quería decir otro sorbo de sidra recién escanciada desde lo alto en un vaso grandísimo y de cristal muy fino (de Bohemia les decían a los más apreciados por su finura), les había explicado J.B. - tanto Perico como Cortado tenían estrellas en los ojos y echaban chirivitas, como se decía. También les enseñaron los secretos - el arte - del bebedor: mear mucho y comer algo de vez en cuando, como un pincho de tortilla, o de bonito con tomate o al ajillo...

- Un pocu llacón, unes patatinas frites o un bollu preñau de chorizu, y luego, otro culín. Madrileños, ¿eh? - frente a ellos un mozarrón con un vaso de sidra recién escanciada.

Un conocido del pueblo de J.B. los presentó. Era Faustino Pendás, Tino o Tinín para los amigos. A pesar de su corpulencia.

J.B. deseó recordar una experiencia con teselas venecianas y de mosaico romano que siempre pensó relacionada con el juego de los abalorios. Tal vez por las posibilidades combinatorias o racionalizadoras del juego y el azar que permitía. La historia era sencilla, para él bellísima. Uno de los truquitos del Babilónico.



Aprovechó que los forasteros - el Cortado y el Perico - estaban muy colocados de sidra para proponer una sentada, de bollu preñau y meadina, debajo del hórreo de casa de Mane el Redondu y Límbero el Santu, dos héroes de la mitología local que habían conseguido conservar un tesoro escondido en su propia casa sin que nadie lo advirtiera. Faustino Pendás pegó un silbido y dos tías buenísimas aparecieron sonrientes.

- La Cova y la Cari, lo más guapu del planeta Asturias - presentó el Tinín.

- ¡Hostias, Tinín! - farfulló el Rincón - ¡Cómo os las gastáis por aquí!

Cortado Bakalaero se había quedado muy serio, nada más ver a las espléndidas mellizas - "que no gemelas", se encargó Cova de precisar en la primera ocasión que se presentó - y, descamisado como estaba ya con el ardor de la sidra, se descubrió la tetilla izquierda y acarició su pezoncito sin dejar de mirar a Cari a los ojos. La muchacha, enfundada en un tipo de leotardo enterizo negro con una especie de faldita jaspeada de ojos de tigre y un chaleco igual, le mantuvo la mirada; terminó por dulcificar el gesto con una sonrisa golfa, y le sacó la lengua. Tinín Pendás le dio un codazo a J.B.

- ¡No son finos los colegas madrileños, rector! Parece que hay romance.

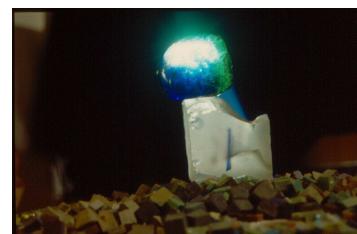
Luego ciñó por la cintura a la Cova, con un modelito similar al de su hermana melliza, pero con cuernos de rinoceronte y colmillos de elefante entrelazados en el estampado, junto a un lema que parecía protestar por el exterminio de aquellas bestias salvajes. Salieron de una sidrería, que le decían *el submarino*, contentos y calientes, la Cari con sus botazas de cintas hasta media pantorrilla, sobre el cuero negro, pidiéndole al Rincón que le relatara detalles de su viaje, particularidades de su ciudad de origen, y sin hacer caso de un Cortado Bakalaero que los seguía con las manos en los bolsillos y un aire vagamente perdido.

Debajo del hórreo de casa de Mane - la Cova se acercó a por algo de comer, y a encargar un par de cajas de sidra, hasta el bar de al lado, en donde la gente cantaba una canción de xanas o brujas en una fuente-, el J.B. los mantuvo un rato pendientes de un cuento sobre abalorios.

Resulta que, en su último viaje a Venecia, había traído consigo unas hermosas piedras de cristal de Murano en bruto, de un lugar secreto que le había mostrado una buena amiga alemana afincada en la ciudad. Se lo había mostrado tras un paseo por otro lugar semi-secreto, el viejo Lazareto, en donde las naves procedentes de ciudades apestadas debían pasar una cuarentena de aislamiento; en una inscripción en sus muros, se terminaba con una sentencia terrible: a los espías se les sacarán los ojos. "I chiederano gli occhi", o algo así.

Utilizando el método paranoico-crítico, había continuado J.B. -tras un paréntesis para explicarle a Tino Pendás y a las chicas Cari y Cova Fondón lo esencial de ese método, o sea el "piensa mal y acertarás" -, esas piedras constituían un secreto personal que su amiga alemana le confiaba,

un secreto personal y de la ciudad, y así consideró siempre aquel joyel peculiar de deslumbrantes trozos amorfos de vidrio roto de colores indescriptibles, azules profundos marinos o celestes, rojos de sangre o de rubor de celo, verdes asturianos cambiantes - y la Cari y el Tinín se reían - entre transparencias y reflejos diamantinos. Un lujazo al tacto y a la vista.



Pues bien, en la última visita del viejo Borondón - un amigo y asesor que vivía en la costa valenciana, al que ya comenzaban a denominar *el Antiguo* por entonces - a su casa en la gran ciudad del interior, al ver las hermosas piezas de vidrio, le invitó a organizar una instalación, lo más amplia posible, con aquellas bellezas bien expuestas, una gran concentración de piezas absolutamente diversas entre sí, pero al mismo tiempo con el sello de la misma mágica y secreta fabricación que las convirtieran, en el tiempo ya lejano de su nacimiento, en verdadero patrón monetario de algunas rutas del comercio del oro. El nacimiento de ese orden financiero mundial que acabara convirtiendo la ciudad artesana y bellísima en una empobrecida belleza que desde su ruina seguía iluminando al mundo con sus secretos artesanales conservados con primor pero dedicados a reiterativos y repetitivos cachivaches para turistas que no sabían bien cómo liberarse del embrutecimiento general producido por un mundo condenado a producir cada vez más cachivaches y basura.

Entre Cova Fondón y Tino Pendás habían repuesto la bodega improvisada bajo el hórreo y de nuevo corría la sidra.

- Y el astuto Antiguo fue más allá en su provocación. Al día siguiente de su visita, recibí la llamada de un amigo suyo, fabricante de espejos, vidrieras y teselas para mosaico romano. Había cerrado una fábrica antigua, y me ofrecía unos cuantos sacos de viejas teselas de tres tamaños y varias tonalidades. Incierto de mí, acepté el presente. Y ahí comenzó uno de los meses más atroces de mi vida, hasta que conseguí salir del juego de los abalorios que, nada más recibir el cargamento, comencé; como si una fuerza misteriosa me impulsara a intentar estructurar según algún criterio aquella informe cantidad de piececitas, algunas minúsculas, con las que fabricar algún mosaico.

Y, al mismo tiempo, por correo, llegaba un libro raro de versos que se titulaba Así: *Mosaicos*. "Moneda es patria de traidor", leí en él, y supe que debía sumergirme en la mayor cantidad posible de combinaciones que pudiese elaborar con aquellas teselas vidriadas de colores. "La muerte es un cambio de voz", leí más tarde, y fragmento a fragmento fui construyendo mi poema/mosaico particular. "La huida de lenguaje tiene su música" - y J.B. miró a los ojos un instante a Cari Fondón, antes de proseguir -. "La luna anula mi centro". "Sin norte, por torsión, un sorteo de intervalos": en un plato de cristal comencé a reunir teselas grandes y medianas de dos tonalidades, una azul que tendía al negro y la otra color hueso que tendía al ocre. Como al azar, pero una tonalidad dominando un área del plato y la otra tonalidad su contraria. En el centro, en otro recipiente de cristal más pequeño, como tonelito, comencé a introducir las más pequeñitas, de unos tres milímetros y vivo colorido, aunque muy dominantes los tonos azules y verdosos, menos abundantes los amarillos y escasas, pero hermosísimas, las piezas rojas, como un punto de sangre cuando aparecía una en el montón. "Joya del ya". Ese iba a ser el elegido, el diminuto y raro rojo.

Y de un vistazo somero calibré el método que debía seguir.

Juan Bravo hizo una pausa para aclararse la garganta. A los oyentes iniciales se habían unido algunos más, la mayoría ribereños, del país. Le sorprendió que, tras unos minutos de presentaciones y bromas, le rogasen que continuara con el juego de los abalorios que los tenía intrigados.

- Ibas por lo del método, rector - azuzó Faustino Fondón, el Tinín para los amigos.

- "Sabes que buceo en el balbuceo" - comenzó J.B. citando de nuevo *Mosaicos*.

- "No amorfo vínculo /sino estado el amor". El método fue elemental.

Como las teselas grandes, las medianas y las diminutas de los diferentes sacos las mezclé en un cajón único de madera para tenerlas al lado de la instalación de vidrios venecianos, se formaron capas superpuestas en las que entraban teselas grandes, medianas y diminutas en todas ellas; y las escasísimas rojas se habían distribuido en todos los niveles azarosamente. Y me vi inmerso, hasta en las ensoñaciones del amanecer, en el laberinto de los abalorios.

Una fuerza irresistible me empujaba hacia el intento de ordenar el caos.

Un atardecer - hizo una pausa el rector, pero no se rompió el silencio.

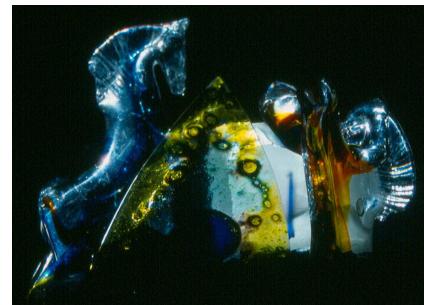
Le seguían anhelantes. - "Un tris / de la tris / teza nos separa". Fue un atardecer cuando comencé a elaborar el primer sistema azaroso. El primer platillo de teselas ya se había colmado, a la vez que el cubilete, y quedó un montoncito airoso

de dos tonalidades dominantes muy contrapuestos, la azul tendente al negro y la hueso al ocre. Pero en el centro el tonelito encerraba un orden; cada capa - o mozadita - del montón de teselas diminutas del tonelito debía contener, al menos, una roja, condición sin la cual J.B. no introducía una nueva mozada - o capa, un puñadito-, con lo que este crecía más y más si tardaba más en dar con una roja, con lo que el contenido del tonelito encerraba un mensaje cifrado del orden o caos internos del montón original informe y del montón del platillo de teselas de dos tonos que rodeaban al tonelito con esa información encerrada en su propio contenido. Un mensaje sin duda de profundo simbolismo estructural, de cómo debemos ser ese todos caótico u ordenado que constituimos, incluso nuestro grupo aquí, bajo el hórreo de casa de Mane.

Escanciaron otros culines, y fue el mismo Faustino el que volvió a azuzar al J.B.

- Habló Ud, rector, de sistema azaroso. En ese sistema es en el que me encuentro exactamente - y le miró a los ojos.

A Juan Bravo le entró la risa.



- Bien, bien, esto marcha. "¿Sistema? Támesis. / Si se mata al rey, átame / a los invisibles / caballos". Sigue siendo de *Mosaicos*, del loco de Simons. El primer platillo de teselas contenía su información interna de cómo se había ido generando, pues la cantidad de teselas rojas, más en lo hondo que en la superficie, más estanciadas, por cada vez más escasas, pero siempre alguna de cada mozada o capa o estrato del conjunto que el cubilete contenía, la cantidad y colocación de las teselitas punto de sangre así lo indicaba. Aquel atardecer supe que al primer platillo debía suceder otro, y otro, y otro, pequeña constelación de satélites en torno a los vidrios informes y hermosísimos de Murano. Cada platillo tan azaroso y tan riguroso como el platillo anterior, las teselas más utilizadas en los anteriores, y por lo tanto más escasas, ya sustituidas en el orden del nuevo platillo por las a simple vista más abundantes de nuevo, y así. Una constelación danzante, formando a su vez un mosaico particular. De teselas de mosaico, por supuesto, procedentes del mejor taller artesanal del país, hoy desaparecido infelizmente. "La lengua en que uno nace y muere es el receptáculo de las figuras: el infierno". Lo dice el Simons, el de *Mosaicos*, poco antes de referirse al "rumor de la gratuidad en la caverna del sentido". Y con esta acusación feroz incluida: "Tapándose los oídos a las músicas del naufragio, se ha dedicado a desaglutinar el iglú". Pudoroso: esa impersonalidad

del "se ha dedicado a". Parece verdaderamente lenguaje de profeta:

"El estruendo que es gas que es luz que es una ondina en vibración o cosmos, de modo simultáneo a su realización, se descrea". ¡El juego de los abalorios, Cari!

- J.B. estaba extasiado, y todos suspendidos de sus palabras-. Esa sinfonía de platitos de teselas en torno a los vidrios venecianos, con su propia información sobre el paso del caos al orden, en el momento en el que se intentara leer esa información, contar las teselitas/punto de sangre concretas y su colocación en el nuevo montón ordenado del cubilete del centro del platillo, se difuminaba la colocación en el estrato, por ejemplo, una serie de datos sobre frecuencias, se convertía de nuevo en un montón informe, caótico, aunque algo menos que el gran cajón general del caos. Pero: "El abandono de la referencia lo deja meramente ser", chilló el Simons. ¡Histérico! Las teselitas diminutas y brillantes, con su número descendente de puntos de sangre de abajo a arriba, pero número constante y superior a las del segundo platillo, como este al del tercero, y así hasta desaparecer como canon de recolección y reordenación de teselas al hacer imposible la construcción de un platillo por su infrecuencia... habría que hacer un platillo grandísimo, y las teselas de cada mozadita o estrato no cabrían en el hueco de las manos, por lo que dejaría de ser mozadita para convertirse en palada, y entonces tendría que tener un local grandísimo - todos se rieron a carcajadas, comprendían plenamente la angustia del rector J.B.-. Quiero decir, o dice el Simons: "Ya estoy en el contorno". Y, como supondréis, como rector mismo no puedo salirme de los platillos que los hombres podemos fabricar con nuestras manos, y ponerme a buscar platillos gigantescos y palas mecánicas. El arte está en saber por qué cambiar la tesela gota de sangre roja por otra.

"Oí que hoy / el ya huye del yo". Una ojeada al cajón del caos, una breve exploración, y ya está. Tres teselas amarillas brillantes, aún teselas abundantes en el conjunto caótico y sus diversos estratos. Y me entran ganas de teorizar sobre esos estratos, pero no ha alcanzado tan hondo el veneno que me brindara el Antiguo Borondón; teorizar sobre las grietecitas por las que desaparecen las diminutas y cómo las gruesas las detienen con mayor facilidad. Pero no me dejé liar. "Oh islas". El juego de los abalorios y sus diferentes caos cada vez más ordenados pero caóticos en sí mismos en cuanto te descuides o rompas el orden y ritmo de cada platillo autónomo. Si la amiga alemana me hubiera enviado alguna pieza mágica más de las de Venecia, hubieran sido insertadas entre aquellas constelaciones, o hubieran podido generar nuevas constelaciones con cada cambio de color o forma de la tesela elegida como tipo.

"Álamo bajo un alma / luz". La rutina del traqueteo de las teselitas de marras te deja discurrir el pensamiento con una ligereza y una elegancia mejor que la que te proporciona la mejor droga del mercado formal o del mercado negro. Hasta la sidra misma, Fausto - todos rieron la toma de tierra del rector J.B.-

"Oro el aire hería", se extasió el Simons en su *Mosaicos*, antes de marcar su tremenda conclusión: "PODRE : PODER".

Todos aplaudieron, eufóricos; Cortado Bakalaero, con lágrimas en los ojos, el brazo a la cintura de Cari que lo admitió complacida, se acercó al rector y le dio un beso en la mejilla. Cari, a continuación, hizo lo mismo. Tinín ofreció otra culín de sidra.

- ¿Qué le habéis dado al viejo? - lanzó por allí un socarrón-. Y, ¿no tendrá alguna otra cita de ese amiguete suyo de los mosaicos?

- Ah, pues sí. Y viene bien: "Desequilibrio el libro: / su follaje se desprende / del eje".

Todos rieron.

- ¡Venga, viejo! ¡Que te habíamos comprendido!

Debajo del hórreo de la casa de Mane, el tiempo había discurrido como un manantial de montaña. "Vaya flipe", decía uno de los recién llegados. Eran las cinco y media de la madrugada y todo el mundo seguía como si nada. Cantando, tomando sidra, comiendo pinchos, discutiendo y meando. Como siempre había sido y siempre iba a ser. La noche del Sella. El mamadón del Sella, mejor.

Y llegó el amanecer.

II

Nada más se dio cuenta del clarear, Tino Pendás saltó como un resorte. Cova le miró sobresaltada.

- ¡Hostias! ¡Ya está aquí ese cabrón! - musitó como para sí, aunque todos lo oyeron, y echó a correr-. Esperaime aquí o en la plaza del cañón-. Y salió de estampida, corriendo como un gamo.

Cova Fondón se recuperó del sobresalto de la estampida del Tino Pendás y, un poco desangelada en el poyete de madera que había compartido con su amigo, los colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte de su faldita más entreverados que nunca, las piernas larguísima y hermosas, sonrió al J.B.

- Nos tenía preparada una sorpresita para la fiesta... Aunque hay que desconfiar de las sorpresas del Pendás.

Poco a poco se fueron dispersando; por las diversas calles abigarradas y caóticas del pueblo en fiesta, la noche del Sella, hacia la plaza del cañón. Algunos llevaron los cascós vacíos de las botellas de sidra y los vasos finísimos - ninguno se había cascado por puro azar - al bar de los noctámbulos cantarines. El rector J.B. quiso despedirse, pero no se lo consintieron. "Necesito descansar", repetía con frecuencia. Todos le insistieron en que esperara un poco, al regreso del Tinín. Cortado Bakalaero, feliz ceñido a la cintura de Cari Fondón, la melliza de los ojos de tigre - ¿o eran gemelas? -, le suplicó con la mirada, a la vez que le chantajeaba duro: "No me falle ahora, colega". "Creo en la posible inmortalidad teórica del grupo humano. Eso sí, con el único deber mutuo de la cortesía presidiéndolo todo. Algo así como el dios único de las religiones monoteístas". J.B. sentía un aroma delicadísimo. En aquel paraje el oxígeno debía ser de buena calidad. Logró despedirse bajo el cañón de la plaza, un mamotreto de bronce encaramado en un lugar alto insólito del que manaba agua, como si no tuviera que defender ya nada defendible y sólo sirviera para exhibir una antigua ferocidad perdida, pura retórica vacía. Hermoso, por ello, en su

absurdez. Faustino Pendás había llegado con un automóvil de chapas recortadas y pintarrajeado con lemas, pudieran calificarse de excéntricos, en clara contestación a la sociedad que pudiera llamarse formal. Bromearon sobre ello - "no queremos bajar a la mina", rezaba uno de los no sabía manifiestos o niñerías - y J.B., a pesar de que prometieron estimularle para que no se percata de la cansancio, se encaró con Cortado Bakalaero - "soy un buen colega precisamente si me retiro a descansar. Si no, sería un insensato" - y se despidió.

"Al fin solo", pensó aliviado. Subió a su casa de la infancia, parcialmente superviviente de los desastres de un tiempo cada vez más vertiginoso, y se encerró en la vieja galería trasera, más aislada del gran carnaval exterior. Abrió la maleta de viaje, y vació su contenido encima de una cama. En saquitos medianos se había traído consigo el iniciado juego de los abalorios, con el cajón del caos en una saca más tupida y compacta que las otras. Todo su equipaje. Tardó algo más de dos horas en reconstruir los ocho platillos en torno a los cristales de Murano, el gran tondo de la transición - vidrio *Gaudí* el marco circular, por azar intacto – y el tercer tondo de corazón de tesela veneciana.

Recordó su construcción deconstructiva, pensaba que podía decir, mientras reordenaba los diversos caos reglados de los diferentes saquitos. Siempre las teselas dominantes habían constituido la base en la que se desplegaban las otras tonalidades menos frecuentes. En los tres de los ocho platillos satélites del conjunto de vidrios venecianos, en los que había tonelitos de teselas diminutas, la tesela rojo/gota de sangre había sido el hilo conductor, su frecuencia calculable en el tonelito, aunque con el transporte primero ya borrados algunos de los signos iniciales, su altura de estrato irrecuperable ya. Un caos más orgánico, sin embargo, que el caos inicial del gran cajón.

El segundo conjunto lo constituía el tondo de la transición, interior y exterior de un aro de vidrio denominado *Gaudí*, del taller de un gran vidriero de la ciudad, don Antonio el de los Espejos, en donde se almacenaron, en sus tres cuartas partes, los dos grupos de teselas, dominantes en el cajón del caos, antes de ordenar las tonalidades secundarias armoniosamente, siempre por tonos y tamaños.

Todos los colores principales de los ocho platillos de la constelación inicial en torno a los vidrios de Murano, estaban allí representados, conformando un paisaje más amplio y de tonalidades encantadoras y variadas.

La base eran teselas vidriadas ocre, abundantísimas, que dominaban absolutamente el exterior del aro *Gaudí* y amplias zonas del interior también, junto con las de piedra, blanquecinas y mates, de mosaico romano. Pero había dos subzonas entreveradas, una azul y negra y otra, como hondonada que dejaba al descubierto un gran ojo azul del aro de vidrio *Gaudí*, con un combinado de todas las teselas más luminosas que daban alegría y ascendían

hacia el centro geométrico del conjunto. Allí estaba el más pequeño de los barrilitos, que encerraba otro mensaje para el juego.

Como las teselas rojas/punto de sangre no llegaron a escasear, para celebrarlo - y J.B. pensaba en impersonal al recordar - se cubrió el centímetro último con teselitas rojas/punto de sangre y amarillo brillante, el color que había sido elegido para sustituir al rojo en caso de necesidad. Mas no hubo tal necesidad, y de ahí la celebración: una especie de penacho/bandera española deconstruida. En el centro del barrilito, una deslumbrante tesela veneciana roja, de tamaño mediano, como una mínima maqueta de una nave abovedada con bóveda de cañón.

El tercer elemento de instalación lo montó J.B. en torno a un puñado de teselas de vidrio venecianas de colores vivos, y que contrastaban enormemente con las teselas de mosaico romano, casi todas mates. Las teselas venecianas bellísimas terminaron en el centro - en un platillo florentino decorado con un dibujo popular actual, anuncio de una pizzería - rodeadas por las teselitas diminutas con la misma abundancia de rojos y amarillos que en los barrilitos anteriores. Y en el montón informe, los restos del antiguo caos total del cajón de teselas, aún quedaban, entre polvo y basuras pequeñas, un conglomerado de formas y colores que ahora J.B., al verlos extendidos ante sí - sobre una alfombrilla de pelo de cabra marrón, blanca y negra, los tres colores naturales de la cabra de los Aurés africanos -, supo que ya tenía su propio orden con muy poquito que las tratara.

Y así lo hizo. Durante hora y media se dedicó a separar las teselas grandes y medianas de las diminutas, así como la basura, ya pura basura, restante - papelitos casi triturados, motas de polvo o astillas informes o plastiquitos-, últimas teselitas y partículas de otras.

Y su imaginación, una vez más, discurrió apacible, como transportada a remo sobre agua, deslizándose. Nunca faltaron, hasta el final, las teselas rojas/punto de sangre, ni siquiera en el "polvo final del caos", como denominó a la basura resultante - o escoria -, con mínimas partículas de teselas fragmentadas, muchas laminillas rojas o puntos mínimos, uno incluso en la última paladita de polvo.

Eso debía ser el remate final feliz.



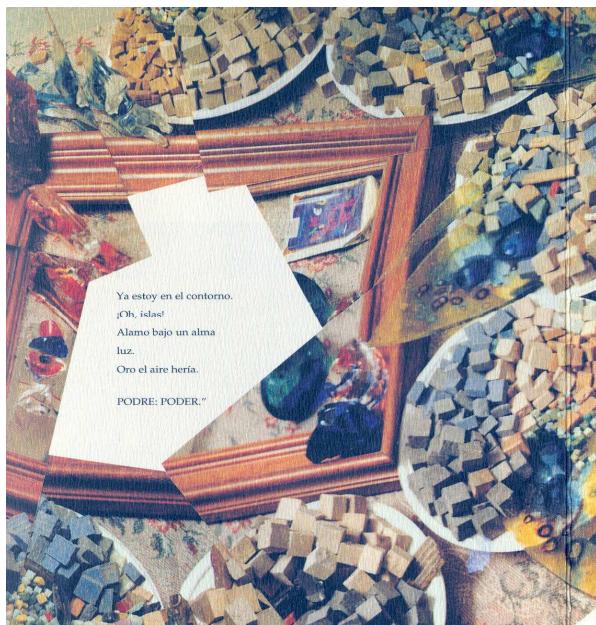
Ya debían estar a punto de salir las piraguas río abajo, mediodía de primer sábado de agosto. J.B. se sintió tentado de encontrar una denominación concreta - de rango racial, confesional, tribal urbana u otras

por el estilo - a cada una de las tonalidades o texturas, pero venció la tentación. La pospuso, mejor, pues supo que terminaría sucumbiendo a ella un día, y hasta esperaba que no lejano. No pudo evitar concederles *intencionalidad* a los *comportamientos* de algunas teselas diminutas, durante el último tramo temporal de elaboración de la instalación, sin embargo: en el *polvo del KAOS* - y quiso la palabra así, *KAOS*, con una O atravesada por una virilidad quebrada y una feminidad que se convertía en visible subrayado de la palabra *KAOS* en su totalidad gráfica -, en el polvo final o restante del caos, algunas teselas diminutas, verdes o azuladas, se camuflaban de tal manera que parecía como si deseasen salirse de los restos del caos original, y pugnasen porque la mano del instalador J.B. -diosecito ordenador- no se topase con ellas, como muy posiblemente sucedió - y ahí quedaba abierta una posibilidad de juego de microanálisis del polvo del caos restante, tras la ordenación de las teselas más visibles por tonalidades y tamaños -: allí estaba en su saquito de plástico transparente con cremallera - de algún accesorio más o menos delicado de algún aparato de fabricación industrial - encerrado ese dato precisamente. Con mensaje microscópico del caos original del que saliera todo el juego de los abalorios.

Sobre todo las teselas diminutas azuladas y verdosas. De su grupo de teselas enanitas surgieron las *individualidades* que más se camuflaron con el polvo, como para pasar desapercibidas y no integrarse en el nuevo orden azaroso, en aquel sistema azaroso en el que el Fausto Pendás - que en aquellos precisos momentos era uno de los que aporreaban la puerta de la casa de la infancia del rector J.B. -, en un momento de la noche anterior, confesó sentirse inmerso.

Era inevitable el regreso a la fiesta exterior. Pero el J.B. supo que debía continuar por ahí: en el polvo del caos podría pensarse - método paranoico-cítrico - que había *individualidades*, aunque fueran diminutas y fragmentarias, que preferían continuar arropadas por el polvo del caos primigenio o natural, y en esa inmersión se sentían mejor. Físicamente también, por pura dinámica de sólidos ya casi fluidos, mejor.

Y J.B. supo, cuando abría la puerta al grupo que volvía de la fiesta a descansar un rato - entre entusiastas y extenuados todos -, que la única cortesía posible era el respeto absoluto a esas *individualidades* díscolas al nuevo orden no menos caótico y aleatorio. "Joya del ya". Hasta el final siguió presente el rojo/punto de sangre, en el puro polvo y fragmentos vidriados, hasta la última mozadita. La vida es la belleza. ¿O la belleza es la vida? Pudiera ser lo mismo, aunque sus matices al realzar el sujeto pudiera entretenir a eruditos discutidores. Sólo en la vida se puede hallar. La muerte, agujero de la materia, burbuja, ventana o vano en la materia opaca. Aun en plena deconstrucción - y hasta en el nuevo caos menos formal resultante -, presente ella allí- la vida -, tesela roja punto de sangre o no, en cualquiera de sus formas, aún habría posibilidad de belleza.



Fausto Pendás apareció con los ojos encendidos, una radio casete gigantesca al hombro, atronadora. Era la de Perico Rincón, con su música predilecta. Tras él, todo el grupo primigenio, arrollador y medio derrengado al mismo tiempo. Cortado Bakalaero y la Cari Fondón ya decididamente amantes - "Perdone, colega rector, la Cari y yo nos perdemos por ahí dentro un rato, ¿vale? Urgencias de la edad, que dicen ustedes" - se perdieron por las habitaciones de la casa mientras los demás, J.B. extasiado - el juego de los abalorios en el olvido -, mal-continuaban una especie de danza india de las del salvaje oeste americano al compás de una charanga enervante de un grupo amado por Perico Rincón, *Cojón Prieto y los Guajolotes*. "¡Carcelero: que tengo hambre!", comenzaba el recital¹. Al "cómo disfrutas con eso" final, fue el delirio y alguno se tumbó en el suelo de madera tan largo como era, a dormirla un poco, que decían. Al final de la canción siguiente, de nombre excéntrico que gustó al Rincón, "La mula de perico"², el tal roncaba y roncaba, bajo de

¹ CANCION 1. CARCELERO. "Esta cárcel de exterminio / que tortura y asesina / y te rompe el corazón, / vuelve locos a los hombres / y la vida hace enfermiza. / Entre rejas y garitas / no hay lugar para el amor. / No se busca una salida / para que unos cuantos vivan / en nombre de la justicia / cada día mucho mejor. / Los que mandan el presidio / que son sucios y mezquinos, / como perros mal nacidos, / nunca pedirán perdón. / Carcelero, carcelero, / no eres persona decente. / Tu oficio es el más rastrero / y tu corazón no siente. / De la cárcel te crees el rey / porque te ampara la ley. / Tu cerebro está podrido / y tu vida la has perdido. / Obediencia y autoridad / y dar palizas al preso / son tus señas de identidad. / ¡Cómo disfrutas con eso!".

² CANCION 2. LA MULA DE PERICO: "Yo salí como una mula / de ciudad de Bogotá / llevando una mercancía / que esperaba coronar. / Pero hay que ver y ver, / cuando al final llegué a Barajas, / me trincó la policía / porque plata no llevaba. / Quieta aquí, mula, / no te alborotes, / que se marea y tuerce los bigotes. / ¿Qué llevas en la barriga? / La

saxo con remate de zumbido de avispa, espléndida posible grabación. La Cova y el Tinín no mostraban síntomas de cansancio, los ojos como faros de automóvil en autopista campesina por la noche.

A la canción siguiente, "Homenaje a Felisín"³, J.B. supo que aquella jornada de relax entre salida y llegada de piraguas al mar iba a prolongarse lo que la música de los *Guajolotes* durara, y sacó de la cocina lo que había por allí preparado para comer. Empanada, ensaladilla, filetes empanados, arroz con leche y pasteles de la Campoamor. Conocía J.B. aquel grupo de los *Guajolotes* por el Pikoletó y su gente. Todos eran los mismos. Pero sólo cuando escuchó - todos dormían por allí, salvo Cova y Tinín, el Perico Cortado y otra muchacha lugareña que le vacilaba con descaro, alternando desplantes y arrumacos, tres o cuatro más, y el Cortado Bakalaero y la Cari, entre escapada y escapada a las habitaciones de la casa -, sólo cuando escuchó "Los gavilanes"⁴ comenzó a captar que tal vez aquel

maleta está vacía. / Pues ya no me preguntaron / ni una sola cosa más. / Derechito, derechito, / me llevan al hospital. / Y en la sala rayos X / las bolitas vi pasar. / Ya me dieron un jarabe, / dicen que era para aliviar. / Como un rosario / de perlas blancas / unas con otras hacían caramolas; / en bandejita de plata, no más, / yo les sirvo el material. / Pero hay que ver y ver, / 20 años pídemel juez / por traquetear material / y no poder coronar. / Y a esta pobrecita mula / ahora le toca cargar / la condena que le echaron, / que el Señor tenga piedad. / De pena muero / en el penal. / De aquí a mi gente quiero saludar. / Algún día a Colombia yo volveré / para traerle periko al rey."

³ CANCION 3. HOMENAJE A FELISÍN: "Mi primo Félix, / mi primo más querido, / más que mi primo / mi hermano mayor, / pues me enseñaste / que en esta pinche vida / un par de huevos / no restan corazón, / que la nobleza / es la mejor divisa / de quien es hombre / en un mundo traidor, / tú te nos fuiste / un triste día de otoño, / un día de esos en que va muriendo el sol. / Si, como dicen / hay arriba un paraíso para los justos, / yo a ti te lo imagino / igualito, igualito que aquella cantina de Veracruz, / ¿te ricuerdas?, / bien de ron campechano, / orquesta tropical / y una prietita chula que suspira por tu amor. / Ron campechano y orquesta tropical / y una prietita que suspira por tu amor. Cuando en el cielo / raya una estela de humo / y el que la mira / dice que es un avión, / yo les contesto: / ese es mi primo Félix / con su pepino dándole gas al motor. / Apártense, angelitos, / querubines y hasta san Pedro, / que aquí llega mi primo Félix / y ese no respeta seres celestiales, hombre!!!!".

⁴ CANCION 4. LOS GAVILANES: "Camino a las alturas se ven los gavilanes; / se pierden en las nubes y se acercan al sol. / Regresan pensativos mirando al infinito, / no saben si en la lucha alguno se perdió. / Según sus propias leyes aplicarán la justicia, / poniendo por delante su noble corazón; / las garras afiladas ya prontas al ataque, / esperan el momento para entrar en acción. / Vuelen, vuelen, gavilanes, / a pelear por la razón. / No es vergüenza ser bandido / si se roba al que es ladrón. / Vuelen, vuelen, gavilanes, / y no dejen de pelear, / que la suerte de los pobres / en sus manos va a quedar. / Que prendan las hogueras detrás de la cascada; / que todas las estrellas comiencen a brillar; / que sienten las guitarras y canten sus recuerdos, / que al fin los gavilanes también saben amar. / Que venga el centinela y también que se divierta; / que estemos todos juntos. Mañana, Dios dirá. / Y cuando el sol se asome y acabe con la noche, / entonces, gavilanes, ya es hora de pelear."

mensaje literario de los músicos se identificara plenamente con lo que los captores de ese mensaje opinaban, y hasta asumían como propuesta moral e, incluso, de acción.

Con la canción "El Iceberg"⁵ J.B. decidió que debía telefonear el lunes siguiente, sin falta, a Rómulo Castro, rector de Medellín. Había que agilizar el blanqueo de los fondos del narcotráfico hasta el final - él tenía bien estructurada la fórmula jurídica y sus fases - y ampliar aún más el abanico de acciones que financiar, hasta en el medio rural más apartado, los estudiantes a la cabeza de la *Operación Ulises* decididamente, el nuevo voluntariado.

A la canción siguiente, la sexta ya, "Los Kekes" - "Me gusta rascarme los kekes / que se tuesten bajo el sol, / doradicos y pegados al culo / pues tal como los de un león" -, el Tinín amagó una cabezadita - que no fue: ni se le llegó a caer la empanada de la mano en 90° sobre el pecho -, amago que utilizó la Cova para recomponer el maquillaje maltratado tras una noche de bronca y una mañana de más bronca todavía, acompañando a los palistas hasta el río. La canción "El feo" hizo que J.B. volviera a aguzar el oído o ingenio: olía a arranque masoca⁶. Le interesó. "Tampoco es para tanto: aún puedo esperar atento cada día a mi televisor... ¡Ay, Señor, hazme un milagro". Pero pronto se disipó la vaga ilusión, y otra vez volvió el ritmo agresivo con el "Ser despreciable"⁷. Y el Faustino Pendás saltó de

⁵ CANCION 5. EL ICEBERG: "Navegaba por el barrio un iceberg, / silencioso e imponente, por doquier / un porrón de megalitros de una vez, / una mole como para echarse a correr. / Climatizado, / informatizado, / homologaba la actualidad. / Fríamente solía desayunar / unas guerras con difuntos de verdad, / en el este, en el sur, le daba igual: / destruir para luego especular. / Y tan tranquilo / que así se andaba, / mientras que el sol lo calentaba. / Con todo esto, / él predicaba / sobre el progreso de la humanidad. / Una noche se acabó la oscuridad, / pues el sol ya no se quiso retirar. / Todo el bloque comenzó a resbalar / y el monstruo sólo pudo naufragar. / Con el deshielo, / le entró el canguelo. / Y tanta grandeza se la tragó el mar. / Y tanta mierda, / y tanta miseria, / tantos estragos se fueron al mar."

⁶ CANCION 7: "Me voy corriendo a casa: / no quiero que me vean. / Tengo granos en la cara; / me dicen cosas feas. / Me alejo de la gente, / no quiero que me huelan: / me apestan los sobacos, / la mara se molesta. / No sé qué voy a hacer / con estas mis desgracias. / Por más que pruebo anuncios / no encuentro solución. / Un día son los pies, / mañana es el aliento, / pasado el calzoncillo. / Estoy desesperado. / Me echan del trabajo / y sin mujer al lado / paseo solitario / los días de huracán. / Tendré que irme al monte / o encerrarme en casa; / hacerme misionero / sería lo mejor. / Tampoco es para tanto. / Aun puedo esperar / atento cada día / a mi televisor. / ¡Ay, madrecita mía: / ¿cómo es que me hiciste tan feo, / y tan rematadamente feo? / ¡Pues qué pasó el día / que me diste a luz? / ¿Dónde estaban los astros? / ¡Ay, Señor, / necesito un milagro! / ¡Ay, hazme un milagro!"

⁷ CANCION 8: SER DESPRECIABLE: "Él era un ser despreciable; / desde pequeño pegó alto / y al mundo irritaba con su voz desagradable. / Por eso no le importaba, / porque era malo como el sebo. / Y como tenía pasta, el cabrón, / se dedicó a joder la marrana / de la noche a la mañana. / Alguno ya lo aguantaba; / a cambio, sus chanchullos financiaba. / Como tenía pasta, el cabrón, / la pasma lo respetaba / y sus trapiches ni tocaba. / Era un jodido trepalari de nacimiento, / que regaló a sus enemigos piel de

nuevo como un resorte y le dio una voltereta a la Cova Fondón, recién maquillada de nuevo, radiante. A la música pachanguera de "La montura" - "Me la regaló mi viejo, / fue mi primera montura; / con ella aprendí a caer / más o menos con soltura" - fue de verdad una cabalgada la que se pegaron el Tinín y la Cova, el Cortado y la Cari, y el Perico, ya únicos supervivientes, el resto dormido por los lugares más dispares. A J.B. le pareció que "La rosa de invernadero"⁸, y luego "La banda borracha", eran las dos únicas canciones de amor, de desamor y cachondeo mejor, con ese remate hermosísimo de expresividad berreado casi, "¿No sabes que me ha dejado la novia, oyes", "¡No joodassss...!", con voz cavernosa.

Y la despedida de "El tren de la negra"⁹: "Ay, qué mala es la suerte cuando no se tiene, qué difícil es vivir, poder aguantar a esta panda de cabrones con cara de liebre...". Y el final deslumbrante: "Si se escapa el tren, me voy paseando".

A J.B. le entró la risa. Una risa abundosa y compulsiva que comenzó a divertir a los que estaban volviendo en sí del sueño reparador de entre fiesta y fiesta. Fausto Pendás se puso serio, apartó a Cova Fondón con un inesperado gesto displicente, y se encaró a J.B. Ocupaba el centro geométrico de la galería.

- Rector: el sistema azaroso en el que me hallo inmerso comienza a fragmentárseme. Me tortura el posible mal que puedo estar transmitiendo precisamente a quienes más quiero.

Su mirada era febril, la figura imponente. J.B. supo reponerse de su risa, y le miró también a los ojos.

cemento. / Y nunca se los calzaba él / porque valiente no era... / y nunca se los calzaba / porque no tenía huevos. / Él, sí, él, / un ser despreciable, / un ser respetable, / uno más entre nosotros / en este loco mundo".

⁸ CANCION 10. LA ROSA DE INVERNADERO: "Aún te recuerdo entre mis brazos; / puse en tu amor mis ilusiones; / tú, menudita y tan lozana, / tú eras la rosa de mis pasiones. / Mas no quisiste apreciar mi cariño. / La rosa era de invernadero, / y me clavaste tus puras espinas, / puras espinas que son de desprecio. / Aunque por eso tú no me apures / esas espinas, pues ya no las siento. / Mi corazón jamás sangrará / por una rosa de invernadero. / Quizás prefieras a que yo te quiera / ser del jardín la flor codiciada. / Si ese es tu gusto, que lo disfrutes. / Sabes que sobran los moscardones".

⁹ CANCION 11. EL TREN DE LA NEGRA: "Cuando el tren llegó a la estación / y la máquina no se detenía, / yo traté de engancharme a un vagón. / Resbalé y fui a caerme a la vía. / Con el traje hecho cisco / y el sombrero jodido, / todos los huesos del cuerpo molidos, / yo era el único que no se reía. / ¡Ay, qué mala la suerte cuando no se tiene! / ¡Qué difícil es vivir, poder aguantar / a esa panda de cabrones con cara de liebre, / por no andar fino y al loro para no resbalar! / Mirándose entre ellos, la gente calló. / Veía sus caras flipar mogollón. / Me fui levantando, poliki, poliki, / haciendo inventario de mi situación. / ¡Ay, no es santo el que cae, / sino el que se levanta! / Sí, señoras y señores. / ¡Pero qué tropezones tiene / a veces uno en la vida, pues! / Es que además se me retuerzen / las tripas y me están matando. / Ya sólo puedo / errepretar (sic) el bufete y salir cingando. / Si se escapa el tren, / yo me voy andando. / Si se escapa el tren / me voy paseando".

- Has crecido mucho, demasiado deprisa. Ya no eres el Tinín para los amigos, sino Fausto Pendás. Un hombre sabio y libre. Todo lo sabio que has podido ser, y libre.

A Tino Pendás estaban a punto de saltársele las lágrimas; abrazó al rector, y salió precipitadamente. Cova Fondón quiso acompañarle, pero la apartó casi con brusquedad. Volvió a entrar de inmediato, le dio un beso rápido en el lóbulo de la oreja a la chica, y salió de nuevo precipitadamente.

J.B. se acercó a Cova y, al acercársele, esta le miró con su más bella sonrisa y la mirada alegre.

- El Pendás, él mismo. No se preocupe, rector, ahora se hace una escapada hasta la fuente del infierno, y vuelve como nuevo. Le habrá dado usted qué pensar.

Terminaron de comerse el arroz con leche y los pasteles, ya todos recuperados. Y decidieron acercarse a Ribadesella para la fiesta de la entrega de trofeos a los ganadores en los campos de Oba, allá por Llovio - no llovió, sin acento, más sonora y antigua palabra -, a la vera del mar.

Durante el trayecto, por la carretera del mirador del Fitu, Cova puso al corriente a J.B. sobre la manía del Tino Pendás con la fuente del infierno, mítico nacimiento del río del sello, del Sella. Para acceder a ella, remontando el río, se atravesaba por uno de los desfiladeros más arriscados y sobrecogedores que conocía, el desfiladero de los Bellos y puerto del Pontón. No necesitó explayarse en su descripción - carretera mínima tallada a dinamita, puentes entre cortadas, en lo hondo el río de montaña serpenteante - porque Juan Bravo conocía aquellos parajes, uno de los ascensos a la alta meseta de León - en lenguaje mítico antiguo, sin duda de terrible significado, la meseta del león -, su tramo final empinadísimo entre bosques de robles, nogaledas y praderías. Y en el corazón del robledal estaba la Fuente del Infierno, un simple caño que expulsaba al exterior el chorro continuo de agua que procedía de invisibles regatos y filtraciones subterráneas, del subsuelo, del interior de la tierra. J.B. recordaba perfectamente aquel calvero umbroso visible desde la misma carretera, últimamente muy dañado por la agresión que suponía la proximidad de la cada vez más ancha cinta de asfalto, en donde para beber debías arrodillarte de manera natural, humillar la cabeza, postrarte, casi adorar.

Cova le comunicó a J.B. que pensaba que el Tino debía tener algún tipo de pacto con el infierno, pues no comprendía, si no, aquellas escapadas cada vez más frecuentes del tipo hasta aquel lugar. Entre risas, le contó también su sospecha de que tuviera una bodega de sidra o una farmacopea en algún zulo secreto del bosque, en el entorno de la fuente del infierno. Eso podía hacer más comprensible la predisposición a esa huida/encierro del amigo Pendás. La verdad era que, tras una escapada de esas, el Tino Pendás volvía como una seda y, durante una semana o un par de ellas, antes con frecuencia hasta tres, volvía a ser el Tinín para los amigos de toda la vida.

- Y un magnífico amante - completó la Cova, broche final, con su hermosa sonrisa, de aquella digresión sobre el loco del Pendás.

La carretera del mirador del Fitu se encaramaba, entre pinos, pomaradas y praderías, hasta un alto de la cadena de montañas del Sueve - por donde decían que aún quedaban varias manadas de caballos salvajes (*asturcones del Miajo*) de peculiares siluetas melenudas que se encontraban, perfectamente reconocibles, en pinturas paleolíticas de cuevas de la costa. Durante la ascensión, en día despejado - o medio despejado sólo, como aquél -, se iba ampliando la panorámica sobre el valle del Sella, que se cerraba en la lejanía con los picos de Europa, farallones calizos de tonalidades del gris claro al malva, hermosísimos al atardecer y al amanecer.

Cortado Bakalaero quiso detenerse en lo alto y buscar alguna manada salvaje de caballos, pero la Cari se rió de él y terminaron, mientras los demás tomaban un café en un chiringuito milagroso de madera al pie de un refugio de montañeros, perdiéndose a retozar por entre los pinos de las laderas. Desde el mirador del Fitu, vieron volar milanos y como una tormenta formarse allá lejos, por los picos de Europa y la lejanía de León. Fastuoso atardecer, tras los cafés los primeros jotabés, para comenzar a hacer remontar la decaída ebriedad. Al rector J.B. - tras las primeras bromas alcohólicas - Perico Rincón le había acomodado una mantita en un rincón protegido por los automóviles y algunos pinos viejos, y el rector se quedó dormido como un bebé. No le despertaron hasta que comenzó a anochecer. Por supuesto, se habían perdido la entrega de premios de los campos de Oba, en Llovio, con merienda campestre y romería de gaiteros y corales improvisadas a medida que se recuperaba el nivel de ebriedad, palistas y bañistas, sidra y ligue a destajo, como decían. Pero habían recuperado fuerzas para la ardua madrugada que se avecinaba.

Durante el descenso hacia el mar - dejaban atrás una espectacular tormenta sobre los picos de Europa, que el sol poniente convertía en un vaporoso infierno anaranjado -, Cortado Bakalaero contaba su nuevo encuentro con una vaca al pie del mirador, a la que terminó acariciando las ancas ante la mirada de una Cari celosa.

- Si éste viviera aquí, le iría el bestialismo - sentenció la Cari, desdeñosa.

J.B. y Perico Rincón se cambiaron miradas cómplices y no quisieron indagar. Además, la entrada en Ribadesella era imposible y debieron abandonar los tres automóviles al final de la playa, en el arranque de atalayas y eucaliptares que trepaban hasta el faro, la linde del campo y de la mar.

Les vino bien el paseíto para ir adentrándose poco a poco en el corazón del bullicio. El pueblo era un gigantesco establecimiento de objetos variopintos y fritangas; establecimientos de bebidas y gigantescos altavoces potentísimos de música cada vez más seriada y estridente. Y decenas de millares de fiesteros y feriantes, riadas de adolescentes y veinteañeros enardecidos por ebriedades varias, de todos los pelajes tribales, y hasta sin pelaje reconocible, enloquecidos de jolgorio festivo y sin peleas. Era día de tregua con las guardias civiles y de tráfico. Tregua de Carnaval de verano. De vez en cuando, algún grupo de palistas borrachísimos con las copas en alto, alguna bellísima náyade en trance sagrado, la Cari, por ejemplo, ante un Cortado Bakalaero en éxtasis, diríase perpetuo, finalmente cogidos por la cintura, engullidos por la masa sudorosa y bailona, desaparecidos.

III

Todo fue rapidísimo. Un chavalín apareció de repente, le saltó al cuello a uno del grupo, y le dijo algo al oído, este habló con la Cova, y la Cova se le echó al cuello a J.B. con un ataque de histeria y llanto.

- ¡Hay que salir para Cangas de Onís! ¡Tinín se pegó una hostia en el Pontón! Con el coche, sí, con el coche...

La Cova no paró de llorar durante todo el trayecto de carretera, siguiendo el curso del río arriba. No habían conseguido localizar al Cortado y a la Cari, perdidos en la muchedumbre. Nada sabían, salvo que había sido un accidente terrible. Fue un viaje angustioso y pasaban de las tres cuando entraron en el cuartelillo de los de tráfico de Cangas. Allí estaba también Primo César. Cova, entre sollozos aún, los presentó.

- Primo César..., Perico Rincón..., el rector J.B...

La policía de tráfico les dijo que hasta el amanecer no se podía hacer nada.

- Vamos a ir en el todoterreno, mejor - comentó Primo César; y, dirigiéndose a la Cova, musitó unas palabras crípticas - Ye en el comienzu de los Bellos, oh. Iría mamau.

También el Primo César tenía los ojos enrojecidos. La Cova le confió a Juan Bravo, durante el trayecto - los colmillos de elefante y los cuernos de rinoceronte de su faldita y chaleco medio desdibujados por la sombra -, que esperaba un niño del Fondón, de cuatro meses "andaba preñada" - así dijo -, y él lo sabía y lo quería. Es más, se había mostrado feliz con la idea y hasta había vuelto a trabajar en la gran escultura de madera de castaño que había iniciado casi de niño, pero que siempre terminaba arrumbando por otros proyectos más urgentes y de salida más rápida. El rector se interesó por aquella pieza, y la Cova quedó en mostrársela a la vuelta a casa. Durante un tiempo su mente vagó de mal presagio en mal presagio. La fuente del infierno, en el calvero de un bosque de robles algo degradado - el muérdago y el roble -, uno de los nacimientos, el principal para algunos, del río del sello, el Sella de la dionisíaca ebriedad. Siempre tan clásicos, los ribereños.

Amanecía cuando llegaron, entre recientes despelomes de piedras, a causa de la tormenta, y las cortadas de roca entre las que se deslizaba aún saltarín el río, al lugar del accidente. Una gran roca de miles de toneladas parecía haber obstruido el cauce - estrecho por allí - del río, y en su engarce con la cinta dañada de asfalto de la carretera, al lado de un arbolón con las raíces al aire y calcinado, el armazón negro del auto de Tino Pendás en el centro de un círculo de ceniza negra.

Cova, muy seria, parecía haberse quedado sin respiración, y el rector J.B. le cubrió los hombros con una de las mantas de viaje que llevaban. Al estrecharla notó que temblaba. Perico y Primo César ayudaron a la operación que la policía había iniciado al alba con la llegada de una grúa. Todo lo no metálico se había consumido en el incendio - pensaron en un rayo - y en una caja de cartón, que Cova abrazó como si fuera el cofre de sus tesoros más queridos, metieron la media docena de restos óseos semicarbonizados que hallaron.

Este amanuense está harto de tener que contar estas menudencias carentes de gracia sólo porque haya que intentar conservar todos los detalles que todos conservaron en la memoria del asunto. Debería pedir el relevo y pasarle las fichas a otro. En fin, paciencia; ya queda poco. Además, con eclipse de luna llena de abril, primera de la primavera, y cometas errantes que entran y salen vagamente amenazadores, a uno le puede parecer excesivo tener que abordar, precisamente, la muerte de Tino Pendás a toda velocidad, Pontón abajo, a la salida del desfiladero de los Bellos, el día de la gran tormenta y derrumbe de la Piedrona, de regreso de una "escapadina", como él solía decir, a la *Fuente del Infierno*. ¡Tiene güebos la cosa! ¡Ni que fuera literatura fantástica! Estos asturianos están locos. Llocos de atar, como dicen ellos.

Nada más llegar al valle de las Arriondas, Cova Fondón se dio una ducha y se vistió toda de negro. Las mayas hasta la cintura y una camiseta sin mangas también muy ajustada, estaba bellísima en su nueva seriedad dura, de gafas negras como la noche terrible que acababan de pasar. Juan Bravo insistió, y Cova le mostró el estudio de Tino Pendás; en el centro del antiguo llagar de sidra de la casa, la especie de poste totémico indio que era el tronco de castaño tallado a azuela de madreñero y a gumía. Perico Rincón se había ido con otra gente a Ribadesella a buscar a Cortado Bakalaero y a la Cari Fondón, exhaustos pero estimulados aún a tope, como decían. Tristes, también.

El rector contempló en silencio la escultura. De la base a la cúspide, aún sin terminar, al parecer, pues había en lo alto una especie de muñón saliente de madera sin desbastar, los cortes de la azuela aún a la vista. Recordó una familia de figuras de ébano de las esculpidas en el corazón de África. Cova le señaló la base.

- Los nueve hermanos y hermanas que sumaban la casa de los Pendás, con el abuelo indiano, ese del bastón y el sombrero panamá, al frente. Y la abuela Faustina...

De cada una de las figuras/retrato - algunas con modelado final acabadísimo, un puntito hiperrrealistas - salían varios racimos de figuras, tronco arriba una treintena en total, y de algunas de esas figuras salían nuevas ramificaciones de una o dos nuevas figuras, ya meras cabecitas de bebé o - una parecía una barby - de muñeco industrial. El muñoncito sin desbastar que coronaba el conjunto salía del hombro de la figura que, en realidad, sobresalía por encima de las otras en el conjunto, un rostro que gritaba, la boca muy abierta, los ojos entrecerrados y la mirada estrábica y oblicua.

- Está inconcluso, pero Tino se quería retratado en ese rostro; lo talló el verano pasado. A lo que sale de su hombro, esperaba que yo le diese un rostro - y Cova acarició su vientre, y se echó a llorar de nuevo en el hombro del rector J.B.

Este amanuense desea abreviar. Por lo dicho. Está harto. Soy un anciano que desea descansar. Así de claro. Además, anda la chavalería por ahí pidiéndome relatos orales de mis andanzas, sobre los que ellos luego trabajarán para sus relatos escolares, y cada vez tengo menos humor para relatos ajenos. Estoy - o me están

descubriendo - estoy descubriendo que mi vida pasada tiene interés para ellos, un sentido, o interés a secas, en general, para la gente. Y eso me halaga y me hace ser vanidoso, me egocentriza, de alguna manera. Uno ya es viejo. Y se me quitan las ganas de seguir con lo del rector Juan Bravo en el inicio del lanzamiento de la Operación Ulises, los nuevos voluntariados, y su vida de acción. No digamos ya con lo del pobre Tino Fondón, a quien ni conocí.

El caso es que - y esto es un bucle narrativo, como veréis - Cova Fondón, nada más despedir al rector J.B. en el aeropuerto de Ranón, se hizo conducir a la *fuente del infierno*, en lo alto del Pontón, con intención de investigar un poco por sus alrededores. Estaba convencida de que por allí encontraría algo - algo, no sabía qué -, un zulo con farmacopea especial, un algo escondido o no, un signo. Sospechaba, sin más: le urgía visitar el lugar. Tino le había hablado en ocasiones de la cueva santa de Covadonga como lugar real de nacimiento del río del sello, del Sella. Aquel sexo gigantesco de la tierra madre debió fascinar a sus antepasados prehistóricos y menos prehistóricos, y debieron adorar la santa gruta que pariera desde la eternidad y en eterno presente - y seguiría pariéndole por toda la eternidad en su benevolencia que debían propiciar - a su hijo líquido y vivificador que, una jornada larga más adelante, se perdía en el mar. Todo su mundo vital, medible con un simple de sol a sol. Su río. La gran madre fuente, con su forma perfecta de Cuevona. La gran paridora. Hasta de Estados.

A Cova le entraba la risa cada vez que el Tino se ponía así, pero sabía que eran importantes para él aquellas elucubraciones. Y creativas. Tras una explosión especulativa aventurada, volvía a la talla de la madera como un loco, no hacía más que pedirle sexo a la chica, y planeaba una nueva exposición. Fascinante.

Por esa misma obsesión creativa de su amigo muerto, Cova sabía que debía verla plasmada en algún lugar relacionado con la última obsesión dominante, la escapada al Pontón, a la fuente del diablo o del infierno, o como pudiera llamarse a aquel paraje. Cuando pasaron por donde la Piedrona había obturado el río y Tino Pendás ardido como una tea dentro de su automóvil, Cova no pudo contener las lágrimas. Pero se rehízo. "Nunca más", pensó. Y es posible que fuera así.

Dejaron el todoterreno - Primo César quiso acompañarla en su investigación -, y se adentraron hasta el calvero de la fuente del infierno. El sol aún estaba alto, ni rastro de la tormenta de dos días atrás, mas el lugar estaba en la umbría norte y era en verdad sombrío. Recorrieron los alrededores del calvero, por senderos entre rocas y monte bajo variado, pero parecía imposible encontrar algún lugar que pudiera guardar algún secreto de Tino Pendás. En el montículo rocoso de donde manaba la fuente tampoco había signo alguno de nada. Fue Primo César quien descubrió - al acercarse a beber - el caño.

- Cova, ven.

El chorro de agua de la fuente del infierno - origen mítico del río del sello, del Sella - manaba hacia el exterior a través de un discreto pero descomunal - se perdía en una amplia base de musgo y roca - falo oscuro de madera a medio pulimentar. Y a Cova, esa vez, le entró la risa. (Fin de bucle).

El rector Juan Bravo dejó desplegada la instalación de teselas y deshechos de vidrio de Murano en la habitación más luminosa de la casa de su infancia. Los dos tondos principales, el de la transición reglado por el aro de vidrio *Gaudí*, y el del corazón de tesela veneciana, rojo sangre brillante; los ocho platillos dispuestos en torno a los vidrios de Murano, parecían girar alrededor de un marco de madera clásico de cuadro en cuyo centro ordenó las más brillantes basuras de vidrio de color. Un diagrama clásico de cuadrado inscrito en un círculo, de raigambre mágica, alquímica, antigua y misteriosa. En honor al desaparecido Tinín. Las teselas restantes del juego - del juego de los abalorios -, las extendió, un poco al azar, en montoncitos informes por el suelo de la habitación, como un mar de teselas. O un descampado de desperdicios, de basuras, pero basuras bellísimas, cada dadito de mármol blanco o mármol negro para mosaico romano, una verdadera escultura única diminuta en su preciso y azaroso corte cual diminuto chillida, cada tesela vidriada un mundo de reflejos. Un oratorio para el siglo XXI la instalación resultante, con sus tonalidades diferentes formando oleajes o movidas coloreadas, abiertas, centrifugadoras, dispuestas para un nuevo recomenzar. En honor – in memoriam – de Fausto Pendás, Tinín para los amigos.



J.B. cerró la habitación de la casa de su infancia tras de sí. No podía calcular el tiempo que podía transcurrir antes de que volviese a abrir aquella puerta de aquella habitación.

Quedaron en que Perico y Cortado volvieran en la bella Turbo roji-negra a la gran ciudad del interior. Cari dijo que se iba con ellos. Unos días. De excursión. Viaje rockero. Lo del Pendás la deprimía. J.B. se sentía muy fatigado, y prefirió volver en avión. Cova se empeñó en llevarle al aeropuerto de Ranón. Con el Primo César al volante.

- Envíame una fotografía del niño Pendás a Nueva York - le rogó al oído, a una bellísima Cova Fondón enlutada y con gafas negras, desde la escalerilla del avión.

FINAL

Juan Bravo cerró tras sí la puerta de la casa complutense de los tres balcones orientados al sur. En el fax desbordaba un documento recibido del centro de información de la delegación estudiantil - la casa del Tutifrutí, el gran informático - con diez puntos sobre *Ecoislas*, con un desarrollo del punto diez que el Tutifrutí subrayaba, y que fue la única parte del documento que se llevó consigo el rector para leer durante el trayecto de viaje hasta el aeropuerto de Barajas. "El matrimonio festivo y el contacto entre viajeros y población receptora". El título le había hecho sonreír, por primera vez en los últimos días,

y eso lo reconfortó. "Sigue marchando el equipo", pensó. Y le salió así, *equipo* y no *grupo*. Sonrió de nuevo.

Nada más instalarse en el avión que le conduciría a Nueva York - el Consejo Mundial de Rectores debía demarrar, vaya palabreja, mejor arrancar - se quedó profundamente dormido. Y soñó con Tino Pendás y con Cova, bellísima y *preñada*, como ella decía, con sus mallas negras y su cuerpazo de maniquí de moda. Luego se le coló la imagen de un perro dormido, pintado por Hockney con tonos dominantes de vinos añejos, y un mensaje de uno de sus asesores más queridos: "No te puedes ni imaginar cuánto silencio me rodea".

E. Sola,
5 de abril, 1996, viernes santo con
luna llena y cometas errantes, y
septiembre de 2009.



INDICE

Pág.

Presentación	2
I Primer tramo narrativo...	7
II Una nonovela azarosa, segundo tramo...	21
III Nueva casa y nuevas perspectivas, tercer tramo...	35
IV Por los hondones de la noche, cuarto tramo...	44
V Intermedio I: los tres relatos negros...	54
VI Intermedio II: los tres relatos negros...	67
VII Intermedio III: los tres relatos negros...	80
VIII Otra vez el Mediterráneo, quinto tramo...	113
IX Nueva casa, sexto tramo...	129
X Séptimo tramo...	144
XI La Vaquería de la calle de la Libertad...	163
XII Noveno tramo...	177
XIII La bomba y la huída, décimo tramo...	198
XIV El ascenso del Sella...	213

